

*Patitas de ~
aranaña*



Manuela Riobó

Patitas de ~
 *arana*

Una novela de Manuela Riobó

Primera edición en formato digital: agosto 2019

Título Original: **Patitas de araña**

©**Manuela Riobó**, 2019

Diseño de portada y maquetación: Olalla Pons

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Para Ana.

Para Ángeles.

Infinitas gracias.

CAPITULO I

—Ten, cariño, debe dos traguitos —dijo Susan deteniéndose a un lado de la carretera y alcanzándole la botella de agua al pequeño—. Deja un poquito para tu hermano. Ahora llegamos al súper y ya compramos otra.

—Gracias, mami... —aceptó el pequeñín antes de dar un trago—. Toma, Leo, ¿quieres?

—Sí, gracias... Es que con este calor...

—Lo sé, hijos, pero me ha pillado totalmente desprevenida. Vamos, caminemos un poco más, pronto llegaremos al supermercado y estaremos a la sombra. Desde allí llamaré a Bull a ver si le falta mucho para llegar.

La mujer guardó la botella en la mochila de la cual ya pendían ambas cazadoras atadas a las asas. Tomó a los pequeños cada uno de una mano y siguió bajando la transitada carretera, dejando atrás el hospital del Meixueiro al que habían acudido esa mañana para una cita en oftalmología de ambos niños. No había una pizca de sombra, era uno de esos días de primavera en los que hacía mucho frío por la noche e incluso se mantenía donde no daba el sol, pero en cuanto éste calentaba, se podrían fácilmente hacer huevos con bacon sobre el asfalto. La mujer decidió atravesar la zona comercial de Puxeiros por los parking superiores. Aunque hubiese vehículos estacionados, había mucha menos gente con la que tropezar que si caminaban por la estrecha acera inferior que, además de paseantes, estaba atestada de defensas de coches aparcados que debían esquivar. Así, en cuanto pudo, soltó las manos de sus hijos para que caminasen delante de ella y se entretuviesen hablando un poquito de sus cosas.

El parking estaba acortado por una exposición de muebles artesanos. Había una gran carpa blanca resguardándolos del sol. Los distintos brillos de las maderas enseguida llamaron la atención de Susan. Paseó la mirada sólo por un instante por toda la exposición, las piezas estaban colocadas con mucho gusto. Había un abanico de colores, desde la clara madera de pino hasta los negros como el ébano. Todo tipo de muebles, algunos con cojines, otros con almohadillas sobre sus sillas con una excelente combinación de color; incluso el baúl sobre el que se habían sentado sus niños tenía un aspecto fabuloso.

—Vamos, pequeños, bajaos de ahí. Esto no es para sentarse —trató de animarles poniéndose ante ellos para sujetarlos de la mano.

—¿Y para qué es, mami?

—Es... para vender... —aclaró agradeciendo el instante de sombra sobre su cabeza.

—Pues cómpralo.

—Sí, la verdad es que es un baúl precioso. Me lo pensaré, ¿vale? Ahora tenemos que irnos.

—¿Señora! —Una muchacha vestida de azafata se acercaba mal encarada.

—¿Sí? Perdón, ya nos vamos... Es que... Perdóneme...

—Pues venga, saque a esos mocosos antes de que rayen algo...

—Oiga, no nos hable así, ya me estoy disculpando. Son niños, ¿vale? Se lo estaba explicando.

—Pues explíquese lo más deprisa, todavía los veo ahí...

—Será maleducada —murmuró girando la cabeza hacia los pequeños que se habían sentado de un modo tan inocente. Por mucha razón que tuviese la mujer, no podía soportar las malas maneras de algunas personas; pero no queriendo meterse en un lío, miró las caritas adoradas de sus hijos y les tendió las manos. Reprimiendo un sollozo por la repentina impotencia, añadió—. Tenemos que irnos.

—¿Qué sucede? —Un hombre moreno y alto se estaba acercando a ellos. Mientras se agachaba al lado del baúl, saludó—. ¡Hola!

—¡Hola! —contestaron ambos niños a la vez.

—Perdón. Ya nos vamos —aclaró Susan—. Espero que no hayamos estropeado nada. Lo siento muchísimo —se disculpó dejando de mirar al que parecía ser el superior de la azafata que seguía inmóvil golpeando con la suela del zapato sobre la moqueta.

—Ya estáis tardando... —replicó la muchacha uniformada a su espalda.

Susan se quedó quieta, agachada ante los niños, los pelos del flequillo le caían a ambos lados del rostro. Tenía los labios apretados y trataba de controlar el pequeño temblor de su mandíbula.

—Oye... —dijo el hombre girándose hacia su subordinada—. Yo me ocupo.

—Pero... —insistió la muchacha.

—Shh... —la acalló en un tono más alto—. Yo me ocupo. Déjanos solos.

Susan se dio cuenta de que la azafata se marchaba rabiosa. Si hubiese podido, le habría dado una patada en el culo antes de alejarse.

—Perdón, perdón de verdad, pero me ha sido imposible actuar de otra manera —se excusó Susan abochornada—. Sólo quería llegar al supermercado cuanto antes y al final...

—No pasa nada. Hace mucho calor.

—Mami, ¿me das agua?

—Voy. —Se sacó la mochila de la espalda y poniéndola en el suelo, ante sus pies, sacó la botella en la que apenas quedaban dos dedos de líquido—. Bebe un traguito y dale otro a tu hermano, ahora vamos a la compra —y dirigiéndose al encargado, añadió—. ¿Me permitiría un minuto más? Ahora que están aquí quietos... Sólo quiero hacer una llamada.

—¡Claro! Lo que necesite. Yo los vigilaré.

—No. No es necesario. No se moverán de ahí, sólo me aprovecharé de su paciencia.

—Sí, mujer, faltaría más... llame a quien tenga que llamar, yo estaré por aquí. —Dio media vuelta y se alejó hacia la caseta donde tenía lugar la firma de las compras. La azafata revoloteaba entre los distintos muebles haciendo tiempo, sin duda esperando su oportunidad para explicarse ante el encargado.

Susan sacó su teléfono y marcó un número, esperaba que le contestasen dando cortos paseos sin perder de vista a sus hijos. Ya estaba a punto de colgar cuando por fin su interlocutor contestó.

—¿Dónde estás?

—Hola, nena, estoy a punto de salir...

—¿¡A punto de salir!?! Bull, ¡casi es la una del mediodía! Los niños están asados, te dije que a las once y pico ya estaríamos listos. No tengo autobús hasta las dos.

—Oye, no las pagues conmigo. Estoy ocupado.

—No me mientas —siseó con los dientes apretados—. ¿Ocupado en qué?

—Susi...

—¡No me llames Susi! ¿Cuál es la tragaperras de la semana, Bull? ¿"La rueda de la fortuna" o "La isla del tesoro"?

—Vete a la mierda. —La comunicación se cortó.

Susan se quedó mirando el teléfono. Tragó saliva. Se esforzó por retener las lágrimas mientras lo guardaba en la mochila sin levantar la cabeza. Todavía no entendía cómo le había pedido ayuda. No entendía cómo se había engañado a sí misma pensando en que Bull les ayudaría cuando varios días antes le había pedido el coche para llevar a ambos niños al médico. No. No le dejaría el coche, pero aseguró que la acompañaría encantado a la revisión, al fin y al cabo, bien podrían ser sus hijos. Al día siguiente, las tornas habían cambiado, ya no podía llevarles por cuestiones de un inoportuno trabajo de última hora, pero se escabulliría para ir a buscarles tras la cita médica. Y ella incluso lo había creído.

Sus hijos estaban muy callados, se giró a la velocidad del rayo y los vio, estaban comiendo gusanitos de un plato de plástico que el encargado sujetaba entre ambos. De pronto sintió un peso terrible sobre sus hombros y un nudo en el estómago. Abrumada por su carga, se separó de ellos, se metió entre dos furgonetas grandes y empezó a llorar. No podía creerlo. No podía pensarlo, no podía. Si lo hacía se desmoronaría. Y ella debía ser fuerte. Las madres siempre son fuertes. Al fin y al cabo, estaba llevando adelante su decisión. Se serenó lo mejor que pudo, dio media vuelta para volver junto a los niños, todavía tenían que caminar hasta la parada del autobús.

El encargado de la tienda se enderezó en cuanto ella se acercó. Le señaló la caseta y, en voz baja, le recomendó que fuese a refrescarse al cuarto de baño.

Susan se quedó mirándolo, iba a negarse, quería negarse, pero también quería lavarse la cara. Faltaban más de dos horas para llegar a casa. Miró de nuevo hacia sus hijos, no se había fijado en que tenían una botella de agua cada uno.

—Yo los cuidaré, estarán bien. Vaya al lavabo tranquila.

—Será sólo un minuto.

—Los que necesite —aclaró el encargado comprensivo.

A medida que se acercaba, se dio cuenta de que la brusca azafata se movía entre los muebles expuestos en dirección opuesta para no cruzarse con ella. Vio que no era la única, había dos empleadas más y otro hombre, también vestido como ellas, con chaleco y pantalón azules.

—Buenos días —saludó Susan al pasar por ellos.

—Buenos días, pase por favor. —La acompañó una de las azafatas hacia el interior—. Ahí está el lavabo, si necesita algo, dígamelo.

—Gracias, muchas gracias —contestó Susan ante la consideración de la muchacha.

—Nada que agradecer.

Susan soltó la mochila a un lado. Era un cuarto de baño pequeño y básico, pero estaba perfectamente limpio y recogido. Se refrescó apresurada, tratando de no pensar en nada, quería marcharse cuanto antes, empezaba a sentir las primeras palpitaciones de lo que parecía ser una migraña inminente. Rebuscó en la mochila por si tenía alguna pastilla en alguno de los bolsillos interiores ya que por falta de espacio no había podido poner su neceser. Con un leve lamento empezó a recoger de nuevo, no tenía ningún comprimido. Cerró los ojos un instante. Inspiró profundamente, se masajeó las sienes y las cervicales. Reprimiendo un sollozo, volvió a colocar su carga en la espalda para salir a por sus hijos.

—Muchas gracias, de verdad —volvió a decir a la mujer que paseaba entre los muebles y le sonreía comprensiva—. Voy a por mis hijos. Gracias por todo.

A medida que se acercaba, vio que el encargado ya no estaba con ellos, otra

de las azafatas los acompañaba.

—Niños, tenemos que irnos, ya hemos molestado bastante... —Los pequeños miraron a su madre, estaban más tranquilos y menos colorados, sin duda la sombra les había sentado bien. Se giró hacia la empleada que los vigilaba—. Muchísimas gracias por todo, ¿y el encargado? Quería darle las gracias.

—¿El encargado? —La mujer la miró extrañada—. ¡Ah! Se refiere al señor Rocha... Fue a por el coche.

—¡Vaya! Siento la confusión, pero por favor, transmítale mi agradecimiento. Han sido todos muy amables. Viene clientela, tenemos que irnos...

—Pero...

Susan sujetó a ambos niños para hacerles levantar, ya habían abusado bastante de la ayuda de esas personas, si se quedaban allí, podrían crearles problemas.

—Pero... No... Esperen... —Insistía la azafata tratando de retenerla.

—Gracias, gracias... Nos vamos —repitió sacando a sus hijos de la sombra.

Un coche grande de color azul eléctrico se paró a su lado.

—¿Dónde va? ¿No le han dicho que me esperara? —preguntó el hombre bajándose del coche.

—¡Ah! Sí... —Susan miró a la mujer que estaba unos pasos detrás de ella—. Sí, por supuesto que me lo dijo, pero no queremos molestar... Quisiera agradecerle su ayuda. Ella me ha dicho que usted es el señor Rocha.

—Sí, y no molestaron en absoluto. Vamos, yo los llevaré a casa. Yo también me voy.

—¿Ahora? —Susan recorrió la exposición de muebles con la mirada. Había varias personas observando, toqueteando y probando. Si venía más clientela las tres azafatas y el otro dependiente no darían abasto.

—Sí, ahora, vamos. ¿Ha dicho que vivían en Meira, no?

—¿Nosotros? Sí, en Meira, pero yo no se lo he dicho —dudó un instante—. ¿O sí?

—Bueno, sea como sea, vamos en la misma dirección. Venga, arriba. —Abrió las puertas con resolución para que tanto ella como los niños se acomodasen.

—Yo puedo ir detrás con ellos —ofreció viendo que carecía de sillitas de seguridad.

—Iré muy despacio, les pondré los cinturones de seguridad y ellos no se moverán. ¿Verdad?

Para la sorpresa de su madre, ambos niños sonrieron muy tranquilos asegurando que se aportarían bien.

—Está bien. Vayamos pues. Muchas gracias y perdón por todas las molestias —claudicó con cansancio.

—Esto no es nada. ¿Lista?

—Sí, gracias.

—Deje de darme las gracias. ¿Cómo se llama?

—Soy Susan.

—Bonito nombre, yo soy Alex, señor Rocha suena demasiado duro.

—Ya, ¿Alex de Alejandro?

—No. Alex de Alexio.

—Alexio... Qué bonito... —murmuró en voz muy baja. Giró la cabeza en dirección a sus hijos, ambos hacían juegos de manos y cuchicheaban entre ellos—. Bien sentaditos, ¿entendido?

—Sí, mamá...

—Se están portando muy bien, no se preocupe.

—Ya.

—Menudo calor, ¿verdad?

—Y que lo diga... Esta mañana, cuando salimos de casa, todavía hacía frío y ahora... mírenos, nos sobra todo.

—Sí, siempre sucede igual. ¿A qué hora salieron de casa?

—Poco más tarde de las siete. Teníamos que bajar al autobús y después tomar otro en el centro y bueno... Llegar puntuales casi para primera hora.

—Ya, pues no me extraña que tuviesen frío.

Alex conducía despacio, mirando los retrovisores constantemente, sin que la serenidad desapareciese de su rostro por un instante. Susan se había fijado en que respetaba la distancia de seguridad y si un vehículo se colocaba delante, frenaba con tranquilidad hasta volver a conseguirla. Bull, en su lugar, habría maldecido y despotricado contra el conductor, haciendo sonar el claxon y dándole luces a la vez que se pegaba a él hasta adelantarlo y dejarlo atrás. Mostrando de ese modo al pobre imbécil la manera correcta de comportarse en la carretera. Así seguido, constantemente, sin pensar en los demás, ni en ella ni nadie más que en sí mismo y en tener la razón.

En cuanto estuvieron sobre el puente de Rande, Susan se relajó contra el respaldo de su asiento. Los niños se estaban portando de maravilla, la sensación de calor excesivo estaba desapareciendo, Alexio había puesto música y verlo conducir de una forma tan responsable la serenó.

—La persona a la que llamó antes por teléfono, ¿era su marido?

—No. Yo no tengo marido. Es sólo un amigo o conocido... No lo sé... Ni siquiera lo sé... —murmuró para sí misma.

—¿Es su pareja?

—No. No —aseguró—. Lo fuimos... Hace años... —giró la cabeza hacia el asiento trasero—. Pero en cuanto me quedé embarazada... En fin...

—¡Oh! Entonces... —No continuó, lo había entendido—. Hace mucho de eso, ¿no? ¿Cuántos años tienen?

—Tres.

—Habrá sido duro.

—¿Duro? —repitió sorprendida por la pregunta. Los ojos de Susan se

llenaron de lágrimas. «¿Duro?» Pensó. «Ha sido durísimo». Apretó de nuevo la mandíbula y giró la cabeza para ver por la ventanilla. No pudo contestarle.

—Hay preciosas vistas por esta zona —apreció Alex.

—Sí, eso dicen.

—¿No opina usted lo mismo?

—Una vez, antes de estar embarazada, fui a una boda de unos amigos; era en Bayona, ¿sabe usted dónde es, verdad? —Ante la afirmación de él continuó hablando—. Yo volví a mi casa después de la tarta. La verdad es que no tenía ganas de celebraciones, pero acudí por mis amigos, los novios. En fin, que en cuanto pude, me disculpé y me fui. Serían las siete de la tarde, yo conducía por carretera, no había mucho tráfico aunque fuese un sábado de una tarde de verano. Todavía era de día, pero lloviznaba. Paré para hacer un descanso, me dolía muchísimo la cabeza... en fin —continuó sin querer profundizar pero a la vez con la necesidad de seguir contándolo—. Salí del coche y el maravilloso sabor del mar llegó a mí. La belleza del agua batiendo contra las piedras y deshaciéndose en espuma me dejó anonadada. En algún momento me deshice de mis zapatos de fiesta y descendí. Estuve horas allí. Empezaba a anochecer cuando volví a mi coche. Estaba pegajosa por la salitre y húmeda por las salpicaduras, pero estaba en paz. Realmente en paz —repitió para sí misma—. Fue lo mejor de ese día. Desde entonces, cada vez que me ha coincidido pasar, he parado un ratito.

—¿Cuánto hace de la última vez?

—Más de tres años.

—Eso es mucho tiempo.

—Depende del punto de vista... —Se giró hacia sus pequeños y los vio dormiditos y acurrucados uno contra otro, con las cabecitas en posturas impensables y los rostros serenos.

—Muy cierto... —susurró Alex con una sonrisa—. ¿Por qué no nos tuteamos?

—No creo que sea buena idea.

—¡Qué curioso! Yo creo que sí.

Susan ofreció una pequeña sonrisa.

—Creo que usted no es el encargado que yo creía, es el dueño, ¿no es cierto?

—¿Y qué si lo soy?

—Ya. Bien, puede tutearme si lo desea. Le agradezco mucho que haya permitido que mis niños se hayan sentado en su preciosísimo baúl de madera, pero la verdad es que usted me está haciendo un grandísimo favor trayéndome a casa y ni siquiera sé cómo voy a pagarlo. Bien, casi hemos llegado, pare donde pueda.

—¿Cuál es la casa? —preguntó mirando la hilera de coches aparcados a ambos lados de la carretera.

—Es más arriba, subiremos andando.

—¿Está de coña? ¡Vamos! ¿Va a despertarles ahora? ¿Con este calor les va a hacer salir del coche?

—Es que...

—Venga, ¿a la derecha? ¿Subo por aquí? —insistió mirando la estrecha calle que se abría al lado de una antigua casa de piedra.

—Derecha, todo hacia arriba y a la derecha...

—Bien.

Poco después le indicó una entrada que había en un pequeño terreno con un viejo cercado de piedra. Centrada en la pequeña finca, una casita de planta baja que parecía haber sido sacada de un cuento. Era totalmente simétrica. Una puerta de aluminio en el centro y una ventana a cada lado. Alex aparcó el coche y ambos salieron cerrando las puertas con cuidado.

—Vamos, yo llevaré a los niños.

—¿Qué? ¿Usted?

—Sí. Déjelos descansar un poco más, están molidos.

—Sí, supongo que será lo mejor.

—Ayúdeme a quitarlos del coche, póngame uno en cada brazo y después abra la puerta; yo la seguiré.

Susan en ese momento aceptó la ayuda con una extraña sensación de naturalidad. Cogió a uno de los pequeños y le colocó la cabeza sobre el hombro izquierdo, el pequeñín se desparramó confiado y siguió durmiendo, su hermano hizo exactamente lo mismo. Susan caminó delante, abrió la puerta y lo condujo por un pequeño pasillo hasta un cuarto con una cama grande y una barrera a cada lado. Ella le cogió uno de los niños, él tomó al otro con suavidad y lo tendió sobre la cama.

—Ahí está el baño por si quiere refrescarse o asearse —susurró saliendo al pasillo con él—. ¡Oh! Le han manchado la camisa. Voy a por algo para limpiarla.

—Sólo es saliva —aseguró Alex quitándole importancia—. Voy a lavar las manos, eso sí, después de estar en la exposición y conducir... En fin...

—Ya. Estaré en la cocina. —Se giró y lo dejó sólo.

Soltó por fin la mochila sobre una de las sillas y buscó su billetera. La abrió y se quedó mirando los dos únicos billetes de cinco euros que había en el interior. Con un nudo en la garganta sacó ambos y se giró en dirección al hombre que entraba en la cocina.

—¿Qué hace? ¿Va a pagarme? Yo no soy taxista.

—Sé que es muy poco... Pero en este momento... Por favor, cójalo, yo...

—Le he dicho que no soy taxista. Invíteme a un café. Todavía no he tomado café, así estaremos en paz.

—¿Está de broma?

—No.

Susan se quedó mirándolo durante un momento.

—Sólo tengo descafeinado.

—Genial.

—Está bien —claudicó—. Voy a preparar la cafetera.

Alex advirtió como aumentaba la confianza en sus movimientos a medida que transcurrían los minutos.

—Eche un vistazo, si le gustan las vistas, podemos tomarlo fuera. Yo necesito asearme un poco.

—Entiendo, yo atenderé la cafetera.

—¿Usted? ¿Sabe cómo se hace? —preguntó sonriendo al fin.

—Bueno, muy complicado no parece. Venga, vaya a ducharse.

Ella lo miró de nuevo. Justo era eso lo que en realidad quería hacer, pero no se hubiera atrevido a dejarlo a solas en su casa, con sus hijos y ella misma desnuda en la ducha. En cambio, parecía tan tranquilo y seguro que, tras el ofrecimiento, las dudas se disiparon solas.

Entró en el cuarto de baño con la ropa limpia. Lo habitual para ella era ducharse y después vestirse en su cuarto con tranquilidad. Sus hijos estaban acostumbrados a verla desnuda caminando por la casa, pero en ese momento se lo llevó todo con ella.

Apenas habían pasado cinco minutos cuando salió cambiada y con los cabellos enroscados en una toalla blanca.

Alex estaba apoyado en el coche, mirando hacia la enorme playa que había más abajo y pensando en los acantilados de Bayona.

—¿Qué le parecen las vistas?

Se giró tras la pregunta, Susan estaba en la puerta de la casa con una camiseta y un chándal gris ceñido a su cintura. Todo su pelo negro había desaparecido bajo una toalla y asomaban sus pies descalzos con las uñas pintadas de color rosa. Volvió a mirar hacia la playa.

—Preciosas.

—Bien, sacaré dos sillas.

—Yo lo haré, Susan, usted sirva el café.

—Vale, gracias —aceptó agarrando dos tazas grandes para llenarlas—. ¿Cuánto azúcar quiere?

—Yo no tomo azúcar, gracias.

—Bien, estupendo, más fácil y más sano.

—Vamos —le tomó ambas tazas de la mano—. He puesto las sillas a la sombra.

—Gracias —caminó delante de él y se sentó, Alex la imitó, le dio una de las tazas y se llevó la suya a la boca.

—¿A qué se dedica, Susan?

—Pues me temo que soy una de las pocas costureras de pueblo que quedan. Hago arreglos, cortinas, alguna ropa... En fin, poca cosa, y cada vez menos.

—¿Menos?

—Sí. Quiero decir que con los precios de la ropa ya casi no se cambian cremalleras, ni se hacen faldas o chaquetas a medida. Si se me rompe la cremallera y me cuesta cambiarla cinco euros, en muchos sitios por cinco euros más se compra un pantalón nuevo; y así con todo...

—Entiendo.

—Sí. Bueno, en cuanto los peques empiecen en el cole, me buscaré un trabajo de verdad. Mientras, me voy apañando.

—Ya...

—Y usted, Alexio, ¿a qué se dedica?

—Pues... —Se quedó pensando en la forma de ella de pronunciar su nombre, todo el mundo le llamaba Alex—. Pues... Depende. Me gusta lo de los muebles, pero más que venderlos sueño con restaurarlos, hacerlos, darles forma... No sé... Sonará raro, pero me encantaría ser parte de una fase más básica.

—No tiene nada de raro, yo creo que es maravilloso trabajar con las manos.

—Gracias —dijo sinceramente. Sus pocos amigos se habían partido de risa cada vez que él, ilusionado, les había expuesto la idea. Ninguno de ellos confiaba en que pudiese sustituir uno de sus caros trajes hecho a medida por una funda de carpintero—. Y dime, ¿qué te ha parecido la exposición de hoy?

—Pues...

—Vamos, no te cortes... —la animó al ver el titubeo que mostraba.

—A ver... Las sillas y los bancos de madera siempre me han gustado mucho, pero me parecen fríos. No sé, es mi opinión. A mí, supongo que como costurera, claro, me van las telas; los tapizados, los acolchados, los forros... ¿Sabes? Perdón... —Se quedó en silencio al darse cuenta de que lo había tuteado.

—Por favor, Susan, sigue hablando.

—Perdón... —repitió. Se sentía tan cómoda charlando con él que lo había tuteado a pesar de que no tenía intención de hacerlo—. Me gustan las combinaciones, los opuestos... A ver: el helado y el café caliente, la madera y el acolchado mullido de una buena espuma... Unas preciosas patas de madera en forma de araña sin cubrir al completo por un bonito mantel de un color neutro... No sé, me refería a eso...

—¡Caramba! Me serías de gran ayuda. Pareces saber de lo que hablas.

—¡Oh! No. Sólo es mi punto de vista. Supongo que cada uno tiene el suyo.

—Mami...

—Se acabó la tranquilidad —susurró—. ¡Ya voy cariño!

El pequeño venía caminando por el pasillo, frotándose los ojos, Alex lo vio y le tendió la mano y Susan vio cómo su hijito se dejaba caer confiado sobre el brazo de su reciente amigo.

—Hola, Leo, ¿verdad? ¿A que he acertado? ¿Has dormido bien?

—Sí —contestó el pequeño riendo.

—Mami...

—Voy amor...

Apenas se había levantado con la taza en la mano para ir junto a su otro pequeño ya lo vio en la puerta, mirando tanto a Alex como a su hermano. A Falco siempre le había costado mucho relacionarse con los demás. No se despegaba de su hermano ni de su madre. Alex pasó a Leo al brazo derecho y

le tendió la otra mano al niño.

—Ven, Falco, éste brazo es para ti.

Los ojos de Susan se llenaron de lágrimas al ver como su pequeño hijito daba tres confiados pasos y se dejaba recoger por Alexio quien, ciñéndolo por la cintura, lo subió a su rodilla.

—¿Que tal la siesta, Falco? ¿Te hemos despertado?

—No. Fue Leo.

—¡Oh! ¡Vaya! Pero qué pillín. No has dejado dormir a tu hermano.

—Voy a prepararles algo de comer. Querrás irte. Serán las tantas.

—No. Yo no tengo prisa. Prepara la comida, yo me quedo con ellos.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Susan acarició las risueñas caritas de sus hijos y entró en la cocina. Sacó una cazuela que tenía en la nevera con una crema de verduras ya preparada y la puso sobre el hornillo. Buscó un cuenco para cada uno y lo colocó todo sobre la mesa junto con una cuchara y una servilleta. Sacó unos yogures de la nevera para que los tomasen de postre no muy fríos. Sonreía removiendo la cacerola mientras le llegaban del exterior las risas de sus hijos. En cuanto la comida llegó a la temperatura adecuada, sirvió crema en los cuencos de ambos niños; la otra la dejó calentarse bien para ella y su invitado.

—¡Chicos! Esto ya está.

—Venga, niños, mamá ha llamado.

Los pequeños entraron corriendo hasta el cuarto de baño, se lavaron las manos y volvieron todavía sonrientes a la cocina.

—¿Qué hay de comer, mamá? —preguntaron.

—Crema de verduras.

—Ummmm... —Los pequeños inspiraron satisfechos. Ocuparon su lugar y esperaron mirando alternativamente a su madre y al cuenco que tenían ante

ellos.

—Alexio, es una crema de verduras, ¿querría comer con nosotros?

—¿Crema de verduras? Mi favorita. Muchas gracias. Lavaré las manos.

Susan lo esperaba apoyada en la cocina, lo vio entrar sonriendo y no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Venga, siéntese aquí —pidió moviendo una silla.

—¿Que ha pasado? Antes nos tuteábamos.

—Bueno, fue sin querer... Pero ya le he dicho que usted puede...

—Lo recuerdo, lo recuerdo...

—Bien, gracias. Permítame que le sirva. —Agarró el cucharón y lo volcó en su cuenco. Cuando iba a por el segundo, él la detuvo.

—Después más, ahora sírvete tú y a los niños.

—Ellos están servidos... —consiguió decir con un nudo en la garganta, no le gustaba ser un libro abierto. Se sirvió medio cucharón en su cuenco y sonriendo a sus niños, los animó—. ¡A comer!

Alex la miraba de reojo, la mujer parecía agotada, en cambio cada vez que se dirigía a sus hijos lo hacía con una sonrisa. La vida de madre soltera no debía ser nada fácil. En su familia no había niños pequeños. Él solo tenía una hermana menor, Daniela, y no parecía muy interesada en tenerlos. Cada vez que se quedaba con su ahijada haciendo de canguro para su mejor amiga, volvía rendida. Aprovechando para recordar a todo aquel que esperaba que ella continuase con el apellido que los mocosos no eran lo suyo. Y eso que la pequeña Eli era un sol de criatura.

Otras veces escuchaba las conversaciones de sus empleados con hijos que cada día traían al trabajo una anécdota diferente: una noche de mocos, otra noche de tos, otra con diarrea... ¿Cómo lo haría Susan? ¿Cómo era ser uno solo para todo? Y con toda probabilidad, con lo justo. Sus empleados cobraban un buen sueldo, no creía que tuviesen problemas de dinero, pero ella... Con la clase de trabajo que tenía... ¿Cómo lo haría?

Siguió comiendo despacio y mirando a ambos niños. Se estaban

comportando asombrosamente bien. En cuanto vaciaron los cuencos esperaron tranquilos a que su madre se dirigiese a ellos. Susan removía de un lado a otro lo poco que le quedaba, casi seguro que haciendo tiempo hasta que él acabase.

—¡Caramba! ¡Estoy a tope! ¡Qué rico estaba!

Ambos niños lo miraron muy contentos, obviamente compartían su punto de vista.

—¿Un poco más? —preguntó Susan avergonzada.

—¡Que va!

—Vale.

Susan recogió la cazuela para encima de la cocina. Alex se levantó detrás, retiró su cuenco y el de ella para el fregadero, y observó cómo también ambos niños recogían cada uno lo suyo mientras su madre les ponía un yogur sobre la mesa con su correspondiente cuchara.

—¿Quiere un yogur? Hoy no tenemos mucho más para ofrecer de postre.

—No, no gracias. Solo, si queda, un café, media tacita.

—Sí, haremos más.

Y mientras preparaba la cafetera de nuevo, sintió una pequeña punzada en la sien.

Los pequeños acabaron el postre, recogieron los envases y pidieron permiso para ir a jugar al salón. Los adultos se quedaron a solas, Susan se puso en pie y preparó otras dos tazas para café.

—No sabía que los niños pequeños pudiesen ser tan educados. Algunas veces me ha coincidido ir a algún restaurante y andan por todas partes: gritando, tropezando y llorando.

—Sí, antes de tener a los míos, a mí también me molestaba mucho.

—¿Podemos tomarlo fuera de nuevo? —A él le parecía que ella estaba allí mucho más cómoda que en la pequeña cocina. Ante el afirmativo gesto de cabeza, repuso—. Bien, sacaré las sillas.

—Bien —repitió ella aliviada.

Susan no quería ser descortés con su invitado, pero estaba agotada. Su situación personal y económica pesaba, a cada minuto que él estaba allí con ella, mucho más sobre sus hombros.

Alex se quedó fuera esperando oír el silbido de la cafetera para entrar y ayudarla. Sabía que ella no estaba cómoda con su presencia, pero su curiosidad no le permitía marcharse sin más. ¿Cómo lo haría?

Escuchó cómo el agua en ebullición gorjeaba en la cafetera y entró a por las tazas de café.

CAPITULO II

—¿¿De quién mierda será ese coche?? ¿Dónde coño aparco yo ahora? ¡A la mierda! Se lo dejo aquí, bien pegadito, cuando quiera salir, que se joda y que espere... —hablaba consigo mismo mientras aparcaba en la entrada bien atravesado detrás del Audi azul. Salió del vehículo silbando—. ¿Pero qué coño...? ¿Quién es éste? —preguntó a Susan que estaba sentada tomando café al lado de Alex.

—Es un amigo.

—Buenas tardes —saludó Alex poniéndose en pie y tendiéndole la mano.

—Ya... Sí... —dijo sin sacar las manos de los bolsillos y sin corresponder al saludo—. ¡Niños!

—¡¡Bull!! —Los pequeños salieron corriendo muy sonrientes, Leo se agarró a una pierna del recién llegado, Falco se quedó en pie al lado de Alex.

Susan se quedó sin aliento. No se esperaba esa reacción en el niño. Nunca había ido corriendo del mismo modo que Leo, pero tampoco antes había tomado parte por alguien como acababa de hacerlo.

—¿Y tú Falco? ¿No vienes a saludar a Bull?

El pequeño negó con la cabeza. Leo se apartó del hombre al percibir la tensión y retrocedió hasta el lado de su hermano; las sonrisas de ambos habían desaparecido.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el recién llegado a Susan muy enfadado.

—No lo sé. ¿Qué crees tú que pasa aquí? —contestó con cansancio—. Alexio, por favor ¿podrías entrar a que los niños te enseñen la casa?

—Será un placer. Niños, ¿me enseñáis a qué habéis estado jugando?

Los pequeños, ilusionados ante el cambio de perspectiva, tiraron de Alex hacia dentro de la vivienda.

Bull los vio entrar. Aliviado tras quedar a solas, cambió de táctica.

—Susi, perdona, es que no me encendía el coche.

—Ya, Bull. Estoy harta de tus cuentos. Sabía que era un error pedirte un favor, ahora estoy segura de que no volverá a suceder. Y no me llames Susi.

—¿Qué quieres que haga para que me perdones?

—Esto no funciona así y lo sabes. Con que me hubieses prestado el coche habría sido suficiente. Tenía que ir al médico con los dos, joder, no a pasar la tarde en el parque.

—Yo no tengo la culpa de que estés sin coche.

—Pero sí que te gusta fanfarronear por ahí de que estamos de nuevo juntos y que nos estás manteniendo. Y no es cierto, ni lo uno ni lo otro. Y todo por haberte pedido un favor, un estúpido favor. ¿Cierto? —enfadada, hablaba cada vez más alto—. No te preocupes. No te volveré a molestar.

—A ver si es verdad y me dejas en paz de una puta vez —terminó alteando la voz.

Alex dejó a ambos niños jugando en el saloncito y salió a la puerta. Bull estaba inclinado sobre Susan, esperando claramente un movimiento de la mujer para imponerse por completo. En cuanto vio al desconocido a un paso de él, todo su cuerpo se tensó, alejándose al instante.

—¿Y tú qué mierda quieres?

—Depende, ¿qué hay?

—Hostias como panes.

—Ja, ja, ja... —Alex soltó una carcajada de lo más natural, como si la idea le pareciese completamente ridícula—. Vamos, te acompañaré a tu coche.

—No necesito compañía, piérdete, imbécil.

—O te largas, o ella llamará a la policía. Escoge.

—Ella no hará nada —la confianza en sus palabras era absoluta.

—Hoy sí —aseguró él.

Susan se levantó y se colocó al lado de Alex para darle la razón y así lograr

que Bull desapareciese.

—Así que esas tenemos... Pronto vendrás a pedir otro favor... —Señaló a ambos con la huesuda mano abierta—. Puta, más que puta. En cuanto te pille a solas, verás...

La valentía de Susan había desaparecido, intentó escabullirse, pero Alex la sujetó por la cintura pegándola a él con fuerza.

—Aguanta. No le des la espalda —susurró—. Espera a que se vaya.

Bull entró en su coche dando un portazo, arrancó y empezó a presionar el claxon insistentemente. Alex sintió cómo Susan, a su lado, bajaba la cabeza. Entonces Bull, sin dejar de pitar, empezó a acelerar el coche sin embragarlo. El horrible sonido ronco y los petardeos del tubo de escape provocaron que la mujer se llevase las manos a las sienes, doblándose sobre sí misma.

Alex adelantó su cuerpo para interponerse entre el ruido y ella. Se agachó, pasó una mano bajo sus rodillas y otra por su espalda y se giró para caminar hacia dentro de la casa. Fue entonces cuando vio a ambos niños, aterrados, con los ojos desorbitados y las manitas en las orejas lo miraban asustadísimos.

—Entrad en casa, niños, es como una tormenta.

—Mami... —Lloraban los pequeños al ver lo que sufría su madre a causa del ruido.

—Esto no es nada, tranquilos. Yo la ayudaré. Preparad otro juego que ahora voy.

Entró con ella todavía en brazos en el cuarto que los peques antes habían señalado como de su mamá, la tendió en la cama, cerró la ventana para amortiguar el ruido y le colocó la almohada sobre la cabeza.

—Ahora vuelvo... —Salió corriendo de la casa. Estaba furioso. El ruido, además de interminable, era ensordecedor. Le dio tiempo a ver claramente la sonrisa de Bull cuando por fin arrancó mostrándole el dedo corazón por la ventanilla—. Hijo de puta... —maldijo impotente en voz alta.

Entró en la casa, cerró la puerta y pasó la llave. Fue directo al cuarto de ella, Susan lloraba encogida apretando la almohada alrededor de la cabeza.

—¿Qué puedo hacer? ¿Cómo te puedo ayudar?

—Persiana... —gruñó con los ojos cerrados.

—Claro, cómo no me he dado cuenta —balbuceó.

La oscuridad reinó de pronto en el cuarto, sólo se oían los lamentos de ella y las vocecitas infantiles en el saloncito.

—Voy a llamar a una ambulancia.

—¡No! —gritó de pronto levantando la cabeza—. Se me pasará. Tengo pastillas...

—Pero no puedes estar así.

—Mis hijos... —lo interrumpió—. Servicios sociales... ¡No puedo! ¡Dios!
—Le iba a estallar la cabeza.

—¿Dónde están las pastillas?

—Primer cajón... amarillas... —señaló con el tembloroso dedo índice.

Alex se agachó ante la mesita y las buscó con la ayuda de la linterna del teléfono móvil, hasta que las encontró.

—¿Cuántas?

—Dos...

—Toma, pon la mano, voy a por agua.

Susan se las tomó sin esperarlo, en cuanto volvió con un vaso, le dio dos tragos casi sin incorporarse.

—Intenta relajarte y dormir, yo atenderé a los niños. Pero si no estás mejor en dos horas, irás al médico.

Alex salió del cuarto cerrando la puerta. La había dejado llorando de dolor. Pero tenía que hacerlo, no quería que su proximidad la mantuviese en tensión. Caminó de un lado a otro por el corto pasillo sin saber muy bien cuál sería el segundo paso. Entró en la cocina recogida, echó de menos las dos sillas que habían quedado fuera. Abrió despacio la puerta de casa, las metió dentro sin hacer ruido y volvió a pasar la llave en la cerradura. Inspirando con fuerza y

todavía indeciso decidió abrir la puerta de la sala, quería ver a los niños, debía asegurarse de que estaban bien.

—¡Hola, chicos!

—Hola, ¿cómo está mamá?

—Mejor, la he dejado descansando. Hablaremos bajito, ¿vale?, para no molestarla —ambos niños asintieron con complicidad—. Así que a mamá le molestan los ruidos fuertes... ¿Pasa esto de hoy muchas veces? ¿Hay ruidos fuertes por aquí?

—A veces Bull le grita... —susurró Falco.

—¡Vaya! Pues lo siento mucho. Con lo bonito que es hablar con voz suave.

—Sí, mamá siempre lo dice... —añadió Leo.

—Bueno, ¿tenéis hambre?

—Nooo... —respondieron los dos a un tiempo.

—Vale, creo que voy a ver lo que hay para cenar —dijo a la vez que se levantaba del sofá al ver que los pequeños volvían a su juego—. Será mejor que llame a mi hermana —murmuró en el pasillo.

—Hola, Dani, ¿tienes un momento?

—¡Claro! ¿Qué te pasa?

—Verás, estoy cuidando al hijito de una amiga...

—¿Tú...? —La burla implícita en la interrupción de su hermana lo molestó, pero la pasó por alto. No tenía confianza con nadie más al que hacer las preguntas que le preocupaban. De pronto se había visto queriendo ayudar a Susan pero sin saber cómo hacerlo.

—Sí, yo. Escucha, no tengo mucho tiempo, ¿sabes tú qué podría darles de cenar? Tienen tres añitos.

—¿Pero cuántos niños son?

—Son dos, mellizos o gemelos, no sé. Son dos.

—A ver, yo no tengo ni idea... cada vez que voy a cuidar a Eli, África me deja todo preparado. Ella hace cenas muy sencillitas, como una pasta con tomate o atún o un arroz blanco con huevos o trocitos de queso. ¿Quieres que la llame? ¿Quieres que vaya a ayudarte? —La voz de su hermana había cambiado, ya no se burlaba, estaba ofreciéndole su ayuda de la única manera que sabía.

—No, en principio no necesito ayuda, los niños son muy tranquilitos.

—¿Vas a acostarles tú?

—Pues... Aún no lo sé —dijo mirando la puerta cerrada del dormitorio de Susan—. Pero es muy probable que sí.

—¿Qué le ha pasado a la madre?

—Está tirada en su cama, a oscuras, muerta de dolor...

—¿Migrañas...?

—Eso me ha parecido.

—Vale, si quieres que te ayude sólo tienes que llamarme. Bien, una cosa más que sí recuerdo: cuando mi ahijada era pequeña, África no nos dejaba ir a visitarlas fuera de hora, decía que se alteraba si llegaban visitas después de bañarla. Supongo que tu amiga los acostará temprano ya que son muy pequeños. Así que te recomiendo que, para que no te tome de sorpresa su sueño o su apetito, prepares lo que les vayas a dar de cenar con tiempo de sobra; de manera que sólo tengas que servirlo o calentarlo un minuto. Y sobre las siete de la tarde tendrás que lavarles.

—¿Lavarles?

—¡Claro! Una duchita rápida será suficiente.

—Ah, vale, entiendo.

—Y después el pijama y, en cuanto tengan hambre, la cena estará lista, ¿lo has entendido?

—Perfectamente.

—Vale, por favor, si tienes algún problema, llámame, a la hora que sea y cuida de la pobre mujer.

—Lo haré. Gracias, Dani.

—De nada, Alex; hasta después, suerte.

Mucho más tranquilo tras la conversación con su hermana, entró en la cocina y empezó a rebuscar por las diferentes alacenas y dentro de la nevera. Al final decidió hacer un arroz en blanco con atún y tomate. Rico y sencillo.

Tratando de no hacer ruido, empezó con la elaboración del arroz, tal como le había dicho su hermana, debía estar prevenido. Añadir el atún y el tomate era cuestión del último minuto y según las preferencias de ambos niños.

Los niños... Le sorprendió que todavía estuviesen jugando juntos y haciendo muy poco ruido. Se acercó a la puerta del dormitorio de Susan, pegó la oreja, no se oía nada. «Bien, al menos, tampoco está llorando». Pensó.

Volvió a la cocina, quería tener todo lo de la cena a punto para poder pasar un ratito jugando con los niños antes de lavarlos. Quería conocerles mejor. Cuanto más tratase con ellos, más fácil sería ayudarles.

La pantalla de su teléfono se iluminó, lo miró con sorpresa, era un mensaje de Krysta, lo tomó en la mano y lo leyó con avidez:

“¿Te gustaría quedar?”

Alex se quedó pasmado mirando su teléfono. Se dio cuenta de que durante ese día no había pensado en la rubia explosiva ni una sola vez. Aburrido tras sus constantes calabazas, hacía ya varios días que había dejado de comunicarse con ella.

“Hola. No, gracias”

Respondió con brevedad a la mujer que seguía en línea, dejó el teléfono para mirar la cocina.

El teléfono se iluminó de nuevo. Alex siguió mirando el arroz, no le faltaba mucho. Lo apagó y lo dejó en la cazuela, con un par de minutos de reposo estaría perfecto. El teléfono se volvió a iluminar. La mujer le había mandado una carcajada y después, al ver que él no contestaba, una pequeña explicación:

“Te has picado porque no he querido quedar antes, pero no era por ti, era por mí. No podía, me era imposible. Aunque me apetecía mucho. ¿A qué hora me recoges?”.

El que se rió entonces fue él. La insolencia de la mujer lo sorprendió.

Krysta estaba muy buena, una exquisita belleza nórdica: delgada, alta, grandes pechos y hasta hace poco, creía que una reina en el juego de la provocación y la seducción. Pero no. Sólo era una preciosa rubia que creía poder conseguir todo aquello que deseaba y era además la relaciones públicas que había contratado para un importante proyecto europeo en el que se había involucrado recientemente. Krysta hablaba varios idiomas, alemán, italiano, inglés y ruso y su sonrisa y su soltura lo habían encandilado desde el primer día. Fuera del despacho, había tratado de quedar con ella innumerables veces; la mujer le daba una de cal y otra de arena; sin desanimarlo, se negaba tácitamente a quedar con él. Por ello, Alex, al final se había cansado. Tras un mes de insistir, dejó de comunicarse con ella fuera del trabajo. Limitó su contacto sólo al ambiente laboral original por el cual la había contratado. En ese momento reconoció con asombro que ya no tenía ningún interés en ella.

“No voy a quedar contigo. Pero gracias por el ofrecimiento.”.

Supuso que con eso sería suficiente, pensó sonriendo al ver como ella, tras leer el mensaje, ya no estaba en línea.

Dejó el teléfono en silencio sobre la mesa. Escurrió el arroz ya en su punto; lo reservó y lavó la cacerola para que no se le acumulase la loza después. En su casa, simplemente habría recogido para el fregadero o el lavavajillas pero en aquella cocina, además de ajena, mucho más pequeña, optó por lavar y colocar.

Dejó el atún y la salsa de tomate a mano sobre la encimera. También preparó platos y cubiertos para ellos tres. Se había dado cuenta de que los niños comían en familia, por eso pensó que sería bueno acompañarlos como al mediodía. Pensó en Susan, lo que más necesitaba ella era descansar; si no se lo pedía, no le llevaría nada de cenar. Quería saber cómo se encontraba, iría a verla antes de reunirse con los pequeños.

Abrió la puerta sin hacer ruido, en cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, la distinguió tendida sobre la cama, boca abajo, con la almohada

todavía sobre la cabeza. Se acercó muy despacio y le colocó una mano en la espalda, con mucha suavidad la acarició masajeando primero el hombro izquierdo y después el derecho. Susan inspiró y se giró hacia él.

—¿Cómo estás? —susurró sin dejar de tocarla.

—Mejor... —contestó con un hilo de voz—. En seguida me levanto.

—No... —prohibió con delicadeza—. Si te levantas llamo a una ambulancia. —La mujer emitió un quejido y Alex se sintió fatal—. Vale. No. No llamaré a una ambulancia, pero tienes que cooperar. Los niños están jugando, les daré una ducha rápida y después la cena. Hice arroz blanco y encontré atún y tomate en una alacena. ¿Pueden comer de todo eso?

—Sí, pero suave...

—Lo suponía. Susan, por favor, confía en mí. En cuanto te repongas me iré, pero si no mejoras, no podrás cuidar a tus hijos.

—Lo sé... Lo sé...

—Venga, tú tranquila —susurró poniendo la mano en su cuello para relajar sus cervicales. La mujer volvió a suspirar y de pronto se estremeció—. ¿Tienes frío?

—No.

Alex repasó de nuevo los músculos de sus agarrotados hombros y, después, con el dedo pulgar recorrió los paravertebrales hasta la nuca de la mujer, alternando ambos lados con toda la suavidad que pudo, hasta que volvió a sacudirse con un escalofrío.

—Mmmmm... —El gemido de placer fue inconfundible, la sonrisa de Alex auténtica.

«Bien». Pensó contento. «Le gusta».

Siguió retocando la parte superior de su espalda y al subir por su cuello, pellizcando suavemente ambas columnas musculares, hundió la mano en su cabello. Presionando levemente la parte posterior de su cráneo, la acercó unos centímetros.

Susan abrió los ojos, respiraba por la boca, tratando de controlarse para no

gemir de nuevo. Los dedos de Alexio estaban obrando maravillas en su cuello y en su cuerpo. Apenas se sentía pesada, al contrario, el martilleo de su cabeza empezaba a remitir, a la vez que su fuego interno empezaba a encenderse. Alexio la miraba con atención, parecía muy tranquilo y, afortunadamente, ajeno a lo que estaba provocando en ella. Estudió su rostro. Era moreno, tenía los ojos ligeramente rasgados y el pelo negro y corto en pequeñas ondulaciones alrededor de toda la cabeza. Tenía los ojos de un color muy intenso y brillante, eran oscuros, como los de un gitano. Y su boca era grande pero bien formada. Susan dejó de respirar un instante, de forma inconsciente, humedeció su propia boca con la punta de la lengua.

«¡Dios! Pero ¿qué me sucede?». Se preguntó confusa.

—Gira la cabeza —recomendó Alex con voz suave—. Vamos, despacio, vuélvela —insistió.

Se arrodilló en el suelo para tener un mejor apoyo y empezó a masajearla con ambas manos. Así abarcaba toda su espalda, la parte posterior de su cuello y la cabeza desde la nuca hasta la frente y las sienes. A la vez complacido y entusiasmado por el efecto que estaba logrando en ella, no quiso detenerse, pero tampoco incomodarla, por eso la había animado a volver la cabeza.

Cada vez que subía las manos por su cuello, la sentía contener el aliento. Él mismo estaba empezando a tensarse, al preguntarse qué tacto tendría aquella piel bajo la camiseta o si sus glúteos encajarían bien en sus manos o si su interior sería tan acogedor y suave como prometían sus tenues gemidos.

—Voy a ver a los niños. Sigue descansando. Si quieres algo, llámame, te oiré, estaremos en silencio —prometió con una mano en el centro mismo de su espalda. Justo después, se levantó y salió con tanto sigilo como había entrado.

Susan suspiró y gruñó a la vez. Estaba tan relajada como excitada y con tan solo unas manos moviéndose en su espalda. Sin duda, Alexio sabía sacarse partido con poca cosa. En unos pocos minutos había hecho que se tambalease todo su meticuloso sistema de valores. La había ayudado muchísimo, sólo hacía unas pocas horas que se conocían y el día no había terminado. ¿Se habría dado cuenta él del efecto que había causado en ella?

Alex, en el pasillo, también necesitaba centrarse. Haber explorado a Susan

sin querer lo había alertado. En ningún momento lo había buscado o siquiera pensado cuando la tocó esperando ayudarla. Pero cuando vio sus ojos negros, brillando por el reflejo de la claridad del pasillo, clavados en su boca, una gran cantidad de satisfacción masculina se apoderó de él, haciéndolo desear ir un poco más allá. Deseando completar lo que había comenzado.

Estaba sorprendido, realmente sorprendido. Lo único que lo había movido a ayudar a la mujer era un intenso sentimiento de empatía. Su padre había sido un borracho maltratador; su madre, una mujer muy valiente que había tomado las riendas de su vida. Había dejado a su esposo y se había marchado con dos niños pequeños tras la noche más aterradora jamás vivida, para empezar de cero en otro lugar. Había sido duro, muy duro. Su madre había trabajado jornadas interminables para mantenerlos a ambos, dejándoles con una amiga, mientras ella hacía lo imposible por subsistir.

Por eso esa mañana, cuando había visto a Susan tan necesitada y sola, a sus hijos insultados por haberse sentado de un modo tan inocente, se vio a sí mismo, a su hermana y a su madre muchos años atrás. Marginados por ser pobres y su madre una divorciada. No era la primera, ni sería la última, pero nunca perdería ese estigma cruel, impuesto por una sociedad ignorante que no le permitía defenderse del hombre que la apalizaba.

Alex, con solo ver a Susan, ya sabía que algo iba mal. Cuando la mujer abandonó a sus hijos un instante para llorar a escondidas, supo que la situación la superaba. Y no quiso dejarla sola, ni siquiera darle la espalda. Por ello se había propuesto ayudarla trayéndola a su casa. La mujer no le había parecido atractiva, tampoco guapa. Llevaba los cabellos recogidos en una tirante coleta y el flequillo demasiado largo revuelto sobre su cara y tanto la camisa como los vaqueros que llevaba le iban demasiado grandes. Él sólo quería ser amable, sólo quería ayudar, sólo quería ser útil.

Una vez en su casa, no quiso marcharse corriendo. Entrar en aquel humilde hogar había traído a su mente recuerdos olvidados, sensaciones de necesidad y desasosiego, pero también de amor, de esperanza y de ilusión. Y así estuvo en la entrada de la casa; mientras atendía la cafetera, la mujer se duchaba y él recordaba.

Todo fue bastante bien hasta que la vio salir recién duchaba, con todos los cabellos enroscados en la toalla, sin duda, ese flequillo no le favorecía nada y

la ropa floja tampoco, pensó recordando la vieja camiseta gris que ceñía suavemente sus pechos.

Por fin entró en la salita con los niños. Todavía asombrado y encantado con su comportamiento, por lo educados y tranquilos que parecían. Apenas había oído algún desacuerdo a través de la puerta cerrada sobre los distintos juegos que tenían entre manos.

—Hola, chicos, ¿qué tal todo? ¿Tenéis hambre? —Los pequeños negaban con la cabeza—. ¿Y qué hacéis?

—Estamos jugando a juegos de restaurantes. ¿Quieres jugar?

—Si me explicáis cómo se juega, jugaré también.

—Vale...

Entre ambos niños fueron desgranando la teoría del juego; el cual consistía simplemente en que uno hacía de camarero y cocinero y el otro asumía el papel de cliente al recibir la comida de juguete mejor vendida del mercado. Así, se entretuvieron un buen rato, hasta que sobre las siete de la tarde los animó a dejarlo por otra cosa.

Explicó a ambos pequeños que su mamá estaba todavía malita y que él mismo iba a cuidarles, pero como él no tenía hijos, no sabía lo que tenía que hacer. Por ello, necesitaba su ayuda con los pijamas, con las duchas y con las cenas.

Los niños parecieron entenderlo perfectamente, en cuanto recogieron los juegos del salón lo llevaron a su cuarto y, haciendo el menor ruido posible, fueron reuniendo todas las piezas de ropa necesarias.

Alex se moría de ganas por entrar en la habitación de Susan y verla mejor, pero no podía hacerlo con los pequeños. Si entraban y no había mejorado, todos se sentirían más tristes.

—Alexio... —La voz de Susan llegó a él a través de la pared.

—Ahora vuelvo, niños, voy a ver a mamá.

—¿Podemos ir...?

Miró sus caritas suplicantes y no tuvo valor para negarse. Dar a su madre un

abrazo y un beso le sentaría bien a los tres.

—Vale, le dais un beso y un abracito y, en voz muy bajita, le decís buenas noches, ¿estáis de acuerdo? —Los niños asintieron a la vez—. Venga, despacito —susurró abriendo la puerta para que entrasen.

Para Leo y Falco no fue nada complicado localizar a su madre en la oscuridad, corrieron hacia ella, al encuentro de sus brazos estirados.

—¡Mami! ¡Mami! —Los pequeños no podían controlar la preocupación por su madre y olvidando lo advertido, la abrazaban contentos por estar con ella sólo unos instantes.

—Muy bien, niños, lo habéis hecho muy bien —los felicitó Alex, los pequeños estaban medio tendidos sobre ella, con las caritas en el pecho de su madre—. ¿Cómo te encuentras, Susan?

—Mucho mejor —contestó en voz muy baja—. Gracias por todo.

—No me des las gracias. Para mí es un placer. Iba a darles una ducha rápida, ¿es así como lo haces? ¿O prefieres que se haga de otro modo?

—Saben lavarse solitos en el bidet. Quizá sea lo mejor. Acabaréis antes, ellos están cansados.

—Bien, así lo haré. Les doy la cena y después los acuesto. ¿Se duermen solos? ¿Les leo? ¿Les cuento un cuento?

—Suelen dormirse solitos... —La voz de Susan sonaba más bajito todavía.

—Bien, después de acostarles, te traeré la cena. ¿O quieres comer ahora?

—No, yo no tengo apetito. Me quedaré aquí, ya que te has ofrecido...

—Está bien. Hasta luego.

—Amores míos, portaos bien, por favor. Nos veremos mañana por la mañana. Ayudar a Alexio como me ayudáis a mí, ¿vale? Os amo.

—Te amo mami, te amo mami —repetieron los pequeños.

Alex la miró desde el pasillo, Susan estaba poniéndose de nuevo bocabajo y escondiendo la cabeza debajo de la almohada. Emitió un largo suspiro

mientras cerraba la puerta. Se quedó unos instantes sujetando el pomo. Después, tras una fuerte inspiración en la que se mezclaba la resignación y la pena, se dirigió al cuarto de baño donde ya estaban los pequeños.

El aseo de los niños fue muy facilito. Lo hicieron todo solitos, sólo les ayudó con la ropa para que acabasen pronto de vestirse y no los tomase el frío.

Una vez en la cocina, pudo notar el cambio en ellos. Añoraban a su madre y empezaban a estar cansados, así que se levantó y colocando una servilleta en su brazo, les hizo una inclinación:

—¡Caballeros! Soy su camarero... —se presentó con voz grave—. ¿Quieren que les enumere las especialidades de nuestro menú?

Los pequeños siguieron el juego que Alex había iniciado, aplaudiendo contentos se arrodillaron sobre las sillitas.

—Bien, bien, caballero, tengo un estupendo arrocito blanco... —ofreció bailando con el plato delante de Falco—. ¿Qué le va a poner? ¿Atún? ¿Tomate? ¿Quizá las dos cosas?

—Las dos, las dos... —Falco aplaudía feliz mirando como unas miguitas de atún caían sobre su arroz y su sorpresa fue total cuando Alex dejó sobre la mesa una carita sonriente hecha con tomate sobre el plato de arroz.

—¡Yo también! ¡Yo también! —pidió Leo.

—¿Seguro, caballero? —preguntó con voz de vaquero del oeste—. ¿Con atún y tomate?

—Sí, sí, mucho...

Alex preparó otro plato prácticamente igual. Bailando y parloteando como había hecho para su hermano, se lo colocó delante al entusiasmado niño.

Susan escuchaba las risas desde su cuarto. Sabía que no era buena idea hacerles fiesta antes de acostarlos, pero no le importó. Se dio cuenta de que sus hijos estaban en buenas manos, sonriendo se relajó y se quedó dormida.

—Bien, que cada uno escoja un cuento que os voy a leer un ratito antes de dormir —sugirió en voz muy baja. Se dio cuenta de que eso los había

sorprendido, pero corrieron encantados cada uno a por un libro.

Leo volvió corriendo con el suyo, Falco llegó unos segundos después a entregarle el que había escogido.

—El mío primero —advirtió Leo.

—Sí, yo he llegado de segundo —aceptó Falco.

A Alex se le encogió el corazón ante la resignación del pequeño.

—Sí, lo he visto. De todos modos, hoy te leo de segundo, pero eso sólo significa que mañana te leeré de primero. Haremos turnos, ¿estás de acuerdo?

—Sí —contestó complacido el pequeñín.

—Bien, a hacer pis y a lavaros los dientes. Yo os espero aquí.

Trajo una silla de la cocina y la colocó en el pasillo dejando ambos cuentos en el asiento. Después se aseguró de que tanto la ventana como la persiana estuviesen bien cerradas, les descubrió la cama y los esperó mirando el sencillo cuarto decorado en azul y amarillo.

Los niños volvieron entusiasmados, los ayudó a acostarse y los tapó. Ante un impulso que no pudo evitar, se inclinó sobre ambos y rodeó a cada uno con un brazo. Exactamente igual que ese medio día cuando los sacó del coche.

—Que tengáis felices sueños, niños. Escuchad los cuentos con los ojos cerrados, ¿vale?

Ambos niños asintieron, volvió a arroparles y salió al pasillo apagándoles la luz. Se sentó en la silla y agarró el primer cuento. Leyó en voz baja para que los pequeños se relajasen, apenas había pasado unas páginas y supo que uno de ellos se había dormido. Cambió de cuento y empezó a leer el que había escogido Falco. Había acertado, la criatura se movió un poco al reconocer su cuento favorito. Se giró hacia la ventana y unas pocas páginas después ya estaba dormido.

Alex recogió sin hacer ruido. Con paciencia, recolocó todo en la cocina, en la nevera y por las alacenas la loza ya limpia y seca. Tardó más de lo que esperaba al tener que hacerlo con cuidado. Una vez que tuvo todo recogido se calentó un café y se sentó en la cocina para tomarlo mientras hacía unas

anotaciones de última hora en su móvil. Vio que tenía algunos mensajes de varias personas distintas. Entró primero en el de su hermana, le preguntaba qué tal estaba y le recordaba que si necesitaba ayuda que la llamase a la hora que fuese. Escribió una escueta respuesta.

“Ya están dormidos. Gracias por todo. Mañana te llamo. Un beso.”

Sabía que aunque careciese de tacto o tuviese un humor muy particular, podía contar con ella para todo lo que necesitase, era una gran mujer.

Después entró en los mensajes que Krysta le había mandado. ¡Vaya! Al parecer, a su empleada no le gustaban las respuestas negativas. Pues peor para ella. Cerró el chat sin contestarle nada. El juego con ella había acabado. Miró la hora, faltaba poco para las once. La casa estaba en absoluto silencio, sólo se oían los suaves ronquidos de los niños. Se levantó para buscar una manta o algo con qué taparse para echarse un poco en el sofá. Entró de nuevo en el cuarto de los pequeños, dormían tapaditos. Salió arrimando la puerta y, con mucho cuidado, abrió la del cuarto de Susan. La mujer giró la cabeza al instante.

—Perdona, Susan, no quería molestarte. Voy a echarme un rato en el sofá. Sólo quería saber si estabas bien.

—Tú no coges en el sofá, ¿por qué no te vas a tu casa?

Alex se había hecho la misma pregunta y no había encontrado una respuesta válida que justificase su presencia en aquel hogar. Se dijo a sí mismo que no iba a hacer algo que no quería. Nunca lo había hecho y no tenía previsto empezar esa noche.

—Me marcharé cuando te recuperes...

—¡Bah! Acuéstate aquí, yo dormiré en el sofá —susurró incorporándose y sentándose en la cama.

—¡Susan! —la reprendió en voz baja—. ¡Tumbate!

—Tú no coges en el sofá... —repitió dejándose caer hacia atrás—. Acuéstate aquí... —murmuró estirando el brazo y separando las sábanas del otro lado de la cama hasta dejarla al descubierto.

—¿Quieres que me acueste contigo?

—No. Quiero que duermas en una cama.

—Pero, Susan...

—Además, debo cuidar de mi protector.

—Vamos, Susan, dame una manta y déjame ir al sofá.

—No tengo más mantas. Si insistes en dormir allí, llévate ésta —ofreció empezando a separar el edredón de la cama con el que ella estaba tapada.

—¡Joder! ¡Estate quieta! Y tumbate, por amor de Dios.

La mujer volvió a dejarse caer y girando sobre sí misma se tumbó en un lado de la cama, de nuevo bocabajo, de nuevo escondiendo su cabeza bajo la almohada.

Alex se sacó los zapatos y los calcetines, desabrochó la camisa y la dejó sobre la mesilla, después se detuvo en la cintura de su vaquero, miró a Susan en el borde opuesto de la cama, no sabía qué hacer. Ambos eran adultos, pero... Confiaba en su autocontrol, pero... Se sacó el pantalón y se acostó. Se tapó con la sábana y el mullido edredón, extendió el brazo y subió el edredón hasta los hombros de Susan que yacía inmóvil. Después cruzó las manos bajo la nuca y se quedó mirando al techo, sin dejar de advertir el creciente abismo que había entre los dos.

—Perdóname por gritarte... —murmuró más para sí mismo que para ella.

—No pasa nada... —le devolvió en un susurro—. Gracias por todo.

—Descansa, Susan, ha sido un día duro, mañana todo irá mejor.

—Gracias, Alexio, por todo.

Alex iba a decirle que no le diese las gracias, que no tenía mérito, que la admiraba por hacer ella sola todo lo que hacía; por día tras día sacar adelante su vida y la de sus dos hijos. Que no tenía caso comparar unas pocas horas con tres duros y largos años. Que había sido muy valiente, por ser fuerte, especial y maravillosa.

Pero no se lo dijo. Se quedó en silencio mirando las tenues sombras que se dibujaban sobre las paredes del cuarto por obra de la claridad de la calle que entraba a través de la puerta de cristal. Cerró los ojos, él también necesitaba

descansar.

CAPITULO III

Se despertó escuchando unos gruñidos ahogados, miró alrededor buscando el motivo, Susan bufaba y se retorció en el borde de la cama.

—¿Susan? —exclamó poniéndose en pie y tratando de orientarse—. Cierra los ojos, voy a encender la luz.

La mujer estaba colorada, con los cabellos sudados pegados a su cara, resoplaba por el esfuerzo de su cuerpo, que a través de las arcadas había intentado liberarse del último rastro de comida que quedase en su estómago.

—¿Me traes agua...?

—Ahora mismo...

Volvió de la cocina y la vio rebuscando en el cajón con los ojos cerrados.

—¿Qué quieres?

—Dos pastillas, por favor.

—Ya las tengo, pon la mano.

La mujer las tragó desesperada, después bebió el agua retorciendo el gesto, devolvió el vaso vacío y se dejó caer hacia atrás.

—Lo siento... No me ha dado tiempo a llegar al cuarto de baño... dame un minuto y me levanto para limpiarlo.

—Tranquila...

Alex tenía en su mano un rollo de papel de cocina y, en pocos segundos, ya lo había limpiado todo. Volvió a la cocina para dejar el vaso y todos los trozos de papel sucios. Se lavó las manos, recortó un trozo de papel más largo, lo humedeció y volvió al cuarto para que la mujer se limpiase el sudor y los restos de vómito. Sintió el frío de la noche y recordó a los pequeños. Entró en su cuarto, los arrebujó en las mantas y volvió a la cama de Susan. Hacía un frío tremendo en esa casa.

Se tapó hasta el mentón y, girándose hacia ella, la tapó también, pero dejó

su mano posada en la parte posterior del cuello. Con movimientos muy suaves empezó a masajear los tensos músculos, tal como había hecho esa misma tarde. Susan suspiró y él se detuvo.

—Por favor... Sigue... —murmuró ella contra el colchón.

Alex se acercó un poco más y siguió dando suaves y grandes pellizcos a los músculos de su cuello, ambos hombros y parte central de su espalda. Estaba complacido y embelesado. La mujer inspiraba encantada cada vez que él hundía los dedos en su cabello.

Empezó a estudiarla con atención, la manera en que gruñía cuando le apretaba los hombros y se percató de que era un gemido lo que salía de ella cuando le tocaba la cabeza. No supo cuánto tiempo podría haber pasado, él seguía con su mano sobre ella cuando en un susurro le dijo:

—Gracias, descansa...

—Shhh... No estoy cansado, intenta dormir.

Alex sintió literalmente cómo la tensión de la mujer desaparecía bajo el peso de su mano con esas sencillas palabras, poco después se quedó dormida. Siguió acariciándola cada vez con más suavidad, recorriendo ambos hombros, también los brazos, volviendo a bajar por la espalda hasta su cintura y subiendo de nuevo para terminar en su cabello. No necesitaba verla, con los ojos cerrados la recorría hasta que prácticamente la memorizó. Y así, con la mano sobre la delgada cintura, con la dolorida cabeza apoyada en el pecho y el cuerpo de la mujer pegado al suyo, suspiró y se quedó dormido.

«Oh, Dios, ¿qué es esto? No puedo moverme. Estoy... Estoy agotada... Es... Es el brazo de Alexio. Me está sujetando contra él. No, me está abrazando... Mmmmm... No está nada mal...». Reconoció en silencio. «Lo cierto es que tengo mucho que agradecerle. ¿Qué habría hecho yo ayer de no estar él aquí? Mis niños... ¿Qué habría sucedido? Y Bull... Maldito cabrón. Al pedirle ayuda lo he metido en nuestras vidas de nuevo... ¡Joder! Eso sí que no. No volveré a pasar por eso. No volveré...».

El brazo de Alex la ciñó un poco más, se tensó un segundo y con un suspiro se relajó.

—Mucho mejor, Susan, sigue durmiendo...

—No sé cómo voy a devolverte el favor...

—Shhh... Por favor, duerme.

—Es que...

—Es que... ¿Qué?

—Gracias por todo, Alexio, gracias de verdad.

—De nada. Cierra los ojos.

—Voy a tomar las pastillas, con suerte en un par de horas estaré nueva...

—Voy a por agua...

—No... —Alex ya había saltado de la cama con rapidez, interrumpiéndola.

Ella lo vio de perfil gracias a la claridad del pasillo; no parecía tan grande ni musculoso vestido con camisa y vaqueros. Se tomó las pastillas con rapidez y dejó el agua restante sobre la mesita. Alexio se había acostado de nuevo, ella se tendió en su lado de la cama, mirándolo.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mucho mejor.

—¿Esto pasa muy a menudo?

—No. La verdad es que una noche como ésta hace mucho que no me sucedía. Pero el cansancio, el calor...

—La situación... Los ruidos fuertes... El agotamiento... —continuó él al ver que ella no decía nada más—. Mi madre padece migrañas, bueno, ahora mucho menos, pero cuando yo era más pequeño... En fin. Creo que deberías ir al médico. Quizá haya un tratamiento mejor que ése —concluyó mirando hacia la mesilla.

—Ésas pastillas son las que mejor me van de todo lo que he probado. De todos modos, ya estoy bien.

—No estás bien, estás mejor. Pero no bien.

—Ya, bueno, en un par de horas...

—¿En un par de horas, qué?

—Pues eso, que estaré bien.

—Vale. Son las siete de la mañana. ¿A qué hora suelen despertar los niños?

—Suelen dormir mínimo una hora más.

—Bien ¿qué les doy de desayunar?

—Alexio... —susurró ella.

Él levantó la cabeza y la miró, se resistía a recibir ayuda.

—¿Qué pasa? ¿Vas a contradecirme en todo?

—Hay leche en la nevera... —Aceptó en voz baja—. Y cereales de arroz en la alacena, unas tres cucharadas a cada uno, la leche templadita.

—Vale, gracias. Yo tengo que levantarme ya, no aguanto mucho tiempo en la cama, voy a hacer café. ¿Te traigo un poco? ¿O mejor duermes un poco más?

—¿Me vas a traer un café a la cama? —preguntó incrédula.

—¡Claro! Te traeré el desayuno...

—Vale, pues sólo café. Gracias —aceptó dejando caer la cabeza de nuevo.

Alex se sentó en la cama, agarró sus ropas y calzado y salió de la habitación para no molestarla. Cargó la cafetera y se fue al lavabo para asearse. Quería tomar un café a solas antes de que despertasen los niños. Tenía mucho que pensar y con los pequeños a su alrededor no podría centrarse.

A él le encantaba estar solo, ya desde pequeño había sentido grandes inclinaciones por la independencia o por la ausencia de personas a su alrededor. En especial la de su padre. Cuanta más ausencia, mejor.

Desde que se había independizado, cada mañana se levantaba alrededor de las cinco. Nunca estaba seguro de la hora exacta, pues tanto el móvil como el reloj quedaban en la mesa del recibidor desde que llegaba del trabajo hasta el día siguiente que salía temprano hacia la oficina.

Le encantaba su monotonía: nadaba un poco, hacía unos movimientos de fuerza con las pesas, daba unos puñetazos y patadas al pesado saco de arena y se iba a la sauna unos pocos minutos. Muy pocas veces necesitaba ejercitarse más que eso. Le bastaba, le gustaba y le sentaba bien. Se frotó los brazos sobre la camisa. Hacía frío y su chaqueta había quedado en la caseta de la exposición. Volvió a ver de nuevo en su mente a Susan, arrodillada ante sus dos pequeños, su gesto de impotencia, su pena, su dolor. Cuando llegó a su casa y tras abrir la billetera le ofreció los dos únicos billetes que le quedaban... Meneó la cabeza, disgustado. Pobre mujer.

Buscó una bandeja para llevar a Susan un café pero no la encontró. Así, tomó un sencillo plato de la alacena y colocó la taza sobre él. Con café recién hecho y bien caliente se acercó despacio a su cuarto.

Notó el sutil cambio de temperatura, la habitación era más acogedora; recordó a los pequeños y, con cierto sentimiento de culpabilidad por no haberse acordado antes, dejó el café sobre la mesita y fue a verles. Se quedó tranquilo, dormían plácidamente y bien tapaditos.

—Alexio... —Susan lo llamó con suavidad—. Ven, abre ese armario — indicó señalando la puerta lateral—. Ahí hay alguna ropa grande que quizá te sirva. Al menos una chaqueta o una sudadera. No sé, es ropa vieja, pero está limpia...

—¿De quién es?

—No es de nadie, es mía.

—¿Tienes ropa de hombre?

—No es eso... A veces me dan ropa, para mí o para los niños. Algunas prendas, aunque no me sirvan, me da pena tirarlas o no lo hago porque les veo alguna utilidad. Vamos, chico tímido, te ayudaré a escoger algo. Así te congelarás.

—No te levantes, por favor.

—Estoy mucho mejor...

—Lo haré yo mismo —dijo acercándose a la puerta que ella le había señalado—. Interesante... —murmuró. Había varios jerséis y sudaderas, todo

era grande y usado. Algunas prendas estaban desgastadas, pero todas suaves, calientitas y con un agradable aroma. Escogió una de color azul; era de las más grandes y tenía cuello alto. Se sintió reconfortado al instante.

—Te queda muy bien. ¿No vas a tomar café?

—Sí, bueno, no quería molestarte.

—No me molestas, trae un café para ti o te acompaño yo en la cocina — ofreció tratando de no pensar en la fría luz blanca del lugar.

—Ahora vuelvo... —Salió de la habitación para ir a por un café y hacerle compañía.

—Alexio yo... —Empezó Susan—. A ti te gusta estar solo, ¿verdad?

—La mayor parte del tiempo, sí.

—Quiero que sepas que te agradezco muchísimo todo lo que has hecho por mí. Ayer... Sin ti... Yo...

—Escucha, Susan, no pasa nada. Lo he hecho de corazón y lo volvería a hacer. No sigas dándole vueltas. Conseguirás que me sienta incómodo.

—Eso es lo último que quiero.

—Bien, pues termina tu café y acuéstate otro poco, yo voy a preparar unas cosas de trabajo antes de que se levanten los niños.

—Está bien. Gracias.

—De nada. Acuéstate —exigió separando el plato con la taza ya vacía. Sujetó el edredón y la tapó hasta el cuello, pasó los dedos con delicadeza por sus cabellos—. Hasta luego —susurró levantándose.

Tomó ambas tazas en la mano y salió despacio de la habitación dejando la puerta entornada.

Susan miró la línea vertical de luz proveniente del pasillo. Ella también necesitaba que Alexio saliese de su cuarto. Sintióse terriblemente sensible y vulnerable, notó cómo se le inundaban los ojos. Sujetándose las sienes con ambas manos, gruñó por las palpitaciones que la atravesaron. Trató de

aquietar su respiración y con ello sus pensamientos. No tenía sentido sufrir, no tenía sentido llorar. En cuanto estuviese preparada, la persona adecuada aparecería en su vida. No había prisa, no pasaba nada por ir despacio.

Pero en realidad, su soledad y su tristeza la desarmaban y lo sabía. Triste y sola, se había encontrado con Bull y le había enseñado a los niños. Más triste y más sola, le había ofrecido pasar un día a tomar un café y de paso que se conociesen un poco. En un máximo estado de tristeza y soledad le pidió ayuda para llevar a sus hijos al médico. Había sido una mala idea. Una muy mala idea haberlo metido de nuevo en sus vidas.

Alexio... La amabilidad y consideración del hombre habían sido totalmente inesperadas. Suspirando recordó el contacto de sus manos, cómo él había querido ayudarla y ella se había excitado de una forma tan evidente. Sus mejillas enrojecieron. Hacía una eternidad que no estaba con un hombre. Volvió la cabeza hacia la oscuridad, allí donde su cama había sido compartida. Extendió la mano tal como había deseado hacer esa misma noche, acarició la ropa de la cama y se sintió estúpida.

—Parezco idiota —murmuró.

Suspiró de nuevo cerrando los ojos. Por un momento deseó que todo estuviese listo en su vida para avanzar, para dar un salto, para avanzar saltando.

«No tenía que haberla tocado...». Pensó Alex sentado en la cocina con la mirada perdida en los regueros que se habían formado en los cristales de la ventana por la condensación de la humedad.

«Ésta casa es muy fría... ¿Cómo lo harán en invierno?». La noche anterior había acostado a los pequeños con varias camisetas, el pijama y un saquito de dormir y además, los había tapado con una manta.

Repasó la agenda en el móvil. Tenía la mañana despejada. Era estupendo; se llevaría a Susan y a los niños a su casa. Se ducharía y se cambiaría de ropa y si querían quedarse unos días con él...

«Espera, espera, espera... ¿Pero en qué estás pensando?». Se recriminó a sí mismo. «No sabes nada de ella, ni ella de ti. ¿Le duele la cabeza? Bueno, en

cuanto se mejore, podrás irte. ¿Para qué los vas a llevar a tu casa? ¿Estás loco?»

Se levantó para preparar más café. Tenía que hacer una compra, el descafeinado no lo despertaba del todo. Obviamente seguía dormido. Cómo si no podría pensar en tantas estupideces.

«Esta cocina es muy pequeña...». Pensó sentándose un minuto después con una humeante taza de café en la mano.

«No tenía que haberla tocado...».

CAPITULO IV

«¿Quién mierda será el payaso aquel?». Pensaba Bull sentado en un taburete mientras rodeaba con ambas manos la templada cerveza.

«¿Cómo se ha atrevido Susi a meter a un tío en su cama? Así, ante mis narices...».

«Y esos estúpidos mocosos, ¿le van a llamar papá a él?». Cuanto más lo repetía, más se convencía de que tenía que hacer algo por evitarlo. Aquellos eran los hijos de Susi y, en cierto modo, incluso podrían ser un poco suyos. Si no hubiesen roto, tal vez se habría convertido en padre. No permitiría que ningún payaso se los quitase.

Recordó el encuentro de esa tarde. Recordó cómo ella, igual que siempre, lo había hecho enfurecer. Sintió el poder crecer en su interior cuando inclinado sobre ella esperaba un movimiento, un solo indicativo de su rebelión para ponerla con rapidez en su sitio. Con las palmas de ambas manos ansiosas por descargar su fuerza sobre ella, la vio temblar, casi la sintió respirar cuando la voz del hombre le cortó la diversión. Era la primera vez que alguien se interponía entre ellos. Nadie, nunca, la había defendido. Nadie, nunca, lo había desafiado y los pocos que lo habían intentado, lo habían pagado. Pero aquel payaso no lo sabía. Con todo no saberlo, no significaba que no se mereciese las suyas.

Si volvía a interponerse lo freiría a golpes y después a ella.

Dio un trago a su cerveza. Estaba caliente. Le encantaba. La cerveza alemana era la mejor del mundo.

Satisfecho consigo mismo, sonrió. Había decidido que esa tarde volvería a casa de Susi... o quizá al día siguiente. Sabía que tenía una cuenta pendiente, pero con el payaso que la rondaba de por medio era mejor no apresurarse.

CAPITULO V

—Mamiii... —los pequeñines llamaron a su madre como debía ser su costumbre. Alex se levantó y fue a su cuarto, donde ambos se revolcaban sobre la cama, sonrientes y llenos de vida.

—¡Alex! ¡Alex! —gritaron los pequeños deseosos de jugar.

—Hola, niños, buenos días —susurró—. Mamá sigue dormida. ¿Qué tal? ¿Habéis tenido bonitos sueños? —Por toda respuesta los niños sonreían felices—. Bien, pues poned las zapatillas y a hacer pis, que vamos a desayunar —los pequeños obedecieron al instante.

Una vez más, se sorprendió de la educación y madurez que mostraban. No es que él hubiese pensado mucho en ello; en realidad, cada vez que iba a un restaurante en el que había padres con niños volvía a casa incómodo y hastiado. No aguantaba que correteasen entre las mesas, no toleraba que chillasen y no soportaba oírles llorar.

Pero lo que tampoco soportaba era que los padres no les prestasen atención, que les permitiesen deambular por un comedor en el que había, además de personas trabajando, clientes disfrutando de su tiempo libre. No. Sencillamente, no lo entendía.

Falco llegó a la cocina con las zapatillas puestas y se paró en la puerta. Alex advirtió la indecisión del niño y se agachó en cuclillas, a un metro de distancia.

—Hola, Falco, ¿qué sucede?

El niño dio un paso vacilante; Alex despejó una de sus rodillas y el pequeño se acercó más animado.

—¿Y Mamá...?

—¡Oh! ¡Era eso! Está mejor. Pero la he dejado dormir un poquito más. Después del desayuno iremos a darle un beso, antes de jugar, ¿qué te parece?

El pequeño asintió más tranquilo. Era eso... Tenía que haberse dado cuenta de que la echaban de menos. No los había arropado la noche anterior y no

estaba en su cama al día siguiente, la añoraban.

Sintió pena por ellos, por todos ellos. Por esa pequeña familia en la que, por lo visto, sólo se tenían los unos a los otros. Leo entró en la cocina y fue sin dudar a sentarse a la otra rodilla de Alex, justo enfrente de su hermano. El hombre, enternecido, los estrechó sin decir más. Después, se levantó con ellos sin esfuerzo y les prometió que harían ejercicio antes de comer. Los acercó a las sillas y ellos se acomodaron encantados.

Susan escuchó los susurros tras la puerta. Sonriendo, giró la cabeza. Obviamente, los pequeños pensaban entrar a hurtadillas en su cuarto. Aumentó la claridad, pero no hicieron ruido. Al contrario, los roces de su calzado y de su ropa le daban a entender que caminaban hacia ella muy despacio. Cerró los ojos y se dejó sorprender.

El colchón cedió a su alrededor y en un murmullo muy suave, Alexio explicó a sus hijos cómo y dónde poner las manitos en la espalda de su mamá para hacerle un masaje de curación.

—Hola, amores míos... —saludó ella con lágrimas en los ojos. Sintió la carita de Falco apoyada en su hombro. Su pequeño hijito—. Venid, quiero daros un abrazo. —Se giró y los tomó sobre su pecho con fuerza. Se sentía tan débil y a la vez tan fuerte, amaba a sus dos pequeños más que a nada en el mundo—. Estoy mucho mejor... —aseguró cerrando los ojos. Sintió la mano de Alexio secando las lágrimas que corrían por su sien—. Bueno, decidme, ¿a qué vais a jugar?

—A las carreras...

—¿A las carreras?

—Sí. Lo ha dicho Alex.

—Sí, hoy vamos a hacer algo de deporte antes de comer o por la tarde, antes de cenar... Dime más o menos lo de los horarios. Y quiero ir a mi casa a por algo de ropa, podríais acompañarme y dar un paseo —ante la cara de Susan, añadió—. También puedes quedarte descansando, me los llevaré a ellos dos. Les gustará.

—Ya, si no lo dudo... —dijo a la vez que recorría sus espalditas con ambos brazos.

—Bien, cuando te hayan aplastado suficiente los llevaré al salón. Os dejo solos, voy a recoger la cocina —y salió antes de que pudiesen decirle algo para que la familia tuviese un poco de intimidad.

Calentó dos tazas de café mientras recogía la mesa, los niños habían comido todo y casi no habían ensuciado nada. Sonrió. Eran perfectos.

Volvió poco después y observó desde el pasillo: la mujer les estaba cantando con una voz muy dulce una bonita canción de cuna. Para ella también sería muy duro verse limitada. Y sus hijos en manos de un extraño. Alex se quedó un instante pensando, ¿dejaría él solos a sus hijos con un desconocido? Claro que no. Pero ella necesitaba ayuda y él estaba allí para eso. Salió al coche sin hacer ruido, buscó en la guantera la poca documentación y efectos personales que tenía en ese momento y volvió adentro. Pensó en un discurso adecuado, no sabía qué podría decirle para convencerla de que aceptase su ayuda. En cuanto aparecieron los niños en el pasillo, se los llevó al salón para que jugasen un poco, prometiendo que enseguida se reuniría con ellos. Después, con dos cafés y todo lo que había preparado, entró en el cuarto de Susan.

—¿Qué tal estás?

—Mucho mejor. En nada me levanto y...

—Verás... —la interrumpió acercándole un café—. Mi documentación ha quedado en la chaqueta y, la chaqueta, está en la caseta de la exposición. Aquí solo tengo el carné de conducir, la documentación del coche, unas tarjetas de crédito que casi no uso, la agenda vieja con todos los teléfonos de mi familia y amigos... Éste es el de mi hermana, éste de mi madre, éste el de la Tita... —Enumeraba mostrándolos sin parar de hablar—. Voy a dejarte todo esto aquí, voy a ir a mi casa a por ropa y me llevo a tus hijos a dar un pequeño paseo. En tres horas estaremos de vuelta y traeré la comida. Te aseguro que no tienes nada que temer. Creo que debes seguir descansando o, si te quedas más tranquila, mejor vente con nosotros. Lo que tú quieras.

—Yo...

—Susan, no les pasará nada. Lo juro. Puedes confiar en mí.

Ella lo miraba en silencio. La verdad era que en cierto modo, ya confiaba. La manera en que los trataba a los tres, la forma en que se había preocupado por ellos, sabía que haría lo posible por su bienestar. Lo sabía. Pero tenía miedo. Eran sus hijos. Eran su vida. Eran lo que más amaba en el mundo.

—Lo siento...

—Vale —aceptó dolido—. Vale, lo entiendo. Entonces llamaré a mi hermana y se quedará en tu casa mientras yo hago los recados.

—Eso es ridículo. No necesito...

—¡Shhh...! —la silenció enfadado—. Sí necesitas... Lo necesitas todo. ¿No quieres aceptar ayuda? Pues lo siento, pero sí que la necesitas. No seas orgullosa. Piensa en los niños. Nada más.

Alex salió de la habitación con el teléfono en la mano y la taza con el café ya templado en la otra. Marcó el número de su hermana.

—“Hola, Alex, buenos días.

—Hola, Dani, tengo que pedirte un favor. ¿Estás libre hasta mediodía?

—¡Claro! ¿Qué sucede?

—Quiero ir a casa, pero no quiero dejarles solos. Susan sigue mal; no tanto, pero todavía no está repuesta. ¿Podrías venir y hacerles compañía?

—¡Por supuesto! ¿Quieres que lleve algo?

—No, gracias, tengo previsto, entre otras cosas, hacer la compra. Solo ven cuanto antes.

—Está bien”.

Tras dar a su hermana una pequeña explicación sobre cómo llegar, colgó el teléfono. Después le envió la ubicación por si no se había explicado bien. Había hablado atropelladamente, sin dejar de pensar en la dolorida Susan. No estaba seguro de haber tenido la reacción adecuada, o de que fuese la mejor opción, pero no podía desaparecer y dejarles solos. La negativa de la mujer a recibir ayuda era comprensible, pero no era lo acertado. Él sólo quería

ayudarla pero no deseaba involucrar a nadie más, de momento sólo tenía confianza con Dani. Si la Tita o su madre se enteraban de la existencia de la mujer y de sus hijos, estaría perdido.

Pocos minutos antes de que llegase su hermana, sacó su coche de la entrada y lo dejó en la acera de enfrente. Al volver caminando a la casa vio las marcas de las ruedas que había dejado Bull al hacer las arrancadas el día anterior. No había pensado en él. ¿Y si volvía mientras no estaba? ¡Joder! Él no quería que los niños estuviesen encerrados en la casa, pensó mirando el color suave del cielo azul. Prometía ser un día caluroso. La duda lo detuvo haciéndolo mirar a su alrededor. Había un maltratador enfadado acechando y él iba a dejar solas a las mujeres y a los niños.

Fue directo al cuarto de Susan y abrió la puerta muy despacio.

—Hola —saludó con voz suave—. ¿Qué tal estás?

—Bien, iba a levantarme ya.

—No es necesario. Los niños están jugando y en breve vendrá mi hermana.

—¿Qué?

—Voy a salir unas horas... —prosiguió obviando su pregunta—. Quiero saber algo, ¿tienes una relación con Bull? —interrogó con seriedad.

—No. Hace años que... Solo me lo encontré y le enseñé a los niños, fue un error. Pero ya está hecho... No —repitió—. No tenemos nada.

—Y... ¿tienes pareja? ¿Alguna persona a la que deba avisar de que estás mal y que necesitas ayuda?

—No... —susurró girando la cara.

—Vale. Mi hermana es muy simpática y le gustan bastante los niños, mientras no sean suyos... —añadió en tono burlón—. En fin, que no tienes de qué preocuparte, se llevarán bien...

—Nada de esto es necesario. Ya estoy mejor...

—Susan... —Un pitido breve en el exterior lo interrumpió—. Ahora

vuelvo...

Hizo una seña a su hermana para indicarle que aparcase en la entrada de la casa. Tras saludarla con un beso, intentó ponerla al tanto de la situación con Susan y los niños. Dani cogió su maletín de cuero negro y acompañó a su hermano a la casa.

Alex entró y fue directo a la sala, presentó a su hermana a ambos pequeños. Leo se acercó a ella y preguntó directamente qué era lo que llevaba en el maletín, Falco se quedó un poco más atrás mirando hacia todas partes.

—Falco... —Alex le tendió una mano, el niño estiró su bracito y después se acercó a él—. Esta chica es mi hermana; se llama Dani. Como Leo y tú sois hermanos, ella y yo también. Ha venido para cuidar a mamá y jugar con vosotros mientras yo voy unas horas a trabajar. Volveré con la comida. Dime, ¿qué te apetece comer hoy? —El pequeño encogió los hombros—. Vale, traeré varias cosas y haremos como un picnic. ¿Te gustaría? Estupendo. Ahora ve a jugar con tu hermano, y más tarde recuerda enseñar a Dani tu peluche favorito.

El pequeño volvió a jugar con las piezas de madera mucho más tranquilo.

—Bien, ahora voy a presentarte a Susan —dijo a su hermana poniéndose en pie y saliendo de la sala—. Pero, ¿qué haces levantada? —preguntó Alex a la mujer que se acercaba por el pasillo ataviada con una masculina y gruesa bata color granate cerrada en la cintura y con el cuello subido en sus cervicales.

—Hola... —susurró tendiéndole la mano a la hermana de Alex—. Yo soy Susan, sólo quería presentarme —le dijo—. Ya estoy mucho mejor.

—Vale... —Aceptó él mirando sus ojos rojos y entrecerrados y la pálida tez de su piel—. Es mi hermana, Daniela.

—Un placer, Daniela. Iba a hacerme un café, solo tengo descafeinado, ¿te apetece?

—Muchísimo, gracias —aceptó la mujer con alegría y curiosidad al ver la tensión que había entre su hermano y ella—, y llámame Dani.

—Bien, chicas, os dejo solas —colocó una mano suave en la espalda de Susan—. Los niños estarán bien, intenta descansar.

—Vale, gracias —su respuesta escueta lo detuvo un instante, quería

explicarse, quería justificarse, quería simplemente decirle que estaba muy preocupado por ella. En cambio, miró a su hermana y, guiñando un ojo, salió a su coche.

Ajustó el cinto de seguridad y se dio cuenta de que la persiana de la cocina se estaba bajando un poco. Seguro que a aquella cabezota le molestaba la claridad. Arrancó para volver cuanto antes. Algo se movió en el asiento trasero, deslizándose sobre el cuero. Alex se dio cuenta de que era un soldadito de juguete. Probablemente se le había caído en el asiento a alguno de los niños el día anterior cuando volvían a casa dormiditos.

Meneó la cabeza, enfadado. Menuda testaruda, mira que no podrían estar dando un paseo todos juntos en ese momento. Se paró en el semáforo. Volvió a mirar el asiento trasero. Ordenó al teléfono que llamase al concesionario.

—“Sí, buenos días. Con Pablo Durán, por favor. Soy Alex Rocha.

—Sí, buenos días, señor Rocha —contestaron al otro lado a los pocos segundos—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, Pablo, buenos días. Necesito urgentemente dos sillitas de seguridad para unos niños de tres años, son para mi coche.

—Entendido. Le confirmo en pocos minutos. Ahora lo llamo.

—Gracias, Pablo.

—A usted, señor”.

A Alex Rocha no le gustaba mucho aprovecharse de su fama para conseguir sus objetivos, pero sí que le gustaba ser claro. Decir lo que necesitaba y que se lo proporcionasen tenía un precio. Un precio que él pagaba siempre sin regatear, lo cual dejaba en su comercial favorito pingües beneficios y discretas propinas, a cambio de que su hermana, su madre, su Tita y él mismo fuesen atendidos satisfactoriamente.

El teléfono sonó tal como el hombre había dicho.

—“Hola, señor Rocha, tengo dos sillitas y le he conseguido cita para las once. ¿Le va bien?

—Estupendo, Pablo. Muchas gracias. Te debo una”.

Quería ir a casa antes de nada. Y mientras conducía, organizó mentalmente todo lo que necesitaba para estar un par de días en casa de Susan e incluso trabajar desde allí. Una vez que acostase a los niños o antes de que se levantasen por la mañana, tendría tiempo para ver las muestras y modelos que estaba preparando para una nueva exposición.

Tanto la madera como la artesanía gallegas y portuguesas eran muy apreciadas a nivel nacional y él tenía pensado hacerse un nombre en el mercado, pero en mayores proporciones, no se limitaría sólo a la península, sino que tenía previsto expandirse a nivel europeo.

Aparcó el coche en la puerta principal. Entró en el recibidor de estilo inglés de su casa y dejó las llaves, el reloj y el teléfono en la mesita auxiliar. Subió corriendo las escaleras circulares de dos en dos y fue directo a su cuarto, a la ducha.

No quería llegar tarde a la cita con el concesionario. No quería que los niños, su hermana y Susan estuviesen solos mucho tiempo.

Susan... Sintió un escalofrío bajo el agua caliente. Llevaba todo el día tratando de olvidar la sensación del pequeño cuerpo dormido y confiado junto al suyo. Extendió el jabón por su piel, lavándose con cuidado, mezclando en su imaginación las manos de ella con las suyas, en sus abdominales, en su pecho, en su pene erecto. Gimió bajo el agua caliente. No era que deseara a Susan, era que hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer y su cercanía lo había desconcertado. Empezó a masturbarse, no pensaba en ella, simplemente tenía ganas de hacerlo. Él era un hombre muy sexual y los juegos con Krysta lo habían mantenido en tensión y a la expectativa, pero desde que con la rubia no había opción a nada, era libre de imaginarse lo que quisiese. Así, se agarró los testículos y recorrió su pene disfrutando del placer, del calor, de los ojos negros de Susan mirándolo mientras hundía los dedos en sus despeinados cabellos y así eyaculó, gimiendo de gusto deseó no estar solo, deseó calor humano, deseó el contacto de otro cuerpo, la cara dormida de Susan volvió a su pecho. Sacudió la cabeza y se pasó las manos por todo el cuerpo para eliminar los restos de semen y de jabón. Salió de la ducha, no estaba mucho menos tenso, pero tenía prisa.

Después de afeitarse preparó en un bolsón todo lo que necesitaría y lo llevó al maletero de su coche. Antes de la hora convenida, entraba en el taller del

concesionario.

Alex aparcó el coche enfrente al de su hermana. Decidió dejar de momento sus cosas en el maletero y sacó sólo la compra que había traído.

—¡Hola! —Dani le abrió la puerta con una gran sonrisa.

—Hola, ¿qué tal ha ido todo?

—Muy bien, aunque estamos hambrientos.

—Sí, lo siento, había más tráfico del que esperaba. ¿Y los niños?

—Siguen jugando, se lo han pasado bomba.

—Me alegro mucho. ¿Y Susan?

—Se ha acostado.

—¿Está peor?

—No, lo que pasa es que hemos estado hablando casi toda la mañana.

—Ya, bueno, ¿habéis recibido alguna visita inesperada? ¿Un tipo en un coche negro?

—No. Todo muy tranquilo. ¿Quién es?

—Bien. Mejor.

—Que quién es...

—Es... Es un antiguo novio de Susan...

—Alex, ¿te has entrometido en...? —No acabó la pregunta. Su hermano no era así. Nunca se metería entre dos personas—. No, claro, qué tontería.

—Vamos a dar de comer a los peques y después nosotros. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. Ve a verles, yo prepararé... —Sugirió Dani mirando los envases con comida caliente que había sobre la encimera.

—¡Hola niños! —exclamó abriendo la puerta de la sala.

Falco soltó la pieza de madera que tenía en la mano, se levantó y fue hacia él, Alex ya se había arrodillado para recibir al pequeño, Leo terminó de colocar la pieza en la torre de madera antes de imitar a su hermano y lo abrazó también.

—Hola, Alex. ¿Dónde estabas?

—Fui a hacer la compra y a buscar unas cosas de trabajo. ¿Lo habéis pasado bien?

—Sí. Dani es muy divertida. Y mamá también ha jugado un poco.

—Eso es que está mejor. Bueno, lavaos las manos para comer que podréis seguir jugando esta tarde —Falco se quedó rezagado. Su preferencia por la atención de Alex era obvia, su hermanito era más independiente.

En cuanto los pequeños estuvieron acomodados, decidió ir al cuarto de Susan. Abrió la puerta con mucho cuidado y entró dejando una rendija para tener algo de claridad. La vio tendida en su postura habitual. Olía a rosas y la camiseta que llevaba puesta era más oscura que la del día anterior. Seguro que se había duchado, igual que él. ¡Oh Dios! Exactamente igual que él. Su imaginación voló a una espaciosa ducha en compañía de una ardiente mujer. Sorprendido por sus propios pensamientos se agachó en el borde de la cama. No quería tocarla todavía. Pensar en que Susan hubiese podido masturbarse pensando en él, lo hacía temblar de deseo.

—Hola, Alexio... —murmuró ella girando la cabeza y clavando los ojos en los suyos.

—Hola, Susan, ¿qué tal te encuentras?

—Mucho mejor. ¿Qué tal te ha ido? ¿Has ido a la exposición?

—Bien. Sí, sólo unos minutos. He pasado a tantear el día de ayer.

—¿Habéis hecho muchas ventas?

—Bueno, se han vendido cosas, la verdad. No es habitual una exposición de esas características en un lugar como ese, la intención inicial es darse a conocer. Pero sí que se han hecho algunas ventas, al menos para cubrir gastos.

—Bien, me alegro.

—¿Qué tal lo has pasado con mi hermana?

—Muy bien. Es encantadora y muy cariñosa. Muchas gracias por haberla hecho venir.

—De nada. Los niños están empezando a comer, es que se me ha hecho un poco tarde. En cinco minutos comemos nosotros. ¿Te apetece levantarte? ¿Prefieres comer en la cama?

—Me levantaré.

—No pasa nada si escoges quedarte aquí.

—Ya, pero prefiero estar con vosotros.

—Bien. Descansa. Te avisaré —irguiéndose para salir, se dio cuenta de que había tenido los puños cerrados sobre las rodillas. Había querido posar su mano en aquella espalda y volver a recorrerla igual que el día anterior, hasta que ella volviese a suspirar de placer, pero no lo hizo. No podía. Debía mantener las distancias. La mujer necesitaba ayuda y él insistía en proporcionársela. No era una invitación, no era una propuesta, no podía proponerse y aprovecharse de una debilidad.

—Mamá y la Tita van a salir una semana de vacaciones. Han pensado en volver a Portugal. Se van pasado mañana, creo.

—Estupendo. Sabía que volverían, vinieron encantadas la primera vez.

—Sí... —el gesto de Dani se volvió serio—. Alex...

—¿Qué?

—Alex, creo que no es buena idea...

—¿Que se vayan a Portugal?

—Sabes perfectamente de lo que te hablo.

—Vamos, Dani...

—Esa mujer está hecha polvo. Si empiezas algo con ella, habrá una desigualdad enorme entre vosotros... —murmuró su hermana en voz baja.

—No tienes que preocuparte. No me interesa en ese sentido.

—¿No?

—No. Sólo que no quiero dejarla en la estacada. Enferma y sola, con dos niños.

—¿Cómo con mamá y nosotros?

—Como con mamá y nosotros... Sí... Seré la Tita...

—Alex, vas a sufrir... A los niños se les coge cariño... Y tú después no serás nada de ellos...

—Lo sé. Lo sé. Pero no puedo irme. Ahora no.

—Pero, Alex...

—Dani, por favor, no insistas.

—Vale, no volveré a decir nada más...

—¿No? —preguntó su hermano riendo.

—A ver... No volveré a meterme si prometes que me llamarás para lo que necesites. Sea lo que sea.

—Está bien. Lo prometo. Venga, vamos a comer. Llama a Susan.

Susan miraba la taza de café que sostenía en ambas manos mientras escuchaba una graciosa historia que Alexio contaba sobre cuando Dani era pequeña. Sonreía al darse cuenta de su agudo sentido del humor, mientras la aludida bufaba tratando de explicarse.

—Éramos muy pequeños, no sé cómo puedes acordarte de eso.

—No lo sé, simplemente lo recuerdo. La Tita tenía que vigilarte constantemente; cuando se cansaba y me tocaba a mí, pues lo mínimo era sacar partido, ¿no crees?

—Ya... De todos modos, tú también eras un terremoto... Cuando tengas tus propios hijos lo entenderás...

—Ya... Bueno... —concluyó sonriendo—. Hubiese sido divertido, eso seguro.

Ambas mujeres se quedaron mirándolo, cada una por un motivo diferente. Alex nunca había pensado en ser padre, simplemente lo había descartado. Su padre había sido un hombre horrible con ellos y él nunca lo había perdonado. No es que fuese malo, es que había sido peor. Mientras vivieron juntos, el hombre demostró ser capaz de crear maldades diferentes, cada una más cruel y terrible que la anterior y todas enfocadas a quebrar la inmutabilidad de su primogénito.

Así, poco a poco, Alexio se fue aislando de un mundo y unos convencionalismos que no le permitían ser él mismo, ni defenderse de un maltratador por el mero hecho de que ése fuese su padre. Desarrolló la idea de que no todos los hombres merecen tener hijos y, con esa concepción de la vida, se dijo desde el primer instante que no estaba ni estaría preparado. No sabía cómo se hacía, no tenía un ejemplo y no quería hacerlo mal. Por nada del mundo causaría en su hijo un dolor similar por haber obrado mal o por no haber sabido hacerlo bien. No. Simplemente no podía ser. No podía garantizar que las cosas irían bien.

Cuando, con el último comentario, su hermana entendió que seguía pensando lo mismo, se entristeció. Ella sabía que su pasado como hijo maltratado lo condicionaba muchísimo, pero no había contado con que él ya hubiese tomado la decisión de no tener hijos. Lo lamentó por él. Conocía a su hermano y sabía que era incapaz de hacer daño adrede. Su temor era totalmente infundado. Pero habían dejado de hablar de ello. Simplemente eran temas que de algún modo, tácitamente, habían quedado relegados al arcón que nunca se abría. Como todo lo vivido con su padre.

Susan se quedó mirando a ambos hermanos, sobre todo la cara triste de Dani cuando él le dijo: «hubiese sido divertido...» ¿Qué significaba aquello? ¿Quizá aquel hombre ya había decidido que no tendría hijos? ¿O era que no podía? ¿Y qué era eso de divertido? ¿Acaso no llevaba ella más de tres años sin saber lo que era una noche de sueño placentero? ¿Cómo podía decir que divertido? Ella amaba a sus hijos con locura, pero no era divertido. No lo era en absoluto. Siempre pendiente de ellos, del desayuno, de la comida, de la cena, de que estuviesen secos, de que comiesen todo, de que no les doliese nada, de que no tuviesen frío, de que la ropa estuviese seca, de si necesitaban

zapatos, de tener suficientes euros a fin de mes, de todo, de todo... ¿Divertido?
No, agotador. Sin duda esos tres últimos años habían sido de alto rendimiento.

CAPITULO VI

Alex fue a por sus cosas al maletero. Vio la parte trasera de un coche oscuro que se alejaba y se perdía en la curva. No había hecho ruido, no pudo identificarlo como el de Bull, ni siquiera había alcanzado a ver la matrícula, podría haber sido cualquier vecino. De todos modos, el hombre no había vuelto y eso era muy buena señal.

Los pequeños estaban acostados, se habían quedado rendidos a las primeras páginas del libro. Sonrió satisfecho al recordarlo. Eran perfectos. Sacó de su bolso la ropa de abrigo que había traído para pasar la noche en el sofá y también una de las mantas de su cuarto de invitados. No era muy grande, pero sí gruesa para el frío que hacía en esa casa. Calentó una taza de café; quería trabajar un par de horas antes de acostarse, además, no estaba cansado en absoluto. Al contrario, tenía una ligera sensación de temblor ansioso en todo su cuerpo, era incapaz de tumbarse tan pronto.

Miró la puerta del cuarto de Susan. La mujer había pasado la mayor parte del día levantada, tenía que estar cansada. No la molestaría, se dijo obligándose a volver a la sala con el café bien caliente en la mano.

Se sentó en el sofá con un escalofrío. Sí que era húmeda y fría aquella casa.

Empezó a pasar las fotos de los muebles que quería examinar y, con un lápiz en la mano y su cuadernillo sobre la mesita, empezó a dibujar los ajustes que tenía previsto hacer en cada modelo.

Susan, desde el pasillo, no podía apartar la vista del entusiasmado hombre que, sentado en su sofá, miraba la pantalla del ordenador y hacía anotaciones en unas hojas. No quería interrumpirlo, pero era incapaz de moverse. A Alexio le brillaban los ojos y tenía la boca curvada en una gran sonrisa.

—¡Oh! Hola —saludó de pronto mirándola—. ¿Te he despertado? ¿He hecho ruido? —preguntó.

—No, no. No quería molestar. Te he visto trabajando y no he querido...

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, gracias —Susan dio un pequeño paso hacia atrás. Era evidente que lo había interrumpido.

—Voy a calentarme un café. ¿Quieres uno?

—No... Mejor... Te dejo trabajar.

—Ven, siéntate —la invitó. Susan no parecía tener ganas de irse.

—Pero... —Intentó excusarse al verlo avanzar con la taza en la mano.

—Ve a sentarte, yo llevaré el café. Te enseñaré lo que hago.

—Vale —aceptó yendo hacia la parte desocupada del sofá. Se quedó mirando todo lo que había sobre la mesita: varios lápices blandos y un bloc de dibujo. Miró la lámina que estaba dibujando. En una esquina tenía anotado el modelo del mueble; debajo, las mejoras que él consideraba que se debían aplicar y después un pequeño esbozo con esas mejoras ya aplicadas. Se fijó en la foto de la silla que había en la pantalla del ordenador, después miró el dibujo que él mismo había hecho. Sí, apreció las diferencias; tal como él sugería, la pieza quedaría más cómoda y con una longitud muy atractiva, pensó mirando el alto respaldo.

Alex volvió con dos tazas de café, dejó cada una a un lado del portátil y, frotándose las manos, se sentó en el sitio que había ocupado antes.

—¿Qué te parecen las mejoras? —preguntó a Susan señalando el dibujo.

—Lo cierto es que son ideales. Yo no lo hubiese pensado así.

—Ya. Es que tanto lo tradicional como el ángulo recto me tienen frito. Esto me gusta mucho más... —susurró señalando el respaldo ligeramente curvado.

—Sí, me he dado cuenta —dijo—. Además es bastante alto, queda muy original.

—Pues gracias. Vamos a ver la siguiente... —Animado, pasó tanto la hoja del bloc como la foto de la pantalla. Era un robusto taburete de madera—. No todas las piezas admiten cambios; además, cada cosa puede admitir uno o varios usos. Este taburete, por ejemplo, es sencillo, duradero...

—Es feo, duro y cuadrado... —Se tapó la boca de repente—. Perdona, yo...

—¿Feo, duro y cuadrado...? —Alex se quedó mirándola. Por la expresión con la que la observaba, Susan podría estar hablando en chino—. Feo... Duro... Y cuadrado... —Repitió pensativo—. Vale, ¿y cómo lo mejorarías?

—No, a ver, ha sido sin pensar. No es tan feo.

—Sí, sí que lo es. Venga, ¿cómo lo meterías en tu casa?

—Con los cantos redondeados... todos, incluso la base, la haría cóncava para que fuese más cómoda y las patas, sin esquinas. No necesariamente una pata redonda, debe haber algo intermedio entre lo redondeado y lo cuadrado, ¿no? Pues en ese plan todo el taburete...

—Entiendo... —susurró escuchándola mientras hacía anotaciones y un dibujo de un nuevo taburete con sus sugerencias. Sí, en el dibujo se apreciaba la diferencia entre uno y otro, el segundo era más atractivo—. ¿Qué te parece así? —Apartó la mano para que ella pudiese verlo.

—Mucho mejor...

—Pues sí, a mí también me gusta más. ¿Vemos otro? ¿Quieres irte para cama?

—No, no, veamos otro.

La siguiente foto era de una silla, Alex se percató al instante de que no le gustaba.

—¿Qué te parece?

—Buffff... No sé. ¿Qué te parece a ti?

—A mí me parece que no debes tener miedo de decir lo que piensas.

—Bueno, no sé si es miedo. No sé qué es.

—Pues dime qué te parece la silla.

—No me gusta. No me gusta la madera oscura.

—¿Cómo la mejorarías?

—Mejorarla... —repitió pensativa—. Mejorarla... —De nuevo—. Es que no sé si es mejorarla o hacer una silla diferente. Ésta es muy rígida para mi

gusto... De nuevo redondearía los cantos y acolcharía el asiento, o incluso la dejaría así de recta y acolcharía asiento y respaldo, de manera que sólo se viesen los bordes oscuros, o como se llamen, y las patas.

—¿Con qué la tapizarías? —preguntó Alex curioso.

Susan se quedó mirándolo a los ojos, el hombre tenía interés real en lo que ella decía. Inclinandose, sacó una vieja revista de debajo de la mesa y empezó a pasar las hojas.

—A ver... —balbuceaba con la revista abierta y doblada sobre las rodillas. Había pasado varias hojas sin encontrar lo que buscaba—. ¿Puedo coger un lápiz de éstos?

—Claro.

Ella alargó la mano y en una esquina dibujó una sencilla silla, alargada y recta, después trazó finas líneas cruzadas sobre lo que sería el respaldo y el asiento.

—Con un tono de madera tan oscuro, yo pondría un tapizado de líneas con tonos suaves pero contundentes, crudo, gris, amarillo muy clarito y grande, diverso, confuso, no sé si me explico. No que cada silla sea milimétricamente idéntica a la anterior, sino iguales y parecidas a la vez... ¿Qué locura, no?

—¡Joder! ¡Claro que no! —Se calló de repente—. Perdón, olvidé dónde estaba —se disculpó en voz muy baja—. Suena perfecto, Susan, realmente creo que tienes mucho talento.

—¿Sí? Pues muchas gracias —aceptó haciendo una mueca y sonriendo.

—Lo digo totalmente en serio, necesito una persona como tú en mi empresa.

—Venga, no digas bobadas, lo que necesitas es dormir.

—Sí, pero no estoy cansado. ¿Vemos otra?

—Como quieras —contestó ella al percatarse de lo entusiasmado que estaba.

—Si prefieres dormir...

—No, venga, una más. ¡Caray! —exclamó mirando la mesa de madera tan

oscura como la silla anterior.

—No te gusta, ¿verdad?

—Bueno...

—¿Te gusta?

—No.

—¿Cómo la mejorarías?

Susan miró la negra mesa de madera, era rectangular y demasiado robusta.

—A ver... Es que una mesa... es más difícil... En primer lugar, la aligeraría con una cantidad de madera mucho menor. Después, mantendría el rectángulo, pero con formas más suaves y las esquinas torneadas o con doble canto... —miraba al ordenador y a los ojos de Alex tratando de exponer con claridad la idea que tenía—. Y con esas patas... Intentaría imitar la forma de unas patitas de araña, no rectas ni hacia adentro; sino esbeltas y fuera de la superficie de la mesa.

Alex iba dibujando sobre el block lo que ella decía. Cuando Susan, sin pensar, sujetó su mano por encima de la de él para dar forma a las patas, se le aceleró el corazón. La mano caliente y suave de ella lo tomó por sorpresa.

—¡Vaya! —exclamó fijando los ojos en el dibujo para no tener que mirarla a ella—. Pues... Sí. Es mucho más bonita ésta. Sí que eres una persona muy capaz, Susan, creo que tenemos que hablar. Necesito una visión como la tuya.

—Te repito que lo que necesitas es descansar. Si no quieres irte a tu casa para dormir en tu cama, será mejor que te acuestes en la mía. Tienes los ojos irritados.

—Sí, lo sé, es por el ordenador. Ya lo apago, mañana madrugaré y seguiré trabajando.

—Como quieras.

—De todos modos, he venido preparado, esta noche no tendré frío —aseguró señalando la manta.

—Ya veo... Pero este sofá es muy pequeño para ti —aseguró la mujer sin

querer añadir que era incluso pequeño para ella—. Mañana estarás dolorido y acalambrado.

—Ya, justo como a mí me gusta, gracias. Ve a descansar. Mañana te pediré ayuda de nuevo con algunas ideas.

—Alexio...

—Vamos, Susan, vete a dormir... —La interrumpió con brusquedad, no soportaba oírle decir su nombre con aquella dulzura.

—Está bien. Buenas noches.

La mujer desapareció al instante. Alex la escuchó entrar en el cuarto de baño y siguió recogiendo todas sus cosas, no tenía prisa. Nunca recogía con prisas, lo detestaba.

Ya cambiado de ropa para dormir cómodo además de sin pasar frío, recordó a los pequeños en sus camitas. Entró en su cuarto sin hacer ruido, les arrebujó bajo su manta y volvió a la salita.

Susan, desde su cama, escuchaba cada movimiento que el cuerpo del hombre hacía para entrar en el pequeño sofá, cada chirrido de alguno de sus muelles o correas, cada crujido de alguna madera.

No escuchó un sonido, ni un lamento, ni siquiera una maldición. Nada. El hombre no se había quejado ni una sola vez aunque ella estuviese ya de los nervios por ser testigo de un castigo tan cruel.

No supo cuánto tiempo había pasado, no tenía ni idea de cómo lo iba a hacer, pero no podía dejarle allí toda la noche. Se levantó y, sin encender la luz, caminó por el pasillo hasta la puerta de la sala. Alexio estaba mirando al techo con el brazo izquierdo debajo de la nuca y ambas rodillas dobladas. Susan se quedó en silencio no quería que le gritase de nuevo, pero tampoco podía dejarle así. Él giró la cabeza y la vio.

—Tú sofá es horrible...

—Lo sé... —Alexio se frotó la cara con las palmas de las manos—. Por favor... —Volvió a decir ella.

—Está bien... —Claudicó sentándose.

Dejó la manta en el sofá y se levantó para ir al cuarto de Susan. Se dejaría la ropa puesta, así no tendría frío y al menos tampoco estaría piel con piel con ella.

—Por favor, no te enfades... —Susan estaba sentada al borde de la cama—. Sé que te gusta estar sólo pero comprende que no puedo dejarte así, al fin y al cabo eres mi invitado; debo cuidarte.

A Alex le pareció gracioso que fuese ella la que se viese cuidándolo a él. Era cierto que el sofá era terriblemente incómodo y la casa tan caliente como un témpano, pero la enferma seguía siendo ella.

—Vamos, Susan, acuéstate. No tiene importancia. Sólo es que no quería molestarte, pensé que estarías mejor sola.

—No me molestas en absoluto, Alexio... —susurró tumbándose—. En absoluto...

—Gracias, Susan... —contestó él en un tono de voz tan bajo como el de ella a la vez que se estiraba mirando al techo. Con la sudadera puesta casi no tenía frío y podía sacar los brazos para cruzar las manos tras la nuca.

Susan, sacudida por un escalofrío, se arrebujó bajo el edredón. Alex se sintió culpable, recordaba haber sentido frío la noche anterior y tajarla a ella a la vez que a sí mismo, pero ya no. En ese momento no quería tocarla. No podía tocarla. No podía ni pensar en ello sin sentir cierto malestar físico. Se levantó sin decir nada. En unas pocas zancadas llegó al sofá, cogió la manta y en menos de cinco segundos estaba tendiéndola sobre la cama, por encima del edredón. Volvió a acostarse exactamente en el mismo lugar, en la misma postura y con la misma determinación.

—Gracias...

—De nada, Susan, intenta descansar.

La mujer, encogida sobre sí misma, le había dado la espalda. No había sonado agradable, no quería ser agradable.

—Mmmm... —Alex suspiró dormido. Rodeado de una magnífica sensación de placidez, volvió a suspirar. Estaba muy cómodo; calentito, cómodo y dormido. Relajado. Cómodo. Calentito. Estaba muy a gusto con la espalda de Susan pegada a su cuerpo y una mano descansando sobre su pecho. Al borde de la conciencia pensó que algo no iba bien. No. Aquello no podía ser... Tenía que ser un sueño... ¿Cómo podría tener medio cuerpo sobre ella después de todas las precauciones que había tomado? No, no podía ser...

—¡Joder! —exclamó separándose de ella veloz como un rayo.

—¿Qué...? Alexio... ¿Qué sucede? —La mujer se había asustado y se movía hacia él, confusa.

—¡No te acerques! —La detuvo alzando la mano.

—¿Qué...? —Susan no entendía nada—. ¿Qué te pasa?

—Que no te acerques, joder... —pidió desesperado.

—Vale... —La mujer retrocedió y se quedó inmóvil al borde de la cama, de rodillas, mirándolo preocupada.

—¿Es que no te has dado cuenta?

—¿De qué? ¿Qué ha pasado?

—Estaba... Estaba... Yo estaba tocándote...

—¡Oh! ¡Vaya! Lo siento.

—¿Lo sientes?

—Sí... Perdona, me habré girado sin querer... —se disculpó en voz baja—. Perdona por incomodarte...

Alexio se quedó mirándola. Aquella mujer no entendía nada. ¿Acaso no se había explicado bien? Ella no se había girado hacia él; era él el que estaba rodeándola con su cuerpo. Era él el que estaba sobre ella y le había encantado, estaba cómodo. Estaba más que cómodo. Estaba extrañamente excitado; como si aquello... aquella quietud, aquella placidez fuese perfecta.

—Susan...

—Por favor... No digas más. Lo siento mucho. ¿Vale? Ahora olvídale y trata de descansar. No volverá a suceder.

—Pero... —Alexio no pudo seguir hablando. Para su asombro, la mujer había cogido su bata y había salido cerrando la puerta de la habitación. Lo había dejado solo. Como a él le gustaba. Estar sólo. En soledad.

Inspiró varias veces intentando aclarar su atribulada cabeza. ¿Qué le sucedía? ¿Cómo podía tratarla con tanta frialdad? ¿Cómo había sido tan grosero? Ella había ido a buscarlo al sofá, había insistido en que él estuviese cómodo y era de esta manera que él se lo pagaba.

Pensó que debía ir a disculparse, aunque seguramente ella estaría ya acomodada en la cama de los niños. No quería molestarla. Y no iba a disculparse con sonidos ininteligibles, tenía que darle una explicación.

Se giró hacia el centro de la cama, inspiró el suave aroma de las rosas. Susan olía asombrosamente bien. Sin pensar ni valorar nada, se levantó de la cama y fue sin hacer ruido al cuarto de enfrente, decidido a hablar con ella cuanto antes, pero Susan no estaba allí. En la cama sólo estaban los dos pequeños cuerpecitos de los niños. Entró hasta el fondo por si ella estuviese en un colchón en el suelo o acostada en una silla. No, no había nadie más.

Salió sin hacer ruido y fue a la salita. Susan estaba tumbada sobre el sofá, con las piernas encogidas, dándole la espalda al universo. Se quedó allí plantado. ¿Qué hacía ella en el sofá más incómodo del mundo?

—Susan... —susurró acercándose—. Susan, vuelve a la cama...

La mujer permanecía inmóvil. Casi no se movía ni para respirar.

—Susan... —Insistió a un metro de ella—. Esto es ridículo. Sé que no estás dormida. Me vas a obligar a llevarte en brazos y no quiero tocarte...

El grito ahogado que escapó de la mujer lo dejó paralizado. La vio temblar sollozando y encogiéndose todavía más sobre sí misma.

—Susan... —murmuró empezando a entender—. Por amor de Dios. Susan... ¡No es eso! Pero qué imbécil soy... Susan, por favor no es por ti... Es que yo... Yo pensé que... —La mujer tenía la cara escondida entre ambos brazos. Alex, torturado, se dejó caer al lado de sus pies mientras, deshecho,

contemplaba el ovillo de femenina forma que se deshacía en un lastimoso llanto.

Ella había asumido que a Alex le molestaba la compañía. También que había sido ella la que se había girado hacia él y que por eso estaba enfadado. Y para mejorar las cosas; acababa de decirle que no quería tocarla... Desde luego, tendría suerte si conseguía darle una explicación razonable a toda esa situación.

—Susan... —Reclamó su atención posando una mano sobre su tobillo izquierdo—. Susan, perdona, todo ha sido un malentendido. No es que no quiera tocarte y no eras tú la que estaba sobre mí, yo... Lamento que lo hayas entendido mal. No es que... Verás... Es que yo... —Se detuvo un momento. No quería hablar de más. Necesitaba poner orden en sus pensamientos—. Yo me giré hacia ti dormido, en algún momento te abracé y, cuando me desperté y me di cuenta, me asusté. No quería hacerte sentir violenta y sin querer, estaba explicándome fatal. Es tu casa, tu cama y yo me he quedado para cuidarte, no para abalanzarme sobre ti. Lo siento. Lo siento mucho. Perdóname, por favor.

La mujer había parado de llorar. Mucho más tranquila, estaba mirándolo con atención.

—¿Por qué crees que te giraste hacia mí? —preguntó en un hilo de voz.

—Pues no lo sé. Me gusta tu olor y tu tacto.

—¿Mi olor?

—Sí, hueles a rosas.

—¿Y mi tacto?

—Sí, cuando ayer te masajeeé la espalda, me gustó.

—Y a mí... —reconoció ella con un susurro.

—Lo sé. Yo... no quería aprovecharme de ti.

—Lo sé. Aunque...

—¿Aunque? ¿Qué?

—Yo sólo podía pensar en lo mucho que hacía que no me acostaba con un

hombre. Sentir ayer tus manos fue estupendo, yo pensaba que... quizá... pero cuando dijiste que no querías tocarme...

—Pero no... No era por ti... ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Ven, Susan... Vuelve a la cama —le tendió la mano a la vez que se levantaba—. Colocaré las almohadas en el centro y no te molestaré y si no, dormiré aquí...

—No quiero que estés en el sofá. Puedo ir para la cama de los niños... Vete tú para mi cuarto.

—No, Susan, no será necesario. Pondré las almohadas y descansaremos los dos. ¿Vale?

—Como quieras...

—Susan... —Ambos estaban acostados en la cama, divididos por una barrera física—. ¿Por qué has dicho que hace mucho que no te acuestas con nadie?

—Bueno, pues porque es verdad.

—¿Cuánto hace de la última relación?

—Pues... Entre la edad de los peques y el embarazo... En fin... No me apetece sumar... —Susan cerró los ojos con fuerza. Tampoco le apetecía pensar en ello. Bull se había marchado apenas ella se había quedado embarazada. Tras el nacimiento de los niños todo había sido tan duro que lo que menos había tenido había sido tiempo para dedicar a una relación.

—¿Y te gustaría? ¿Te gustaría tener una relación con alguien?

—Pues... Ahora que lo preguntas... Creo que no. No podría. No tengo tiempo para ello.

—¿Tiempo? Una relación no es un trabajo...

—Una relación es algo que si quieres que funcione debe ser visto como algo vivo que deben cuidar los dos. Nunca hay una relación si sólo se esfuerza

uno.

—¡Ah! Entiendo, ya sé a qué te refieres. ¿Y crees que no podrías?

—Alexio... Soy madre soltera de dos preciosos pero pequeños niños, no tengo trabajo, no tengo dinero, no tengo tiempo para otra persona.

—Todo eso es tu situación...

—Shhh... Duérmete —ordenó girando la cabeza.

—Susan, Susan... A mí me pareces una mujer muy válida...

—Shhh... Alexio... Por favor... —El tono de dolor en su voz lo hizo mantener silencio.

—Perdona, Susan, lo que yo deseaba era animarte...

—Alexio... —susurró acercándose a la barrera que los dividía—. Alexio... —repitió colocando una mano en su estómago.

—Susan... —advirtió—. No... no te acerques.

—¿Por qué?

—Porque no quiero aprovecharme de ti, ya te lo he dicho.

—Creo que lo estás entendiendo mal... —susurró. Apoyando la oreja en su pecho, subió hasta sus brazos y recorrió los abultados bíceps a ambos lados de su cabeza. El hombre tenía los brazos tensos por mantener la postura. Trepano un poco sobre él, alcanzó a ver su rostro. Tenía los ojos cerrados y los labios apretados con fuerza. Susan acarició ambas mejillas y besó muy despacio la rígida mandíbula—. Alexio... Tengo que pedirte un favor... Necesito desesperadamente hacer el amor contigo, pero no tengo preservativos y no quiero quedarme embarazada. ¿Podrías ayudarme con eso?

—Susan... —murmuró sin abrir los ojos—. No me gusta que me tomen el pelo.

—Alexio... Me avergüenza mi situación. Crees que mendigar sexo hiere tu orgullo, pues imagínate el mío... —Dio un suave beso en sus labios y descendió hasta apoyarse de nuevo en su pecho. El corazón de Alexio batía desbocado. De pronto Susan se sintió mal por él, ni siquiera sabía si el

hombre tenía una relación con otra o interés en alguna mujer y ella le estaba pidiendo que le dedicase una parte de sí mismo, como si no le hubiese dado ya bastante. Empezó a separarse, no podía colocarlo en esa situación. Los brazos del hombre se cerraron alrededor de su espalda, con un suspiro de resignación, preguntó.

—Dime, Susan, ¿qué es lo que quieres?

—Yo... —Iba a decirle que no, que no quería nada, que no le pediría nada, pero no fue capaz. El contacto del hombre era maravilloso y sentirse rodeada por él era absolutamente tentador—. Yo... Yo sólo quiero sexo.

Alexio mantuvo silencio, volvió a inspirar profundamente. Nunca había estado en una situación igual. Acostarse con una mujer que no había seducido era algo nuevo y totalmente inesperado. Aunque ella no fuese una belleza, sí que había cosas que le gustaban, cosas que todavía no estaba dispuesto a enumerar, pero las había.

Empezó a recorrer despacio las costillas de la mujer. No quería valorar lo que estaba a punto de suceder. Apenas llevaba un minuto sobre él y ya reconocía el olor de las rosas con un sentimiento entrañable de cariño. Ya era imposible separar ese perfume del recuerdo de la mujer. Inspiró con fuerza, era imposible negarse. La única duda era que, al no conocerla lo suficiente, no sabía muy bien cómo iba a enfocarlo, si follar con ella de una manera salvaje o ser delicado y tierno como si se tratase de una flor. Optó por lo segundo. Si hacía tanto tiempo que no estaba con un hombre, no le apetecería acabarlo en cinco minutos.

—Alexio, empiezo a pensar que...

—Shhh... —La interrumpió.

—De verdad que no... Es que si no te apetece...

—¿Cómo no me va a apetecer? —Atrapó la mano de Susan, la llevó sobre su erección y la movió a lo largo del grueso pene a la vez que reprimía un temblor—. Claro que me apetece, joder, sólo que no sé cómo hacerlo... No nos conocemos tanto... No quiero... A ver, no quiero decepcionarte...

—Eso no pasará —susurró la mujer volviendo a alcanzar su boca en un suave beso.

Los brazos de Alexio se cerraron alrededor de Susan, subiéndola totalmente encima de él. Estrechándola completamente, deslizó la lengua en su boca abierta mientras la apretaba sobre su entrepierna. La mujer, tan ansiosa como él, jugueteaba con su lengua, recorriéndolo y succionándolo a la vez que lo hacía gemir enloquecido con un solo beso.

No podía dejarla seguir, se correría antes de tiempo. Giró con ella en brazos y la tendió sobre la cama. Arrodillándose entre sus piernas, buscó el borde de la camiseta para sacársela y empezar a desnudarla. La piel de Susan lo tomó por sorpresa. Bajando la boca a la pálida piel del estómago pensó que era lisa y suave. Paladeó y le pareció tan caliente como dulce.

Susan se agitó entera cuando la boca de Alexio empezó a trazar círculos sobre su cuerpo. Tanto su camiseta como su sujetador habían desaparecido y las manos la recorrían despertando todos los lugares escondidos y largo tiempo dormidos de su cuerpo. Cuando le succionó un pecho, se sujetó a él con fuerza, gimiendo por que aquella sensación no finalizase jamás. Y no finalizó.

El hombre la rodeó de nuevo por la espalda, la elevó para estrechar el contacto y metió el pezón entero en la boca. Lo chupó hasta que el tirón de pelo que le dio a mujer lo separó. La miró, los ojos de ella lucían preciosos en aquella penumbra. Alex trataba de no pensar en ella, de no pensar en todo el tiempo que llevaba sin estar con un hombre.

Se dio cuenta de que se estaba volviendo loco intentando saciarla y tanta tensión no le dejaba hacer, no le dejaba concentrarse. Pensó que sería mejor hacerlo de una manera mecánica. Mecánica pero delicada.

Separándose un poco de ella, buscó la cintura de su pantalón deportivo y gimiendo por la delicada piel que escondía debajo, lo sujetó con fuerza y la dejó completamente desnuda. Contuvo el aliento, la mujer era preciosa. En la penumbra del cuarto, resaltaron sus sugerentes curvas y la firmeza de sus piernas como cinceladas en mármol.

—¡Dios...!

—Shh... Ven, Alexio. Ven, por favor —susurró ella.

—No me pidas por favor... Estoy conteniéndome por no abalanzarme sobre

ti... —murmuró colocando las manos en sus rodillas.

—¿De veras?

—Te lo aseguro...

—Ven, no te contengas, ven... —pidió alargando ambas manos.

Alex sonrió, entrelazó sus dedos con los de la mujer y se tendió sobre ella.

—Susan... —murmuró contra su boca. Le elevó ambos brazos por encima de la cabeza y se colocó entre sus piernas. La mujer respondió arqueándose totalmente hacia él, con un suave quejido ondeó sus caderas hacia la erección de Alexio.

—Susan... No sé si... —Se quejó él. En cambio ella soltó sus manos y, deslizándolas debajo de su ropa, aprisionó ambos glúteos atrayéndolo hacia ella.

—Alexio... Por favor...

No podía con la súplica en su voz, no pudo con las manos en su piel. Bajando un poco su ropa, liberó su pene y con un movimiento suave entró en ella como si se tratase de un sencillo truco de magia.

—Susan...

—Mmmm...

—Susan, ¿estás bien?

—Sí que estoy bien... mmmm... Estoy bien... Sólo es que... —susurró gimiendo.

—¡Dios! —Alexio sonrió al darse cuenta y se movió dentro de ella. Le encantaba verla retorcerse de placer bajo su cuerpo, mordiéndose los labios para no gritar, mientras con las manos le apretaba los glúteos con fuerza aprisionándolo en su interior—. Susan... —Gimió él tan excitado como ella con la situación. Que la mujer se hubiese corrido tan pronto lo había sorprendido, pero no había sido desagradable, sino al contrario. Tenía tanto miedo al principio de no estar a la altura que el hecho de que ella ya hubiese tenido un orgasmo lo relajó tanto como lo excitó. Cuando la respiración de la mujer empezó a normalizarse, se quedó quieto dentro de ella—. ¿Cómo te

encuentras?

—Fenomenal... Eres muy bueno en esto... —aseguró a la vez que asentía y sonreía.

Alexio empezó a reírse por el comentario que había hecho ella. No sólo demostraba su buen humor; sino que evidenciaba su acuerdo. No era un compromiso romántico. Como ella había dicho, sólo era sexo y eso sí creía poder dárselo.

Susan subió por su espalda, recorriendo su piel por debajo de la ropa, al llegar a sus hombros tiró hacia arriba, Alexio le facilitó la tarea dejándose hacer. La mujer acarició el pecho depilado del hombre, le lamió las tetillas a la vez que con sus piernas lo rodeaba por las caderas, instándolo a continuar lo que habían empezado.

Alex disfrutó del agradable hormigueo de su piel, los labios de Susan estaban llenos de vida y encendían su pecho con una pasión abrasadora. Cuando las piernas de Susan lo aprisionaron, se movió dentro de ella arrancándole un gemido de placer. El cuerpo de la mujer le gustaba, se había amoldado perfectamente al suyo. Sus sonidos le encantaban y sus manos lo provocaban obligándolo a estar pendiente de ella en todos sus movimientos.

Poco a poco, empezó a embestirla despacio para no perder el control, despacio para envolverse cada vez más en su calor, despacio para no perder ni un detalle de ella, despacio sintiendo la humedad en todo su pene. Los suaves gemidos que la mujer emitía contra su pecho lo hacían sentir una ternura que no recordaba haber sentido nunca. Continuó moviéndose, acelerando cada vez más sólo un poco las acometidas, tratando de no dejarse llevar por la ansiedad o por su propia urgencia, sabía que debía mantener el control.

Las manos de Susan lo sujetaron con más fuerza, empezó a retorcerse debajo de él, gruñendo por el placer que dividía su cuerpo en dos.

—Alexio... —gimió—. Alexio...

Alex, tratando de estar pendiente de ella, no pudo evitar penetrarla también con la lengua. Al ver su boca entreabierta, diciendo su nombre, gimió desesperado por colmarla. Así, prestando atención a la fuerza con que se

agarraba a su cuerpo, empezó a embestirla mucho más profundamente. La mujer lo rodeaba con los brazos con tanta fuerza que creyó imposible poder separarla alguna vez de él.

Siguió moviéndose y controlándose hasta que sintió como ella se relajaba. Entonces, ya no pudo aguantar más, con ella saciada entre sus brazos, su propio placer se abrió paso, salió de su interior a toda velocidad y eyaculó sobre su vientre, mientras los brazos de Susan lo rodeaban y sus labios lo besaban.

CAPITULO VII

—¿Cómo coño puede seguir aquí el pasmado éste? —se preguntó Bull a la vez que se detenía delante de la casa.

A lo largo de la tarde había pasado varias veces y en ningún momento había encontrado la oportunidad de abordar a Susi a solas. Una de las veces, hacia medio día, incluso había dos Audi. A punto había estado de estrellar su coche contra el azul más grande y llamativo que el otro.

Pero se lo pensó mejor. Era muy probable que su amado coche quedase para el desguace si le daba un porrazo, admitió repasando con los dedos la cinta aislante negra que reforzaba el interior de la puerta.

Hacía muchos años que eran compañeros. Lo había comprado nuevísimo, había fardado muchísimo, había ido a conciertos y ligado con más chavalas de las que se pudiera imaginar, incluida Susi. Tenía muy buenos recuerdos de aquel coche y de la mujer también. Ninguna lo había excitado nunca como ella.

La cobardía de la mujer era un afrodisíaco poderoso, saber que tenía el control, saber que podía con ella, lo llevaba más allá de los límites de la realidad. Siempre había hecho con ella lo que se le había antojado. Por temporadas se aburría de ella y necesitaba variedad, así que desaparecía, salía con otras chavalas, pero ninguna era como Susi. Con Susi, siempre podía volver, ella nunca se había negado.

Era como tener el papel principal de una película. Se sentía el protagonista, era el que mandaba.

Era una pasada darse cuenta de que las aburridas vidas de los demás, tan monótonas y sosas, sólo se animaban cuando él aparecía.

Tener el poder de entretener a su ignorante público para después obtener de ellos lo que quería era un arte que había perfeccionado a lo largo de los años.

Cuantas veces, sentado en la barra de un bar había mirado fijamente a algún payaso. Lo había provocado con su risa mientras charlaba con otros para salir detrás de él a la calle y calentarle bien a gusto las costillas.

Era él el que tenía el poder. Y eso le gustaba. Le encantaba.

CAPITULO VIII

Eran las cinco de la mañana. Alexio, que apenas había dormido unas horas, permanecía absorto en la contemplación de la mujer que descansaba sobre su pecho. Tenía las mejillas pálidas, los labios hinchados, los cabellos ondulados y revueltos esparcidos entre los hombros y su propio pecho.

Habían seguido besándose y abrazándose por largo tiempo, incluso después de que él se corriese sobre ella. Se había sentido extrañamente cómodo en esa situación. Después, la mujer, tras un largo beso en el que le había robado algo más que el aliento, le había dado las gracias. Se quedó mirándola, se quedó en silencio, incluso cuando vio sus caderas caminando hacia el cuarto de baño, se había quedado sin palabras. ¿Por qué le había dado las gracias? ¿Por qué no se había limitado simplemente a besarle y a abrazarlo?

Removió sus bucles para despejarle la cara, estaba mucho más bonita sin los molestos cabellos ocultando sus facciones. Susan se había vestido antes de acostarse, pero Alex no quería que la cogiese el frío, así tiró del edredón y de la manta a la vez, subiéndolos hasta el cuello. La mujer correspondió con un sonido de comodidad, rodeándolo un poco más por la cintura. Él sonrió complacido. Le gustaba estar con ella. Le gustaba más de lo que creía. La obligación implícita había desaparecido, había sido sustituida por un sincero interés en ella, en Susan, en la mujer que dormía sobre su pecho pocas horas después de haber hecho el amor.

«Mmmmm... Qué bien huele». Pensó Alexio con los ojos todavía cerrados. «Debe ser Susan... Mmmmm... Sí, es Susan... Ese olor a rosas... Lo reconocería en cualquier parte...». Inspiró en profundidad; «hay algo más... Huele a café...».

Abrió los ojos y la miró. Susan, muy sonriente, sostenía una taza de humeante café recién hecho a pocos centímetros de su nariz.

—Buenos días, Alexio —cada vez que ella decía su nombre sentía una caricia en alguna parte de su cuerpo. Lo pronunciaba con una claridad y suavidad absolutos.

—Buenos días, Susan, gracias —saludó cogiendo la taza de café—. ¿Qué tal te encuentras?

—Pues lo cierto es que estoy genial. Muchísimas gracias de nuevo.

—Ya puedes dejar de dárme las.

—Vale, perdona, no quería hacerte sentir incómodo.

—No es eso... —Guardó silencio. De algún modo presentía que la conversación que iba a tener lugar no le gustaría. Y por otra parte, aunque se alegrase de su recuperación, eso significaba que él ya no le hacía falta. Podría despacharlo en cuanto quisiese.

—Alexio, no te he preguntado si tienes pareja... Creo que tenía que haberlo hecho antes, pero... En fin...

—No, Susan, no estoy con nadie.

—Ya... Bueno, verás, quisiera agradecerte...

—¡Joder! Para ya de tanto agradecer... Parece que todo lo he hecho por ti y no creo que haya sido así. Yo me siento mal cada vez que me das las gracias por algo que yo he hecho encantado. Tanto quedándome en tu casa, como... En tu cama... No me des... Las gracias...

—Vale, pero ¿por qué estás tan incómodo?

—Pues... Porque no sé cómo enfocarlo, ¿entiendes? Nunca me había pasado nada parecido. Nada.

—¿Nunca?

—Nunca —contestó sin advertir el tono divertido de la voz de Susan.

—¿Nunca se te ha echado encima una mujer suplicándote que le hicieses el amor?

—Pues no.

—Me resulta difícil de creer. Con ese cuerpazo y esa exquisita educación tuya...

—Susan... —Ladeó la cabeza por la inesperada sorpresa, se lo tomaba con

mucho humor. La miró con una sonrisa—. A ver... Continúa. ¿Que querías decirme? —preguntó más relajado.

—Bueno. Ya me encuentro mucho mejor. Insisto en agradecerte todo lo que has hecho por mí y con ello te digo que eres libre de marcharte cuando quieras.

—¿Quieres que me marche?

—Yo... —La vio titubear por primera vez—. Yo no quiero que te marches, pero no sé con qué derecho puedo animarte a que te quedes. En estos momentos, tú conoces más de mí y de mi situación que cualquier vecino. En estos dos días han pasado más cosas que en los últimos años y ahora aún no sé cómo encajarlo, pero lo que sí sé es que tú debes volver a tu vida cuanto antes.

Alex, desconcertado, miró la taza que tenía en la mano antes de dar un trago al café; la mujer lo animaba a quedarse y lo obligaba a irse en la misma conversación.

—Susan... ¿Te das cuenta de que te estás contradiciendo? —Ella negó con la cabeza—. ¿Qué pasaría si me quedo?

—No puedes quedarte, Alexio... Soy una mujer, madre soltera, con dos niños, sin dinero, ni trabajo... Sería como tu obra social. No quiero ser un rescate, ¿de acuerdo?

—Pues busca un trabajo... Busca un trabajo y sal conmigo...

—¿Qué?

—Lo que acabas de oír. Busca un trabajo y compágnalo con tus hijos y conmigo.

—No es tan fácil —negó con la cabeza, dio un trago a su café y se puso en pie.

—Yo te ayudaré... —la detuvo cogiéndola de la mano. Dejó su taza en la mesita, alcanzó la de ella y la dejó al lado, tiró de su brazo y la sentó sobre él—. Vamos, Susan, yo te ayudaré —repitió con una mano en su espalda y otra en su cintura. La envolvió con delicadeza pegándola a él—. No te acobardes ahora... —la alentó tratando de no sonreír al recordar su decisión de la noche

anterior.

—No es... cobardía...

—Lo sé... confía en mí.

—Es que...

—Podemos conseguirlo... —susurró en su oreja mientras la mordisqueaba —. Nos gustamos mucho, con un poco de paciencia y confianza podremos hacerlo.

—Pero...

—Shhh...

—Alexio...

—¡Por Dios...! —Hundió la lengua en su boca mientras la rodeaba con algo parecido a la desesperación. De pronto no quería irse, no quería verse sin ella, no quería estar solo, ni a solas, ni en soledad.

Despejó la manta y el edredón lo mejor que pudo, antes de sentarla a horcajadas sobre su regazo, sin dejar de besarla con urgencia, aprisionó sus caderas contra su pene deleitándose con los quejidos de placer que escapaban de ella.

—Quítate esto... —susurró contra su boca ayudándola a ponerse en pie.

El pantalón y las bragas desaparecieron con rapidez, Alexio volvió a sentarla sobre su regazo y de nuevo, igual que la vez anterior, entró en ella con gran facilidad. Susan lo empujó despacio para que se apoyase en el cabecero de la cama y, gimiendo y suspirando, se movió sobre él hasta que un intenso orgasmo la dejó temblando sobre su pecho. Alex la recogió con suavidad, la tendió en la cama y poniéndose sobre ella la cubrió con un gemido. Todo su cuerpo la deseaba, sentía una urgencia que no le permitía tomarse las cosas con calma, hacerle el amor con delicadeza o tratarla incluso con dulzura. Sólo quería poseerla, sólo quería hacerla suya, sólo quería de ella algo más que gemidos silenciosos y suspiros incansables. Sólo quería de ella sus gritos de placer, sollozos incontinentes por la pasión y todas sus uñas clavadas en la espalda. Sólo quería de ella esa rendición incondicional que no les permitiese separarse jamás.

La mujer susurró algo contra su boca, no supo lo que decía, pero sí lo que quería decir. Acelerada por el placer que recorría su cuerpo, lo sujetó por los cortos cabellos pegándolo a ella, quedándose inmóvil, mientras su cuerpo era devastado por oleadas de placer desde su centro mismo hasta la punta de los pelos de todo su ser.

Alexio siguió colmándola hasta que no pudo más y, saliendo de ella, volvió a correrse sobre su vientre.

—Susan... Me gustas muchísimo.

—Alexio... Yo...

La besó para silenciarla. Fuese lo que fuese, no le interesaba nada con ese tono de disculpa. Más tarde, más tranquilos, hablarían. En aquel momento, con la mujer bajo su cuerpo, en realidad no había mucho que decir. Estaba tan pleno y tan a gusto que no quería ni moverse. Sólo estar con ella. Como en ese momento, repartiendo suaves besos por sus hermosas facciones.

Susan se tumbó después de comer. Alex había insistido al verla pálida y ojerosa, mientras él salía con los niños a corretear por la pequeña finca.

No habían vuelto a hablar del tema, pero por cómo ella se había comportado a lo largo del día y otras conversaciones que habían mantenido, para Alex estaba todo muy claro. Ella mantenía la idea de que él debía marcharse, pero él se resistía a que lo echase de allí.

El motor de un coche lo sacó de sus pensamientos. Levantó la cabeza, allí estaba aquel desgraciado. Maldito imbécil, se había olvidado de él. Hizo un esfuerzo por quedarse con los niños en el lugar en el que se encontraba. Hablando un poco más alto les organizó una carrera hacia el interior de la finca. Necesitaba un minuto a solas para llegar al coche, quería aclarar las cosas con Bull cuanto antes. Los pequeños reían divertidos, parecían no darse cuenta de nada. El motor rugió con fuerza, ambos niños aparecieron de pronto gritando y con los ojos desorbitados. Alex los tomó en brazos para tranquilizarlos y caminó con paso decidido hacia la casa, empujó la puerta con el pie y se metió dentro. Susan estaba en el pasillo, pálida como la cera, con la escoba en la mano.

—Ahora vuelvo —dijo con decisión pasando por ellos.

—Espera, Susan... no salgas... —Llevó a los pequeños a la sala. Ambos, asustados, se aferraban a sus brazos, Falco no le soltaba.

—Escuchad, vuelvo ahora, voy a ver qué es ese ruido tan horrible...

—Es Bull... es Bull... —susurró Falco.

—Vale, voy a echarlo de aquí, quedaos juntitos. No salgáis. Vuelvo ahora... —Estaba tan preocupado por Susan que apenas podía hablarles a los niños. Ella había salido sola, armada con su miedo y su escoba, y aunque sabía que lo correcto era que ella se enfrentase a aquel hombre, también sabía que él era un abusón, y que no aceptaría una regañina de ella con facilidad.

Apenas traspasó la puerta, vio que Bull entraba en el coche, arrancaba con un potente rugido del motor y desaparecía de allí. Corrió en aquella dirección. ¿Dónde estaba Susan?

La vio arrodillada en el suelo, oculta por la parte trasera del Audi, con la cabeza escondida entre las manos. Tenía el cabello demasiado revuelto. Hecho una furia, se agachó para intentar levantarla.

—Vamos, Susan, entremos —la animó a la vez que dudaba sobre por donde sujetarla.

La mujer parecía estar hecha polvo, no reaccionaba, se había quedado inmóvil, casi inerte, solo respiraba encogida sobre sí misma.

—Susan, ¿qué te ha hecho? ¿Qué ha pasado? ¡Susan! —la mujer seguía absolutamente desorientada—. ¡Susan!

Le recorrió la cara con ambas manos a la vez que secaba sus lágrimas, después le atusó los erizados cabellos para peinarla, ella hizo un gesto de dolor. Ahí estaba: o le había pegado en la cabeza o la había agarrado del cabello. Había evitado su cara. Maldito cobarde. Buscó la escoba... Estaba en el suelo, partida en dos... Con horror empezó a repasar todo el cuerpo de Susan con ambas manos... ¿Quién le había dado a quién? El brazo de Susan también estaba muy rojo y dolorido al suave tacto con el que Alex la rozó. Rogando que no estuviese roto, la tomó en brazos con delicadeza para llevarla adentro.

Intentó no alarmar a los pequeños y tras dejarla en el cuarto fue a decirles que el ruido ya había pasado, más que nada para asegurarse de que estaban jugando a algo y no pendientes de lo que sucedía a su alrededor. Cerró la puerta de la casa con llave, buscó una toalla pequeña para humedecerla antes de volver con Susan.

La mujer estaba inmóvil sobre la cama.

—Susan, vamos al médico y a poner una denuncia. Esto no se puede consentir. Ese tío es peligroso —le pasó la toalla fresca por las mejillas—. Debes defenderte.

—No ha pasado nada...

El tono ausente de su voz lo detuvo. Seguramente no había oído bien. No podía ser que Susan estuviese disculpándolo.

—¿Qué? Eso sí que no... ¿Qué te ha hecho en el brazo? ¿Y por qué estabas tan despeinada? ¿Te crees que soy idiota? Te ha sujetado por el pelo o te ha golpeado en la cabeza...

—En realidad... No ha llegado a golpearme.

—¡Me da igual! —contestó furioso—. Me da igual —repitió casi gritando—. No nos vamos a quedar así. No señor.

Susan había cerrado los ojos para no verlo sufrir, Alexio estaba muy preocupado por ella. En realidad, ella misma también lo estaba. Bull siempre la había asustado. Por ello, en cuanto se quedó embarazada, decidió romper la relación con él. Sus encuentros eran muy apasionados, sus promesas muy tiernas y sus golpes cada vez más fuertes y frecuentes. Tampoco soportaba que ella le llevase la contraria, no soportaba que tuviese una buena idea, ni soportaba que tuviese éxito en su trabajo.

Le costó mucho deshacerse de él, pero cuando los pequeños nacieron, ya llevaban meses sin verse. La maternidad había sido más dura de lo que ella esperaba, aunque el problema no era la maternidad; el problema había sido atribuir a dos niños la responsabilidad de hacerla feliz.

Había tardado mucho en darse cuenta de que ella no podía hacer nada por los demás. Todo, todo debía hacerlo por y para sí misma. Tardó mucho en

entender que no tenía que atribuir a sus hijos la característica de salvadores, si no al revés. Dos hermosos niños que habían venido al mundo a por su propia felicidad, a realizar su propio camino. Cuando se dio cuenta de ello, las cosas mejoraron un poco. Pero seguía siendo madre soltera a jornada completa, el dinero no duraba nada en sus manos y, en cuanto se dio cuenta, ya no tuvo para su coche. Así, decidió venderlo. De todos modos, aunque lo necesitase, no podía pagar el seguro ni ponerle carburante. Hasta que un día se encontró con Bull. Apretó los labios y cerró los ojos con fuerza, las lágrimas brotaron incontenibles al recordar lo que había hecho.

Menuda estúpida había sido. Se vio rogando en silencio que las cosas terminasen así. El error ya se había cometido y respecto a eso ya no había vuelta atrás. Ya sólo le quedaba desear que Bull estuviese satisfecho y por fin la dejase en paz.

Alex, arrodillado sobre la cama, secaba las lágrimas de Susan. ¿Qué demonios había sucedido en los pocos segundos que él había estado en la casa con los niños?

CAPITULO IX

—Hola, tío, ¿qué te pasa?

Bull miró de reojo al hombre que ponía la mano en su hombro; se lo había apretado, amigable, como si tuviese buena intención. Pero no, él conocía a todos aquellos payasos. Sabía de sobra lo que querían de él. Todos querían ser amigos de “Bull bolsillos llenos”; todos y todas. Su fama de adinerado y manirroto lo precedían.

A él le gustaba invitar a la gente. Le gustaba llegar a su local favorito, sentarse en su taburete favorito y que la camarera le pusiese delante su consumición favorita. Cerveza alemana del tiempo. La mejor bebida del mundo. Después, echaba un vistazo a la barra y decía a la camarera que le cobrase eso, aquello y lo otro... Y entonces todo lo que se oía eran agradecimientos: «Gracias, Bull». «Bull, muchas gracias». Y su nombre resonaba así en todo el local.

Él se daba cuenta de que era buena persona, le gustaba hacer eso por los demás, le gustaba hacer felices a los otros, aunque fuese por un rato. Pero su generosidad no era sólo para los clientes y amigos. Las camareras eran buenas chicas a las que habitualmente recompensaba. Cuando sacaba unas monedas sueltas y las contaba en la palma de su mano, después giraba la cabeza hacia la máquina tragaperras y, disimulando, miraba a la camarera. Entonces, si ella negaba con algún gesto encubierto, significaba que había salido un premio recientemente; en cambio, si la camarera afirmaba, era que algún incauto la había cargado para él.

Le encantaba ser tan inteligente. Y agradecido, pues siempre recompensaba a las muchachas con paquetes de tabaco, con frascos de colonia, o con billetes de cinco euros... Él era agradecido con todo aquel que le demostraba respeto.

Una vez había leído un titular que decía: “*Un hombre sin respeto no es nada...*”. Y estaba totalmente de acuerdo con ello. Así, él se hacía respetar. Tal como decían aquellas palabras; “*Un hombre sin respeto no es nada...*”.

—Estas muy callado hoy... —Lo animó su amigo.

—Estoy pensando. ¿Sabes que un hombre sin respeto, no es nada?

—Sí, supongo que es importante respetar a los demás...

—Que no, imbécil. Que uno debe hacerse respetar.

—Ah, vale... Pensé que querías decir que...

—Tómate una cerveza, anda.

—Vale, gracias.

CAPITULO X

—Susan... Ven a cenar... —la invitó Alex con voz suave—. Los niños ya se han dormido. Ven a cenar algo, por favor.

La mujer tenía la mirada ausente, la cara congestionada y los ojos hinchados. Tras el encuentro con Bull había permanecido acostada toda la tarde. Apenas había reaccionado cuando los niños, tras lavarse y ponerse el pijama, fueron a darle besos y abrazos curativos.

Incluso padeciendo la migraña había estado más animada, cantándoles, abrazándolos y besándolos con amor. En cambio, esa noche, en cuanto la dejaron sola, Alex la había visto encogerse de nuevo y darle la espalda para ahogar su tristeza en la almohada.

Avanzó hacia ella hasta tocar con las piernas el borde de la cama.

—Susan...

—Yo tenía pensado pedirte que te marchases... —Habló con la voz rota por el agotamiento—. Pero ahora no puedo quedarme sola. No puedo quedarme sola mientras no sepa lo que voy hacer. ¿Puedes quedarte unos días?

—Puedo quedarme todo lo que quieras, Susan. De todos modos, tampoco tenía pensado marcharme...

La mujer empezó a llorar de nuevo. Alex se tendió a su lado y la abrazó, estaba congelada. Tiró de la manta y del edredón del lado contrario y la tapó.

—He cometido un error tremendo al volver a meterlo en mi vida... Me sentía tan sola... Y mira ahora...

—Ya está, Susan, no pasa nada. Igual que ha entrado, volverá a salir. Tú tranquila.

—No conoces a Bull. Es como un perro con un hueso. Ahora que cree que tengo pareja, no me dejará en paz.

—Susan... Ahora que tienes pareja, somos dos contra uno. Y sí que nos dejará en paz. No tengas miedo de hacer lo que tengas que hacer —aclaró

abrazándola más fuerte.

Alexio era un gran hombre. Era generoso, fuerte, valiente, decidido y, desde que se habían conocido, no había hecho más que ayudarla. Pero Susan se resistía a meterlo en líos. Porque estaba segura de que Bull los buscaría. En cuanto averiguase que era empresario, buscaría la manera de causarle problemas laborales... A Bull le gustaba hacer las cosas a su manera... Muy como en las películas americanas, porque para él, todo era como en las películas.

CAPITULO XI

—Vamos, Bull, van a ser las once, es hora de cerrar y todavía no he recogido.

—Ya vamos, guapa. Por mi puedes cerrar la puerta y empezar a limpiar, no te molestaré.

—Joder...

—Venga, que no es para tanto; si me sale el grande, te daré una buena propina...

—No es por la propina, es que había quedado...

—¿Sí? ¿Con quién?

—Con un tío que conocí hoy.

—¿Sí? ¿Cómo se llama?

—No me acuerdo, José creo...

—Ya, le encantará que no sepas ni su nombre.

—Bueno, tampoco le he dicho el mío.

—Pues tú baja las luces y empieza a limpiar que, en cuanto acabes, nos vamos.

—Vale.

La camarera aceptó, se bajó del taburete y fue al almacén a por la escoba y el recogedor. Esperaba que Bull cumpliera su parte, no era la primera vez que salía a las tantas por su culpa. Era verdad que era generoso cuando le tocaba un premio, pero las horas extras no se las pagaba nadie. Cuando Bull le hizo la seña con las monedas en la mano, había respondido con un gesto de cabeza, dándole a entender que la máquina estaba llena, eso sólo porque todavía eran las siete de la tarde. De haber sabido que tras tantas horas, seguiría allí, su respuesta habría sido otra para que se fuese al salón recreativo o a otro local.

Bull miró a la muchacha y sonrió. Ella estaba barriendo, tenía el palo de la

escoba entre sus manos. Recordó a Susan esa misma tarde; maldita puta, le había dado una pequeña lección. Cuando salió con la escoba y la estrelló contra el maletero de su precioso coche, partiéndola en dos, se quedó inmóvil, sorprendido por la furia que mostraba, pero en cuanto se dio cuenta de que estaba sola, fue a por ella.

«Sí...». Pensó. «He puesto a esa zorra en su lugar...». Se rascó los huevos, le hormigueaban al recordar el frenesí del momento. La había agarrado por los pelos con tanta fuerza que después de salir de su casa y tras aparcar delante del bar, había visto un montón de cabellos negros enredados en la palanca de marchas de su coche. Pero algo había cambiado: ella se había resistido, no le había dejado hacer como otras veces. Así, tuvo que sujetarla con fuerza por el brazo obligándola a agacharse, obligándola a someterse, obligándola a doblegarse y casi, casi lo había conseguido. Cuando vio que la puerta de la casa se abría, la soltó y arrancó con mucho ruido y rapidez. Sí, así se enterarían esos dos de que no se juega con Bull bolsillos llenos. Desde luego había sido una suerte que le hubiese dado tiempo a dejar las cosas claras.

—Ven —llamó a la camarera—, y dame monedas...

La muchacha soltó la escoba y se acercó a recoger el billete azul. Entró en la barra, contó el cambio y salió para dárselo.

—Gracias... —dijo y tomando la palma de su mano abierta, la besó y, dejando un euro, la cerró de nuevo—. Me das suerte.

—¿Yo te doy suerte? —preguntó la muchacha con los ojos más abiertos.

—Muchísima.

—Ah, pues qué bien. Voy a seguir...

Bull soltó su mano y empezó a meter monedas en la máquina, sin hacer un solo parpadeo miraba todas las luces que se encendían y apagaban al compás del suave tintineo. Cuando las diecinueve monedas estuvieron dentro, giró un poco la cabeza para mirar el culo de la muchacha. Estaba bastante buena... Y había notado que él le gustaba, se había dado cuenta de cómo lo miraba.

—Guapa, ponme otra cerveza y sírvete una copa para ti.

—¿Una copa para mí? —Lo miró extrañada.

—Sí, claro, es lo menos que puedo hacer después de molestarte con esto. Total, la puerta está cerrada, no va a entrar nadie más. Ponte lo que quieras, una crema, un chupito, una cerveza...

—Vale, me tomaré una copa mientras recojo.

—Buena idea.

La camarera entró de nuevo en la barra y en uno de los vasos grandes se sirvió tres hielos, una buena cantidad de ron y un refresco de limón. Lo mezcló bien con dos pajitas de plástico y le dio un gran trago.

—No olvides mi cerveza... —Bull había ladeado la cabeza y adoptado una seductora pose apoyado en la máquina.

—Ah, no, claro. ¿Te molesta si pongo música?

—Por mí como si bailas y cantas. Haz lo que te haga feliz.

—Gracias... —Y se dirigió al pequeño aparato de música.

Pocos minutos después bailoteaba con la fregona en la mano. Bull miraba de reojo cómo al compás de la música iba lavando la cara al suelo de todo el pequeño local. Sin dejar de sonreír, advirtió que ya se había tomado la mitad de la copa.

—Ven, cámbiame esto... —pidió dándole otro billete azul.

Cuando la muchacha volvió con el cambio, repitió la operación anterior; en la palma de su mano depositó un húmedo beso, después dejó un euro y lo cerró con los dedos, dando más besos en el puño ya cerrado.

—Eres mi diosa de la fortuna.

—¿Sí?

—Sí. Ponte aquí, verás... —La colocó entre él y la máquina tragaperras, se pegó a su culo por detrás y mientras metía las monedas sueltas se restregaba contra ella.

—Bull, si mi jefe se entera de esto, me despedirá.

—Nadie se va a enterar de nada —susurró babeando en su cuello—. ¡Oh

Dios! ¡Estás tan buena! —exclamó empujándola por detrás.

—Joder, Bull... —La camarera pegó su cuerpo a la máquina y permitió que el hombre la embistiera por detrás. Notaba perfectamente la enorme erección a través de la ropa—. Es que tengo que irme, he quedado con...

Bull había metido todas las monedas en la máquina y estaba desabrochándose el cinturón con la mano que tenía libre. Con la derecha presionaba el botón de las jugadas a la vez que rodeaba la botella por el cuello de su cerveza favorita. La camarera se dio la vuelta y terminó de desabrochar el pantalón y bajar la cremallera.

—Tienes una buena polla... —susurró con ella entre sus manos.

—Toda tuya... —ofreció el hombre dando un paso atrás para que ella tuviese espacio para agacharse.

La muchacha no parecía entusiasmada con la idea, Bull colocó la mano en su hombro para animarla a arrodillarse delante de él. Al fin ella cedió, e inclinada, se la metió en la boca.

Bull la instó a chupársela entera, embistiéndola; la indecisión de la muchacha lo excitaba, el calor de su boca lo alteraba. Con la pelvis hacia adelante hacía pequeñas embestidas, mientras con una mano sujetaba la bebida y con la otra pulsaba los botones de la máquina.

En algún momento no fue suficiente y, queriendo aumentar el ritmo le golpeó la cabeza con la botella de cerveza. La muchacha se quejó, trató de separarse, pero Bull se acercó más a ella, acorralándola contra la máquina y sujetando sus cabellos con la mano con la que presionaba el botón.

Las protestas de la muchacha lo hicieron sonreír, adelantándose más, se la metió bien adentro, sintiendo como el placer le subía por los huevos agarró la cabeza de la camarera con ambas manos y acometió con fuerza varias veces hasta que se corrió en su boca.

Se apartó de ella con rapidez. La muchacha tosía atragantada, colorada y sin aliento, vomitó sobre sus pies.

—¡Joder! ¡Qué asco! ¡Pero qué has hecho?

La camarera jadeaba incapaz de hablar.

—Mierda, tío... Eres un hijo de puta...

—Oye, si te ha sentado mal la copa, yo no tengo la culpa.

—¿La copa? Casi me asfixias.

—Venga, levántate, ¿estás mejor? —preguntó queriendo parecer comprensivo con el apuro de la muchacha—. Vamos, yo lo limpiaré. —Fue hacia la fregona que estaba cerca de la puerta, la colocó encima del vómito y la movió hacia los lados—. Hala, ahora descansa un poco.

—No quiero descansar. Quiero irme a casa.

—Venga, termínate la copa —ofreció acercándole el vaso por la mitad—. Nos iremos enseguida.

—Quiero irme ahora.

—Pues vete...

—¡He dicho que ahora! —bramó poniéndose en pie con el cuerpo tenso.

—Oye, muñequita —siseó Bull tomándola del brazo—. A mí no me da órdenes ni mi puta madre. Así que, cállate y siéntate, que ya falta poco.

—Me haces daño...

—Esto no es hacer daño... —susurró con una sonrisa maliciosa.

La camarera movió el brazo con fuerza para soltarse. Bull se separó y volvió a la máquina.

«Putá máquina de mierda... Hoy estás retorcida...».

CAPITULO XII

Alex recolocó los cabellos de Susan detrás de la oreja. Las sombras bajo sus ojos se percibían perfectamente en la penumbra de la habitación. Vencida por las pesadillas que la habían mantenido en tensión toda la noche, dormitaba confiada sobre su brazo.

Al final, Susan había cambiado de idea y le había pedido ayuda. No era lo que tenía en mente, pero como tampoco quería marcharse, la tranquilizó lo mejor que pudo. Claro que se quedaría. Sólo pensar en dejarla sola le provocaba un enorme sufrimiento. También cabría la posibilidad de llevarles a su casa, pero no estaba muy seguro de que fuese una buena idea. Susan había aclarado que ella no quería ser “salvada” y ello le había puesto las cosas relativamente más difíciles. Pues, mientras ella no decidiese salvarse por sí misma, por mucho que él hiciese, con esa manera de pensar no podría ayudarla. Él lo entendía, lo entendía en cierto modo; él entendía que era ella misma la que tenía que tomar las decisiones y también ser responsable de sus actos; pero verla tan débil lo desesperaba.

Salió de debajo del edredón con cuidado, no habían cambiado de posición en toda la noche, ni para meterse entre las sábanas. Dejándola bien tapada; se fue a hacer café. Vistió una chaqueta gruesa y encendió el ordenador. Revisó el móvil, tenía varios mensajes: de Dani, de su madre, de la Tita y de Krysta. Leyó los de su familia, pero no los contestó, era muy temprano para todos ellos. Su hermana preguntaba por Susan; quería saber si estaba mejor y se ofrecía para lo que necesitasen. Su madre y la Tita le enviaban besos y abrazos avisándole de que saldrían a pasar unos días a Portugal.

Los tres mensajes de Krysta no quiso leerlos. Odiaba a la gente patética. Adoraba las cosas claras, no entendía cómo algunas personas preferían buscar cinco patas a un gato en vez de ver la claridad y la realidad. Porque para Alex, “no” significaba “no” en todos los aspectos.

Sacó su bloc de dibujo y sus lápices. Decidió que no dedicaría un pensamiento más a la rubia despechada, había sido lo suficientemente claro. Abrió en la última hoja dibujada, la mesa con patitas de araña, como Susan la había descrito. Le había encantado que compartiese su visión con él, todas sus

ideas le habían parecido buenísimas. Pasó a la siguiente foto. Escuchó un gruñido. Los niños; se había olvidado de ellos. Se levantó rápidamente y con sigilo entró en su cuarto. Falco murmuraba algo mientras extendía los deditos en el aire. Alex sujetó su manita fría y agachándose sobre él, apoyó la barbilla en su orejita.

—Shh... Todo está bien, Falco, estoy aquí contigo. Duerme feliz.

El pequeño dejó caer la mano y, tras un largo suspiro, se relajó. Alex los arropó bien a ambos, acarició los pocos pelos que sobresalían de las mantas y salió de la habitación.

Se encontró a Susan en el pasillo, con dos tazas de café.

—Hola, no te he oído levantarte...

—Estabas con los niños... —aclaró en voz baja.

—Éste no es descafeinado —le advirtió Alex.

—Lo sé, ¿puedo?

—Por supuesto.

—Gracias. ¿Vas a trabajar?

—Sí, ¿quieres ayudarme?

—¿Podría? No me apetece seguir en la cama.

—Te entiendo, pues vamos —le cedió el paso hacia el sofá. La mujer tenía oscuras ojeras y la tez más pálida de lo que le había parecido en la habitación. La noche había sido dura, los recuerdos de la tarde anterior la habían torturado sin descanso. Si en ese momento podía ayudarla a pensar en otra cosa, le sentaría bien distraerse.

Susan sostenía la taza en la mano derecha mientras con la izquierda señalaba cerca de la pantalla del ordenador trazos imaginarios respecto a los cambios que ella haría. Alex anotaba en el bloc las sugerencias propias y las de ella e iba dando forma a un dibujo que a veces terminaba totalmente distinto a la foto original.

Ambos hablaban en voz baja. Alex miraba su cara, apreciando cómo se ilusionaba con cada comentario que hacía. Sus labios incluso llegaban a estirarse en una suave sonrisa, pero sus ojos no. Sus ojos se mantenían serenos y distantes, recordándole a él los hechos del día anterior. Si hubiese salido antes afuera, o si le hubiese impedido salir a ella, o si hubiese entrado antes en la casa en vez de esconderse con los niños en el jardín. Todos los “hubiese” y varios más se agolparon en su cabeza haciéndolo sentir culpable.

Susan se había recostado en el sofá, con los ojos cerrados se masajeaba las sienes.

—Vamos a dejarlo por un rato. ¿Quieres desayunar?

—No, no tengo apetito ahora, pero un café sí que me apetece.

—Vale, voy a por ellos.

—No. Te acompaño —ofreció con rapidez.

—Bien —aceptó tendiéndole la mano. La mujer la sujetó con naturalidad y, poniéndose en pie, le dio un suave apretón de agradecimiento—. Hoy podríamos salir a comer fuera o también podríamos salir a dar un paseo por la tarde. ¿Te apetece?

—¿Salir a comer? Hace una eternidad que no salgo. Los niños nunca han comido fuera de casa.

—¿Y no te gustaría llevarles?

—Sí, bueno, no sé. En parte sí... Pero...

—Vale, vale, no lo decidas ahora, ya lo pensaremos. También puede ser mañana o pasado, sin presiones de ningún tipo, ¿vale?

—Vale, Alexio, gracias —se quedó un instante en silencio antes de continuar—. Si no fuese por ti...

—Lo habrías hecho sola, Susan. Lo habrías conseguido sola, estoy seguro.

Ella no quiso decirle que no, no quiso contrariarlo, no quiso decir en voz alta más de lo que ya había dicho. Se sentía físicamente cansada, moralmente agotada y anímicamente extenuada. Si él no la hubiese ayudado, no quería ni pensar cómo habrían sido los días anteriores. Miró al suelo de la cocina, con

la vista nublada por las lágrimas reconoció su situación. Allí, tras la espalda del hombre que preparaba café, se dio cuenta de que lo más importante era tomar decisiones para poder seguir adelante con su vida. Tenía que atar cabos y soltar lastre. Así, poco a poco, quizá sin grandes cambios pero sí con pasos importantes. No iba a consentir el abuso de Bull. No iba a consentir que sus hijos creciesen en un ambiente de miedo, tiranía y violencia.

—Vamos... —Las manos de Alexio, una en su brazo y otra en su espalda, la despertaron del trance en el que se había sumido. Los cafés estaban en la mesa de la cocina. La acució a sentarse en una silla y él se colocó enfrente—. Dime, ¿qué pensabas?

—Yo... —Se quedó con la boca abierta y la mirada perdida. Las palabras se negaban a salir.

—Venga —la animó—. Hemos pasado de hablar de salir a comer, a esto... —aclaró señalándola entera con la mano abierta—. Vamos, ¿cómo puedo ayudarte?

—Es que no sé si... —Permaneció en silencio. Alexio la miraba sin decir nada—. Esto parece un concurso de silencios... —susurró ella poco después—. Ya te he dicho que no quiero ser salvada... Yo... Debo tomar mis propias decisiones. Son cosas que tengo que hacer por mí misma. —Alexio seguía escuchándola—. Sé que tengo mucho por hacer; cosas que no he enfrentado, las tendré que enfrentar ahora, pero debo hacerlo sola.

—Vale, me parece bien. ¿Y qué decisiones has tomado?

—Pues... No voy a consentir el abuso de Bull —declaró con un hilo de voz.

—Muy, muy bien. ¿Y cómo lo vas a hacer?

—¿Qué? —Ella lo miró a la cara. Obviamente era algo que no había valorado—. Dios, ¿tendré que llamar a la policía? —Alexio afirmó con la cabeza—. Eso no lo había pensado...

—Eso es lo que hay que hacer. Si no lo denuncias, todos los otros pasos que quieras dar serán pasos en falso. Necesitas, ante todo, defenderte. Y si es el padre de los niños, la pensión correspondiente...

—¡No! ¡Eso sí que no! —La vehemencia de sus palabras lo sobresaltó.

—¿Por qué no, Susan?

—No quiero a ese hombre en la vida de mis hijos... Ni en la mía... Ni en la de nadie. Es una persona horrible. No. Con mis niños, no. No quiero su dinero, me apañaré como hasta ahora.

—¿Eso significa que no tienen los apellidos de él?

—Exacto.

—Te felicito, Susan. Sí que has sido muy valiente. En realidad, sí que has sabido lo que querías; lo que pasa es que la carga es muy grande.

—Gracias, Alexio, parece un cumplido.

—Es un cumplido —recalcó mirándola con intensidad—. Me imagino que no habrá sido fácil llegar hasta aquí.

—No. No lo ha sido. —Alexio sujetó sus manos por encima de la mesa, animándola a continuar—. Yo... Yo creía que sonriendo lo lograría todo. Siempre pensé que era muy afortunada por la suerte de tener dos hijos tan sanos e inteligentes y por el hecho de que no me faltase trabajo, aunque el dinero no me alcanzase. Siempre pensé que era una mujer muy positiva y que las cosas, al final, me saldrían bien, como yo quería... —Las lágrimas caían por sus mejillas aterrizando sobre la pulida mesa de la cocina—. Pero no... No ha sido así... Es agotador... El buen humor es una máscara. En realidad, estoy perdida, cansada y sola. Porque aunque tengo dos hijos me siento sola, estoy sola. —Intentó secarse la cara—. Es terriblemente duro el día a día cuando una se siente así... Pero... Es que tampoco quiero que tú vengas a hacer todo el trabajo. Te agradezco tu ayuda, pero debes comprender que ciertas cosas debo hacerlas por mí misma.

—Susan... Lo comprendo. Lo comprendo todo. Pero no puedo dejarte sola... —La boca de su estómago se cerró ante la posibilidad de tener que marcharse. Inspiró con fuerza, contó hasta cinco y soltó el aire contenido—. Yo estaré contigo y seré testigo de tu camino, escojas lo que escojas, prometo no meterme en tus decisiones. Pero siéntete segura de hacer lo adecuado. Cuando todo se haya solucionado, cuando estés bien, si lo deseas, me marcharé. Mientras, estoy aquí para ayudar. ¿Qué te parece?

—No quiero aprovecharme de ti...

—Seamos amigos, Susan, si eso te parece mejor. No te aprovecharás de mí. Los amigos no hacen eso.

—Alexio...

—Shhh.... Sólo piénsalo y acéptalo. ¿Vale?

—Yo no sé cómo podría corresponder...

—Shhh... —Insistió apretando sus manos—. Eso no me preocupa en absoluto. Lo que sí me preocupa es tu estado, por eso no me puedo ir hasta que estés mejor. ¿Lo harás? ¿Te pondrás bien? Así yo me tranquilizaré y con ello estarás contribuyendo a que mi vida sea mejor. ¿Lo ves? Es un “quid pro quo”. Ambos nos beneficiaremos.

Susan ofreció una leve sonrisa, Alexio había cambiado el razonamiento para que ella lo aceptase.

—Haré lo que pueda.

—Gracias. ¿Quieres acostarte un poco?

—No. Si vas a seguir trabajando, me gustaría verlo.

—¿Solo verlo? ¿No vas a dar tu opinión? —preguntó sonriendo.

—Bueno, si quieres...

—Pues claro que quiero. Me encanta —con una mano en su cintura, la condujo al saloncito y, sin dejar de sonreír, una vez que ambos se habían sentado, puso en pantalla la siguiente foto. Era una cómoda con dos columnas de tres cajones, Susan se acercó un poco para poder mirar bien los tiradores. Alex, con dos dedos, aumentó la imagen en la pantalla.

—¡Oh! Gracias. Mucho mejor.

—De nada. ¿Qué te ha llamado tanto la atención?

—Es que casi ninguna cómoda de las que yo he visto tiene tiradores fijos. Las mías de casa, ninguna. Y cuando no quiero hacer ruido, pero necesito buscar algo, tengo que estar pendiente de sujetarlo bien a la primera y de soltarlo con cuidado cuando ya he abierto el cajón. Nada, una tontería; cosas mías.

—Pues no había reparado en ello... Así que tiradores fijos... ¿Y qué más?

—Pues... —Parecía indecisa—. Pues por el tamaño... En esos cajones no parece haber gran cosa... No sé cuál es el destino del mueble... Supongo que, al fin y al cabo, cada uno lo usa para lo que quiere. Pero, por ejemplo, ahí no cabría una bata de adulto, o más de dos toallas...

—Entiendo, ¿y qué propones? ¿Cómo lo mejorarías?

—Bueno... Bueno... Yo... Yo lo haría más alto, seguiría con la estructura de tres cajones, pero más alto, mínimo una cuarta —dijo mostrando la palma de su mano abierta—, o dos... Y éste en cuestión, con este color marrón, lo dejaría rectangular; como muy clásico... Porque si fuese de color marfil, me vienen a la cabeza unas formas curvadas, como bombeado... Acabado sobre firmes y cortas patitas de araña... Bufff... No sé... —había hablado sin parar pasando los dedos por delante de la foto—. Pero, ¿qué haces? No anotes eso... Ni siquiera sé por qué lo he dicho.

—Claro que sí, es una idea muy buena, “Patitas de araña...” —añadió Alex con un tono cariñoso en la voz.

Susan rió ante el tierno comentario. Su naturalidad era irresistible y su sonrisa también.

Siguieron trabajando más animados. Con cada foto, Susan se mostraba más segura y contundente en sus comentarios. Sabía que simplemente exponía su punto de vista, pero al pensar que con ello podía ayudar a Alexio a mejorar incluso algunos productos, se sentía útil y confiada. Por ello, poco a poco, se relajó casi completamente, hasta no ser consciente del paso del tiempo.

—Mamiii.... —tanto Susan como Alex se miraron extrañados.

—Pero, ¿qué hora es? ¿Cuánto tiempo llevamos trabajando? —preguntó Susan mirando los pequeños puntitos de luz que mostraba la persiana—. Ha amanecido y no nos hemos dado cuenta. —Miró a Alexio perpleja—. Ya voy cariño... —dijo a su hijito en voz alta—. Puedes continuar trabajando en la habitación. Haré la cama y te llevaré una silla.

—Ya hemos trabajado mucho. Haremos un descanso. De momento voy a recoger.

—Vale, como quieras... —aceptó al levantarse para ir junto a los niños.

Susan parecía estar mucho mejor, Alex oía las risas en el cuarto de los pequeños y mientras guardaba sus cosas, sonreía también. Se sentía aliviado y contento. Habían conseguido establecer un acuerdo que a ella parecía haberla relajado mucho. No era que Alex tuviese prisa porque se desarrollasen las cosas, al contrario, lo único que lo disgustaba de todo era la vaguedad de los términos. Susan tenía que hacer lo adecuado; lo difícil sería establecer qué era lo adecuado en cada caso y, por supuesto, cuando sería el momento adecuado para cada cosa.

Falco entró con timidez en el saloncito, Alex le sonrió y le tendió los brazos, el pequeño avanzó rápido y confiado a su encuentro.

—Hola, Falco, ¿has dormido bien?

—Sí. ¿Y tú?

—¡De maravilla! —contestó al pequeño deslizando un dedo bajo su axila y haciéndolo reír—. Dime, Falco, ¿tienes hambre?

—¡Ajá!

—¡Pues a desayunar! —Se levantó del sofá y lo acompañó a la cocina. En el pasillo se encontró con Susan y un remolino que se enredó en sus piernas.

—¡Hola, Leo! ¿Qué tal estás, pequeño?

—Bien, ¿y tú?

—Bien, muy bien. Tengo hambre, ¿quieres desayunar? —preguntó acariciando su cabecita.

—¡Claro!

—¡Estupendo! Vamos allá, mamá.

Susan entró en la cocina de primera; Alex le seguía con un niño enzarzado en cada pierna.

—A ver, señora, ¿dónde puedo dejar esto? —preguntó con voz grave señalando a ambos niños—. Son dos paquetitos para usted.

—Gracias, señor... Déjeme ver... —Se agachó con aire distraído, apartó los pelos revueltos de Falco, que con los ojos cerrados, sonreía apretando ambos bracitos alrededor de la pierna de Alex—. Pero... Pero... No son paquetitos, señor... Se equivoca... Son... Son... A ver... —Leo escondido, sonreía también—. Son dos perritos preciosísimos... ¿A ver? ¿Y son para mí? ¿Seguro? ¡Me encantan!

Los pequeños empezaron a ladrar muy bajito y soltándose de las piernas de Alex se tiraron al pecho de su madre, contentos correataron alrededor de ella, le lamieron la cara y la achucharon con tanta fuerza que la hicieron caer sentada en el suelo de la cocina.

—Hacía mucho que no jugábamos a esto... —aclaró Susan a un Alex sorprendido que le tendía la mano para levantarla—. Nos encantaba imitar a los animales... Es muy divertido —aseguró sonriendo todavía—. Bueno, ¿tienes hambre?

Alex la miraba fijamente, con una pequeña sonrisa dibujada en su rostro. Él también se estaba divirtiendo. Jugar con niños pequeños no era placentero para todo el mundo. Se alegraba de que ella tuviese paciencia y delicadeza con ellos.

—Estoy hambriento, te ayudaré con el desayuno mientras los perritos juegan.

—Está bien.

Ambos niños ya estaban organizándose en sus chanzas mientras, ajenos a los adultos, se repartían las órdenes del juego.

Colocaron tostadas, leche, cereales y café en la mesa; Alexio añadió queso y jamón y, pocos minutos después, todos desayunaban juntos.

Susan, en cierto modo complacida, observó cómo Alexio invitaba a sus hijos a que probasen pequeños trozos de queso y varias carnes chacinadas que había traído. Los pequeños comieron de todo lo que se les ofreció, estaban emocionados ante el acontecimiento que para ellos representaba poder hacer un desayuno de personas mayores. A Susan le encantaba ver a sus hijos cómodos con él. Recordó cuando les había presentado a Bull; los pequeños no habían sabido muy bien cómo comportarse, pero, la realidad era que ella

tampoco. Bull les trataba como a niños mayores; no tenía ni consideración ni interés en tratarlos de otra manera. Les hacía molestas bromas, quería jugar a peleas y los irritaba tanto con sus burlas que ambos niños, siempre primero Falco y Leo después, se iban a jugar a otro sitio dejándolo solo. Mostrando así su rechazo por él.

Susan conocía bien a Bull y podía imaginarse cuánto le dolía el desplante. A él le gustaba ser el mejor en todo, sobresalir en todo y tener razón en todo. Y que dos pequeños niños le quitasen la razón tan sutilmente lo hacía hervir por dentro. Susan lo sabía, sabía todo eso; por ello las pocas veces que se habían encontrado, nunca los había dejado a solas. Al revés, cada vez que Bull aparecía a saludar, el cuerpo de la mujer se tensaba lleno de crispación y malestar, lamentando siempre, incluso desde la primera visita, el lío en el que se había metido al invitarlo de nuevo a su vida.

Los niños no sabían que Bull era su padre. Y probablemente no lo sabrían hasta que fuesen mucho mayores y pudiesen asimilarlo. En ese momento, siendo tan pequeños, Susan entendía que era mucho mejor mantener una figura paterna ausente que una decadente y además tan problemática.

—¿Qué sucede? ¿Qué estás pensando? —Alex la miraba preocupado.

—Nada, nada, voy a llevarles a la sala.

Alex la vio desaparecer. Aunque no lo pretendiese, Susan era transparente como el agua. Y si él, casi sin conocerla, podía leer en ella; qué no podría hacer el tal Bull conociéndola desde hacía tanto tiempo. Inspiró con fuerza, en la pequeña cocina se sentía raro, cómodo e incómodo al mismo tiempo. Añoraba su casa. Le encantaban los espacios amplios, quizá por ello vivía en un lugar tan grande.

Desde muy pequeño había compartido habitación con su hermana, pero cuando se mudaron a casa de la Tita también había tenido que compartir el espacio con su madre. El pequeño piso sólo tenía dos habitaciones. Inspiró de nuevo recordando los tristes y viejos tiempos. Carecían de muchísimas cosas materiales. Muy poca ropa, un par de zapatos viejos, casi no había libros ni, mucho menos, juguetes. Pero había mucho amor. Recordaba a la Tita siempre con una amorosa sonrisa y con los brazos abiertos para él y para su pequeña hermanita. Haciendo un gran esfuerzo, los llevaba al parque de vez en cuando. Ella se sentaba en un banco y los pequeños correteaban, reían y jugaban

siendo niños completamente felices por unos breves momentos. La Tita, siempre preocupada, miraba en todas direcciones. Alex pensaba que era porque no sabía relacionarse con otras personas, él siempre la había visto sola.

Aproximadamente un año después de haberse mudado, supo que su padre los andaba buscando. Se enteró de que nunca les había dejado en paz y que había rondado por el barrio muy a menudo. Con todo, la Tita, siempre se había negado a encerrarles, sabiendo que si alguna vez los encontraba, la dañaría primero a ella. Pero estaba convencida de que aquellas dos criaturas tenían que relacionarse con los demás. Ya era bastante raro para las personas del barrio que una hermana, de la que nunca habían oído hablar, se instalase repentinamente con dos criaturas y sin marido. Habían sido el objeto de críticas, algunas burlas y ocasionales insultos sólo por no dar explicaciones sobre su vida. La Tita sostenía que el trato entre niños era totalmente diferente, por eso creía que sus pequeños “sobrinos” tenían que salir y divertirse como y con los demás. Alex la amaba con locura, tanto como a su propia madre.

Alex lo supo mucho después, en el barrio había muchos niños de su edad con los que jugar a policías y ladrones. Uno de ellos era su vecino, Xabier, un mozarrón grande y moreno que siempre quería ser policía. A Alex no le importaba, con tal de jugar, él sería el ladrón o lo que fuese, solo por correr un rato con otros de su edad.

Una de las últimas veces, Xabier había corrido mucho más rápido de lo normal, lo había placado y estirado en el suelo, aplastándolo con su propio cuerpo.

—“No te muevas, Alex, esto no es un juego. Hay un hombre muy enfadado preguntando por ti. Me ha agarrado de los pelos, me ha confundido contigo...”

—Dani... —había susurrado levantando la cabeza preocupado por su hermana.

—Yo la traeré aquí. No te muevas. ¿Me lo prometes?”

Alex había asentido con lágrimas en los ojos. La infancia se le escapó ese día, derramándose por sus mejillas. Odió al hombre que era su padre, odió al hombre que golpeaba a su madre y odió al hombre que no los dejaba vivir en paz.

Vio venir a Xabier caminando entre las hierbas, de la mano traía a su hermana. Al darse cuenta de que la niña llevaba un gorro de lana, pantalones de pana y jersey como los demás niños, suspiró aliviado. La Tita era muy inteligente. Su padre buscaba a un niño y a una niña, no a dos hermanos chicos.

—Ahora voy a ver a tu tía, a decirle que estáis bien y a contarle lo que ha pasado. No os mováis. ¿Entendido?

La operación policial fue un éxito; aquel muchacho asumió el control por todos ellos y pocos minutos después les acompañaba al pequeño piso para asegurarse de que todo iría bien.

Alex apenas volvió a verle. Su padre lo buscaba a él, lo había confundido con aquel niño tan moreno. Eso significaba que aunque llevasen muchos meses sin verse, o más de un año, lo recordaba perfectamente.

La Tita bajaba al parque con su hermana varias veces a la semana. Dani siempre iba disfrazada de chico, pero él había dejado de salir. No recordaba haberse sentido tan inseguro en toda su vida. El miedo, la incertidumbre y el sentimiento de inestabilidad que lo habían embargado durante varios segundos en aquel parque, mientras no encontraba a su hermana, ni siquiera lo había sentido aquella fatídica noche que todavía intentaba olvidar.

CAPITULO XIII

—Susan, he tenido una idea. Voy a intentar trabajar toda la mañana en la cocina y a mediodía nos vamos a comer fuera. ¿Qué te parece?

—¿Estás seguro? Nunca fuimos...

—Ya, pues hoy sí. Ayer no fuimos a ningún sitio. Saldremos sobre la una. ¿Te parece bien?

Susan miraba la cara alegre y expectante de Alexio, era obvio que le hacía mucha ilusión que saliesen todos juntos. A ella le gustaba su rutina. No entendía el afán que muchas otras personas tenían por salir y divertirse. No era sólo una cuestión de dinero, era que estaba a gusto con sus hijos, haciendo lo de siempre a la hora de siempre y salirse de eso le provocaba unas tensiones que todavía no estaba dispuesta a asumir.

Pero en vez de negarse, accedió.

—Vale.

—Bien, muchas gracias, Susan. Te prometo que os divertiréis.

—Vale, voy a preparar la ropa mientras tú trabajas en lo tuyo, así sólo será cambiarnos y salir —dijo hablando más para sí misma que para él.

Con la ropa de los pequeños no tenía problema, unos pantalones vaqueros y unas camisetas limpias junto con los zapatitos de salir serían suficientes; pero con la ropa que vestiría ella, le surgían dudas. No tenía más que pantalones viejos y alguna camiseta decente. Abrió su armario, miró el interior, había un vaquero doblado con bastante buen aspecto, era de los últimos que le habían dado. Lo había guardado porque era bonito y estaba casi nuevo, excepto por un roto en una rodilla y otro en el muslo. Muy probablemente los habían enganchado contra algo. Susan metió el dedo en cada uno de los agujeros, eran demasiado grandes como para zurcirlos. Entonces recordó que tenía un jersey de punto en alguna parte al que le sobraban unas flores bordadas que no sólo lo hacían recargado, sino que al estar unidas solamente por el centro, se caían sobre sí mismas dándole un aspecto a su pecho nada favorecedor.

Un poco más animada buscó el jersey. En efecto, todo encajaría a la

perfección. Tomó ambas prendas y con su caja de costura volvió a la cocina; el lugar más luminoso y el mejor para trabajar.

—¿Podemos compartir la mesa?

—Por supuesto —contestó Alex sin pensar y de inmediato empezó a acercarse todo a él para que ella dispusiese de su espacio—. ¿Qué traes ahí?

—Unas cosas que tenía pendientes. Aprovecharé mientras tú trabajas también.

—Estupendo... —aceptó sin querer detenerse a pensar en ello. Sea lo que fuese no podía estar diciéndole a cada rato lo que debía hacer.

Susan descosió las flores del jersey con mucho cuidado y tratando de no estropear nada. Le quitó las tres y, satisfecha, admitió que el jersey tenía mejor aspecto. Lavándolo a mano y quitándole las pelusas quedaría como nuevo. Después de revisar bien el pantalón colocó con alfileres las flores sobre los dos agujeros y la tercera la cosió a uno de los bolsillos traseros para que hiciese juego.

Alexio la miraba por encima del ordenador, observando cómo ella metía entre los labios varios alfileres y los iba quitando uno a uno según los necesitaba. Suspirando volvió a la foto del aparador que tenía delante, quería la opinión de Susan pero no le apetecía molestarla. Parecía estar muy serena en ese momento. Cambió de imagen, no podía estar pendiente de sus opiniones, ni molestarla cuando estaba trabajando.

Todavía no había pasado una hora cuando Susan se puso en pie, sacudió el pantalón en el aire y lo revisó de nuevo.

—Ha quedado perfecto... —susurró para sí misma. Lo dejó en el respaldo de la silla y empezó a recoger todas sus cosas, revisando bien que no hubiese caído ningún alfiler ni sobre la mesa ni sobre el suelo. Llevó todo a su cuarto de nuevo. Estaba contenta, no había tirado con aquel pantalón porque le había dado pena, le gustaba el color azul claro y le parecía que le quedaba bien. En algún momento valoró colocarle unos parches y así, quizá, ponérselo algún día; pero la idea había quedado relegada hasta un mejor momento. Le tocó el turno a la camiseta que llevaría; había dos que estaban casi nuevas. Las extendió sobre la cama. Las miró, cualquiera de las dos valdría. Lo decidiría

después, cuando se cambiase. Preparó el resto de la ropa: una braga, un sujetador y unos calcetines. Todo era tan básico y útil, pensó con un suspiro. Pero enderezándose de pronto añadió para sí misma que así era como debía ser. Ella era así: útil y sencilla. No tenía nada de sexy y sensual y, por supuesto, tampoco quería tenerlo. Ella era una madre soltera, con una edad determinada y consideraba que no tenía más que ofrecer que a sí misma. Volvió a la cocina y sin decir nada, calentó café para los dos. Mientras esperaba de brazos cruzados detrás de Alexio, pudo ver la foto en la que estaba trabajando.

—¡Qué bonito! —susurró acercándose por encima de su hombro.

—¿Te gusta? —preguntó girando la cara hacia ella y aspirando el olor a rosas.

—Es un diván precioso. Creo que es el primer mueble que veo al que no le cambiaría nada —aclaró sonriendo.

«Madre mía». Pensó Alex. «Yo tampoco cambiaría nada de este momento, pero qué bonita está sonriendo... Nunca la había visto así.»

El sonido del café hirviendo detrás de ellos hizo que Susan se separase para colocarlo en ambas tazas.

—¡Vaya! Creo que se me ha pasado...

—No importa, ven; tráelo y siéntate conmigo, ¿puedes?

—¡Claro!

—Me gustaría escuchar tus opiniones sobre las fotos que ya he visto esta mañana, ¿quieres verlas?

—Por supuesto, ¿cómo no voy a querer?

—Bien —dijo cambiando el bloc de dibujo de sitio y centrando más el ordenador entre ambos.

Alexio fue directo a la foto que le generaba más controversia: el aparador.

—¡Oh! Qué bonito.

—¿Te gusta?

—Siempre me han gustado los aparadores. Me parece un mueble de muchísimas opciones. Aunque, bueno, aquí no tengo ninguno, pero me encantan en un comedor.

—¿Y éste te gusta así como está?

—Bueno... —Empezó a toquetear la foto, aumentando algunas partes para verla bien—. Verás, no estoy muy segura de cómo mejorarlo...

—Di lo que cambiarías para ti, sólo eso.

—Pues... Pues a mí me gustaría que las puertas de cristal no estuviesen muy altas, porque si tengo que coger algo que he guardado arriba y además dentro de una puerta tan frágil, probablemente tenga que subirme a algo...

—O llamarme a mí... —la interrumpió adrede.

—O llamarte a ti, sí... —concedió con una sonrisa—. El caso es que no me sería cómodo. En cambio, si en este espacio más intermedio se aumentase una balda y se bajasen las puertas, sí que tendría muchas opciones de usarlo casi al completo. Dejaría para el estante más alto unas cortinillas coquetas y la posibilidad de que se usase o no; pero la mayor parte del mueble sería útil y accesible... No sé... No sé si me he explicado... Es que así...

—¿Así... Qué?

—Bueno, que mis ideas no son muy fundamentadas, no tengo uno de esos para dar una buena opinión sobre su utilidad.

—Bueno, vale, pero dices cosas muy acertadas y eso es lo que quiero. A mí me viene de perlas. Tus ideas son originales y prácticas. Ya te lo he dicho, acabaré contratándote.

—No me adules...

—No te estoy adulando, estoy diciendo lo que es.

—Vale, bien, pues gracias. —Bajó la vista a las manos que reposaban sobre su regazo. Sabía que el rubor teñía sus mejillas y odiaba verse así—. ¿Quieres que sigamos viendo fotos?

—Si prefieres hacer otra cosa, puedo apañármelas solo.

—No, no, enséñame más.

Alex apartó con desgana la vista de su rostro. Estaba muy guapa aunque la timidez la hubiese dominado. No había pensado en que lo fuese. Verla tan desinhibida en cuanto al sexo lo había confundido. Las veces que se habían acostado juntos todo había resultado de lo más natural y eso le había encantado; que fuese tan sencilla. Pero que un cumplido la hubiese ruborizado de esa manera, lo sorprendió.

Sobre la una del mediodía, Alex ya tenía todo recogido. Susan había empezado antes a preparar a los niños, después se había duchado y en ese momento estaba vistiéndose en su habitación. Alex preparó su ropa y se la llevó al cuarto de baño. Se daría una ducha rápida y saldría cambiado; listo para salir a pasear con ellos.

Alex se quedó perplejo cuando vio a Susan cambiada de ropa y reconoció el vaquero que había estado arreglando. La situación era peor de lo que creía. ¿Cómo podía ser que Susan no tuviese un pantalón nuevo para salir con sus hijos? Miró la camiseta, no estaba muy usada, pero desde luego, tampoco era nueva. El conjunto le quedaba bien, estaba muy guapa, pero él había pensado que el arreglo en el pantalón era para una cliente, no para ella misma. Decidió que no era el momento de pensar en ello y se acercó a los pequeños.

—¡Vaya! ¡Pero qué guapos estáis! ¿Por qué os habéis cambiado?

—Mamá ha dicho que vamos a un sitio sorpresa... Y que tenemos que ponernos más guapos.

—¡Qué bien! ¡Pues vayamos ya!

Salieron de la casa, Susan cerró la puerta mientras Alex acomodada a los pequeños en el coche.

—¡Tienes sillitas!

—¡Por supuesto!

—Pero, ¿cuándo?

—Cuando fui a mi casa. Fue una mañana muy intensa y llena de recaditos.

—Muchísimas gracias, Alexio.

—No tienes que dármelas. Si queremos dar un paseo, es importante que vayamos tranquilos y seguros.

—Sí... —Susan aplastó las flores bordadas sobre ambas piernas. Estaba muy agradecida. Estaba muy muy agradecida por todo lo que hacía por ella y por sus hijos. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuese cómo podría devolvérselo—. Alexio...

—¿Dónde quieres ir? ¿Alguna preferencia?

—¿Qué...? No, no sé...

—Yo por aquí no conozco muchos sitios e ir hasta Vigo... No sé... ¿Se quedarán dormidos?

—No lo creo... Si quieres comer de tapas, cerca de la playa hay un sitio...

—¿Te gusta ese sitio?

—Bueno, es un lugar interesante, tiene la terraza sobre la playa, pero hace muchísimo que no voy...

—¿Quieres probar?

—Vale.

—Venga, pues me vas diciendo... —Arrancó el coche y bajó a la carretera general. Susan le indicaba el camino hacia la playa donde estaba el restaurante. Su emoción había decaído desde el momento mismo en que Alexio le había preguntado dónde irían. Tenía que haberse dado cuenta de que un hombre de su posición estaría acostumbrado a ir con mujeres elegantes a lugares elegantes. No con mujeres vestidas con ropa de tercera mano y dos niños pequeños. Sintió ganas de llorar por la rabia que le daba su situación. Tan impotente, tan desesperada. Miró por la ventanilla, sus ojos estarían rojos y no quería que la viesen así. Habían salido a divertirse y no podía defraudar a sus pequeños hijitos, que en ese momento todavía examinaban y comparaban sus sillitas totalmente ilusionados.

Aparcaron en el muelle e hicieron un corto paseo hasta el restaurante. Tal como había dicho Susan, tenía una pequeña terraza justo encima de la playa; el

lugar era ideal. Entraron a pedir mesa y enseguida un camarero les acompañó afuera. Los niños miraron a su alrededor, todavía estaban tanteando la situación, que para ellos era totalmente nueva. Pidieron la comida enseguida, todos tenían hambre.

Susan se había recompuesto, sentada frente a Alexio y al lado de Leo, lo observaba a hurtadillas. Él estaba atento a lo que su tímido hijo le contaba en voz baja. Cuando Alex le colocó una de sus manos en la pequeña espalda y se inclinó para decir algo en su oído, la cara del pequeño se iluminó y se llenó de alegría, dedicándole una gran sonrisa.

Susan le hizo un gesto inquisitivo, quería saber lo que había sucedido; Alexio, con una señal de su mano, le dio a entender que se lo contaría después. Ver al menor de sus hijos confiar tanto en el hombre la hizo sentirse tan contenta como preocupada. Falco siempre había sido muy retraído, al contrario que su hermanito, y desde que había conocido a Bull como un amigo de su madre, la timidez y reservas del niño habían ido en aumento. Era como si la intuición del pequeño fuese más fina que la de su propia madre.

Pero cada vez que veía al niño con Alexio, en cierto modo, las penas se disipaban. Falco confiaba en él. Susan sólo temía el momento en que ese hombre desapareciese. Eso sería durísimo y estaba empezando a pensar que no sólo para su hijo.

A medida que fueron trayendo los platos de comida, los pequeños no dejaban de señalar, preguntar y sonreír contentos e interesados en todo lo que miraban. Unos sencillos chipirones les habían encantado. Tanto él como Susan habían ido poniéndoles pequeñas raciones en sendos platos. Unos ricos y calentitos mejillones al vapor aparecieron en la mesa, estaban estupendos y su tamaño era excepcional, igual que su textura: en su punto.

Alexio no dejaba de mirarles. No se esperaba que ambos niños, además de comer de todo lo que su madre les decía, estuviesen tan tranquilos y cómodos durante tanto tiempo. Ya habían pedido los postres y los pequeños seguían manteniendo la compostura. Sonriendo, pensó que quizá no todos los niños eran iguales, quizá no todos los padres eran iguales y quizá tampoco debían tomar café sino llevarles a caminar por el paseo que había visto cuando conducía hacia el muelle donde habían aparcado.

Saliendo del restaurante, Alexio estaba admirando lo bien que le sentaba

aquel pantalón al trasero redondito de Susan. Ella caminaba delante de él con ambos niños de la mano y los estaba felicitando por lo bien que se habían portado.

—Susan, el dueño del restaurante ha dicho que yendo hacia el centro del pueblo encontraríamos un parque pequeño.

—¿Parque? —preguntaron ambos niños a la vez.

—Sí, al menos antes lo había, ¿queréis ir?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —exclamaron los pequeños saltando.

—¡Guauuuu...!! —exclamó Alexio una vez que hubo aparcado en la entrada de la casa—. Es impresionante. Menuda puesta de sol...

—Sí, es preciosa... —concordó Susan deteniéndose y mirando hacia donde él había posado los ojos.

Toda la ladera del monte en el que ellos estaban, tenía una calidez impropia, gracias al color naranja de la puesta de sol que lo bañaba todo. Incluso a lo largo de la ría de Vigo se distinguían los bellos ardores del oro derretido.

—Voy a sacar a los niños antes de que se queden dormidos. Hoy están agotados, no han parado de corretear en toda la tarde. Cada vez que salimos de casa les pasa igual, vuelven rendidos.

—Tú tampoco has parado, estarás agotada.

—Yo soy una mamá, a las mamás no se nos permite estar cansadas.

—Ya... —Chascó la lengua y miró de nuevo el sol—. Si tú los duchas y les pones el pijama, yo prepararé la cena. Así podrás acostarles temprano.

—Bueno, tú también estarás cansado, has madrugado y...

—Yo soy un hombre; a los hombres no se nos permite estar cansados...

—Entiendo... —asintió Susan—. Perdona. Pues, si me ayudas, te lo agradezco, así todos ganaremos.

—Me parece lo mejor.

Salieron del coche y llevaron a los pequeños directos al cuarto de baño. Mientras ellos se desvestían, Susan les preparó la ropita de dormir y tras darles una ducha rápida les ayudó a vestirse y los llevó a la cocina. Se disponía a ayudar a Alexio, pero se había manejado asombrosamente bien. Había puesto la mesa. Había calentado un arroz tres delicias que había comprado y estaba preparando unos palitos de queso y un plato de jamón serrano para que los pequeños picasen un poco de cada.

—Muchas gracias, tiene un aspecto fabuloso. —Sonrió Susan.

—De nada. Ha sido muy sencillo... En fin, a cenar...

Los pequeños devoraron su plato, picaron del jamón y del queso, encantados ante el disfrute de lo que para ellos era una “comida de mayores”. En cuanto estuvieron saciados, Susan los llevó a lavarse los dientes y, tras dar las buenas noches a Alexio, los acostó en su cama. Los besó y los abrazó, les cantó una nana y tras ello, los dejó solos para que se durmiesen.

Alexio ya había recogido la cocina y estaba en el salón abriendo el portátil.

—¿Vas a trabajar?

—Sí, bueno, es temprano. Si me voy ahora a la cama, a las tres estaré levantado.

—Entiendo.

—Ve a descansar, Susan, lo necesitas. No has parado en todo el día.

—Tú tampoco.

—Ya, bueno, no es lo mismo.

—¿Ah, no?

—Pues no. Yo soy una persona muy activa, pero también muy práctica. No gasto mis energías en cosas que no me aportan nada. Las mujeres pensáis demasiado y eso os roba energía. Por eso os cansáis más.

—Así que... ¿Las mujeres pensamos demasiado? —preguntó entrando en la sala.

—Bueno, quizá me he precipitado... Quería decir que la mayoría de las

mujeres piensan demasiado y no actúan. No toman las riendas de su vida y eso les hace estar agotadas, cansadas, malhumorados y tristes.

—¡Vaya! Y te has dejado desvalidas y pobrecillas.

—No. No me lo he dejado. Es cuestión de cómo se vea cada uno. Lo mío es una generalización, lo tuyo un comentario personal.

—Alexio... Yo no...

—Tú estás emocionalmente devastada. O lo estabas cuando te conocí. Sólo necesitas descansar y recuperar fuerzas. Con ello volverás a crecer y podrás seguir avanzando. Sólo necesitas una mano, Susan, un empujoncito. El trabajo duro te toca hacerlo a ti. Yo sólo soy tu almohada, tu hombro amigo. Cree en lo que te digo para poder avanzar. Todo te irá mejor si te dejas ayudar. En breve mirarás atrás y no te reconocerás. No es más que eso.

Hipnotizada por sus palabras se había quedado escuchándolo y mirándolo desde el centro del pequeño salón. Tenía una forma de hablar cautivadora y un tono de voz de lo más sensual; bajo y pausado. Sus fuertes y cuadrados hombros moldeados bajo la camiseta daban todo el sentido al discurso. Su almohada. Su amigo. ¡Oh Dios! ¡Cuánto lo deseaba! Un escalofrío recorrió su espalda.

Alexio la estaba mirando. Había detenido sus ojos en los pezones erectos que sobresalían de su camiseta. Susan permaneció inmóvil, aquel hombre le gustaba a rabiar, pero no quería dañarlo. No quería sentimientos, sólo sexo. Preguntándose si él estaría de acuerdo, la voz de Alexio la sobresaltó.

—Ve a acostarte, Susan, necesitas descansar.

—Ven conmigo... —contestó al instante.

—Susan... No quisiera...

—Ven... —repitió tendiéndole la mano por encima del ordenador. Alexio la miro, tomó aliento antes de sujetar la mano de Susan y besarla en la palma.

—Susan...

—Alexio... Sólo sexo... Pero si no quieres, no pasa nada.

—¡Por Dios, mujer! ¿Cómo no voy a querer? Es solo que, un día de estos...

Temo que no sea sólo sexo...

—Lo será, lo será siempre. Sólo sexo y somos amigos. Nada más.

—Susan... Me vas a matar... —susurró. Levantándose y tomándola en brazos la pegó totalmente a él. Besándola despacio, se demoró al recorrer su espalda, posando al fin una mano sobre su trasero para unirla a él y otra en su cabello, arqueándola hacia atrás. Mordió despacio ambos pezones por encima de la ropa, sintiéndola temblar; a la vez que ella se sujetaba a su cabeza para aumentar el contacto.

Susan gruñía satisfecha al sentir la erección de Alexio. Era maravilloso ser deseada, sentirse viva y plena contra el cuerpo de aquel hombre que, con pequeños pasos, la conducía a la cama sin dejar de besarla.

Alexio se paró sobre la pequeña alfombra, metió ambas manos debajo de la camiseta y se la quitó de un tirón, después deslizó los dedos debajo del sujetador y sacó los suaves pechos del fino tejido. Agachándose, la sujetó por los glúteos con fuerza, masajeando el bonito culo que lo había tenido en tensión toda la tarde a la vez que succionaba ambos senos. Los gemidos de Susan eran perfectos, en un tono bajo y ronco, lo incitaba a continuar chupando su cuerpo a la vez que se sentía cada vez más cerca de su necesidad.

Los pies de Susan volvieron a la alfombra. Alexio, sin dejar de besarla, le había desabrochado el pantalón y lo estaba deslizando, junto con las bragas, hasta sus caderas. La empujó despacio para que cayese sentada sobre la cama y sujetándola por la arrugada prenda, se la sacó por las piernas hasta dejarla caer en el suelo. Susan no podía dejar de mirarlo, su hermoso y moreno rostro lucía una sonrisa perfecta, sus ojos rasgados la tenían hipnotizada y su torso bronceado la estaba derritiendo. Se quedó extasiada al contemplarlo casi desnudo, en pie, ante ella. Tenía un cuerpo magnífico.

Susan, tendida sobre la cama, apoyada en los brazos, se había echado hacia atrás para poder verlo bien. Le sonreía traviesa mientras él se desvestía por completo. En cuanto se deshizo del pantalón y del calzoncillo, la mujer miró su sexo. Su pene estaba grande y duro y la mirada de Susan lo sacudió.

El hombre vio cómo la mujer llevaba ambas manos a la espalda y se desprendía del sujetador lanzándolo a los pies de la cama. Sin dejar de sonreírle, separó un poco las rodillas. El pulso de Alexio se aceleró sólo, la

sutil provocación de la mujer casi lo parte por la mitad.

—Susan... —susurró dando un paso y colocándose entre sus piernas.

—Ven, Alexio... Ven.

El cuerpo del hombre cayó sobre el de ella con suavidad. Ayudada por uno de sus brazos, se deslizó debajo de él hasta quedar perfecta debajo de su boca, para ser devorada por sus besos mientras ambos cuerpos eran dominados por la creciente pasión.

Alexio la tocó muy despacio con el pene. Apenas lo acercó, el cuerpo de Susan lo engulló totalmente. Se quedó muy quieto. Con ambos brazos a los lados de sus hombros para no aplastarla, pegó su frente a la de ella. Absorbió sus gemidos, aspiró su mismo aire, se hizo cargo de su cuerpo tembloroso y anhelante y, con un diestro movimiento que salió de su corazón, empezó a mecerse en suaves y contundentes embestidas que comenzaban con un delicado giro sobre su estimulado pubis.

La mujer se retorció debajo de su pecho. Aferrada a su cuello, a su cabeza y a sus hombros, sentía el placer expandirse por todo su cuerpo. Con exclamaciones ahogadas en su boca, se sacudió pegándose más a él, presa de un intenso orgasmo que la estaba devastando.

—Alexio... —consiguió susurrar—. Por Dios, Alexio... —gimoteó sin permitir que se separase de ella.

Él la entendió, la entendía perfectamente, pero no podía seguir saciándola, si seguía con ese ritmo se correría antes de tiempo. Consiguió elevarse sobre ella, separándose un poco, la penetró con fuerza una y otra vez, mientras la mujer se retorció gimiendo y gruñendo. Al fin ella lo sujetó por los glúteos y él, dominado por el intenso contacto, se quedó casi inmóvil, sintiendo cómo Susan se contraía alrededor de su pene, a la vez que arqueaba todo su cuerpo sobre la cama. En cuanto la mujer aflojó sus manos, Alexio se sintió liberado, volvió a penetrarla completamente, tanto como pudo, hasta que el placer ascendió vertiginoso, haciéndolo salir de su cuerpo para correrse de nuevo sobre su vientre.

—Susan... —susurró contra su cuello. Los brazos de la mujer lo rodeaban y un minúsculo beso cayó sobre su hombro. No dijo nada más. No pudo decir

palabra alguna. Solo sintió que recibía algo precioso, lo guardó en lugar seguro y la abrazó con fuerza.

Alex estudió los perfiles de la habitación y aguzó el oído, algo lo había despertado. Los suaves ronquidos de Susan dormida sobre su pecho lo hicieron mirarla con atención. Tocó su brazo desnudo, estaba frío. Tiró de la manta hasta subírsela completamente. La mujer se fundió contra él emitiendo un sonido de placidez y lo rodeó por la cintura.

Alexio sonrió, justo cuando tenía previsto levantarse, la mujer se había aferrado a él. Era muy temprano, pero después de acostarse con Susan, ya no la había dejado sola. Se habían metido en la cama juntos, habían hablado un poco, pero tras unas pocas frases, Susan se había quedado dormida sobre su hombro. Al poco tiempo, él la acompañó en sus sueños. Sin separarse el uno del otro, discurrieron juntos hacia el merecido descanso.

Alexio tenía que levantarse, si se quedaba con ella, en poco tiempo estaría ardiendo por entrar de nuevo en su cuerpo. Él debía trabajar unas horas y ella debía descansar un poco más.

Empezó a deslizarse hacia un lado, a la vez que la empujaba a ella hacia el centro de la cama. La mujer se aferró a su brazo.

—¡Alexio! —exclamó de pronto.

—Shhh... Susan... Estoy aquí. Shhh... Duerme, duerme un poco más.

Las manos de Susan se aflojaron y él retiró el brazo despacio, la arropó bien y se inclinó para dar un beso en sus cabellos.

—Voy a trabajar en la sala... Descansa un poco más, es muy temprano...

Se sorprendió a sí mismo susurrando esas palabras tranquilizadoras. De pronto, no quiso que ella se sintiese abandonada, ni sola, ni nada. Quería prometerle que volvería, que no se marcharía a sitio alguno. Salió para vestirse en el cuarto de baño.

CAPITULO XIV

La tercera foto era de un taburete. Sonrió al recordar el día que Susan, arrugando su preciosa nariz, reconoció que no le gustaba nada. Se levantó para preparar otro café. Entró en el cuarto de los niños y los arrebujó bajo las mantas. Era un placer verles, dormían como angelitos. Después, desde el pasillo, miró a Susan, quería asegurarse de que estaba bien tapada. No entró en la habitación, no podía volver a tocarla tan pronto.

Escuchó el hervor del café en la cocina, no supo cuánto tiempo se había quedado dudando en la puerta. La cerró con cuidado de no hacer ruido y caminó hacia su café. Subió la persiana de la cocina. Todavía era de noche. Calentándose las manos alrededor de la taza, descubrió el motivo por el que se había despertado: el parabrisas estaba roto en minúsculos trocitos. Suspirando le dio la espalda a la ventana. Tendría que esperar a primera hora de la mañana para llamar a su agente de seguros, aunque a la policía podía llamarla en aquel mismo momento para dar un parte. Pero no, decidió que esperaría a que Susan se levantara, no quería asustarla con la presencia de un coche policial.

El maldito y estúpido Bull... ¿Qué estaría haciendo por ahí a las tres de la madrugada? Sonrió. Menuda sorpresa se iba a llevar más tarde.

A regañadientes volvió al ordenador. De pronto, ya no le apetecía seguir trabajando, su cuerpo bullía por dentro ante la posibilidad de un poco de diversión. Si ese Bull creía que con eso podía fastidiarlo, estaba seguro de que el sorprendido sería él. Sonrió, agarró el lápiz, miró el taburete y anotó: “demasiado oscuro”.

—Hola...

—Hola, Susan... —Alex se levantó con rapidez y se acercó a la mujer que, vestida con la gruesa bata granate, le sonreía desde la puerta—. ¿Te he despertado?

—¡Que va! He dormido suficiente. Me preguntaba si querías compañía para ver esas fotos.

Alexio se quedó mirando las pálidas clavículas que la prenda dejaba a la vista, el fino cuello y el vértice que se formaba en su pequeño escote. Preguntándose si tendría algo de ropa debajo, tragó saliva, la tomó de la mano y la condujo al sofá.

—Claro que sí, ¿quieres un café?

—Dentro de un poco, cuando te tomes otro —dijo mirando su taza vacía.

—Lo prepararé ahora.

—No —lo detuvo poniendo una mano en su muslo—. Después.

—Vale... —aceptó dándose cuenta de que ella no se había retirado. Sus dedos descansaban sobre el pantalón vaquero como una deliciosa promesa. Susan sonrió mirando el taburete.

—Decididamente, los taburetes no son lo mío...

—¿Por qué?

—Demasiado cuadrado, demasiado oscuro... No me gusta nada... —concluyó al fin con una sonrisa.

—Me encanta que seas capaz de decirlo.

—¡Vaya! Pues, gracias —susurró apretando por encima de su rodilla.

Alex sintió cómo se le aceleraba el corazón. El contacto de la mujer era halagador; la gruesa prenda que llevaba era una tentación; sus muslos desnudos, una tortura.

—Susan...

—¿Sí?

—¿Tienes algo de ropa debajo de esa bata?

La mujer lo miró sonriente. Si estaba sorprendida por la pregunta, no lo demostró. Se movió un poco más hacia él, subiendo por su pierna a medida que su cuerpo giraba.

—Dime, ¿qué te gustaría?

—Mmmmmmmmmmm... —Mirándola a los ojos, la sujetó por ambas muñecas, haciéndola levantar. Tiró de ella hasta tenerla delante, introdujo sus pies entre sus piernas a la vez que sujetándola por las caderas, la sentaba sobre su regazo.

Susan lo dejó hacer. Se había despertado deseándolo dentro de su cuerpo y había ido a su encuentro sin dudar. Las manos de Alexio ascendían en un suave roce. En cuanto alcanzó sus glúteos, la pegó a él suspirando, deseando fundirse con ella una vez más. Abrió la bata y la miró extasiado, sus pezones erectos, su vello púbico perdido donde él más la necesitaba, los muslos pegados a sus caderas y su determinación.

La mujer se inclinó hacia delante, restregándose contra su entrepierna a la vez que lo pegaba al respaldo del sofá. Metió los dedos en la cintura del pantalón para abrir los botones y después subió por su pecho levantando tanto la camiseta como el jersey que Alexio llevaba, hasta que se lo sacó por la cabeza. Encogiéndose sobre él, empezó a besar su pecho, pasando la lengua por sus pezones y las uñas por sus costados.

Alexio ardía debajo de ella, sentía que explotaría en cualquier momento. Susan se había separado un poco de él aliviando la presión en su cuerpo, pero no la ansiedad que crecía por estar dentro de ella de nuevo. Bajó un poco el pantalón y liberó su pene. Muerto de ganas por unirse a la mujer, la condujo con ambas manos en las caderas hasta penetrarla por completo. Era maravillosa. Era mágica. Era perfecta.

Susan se movía sobre él sin un ritmo claro, ni rápido ni despacio; ni fuerte ni delicado. Ella simplemente movía su cuerpo al compás del suyo, siguiendo su ritmo, parando tras cada fuerte inspiración y moviéndose con fuerza cuando él se tensaba. Alex se detuvo, la miró a los ojos y todo desapareció. Fue directo a su boca y la saqueó. La invadió con la lengua mientras la aferraba pegada a su cuerpo, poseyéndola con todo lo que tenía mientras embestía con fiereza toda la dulzura de sus caderas.

—Susan... —murmuró sin dejar de abrazarla.

—Alexio... Más... No pares... Por favor... —susurró ella en su oído a la vez que rodeaba su cuello con fuerza.

Era la primera vez que Susan le hablaba de una forma tan íntima. Tomando

aliento, volvió a acometer su cuerpo, mientras la mujer se deshacía en sus brazos gimiendo y sollozando de puro placer. Sujetándola alrededor de la espalda, recorría desde sus hombros hasta sus glúteos a la vez que la penetraba con fuerza, disfrutando de sus sonidos y de todos sus movimientos.

Cuando ella se tensó sobre él, se dio cuenta de que estaba a punto de alcanzar el orgasmo, cuando lo sujetó por los pelos de la nuca para inmovilizarlo mientras tomaba el control de la situación supo que desde ese momento, era arcilla en sus manos. Susan aumentó el ritmo, besó sus labios, su cuello y sus hombros, gemía mientras se empalaba una y otra vez sobre su compañero. Al fin, sus entrañas ardieron explotando de placer en un intenso orgasmo que la dejó inerte sobre su pecho.

—No puedo más... Por favor... Sigue... Sigue tú... —Al ver que él no se movía, mordió su cuello con fuerza. Alexio respondió con un gruñido y, sujetándola con ambas manos por las caderas, continuó embistiéndola entre la desesperación y el placer por internarse con gusto en un bosque encantado. El bosque donde moraba su princesa, aquella que adoraba, aquella que él besaba, aquella con la que él estaba, aquella que aún no sabía que ya amaba.

Alexio salió de Susan a toda velocidad. Se había acelerado tanto que, alarmado, se dio cuenta de que deseaba correrse dentro de ella más que nada en el mundo. La pegó a su cuerpo de nuevo mientras la movía contra él, disfrutando de su propio placer por fin sin peligro de embarazo.

Sentía el pubis de Susan deslizándose sobre su pene y mientras se corría, no podía dejar de sorprenderse de lo mucho que le gustaría haberlo hecho dentro de su cuerpo.

Cuando se relajó, ella se dejó caer sobre él. Fascinado por su confianza, la abrazó con ternura. Cerrando sus brazos sobre su espalda desnuda, la pegó a él todo lo que pudo. Tras un largo suspiro del que no fue consciente hasta que debió volver a tomar aire, le apartó los cabellos hacia atrás, le dio un beso en la frente y le cerró la bata para que no la tomase el frío.

CAPITULO XV

—¡Oh Dios! Alexio, ¡no me lo puedo creer! ¡Tu precioso coche!

Alexio había explicado a Susan que iba a denunciar lo poco casual que era que un pedrusco de unos tres kilos hubiese caído sobre el parabrisas de su coche durante la noche. De ese modo conseguiría llamar la atención de la patrulla hacia la periferia y, en concreto, hacia la casa de Susan. Para cuando él se marchase... De pronto se le hizo un nudo en el estómago... Para cuando él se marchase... No, no podía pensarlo en ese momento. Sabía que algún día se tendría que ir, Susan lo había dejado claro, pero todavía no se sabía ni cómo ni cuándo. Ante el inesperado dolor en el centro de su pecho resolvió que no desperdiciaría el tiempo pensando en ello. No quería anticiparse a algo que todavía no había sucedido y, que por supuesto, no quería que sucediese.

—No pasa nada, Susan, está todo asegurado. Lo que me preocupa es que se haya atrevido a hacerlo, así, por detrás, no a las claras, como la primera vez que lo vi.

—Alexio... —La voz de Susan había cambiado—. Creo que esto no acabará bien. Es mejor que te marches... Sé que el otro día te dije algo distinto, pero me sentía sola, enferma y asustada. Ya estoy mucho mejor, de hecho estoy más que bien. Puedes regresar a tu casa y...

—¿Qué? —la interrumpió con brusquedad—. Ni te atrevas a decirme que me vaya. Sabes tan bien como yo que esto no ha hecho más que empezar. Si yo me voy, tendrá el camino libre para ir hacia ti.

—No. Sabe que entre él y yo no hay nada. Se irá y me dejará en paz. En cambio, si te quedas, irá haciendo cada vez cosas peores; eso sólo ha sido un aviso —aseguró señalando el coche con la mano—. Pero averiguará cosas sobre ti, irá a tu casa, a tu trabajo, los preciosos muebles de la exposición podrían sufrir un accidente... —Se llevó los dedos a las sienes y las apretó con fuerza—. Hazme caso... Debes irte.

—No me iré —contestó con seguridad—. Y si quieres que me marche, tú y los niños vendréis conmigo. Si crees que ese bastardo puede hacerme eso a mí, no quiero ni pensar en lo que podría hacerte a ti. No me iré —aseguró—.

En un par de horas traerán otro coche, cambiarán las sillitas e iremos a dar un paseo y a hacer la compra. Mientras tanto quiero que sepas que no voy a mentir a la policía. Así que, si quieres estar presente para escuchar lo que voy a decir, será mejor para los dos.

—Alexio... Por favor... Sólo pensar que Bull pueda hacerte daño...

—¡Susan! —exclamó—. Yo pienso exactamente lo mismo. Por eso no me marcharé.

Al verla tan abatida se sintió mal por ella, por la parte con la que, sin querer, contribuía a su desdicha. Colocó un brazo sobre sus hombros y, con la otra mano en la nuca, la acercó a su pecho para consolarla un breve instante. Inspiró su aroma a rosas una vez más, la dejó separarse cuando vio las luces azules del coche patrulla.

Tanto los agentes como Susan escucharon todas sus palabras con atención. Alex relató cómo desde el primer día, “*un amigo de Susan*” se había mostrado discordante con su presencia. También cómo los había importunado varias veces con los fuertes sonidos sabiendo que hacía daño tanto a Susan como a sus dos hijos pequeños y cómo, finalmente, esa noche había aparecido la piedra en el parabrisas.

Susan agradeció que Alex no identificase a Bull como el padre de los pequeños, sino como un viejo amigo de ella. También que no entrase en detalles para los agentes respecto a las situaciones de maltrato que había visto. Sabía que no podía acusarlo de algo que ella no estaba dispuesta a afrontar todavía.

Cuando llegó la grúa del concesionario portando un coche de características similares, los agentes ya habían acabado de hacer el informe y de tomar todas las fotos. Se quedaron mientras Alex daba instrucciones para que las sillitas fuesen cambiadas de vehículo y, una vez que arrancó el transporte con el coche siniestrado, se marcharon también.

—¿Quién quiere dar un paseo en el coche nuevo? —preguntó en voz alta entrando en la casa. Los niños saltaron emocionados hacia él. Susan no hizo comentario alguno. Se limitó a colocar la loza del desayuno en las distintas estanterías. Alex se llevó a los pequeños al salón y estuvo un buen rato jugando con ellos. La había dejado sola a propósito para que pensase en sus

cosas y, con las menores presiones posibles, aclarase sus ideas.

Calculó que habían pasado un par de horas cuando salió en su busca. La habitación de los pequeños estaba recogida, tenía la persiana y ventanas abiertas aprovechando la luz y la ventilación. El cuarto de baño también estaba brillante, con todo ordenado y limpio, y Susan estaba de espaldas, en su cuarto, extendiendo una sábana sobre la cama. Alex fue por el lado contrario y, poniéndose en frente, ajustó la sábana debajo del colchón.

Susan no lo miró, no levantó la cabeza, sujetó la manta que estaba sobre la silla y la tendió también sobre la cama. Era la manta que él había traído de su casa. Susan estaba disgustada, había estado llorando, todavía tenía las mejillas coloradas y la cara congestionada. Pero él no dijo nada, se quedó ayudándola hasta que la cama estuvo terminada, susurró un suave “gracias” cuando pasó por él para acercarse a la ventana y recuperar la alfombra. La dejó hacer, convencido de que necesitaba esa distancia, pero cuando la sintió escapar de él hacia el cuarto de los niños, fue incapaz de dejarla sola. La siguió sin hacer ruido, había abierto las puertas del armario y, ocultándose, lloraba apoyada en una de las baldas tratando de no emitir ningún sonido. La sujetó por los hombros y la guió hacia su pecho.

—Susan...

—Lo siento... Lo siento... Lo siento... Lo siento tantísimo... —La mujer sollozaba destrozada.

—Pero, Susan, ¿qué te pasa? No has hecho nada malo.

—¿Qué no? —preguntó desencajada—. Volví a traerlo a mi vida... ¿Te parece poco? Me sentía tan sola y desesperada que creí que podría tener cierta amistad con él. —Sólo había desesperación en su voz—. Estaba tan confusa que lo vi con mis ojos de soledad y mi cerebro asintió diciendo: «¡Claro que sí! ¡Olvidarás todo y tu vida será genial!» —parloteaba con voz aguda—. Sí...

—Susan... Susan... Para ya... —la interrumpió levantándole el mentón para que lo mirase—. Estás diciendo cosas sin sentido. Vamos, Susan, reacciona... Todos cometemos errores. Es normal...

—¡No es normal! —chilló—. Nada es normal. No puedo más. Estoy

cansada, sola, pobre y desesperada. Esto no puede ser normal. Ya no tengo fuerzas... —concluyó desinflada.

—No estás sola, Susan, no estás sola. ¿Vale? Yo estoy aquí, tus hijos están aquí...

—Mis niños... —murmuró apenada sin dejar de sollozar.

—Solucionaremos esto juntos, poco a poco. Vamos, Susan, mira a tu alrededor. Vives en una bonita casa, tienes dos preciosos hijos y una persona que se preocupa muchísimo por ti. Tú misma lo has dicho, has estado peor... yo te ayudaré. Vamos.

—Alexio... Lamento tanto haberte involucrado en esto...

—Yo no. Si no fuese por las casualidades de la vida y tus migrañas, no me estaría divirtiendo tanto.

—¿Divirtiendo? ¿Cómo?

—Tú eres genial, tus hijos estupendos, las vistas maravillosas... ¿Qué más puedo pedir? —terminó hablando contra su cabello—. Y me encanta tu olor...

—Alexio, es que no lo entiendes... No sólo es eso. Bull es peligroso, no quiero...

—Si es peligroso, razón de más para que me quede. O si vuelve a suceder algo raro nos marchemos a mi casa.

—¿A tu casa? Ya lo has dicho antes, pero, ¿cómo vamos a ir mis hijos y yo a tu casa?

—¿Acaso no estoy yo en la tuya? Los niños vendrán encantados, estoy seguro.

—Esto va demasiado rápido. No creo que...

—¿Sabes lo que es un piso franco? ¿Sabes a donde llevan a las mujeres víctimas de maltrato? ¿Y si te lastima de verdad? ¿Quién cuidará de tus hijos? ¿Alguna de esas opciones es mejor?

Susan dejó de llorar al instante. Fuese como fuese, no lo había valorado de esa manera. ¿Y si Bull llegaba a dañarla? ¿Qué sucedería con sus hijos?

¿Podría ella realmente mantener a salvo a los tres? Y si se marcharan a otro lugar, ¿salvaría a sus hijos y a Alexio de las garras de Bull?

—Alexio, perdona, pensé que tenía todo controlado, pero me equivoqué. No quiero darle otra oportunidad de hacernos daño. Si nos acoges en tu casa, nos iremos cuando digas.

—Susan... Odio arrancarte de tu hogar, pero creo que es lo más seguro. De todos modos, decídelo tú. Yo os acojo en mi casa desde este instante. Ahora tómate unos momentos, unas horas o unos días para pensarlo y haremos lo que quieras. Un par de parabrisas rotos no son el fin del mundo.

—Vale, voy a recoger algo por la cocina mientras pienso en ello.

—Me parece bien —aceptó aflojando el abrazo y sin contrariarla, la dejó ir a una cocina que ya estaba limpia.

La mujer estaba tan confusa como desorientada y Alex necesitaba con urgencia que ella se centrara. Lo necesitaba de veras. No podía irse de allí, no podía marcharse. No podía separarse de ella ni de sus hijos, al menos, en unas circunstancias tan desoladoras. En cuanto solucionase lo de Bull, las cosas serían distintas.

CAPITULO XVI

—¿Qué? ¿Pero qué coño? —La sonrisa de Bull se congeló en sus labios. ¿Cómo era posible que hubiese otro coche? Un flamante Audi negro tan grande y nuevo como el anterior ocupaba exactamente el mismo lugar delante de la casa. Condujo en silencio y aparcó junto a un muro, pocos metros más allá.

Tenía que pensar en otra cosa. Su intención era hacer sonar el claxon a la vez que aceleraba a fondo el motor de su coche para darles un susto de muerte y de paso, recordar a Susi que él imponía las reglas del juego. Pero, en ese momento, quedaría como un idiota si hacía eso. Menudo coche... ¿Quién mierda sería ese chulo? Maldito cabrón. Repasó muy despacio con el pulgar la cinta americana negra que bordeaba el aparato de radio. El aire se había vuelto más denso y le costaba respirar. Entrecerró los ojos, estaba furioso. Aquel maniquí de revista no podía jugársela al gran Bull. Él imponía las reglas del juego y ganaba siempre. Decidió que debía enseñar modales, no podía dejar pasar una provocación como esa. Movi6 su asiento hacia atrás para inclinarse con más facilidad, metió la mano y sacó el precioso puñal de caza que tantas veces se había prometido usar y seguía casi nuevo. Era un buen momento para saber si las virtudes ofrecidas por el vendedor eran correctas.

Se le aceleró el pulso. Dejó el enorme cuchillo sobre el asiento del acompañante. Con sus huesudos dedos se echó hacia atrás los caracoles de pelo negro que caían sobre sus ojos. Miró el puñal, era muy grande, era perfecto. Dejando la funda sobre el salpicadero, salió del coche y cerró con mucho cuidado.

La carretera estaba desierta. Con sigilo llegó a la puerta del conductor del enorme coche vacío y, sujetando el puñal contra su cadera, lo empujó con fuerza para atravesar la chapa tratando de no hacer ruido. Apenas consiguió hacer una hendidura. Negó con la cabeza, necesitaba más potencia, movió el puñal hacia ambos lados para que se soltase. Admiró el resultado, no era perfecto, pero, al menos ya había hecho un agujero. Sonriendo satisfecho pensó en el miedo que sentirían cuando se diesen cuenta de lo que había utilizado.

Intentó repetir la maniobra pero no era fácil agujerear sin dar un buen golpe.

Al fin, cansado de mantenerse en silencio y exasperado por el insulso logro, se dio cuenta de lo mucho que se reirían de él al día siguiente cuando, tras sus esfuerzos, sólo hubiese dos pequeños agujeros en la puerta. Así, sujetó el puñal con ambas manos y empezó a clavarlo en toda la chapa. Todo lo rápido que pudo, con toda la fuerza que le quedaba, fue marcando alrededor de todo el vehículo, deseando terminar, pero a la vez, sin poder marcharse hasta que hubiese dejado una clara huella de sus intenciones.

Jadeando fue a guardar el arma debajo del asiento y desde el coche miró hacia la casa de Susi. Negó con la cabeza, aún no había concluido. Empezó a recoger piedras de la carretera y a medida que se acercaba de nuevo, las iba guardando en los bolsillos. Entró en la pequeña finca y empezó a lanzarlas furioso contra la casa. La primera dio en la pared exterior de la cocina, la segunda le arrancó una sonrisa al estrellarse contra la puerta de la entrada haciendo añicos el cristal superior. Volvió a tirar otra piedra contra la puerta. Le había gustado el sonido, además era la parte más vulnerable. Las luces de la casa se habían encendido, pero Bull, ciego de rabia, seguía vaciando las que había acumulado en su brazo, deseando que alguna de ellas traspasase la cruel barrera que lo separaba de sus intenciones: dar una lección a aquellos dos. Nadie se reía de “Bull bolsillos llenos”.

—Susan... Susan, despierta, no te asustes...

—Alexio... ¿Qué sucede?

—Hay alguien ahí fuera. No. No enciendas la luz. Voy a llamar a la policía. Vete al cuarto de los niños y no los dejes solos, oigas lo que oigas.

—Pero, Alexio... ¿Qué vas a hacer? Será Bull... ¿Es Bull, verdad? No salgas, Alexio, por favor. No te muevas de aquí —rogó Susan con lágrimas en los ojos.

—No saldré, Susan. Pero quiero que estés con los niños por si vuelve a asustarnos con el ruido. Ve, por favor.

—Pero no salgas... —pidió de nuevo poniéndose la bata con rapidez al entender que en cualquier momento podría empezar el estruendo—. Prométemelo.

—Susan...

—¡Prométemelo!

—No saldré. Pero vete ya —pidió con el teléfono en la oreja.

Susan lo miró antes de abandonar la habitación. Alexio estaba totalmente vestido y aunque parecía preocupado, no estaba nada alterado. Salió al pasillo y se quedó mirando la claridad que provenía de la puerta. Sí que había alguien fuera. Podían oírse pasos, crujidos de arena, piedrecitas pisadas y pequeños golpes metálicos.

«El coche de Alexio...». Pensó Susan con pena. «Maldito Bull.».

Suspirando entró en el cuarto de los pequeños. A punto de llorar de nuevo se sentó a los pies de la cama con las piernas cruzadas. Miró a sus hermosos hijos dormidos. No creía que Bull hiciese sonar el claxon a esas horas de la madrugada, pero se quedaría con los niños como Alexio le había pedido.

Esperaba que Alexio no estuviese muy enfadado, nunca lo había visto enfadado. Ella odiaba a las personas que perdían los estribos y pasaban directamente a actuar sin pensar. Deseaba de corazón que él no fuese así.

Al primer impacto, Susan levantó la cabeza abriendo totalmente sus ojos negros. Al segundo comprendió y, aterrada, gateó por la cama hasta colocarse entre ambos niños que, sacudidos por el estruendo de la pedrada en el cristal de la puerta, miraban hacia todas partes tratando de descubrir lo que sucedía. Pensando en todo momento en tranquilizarlos, se tumbó entre ambos y llevando las cabecitas hacia su pecho, empezó a cantarles una suave nana, sin dejar de derramar amargas lágrimas. Sus hombros se encogían involuntariamente con cada golpe que escuchaba. Alexio, en su cuarto, hablaba por teléfono en voz alta.

—“Ya lo he dicho en la denuncia de esta mañana... Ése tipo está apedreando la casa, los niños están asustadísimos y ya se ha vuelto a encargarse de mi coche, ¿cómo quiere que hable con calma? ¿Dónde coño están? ¡Llevamos más de tres minutos hablando!

El acelerón del coche fue inconfundible, Bull había terminado las piedras.

Alexio entró en el cuarto de los niños.

—¡Hola! ¿Tenéis hambre?

Susan, abrazada a ambas criaturas, lloraba más que cantaba. Alexio se subió a la cama e inclinándose con cuidado, los abrazó a los tres.

—Ya no hay nada que temer. Os traeré un vasito de leche caliente, ¿vale? Así volveremos a dormir... —Giró la cabeza, las luces azules aleatorias que se reflejaban en el pasillo llamaron su atención—. Vuelvo enseguida. Susan, espérame aquí.

Caminó con cuidado esquivando las piedras y tratando de no pisar los cristales del pasillo. Abrió la puerta de casa. Los agentes estaban iluminando el vehículo y, cada uno por un lado, examinaban todos los daños.

—¿Señor? ¿Ha llamado usted a la policía? —preguntó el que parecía más mayor mientras se acercaba.

—Pues, sí...

—¿Y qué ha pasado?

—Como están ustedes viendo, han destrozado mi coche y han apedreado la casa con nosotros dentro.

—Entiendo... Un acto vandálico. Habrán sido algunos chicos de la zona, ya sabe, muchachos...

—No, no han sido unos muchachos. Ha sido el amigo de Susan.

—¿Cómo lo sabe?

—He visto su coche, he anotado la matrícula —aseguró mostrando unas letras y unos números en la palma de su mano izquierda. El agente tensó las comisuras de los labios.

—Entiendo, ¿dónde estaba el coche?

—Allí —señaló Alexio el lugar exacto donde Bull había aparcado pocos minutos antes.

—¿Y cómo ha visto la matrícula?

—Cuando se marchaba. En cuanto se acabaron las pedradas, levanté la persiana de la cocina. El coche pasó justo por debajo de la farola.

—Vale, bien, lo comprobaremos.

—Perdone, agente, ¿lo comprobarán? Ha destrozado mi coche, han apedreado una casa con personas dentro, dos de ellos son niños pequeños. ¿Y me está diciendo qué lo comprobarán? —Alexio respiraba furioso sin dejar de mirar al impertérrito agente que tenía enfrente—. Si yo hubiese lanzado una piedrecita a la puerta de Comisaría, en este momento estaría esposado en el calabozo —continuó con voz histérica pasando la mirada entre ambos hombres. El otro, más joven se había quedado en un segundo plano, mientras que el mayor continuaba inmóvil, estudiándolo todo—. Bien, redacten la denuncia, por favor. Quiero volver adentro cuanto antes —manifestó señalando la puerta de la casa.

—Vale, ¿qué es lo que quiere denunciar?

Alex bajó la vista hacia sus manos, tanto al dorso como a las humedecidas palmas. Hizo una breve inspiración. Algo estaba fallando.

—Quiero que tome nota de todo lo que le he dicho. La casa, las piedras, los cristales rotos, que estábamos dentro, que hay niños pequeños, los agujeros que ha hecho en el coche... ¿Tiene usted idea de lo que ha tenido que usar para cortar esa chapa? ¿No? Pues yo sí. Eso no se hace con una navajita de cinco centímetros. Ha usado un puñal. ¿Qué clase de tarado anda con un puñal en el coche?

—Escuche, joven... Entiendo que se ha liado con una chica conflictiva, no debe uno entrometerse en una relación... Las consecuencias...

Alex dio un paso atrás para que la luz iluminase el rostro del hombre. Sus pequeños ojos mostraban un aire resabido y de superioridad que llevaba mucho tiempo sin ver. Acababa de darse cuenta, desconocía el motivo, pero por lo que fuese, aquel hombre no iba a ayudarlo. De un rápido vistazo valoró lo distraído que parecía el que se había quedado detrás, era claramente un subordinado.

—Escuche, agente... —dijo mascando las palabras—. Creo que tiene mejores cosas que hacer. Será mejor que no pierda el tiempo aquí. Siga con su

ronda. Mi coche está totalmente asegurado, de hecho, a primera hora de la mañana tendré otro y, en pocas horas, el cristal de la puerta estará repuesto. Siendo así, será mejor que se marchen.

Sin más, dio media vuelta y entró en la casa. Pasó la llave por la cerradura y fue a por la escoba y el recogedor para eliminar los cristales y las piedras del pasillo. Barrió todo tratando de no hacer ruido mientras sofocaba la rabia que lo recorría. Cuando terminó, los tiró a la basura y empezó a preparar café, ya no tenía pensado acostarse. Caminó con cuidado hasta el cuarto de los pequeños, Susan lo miró desde el centro de la cama, los niños estaban dormidos de nuevo, empezó a separarse despacio para no despertarles. Alex la detuvo sobre la cama, para que no bajase.

—Voy a por tus zapatillas...

—No... Alexio... No me hacen falta... —susurró ella mientras bajaba de la cama para detenerlo.

—Pueden quedar cristales por el suelo... ¡Oh! No tienes, ¿cierto? No llores, no llores, Susan, no importa...

—Tampoco es que me hagan falta... —trató de justificarse.

—Lo sé. Ven... Te llevaré hasta la cocina. Tenemos que hablar... —En silencio la cogió en brazos, tenía que pensar cómo podría decirle todo lo que acababa de suceder.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha dicho la policía?

—Pues... Verás... —Ante la impotencia que sentía, optó por un breve resumen. Cuanto más lo pensaba, más valoraba que se habían reído de él en su cara—. Han venido dos agentes, uno ni siquiera se acercó; el otro dijo que eran actos vandálicos. Cuando le dije que no, que había sido un amigo tuyo y le mostré la matrícula anotada, se puso a la defensiva y a preguntarme qué como lo sabía... Y después me ha dicho que eres conflictiva y que no he debido meterme en el medio de una pareja...

—¿Qué? ¿Quién? ¿Pero cómo? ¿Yo conflictiva...? ¿Pero cómo se atreve?

—Susan... Éstos tienen que conocerse de algo... ¿Su padre es policía? ¿O un hermano muy mayor? Quiero decir, ese hombre, ¿podría ser de su familia?

—Yo... No sé... Alguna vez mencionó a un padrino o tutor o maestro al que tenía mucho respeto, pero pensé que era en el gimnasio donde hacía artes marciales y eso... Pero no entiendo... Vamos a ver... ¿Qué ha pasado ahí fuera?

—No he podido denunciarlo.

—¿Cómo que no?

—Pues no. El agente estaba tergiversando todo lo que yo decía —expuso en un tono neutro—. Si hubiese continuado, habría tenido que revelar nuestro siguiente paso y no lo voy hacer. Ni me voy a identificar ni nada más. Ya, si es lo bastante listo, mis datos los tienen de esta mañana. Así que les he dicho que estaba cubierto respecto al seguro del coche y que por la mañana arreglaríamos la puerta y se ha marchado encantado.

—¡Por Dios!

—Pues sí.

—Lo siento muchísimo, Alexio. Te lo aseguro —consiguió decir Susan antes de que la voz se le desgarrase por el llanto.

—Lo sé, Susan. Lo sé.

—Te preguntarás cómo he llegado aquí... A esto...

—No, Susan, en realidad yo...

—¡No fue de un día para otro, ¿sabes?! —soltó ella sin dejarlo continuar—. Él era cariñoso, hacíamos cosas divertidas, estábamos juntos mucho tiempo. Él me consentía, de algún modo, él me hacía sentir bien. Salíamos a cenar, íbamos al cine y a todos los conciertos que podíamos. Todo cosas divertidas. Pero sólo cuando él quería. ¿Sabes? De pronto desaparecía tardes enteras o incluso toda la noche y, a veces, durante días. Por fin un día me di cuenta de que él sólo estaba para él mismo. Él pasaba el tiempo conmigo que él quería. No estaba cuando yo lo llamaba, él sólo estaba cuando quería estar. Lo malo... Tardé mucho en darme cuenta de que yo sólo era su almohada. Lo peor... Que lo soporté. —Hizo una pausa para frotarse la cara y secarse los ojos—. Para cuando empecé a pedir una relación normal, Bull ya había cambiado. Venía a casa cuando quería, muchas veces sin dinero, lo fundía todo

en los bares y en las máquinas tragaperras. Llegaba apestando a alcohol y con ganas de que no le llevase la contraria en nada...

—Susan... —Alex no sabía si interrumpirla o dejarla que continuase hablando.

—El caso es que... El caso es que yo lo soportaba... Estaba tan falta de amor, tan falta de cariño que confundía sus disculpas y sus atenciones con aquello que yo necesitaba... —Dejó caer la cabeza sobre la mesa de la cocina y se tapó con ambos brazos.

Alex, en silencio, apoyó una mano en su espalda. Si era lo que necesitaba, la dejaría desahogarse. Tras varios minutos de un doloroso llanto, la mujer empezó a tranquilizarse y a balbucear:

—Me siento tan culpable...

—Susan...

—Es que... —Empezó a llorar de nuevo—. Fui a la asistente social... Una vez... No sabía a quién acudir... Yo... La mujer me dijo... Ella... ¡Ella me entendía! ¿Cómo puede alguien entender algo así? Y me dijo... Recuerdo que me dijo: «debes trabajar en ti». «Es por tu baja autoestima que estás con ese sujeto». «Si te amaras a ti misma, no consentirías ese abuso». —El llanto de Susan parecía inconsolable—. Y yo... Y yo lo entendí, claro que lo entendí. Pero, ¿cómo se hace? ¿Cómo se ama uno a sí mismo? No hay una clase en el colegio. Tus padres... Tus padres te aman... Pero no saben decirte que tu primer y único amor eres tú misma. Porque ni ellos, siendo padres, lo saben... ¿Entiendes? ¿Cómo podía hacer algo que no sabía? Claro que no me amaba. Claro que mi autoestima era una mierda. Porque todos a mi alrededor pensaban igual ¡y la primera era yo misma!

—Susan... Creo que...

—¡No! ¡No me interrumpas!

—Vale.

Susan bajó la cabeza de nuevo y sollozó con una amargura tan visible que Alex creía poder tocarla como si fuese un manto que la envolviese por completo.

Notó la mano de Alexio en su espalda, acompañándola en su desesperación. ¿Cómo podía haberle hablado así al hombre que tanto la ayudaba?

—Perdón... —susurró incapaz de mirarlo.

—¿Qué pasó después? ¿Qué hizo la asistente social?

—Ella... Ella no hizo nada más. Con aquello que había dicho, había abierto la puerta... Recordé a una amiga. Ella vive en Vigo. Nosotras nos conocimos haciendo extras en una pizzería. Ella trabajaba para poder pagarse unos cursos... Me puse en contacto con ella y me ayudó, me ayudó muchísimo. —Se secó los ojos con una servilleta de papel de las que había sobre la mesa—. No fue fácil, Bull no quería irse. Él... Para aquel entonces... Él ya había pasado al... abuso físico... —La mano de Alexio que acariciaba su espalda mientras hablaba se había quedado inmóvil en su hombro—. Alexio, no pasa nada, ya no... ahora ya no... En fin, hace mucho de eso...

—Sigue hablando, Susan, por favor...

—Mi amiga... Ella y yo trabajamos muchas cosas: mi autoestima, mi amor propio, mi desarrollo, mi pasado, el de mis ancestros... Descubrimos muchas cosas y poco a poco fui saliendo adelante.

—Susan, eres muy valiente.

—No... —negó también con la cabeza—. No. Valiente, no. Valiente, no... —repitió con la mirada perdida en el frutero—. Estaba muerta de miedo. Hubo un tiempo en que el miedo a quedarme sola era mayor que el miedo a morir... —De sus ojos cerrados brotaron lágrimas descontroladas. Su cuerpo se sacudía por tratar de contener los sollozos—. ¿Cómo podía pensar así? ¿Cómo podía estar tan desesperada!?

Alex siguió dando suaves apretones de consuelo en sus hombros, se moría por abrazarla, pero se mantuvo en su lugar. Para él aquella historia no era ajena. La Tita y su madre los habían llevado a varios psicólogos y a diferentes terapeutas y les habían hablado y explicado todo lo que había sucedido entre su padre y su madre. Habían tratado de hacerles ver la verdad, una verdad que pudiesen asumir, y siempre desde el amor.

Recordó a su padre; llevaba una eternidad sin pensar en él. Desde que conocía a Bull y estaba en casa de Susan, aquel hombre había vuelto a su

cabeza de forma intermitente. Rogaba porque los abusos sufridos por ella no hubiesen sido los mismos que aquellos de los que él había sido testigo.

—Susan. Mírame, Susan. Todo eso ya pasó, pertenece al pasado, ¿vale? — intentó aseverar conectando con sus ojos—. En estos momentos eres una mujer muy diferente. ¿Y qué si has hecho cosas mal? ¿Y qué si has hecho cosas de las que ahora te arrepientes o te avergüenzas? Lo importante es lo que haces ahora. No vivimos en el pasado. ¿Cierto? ¡Eh! Mírame, Susan, somos presente. ¿Vale? —Con un leve asentimiento, la mujer volvió a girar la cabeza hacia el frutero de cristal—. ¿Sabes algo muy, muy, pero que muy importante? —Ella lo miró con curiosidad—. Te has defendido. Sí. Te has defendido. Y, ¿sabes qué significa eso? Que no eres ni serás la misma mujer. ¿Vale? Nunca. Nunca más volverás a ser esa mujer sola y desamada. Y lo sabes. Ya tienes amor por ti y por tus hijos y, poco a poco, paso a paso, darás lugar a una vida nueva. A un presente nuevo. Sin pasado, ¿sí? El pasado sólo para agradecer y aprender de él...

—¿Agradecer?

—¡Claro! Agradecemos que aprendemos —ante el extraño gesto de Susan, se vio obligado a aclarar sus palabras—. A ver, cuando nos dan algo que no nos gusta, damos las gracias y decimos: «no, gracias». Y seguimos adelante. Pues con esto igual...

—Pero, Alexio, ¿agradecer? ¿Agradecer qué? ¿Lo estúpida que fui? ¿Las palizas que me dio? ¿Agradecer qué? ¿Todo lo que sufrí...?

—Susan... —La voz de Alexio sonaba impaciente—. Eso es todo pasado. Fuiste... Sufriste... ¿Vale? Ahora ya no...

—Pero...

—Que ahora ya no, joder. Que ya no eres así. ¿O sí?

—¿Qué? ¡No! —contestó con rapidez—. No —repitió—. Pero eso de agradecer...

—No importa, ya lo entenderás...

—Alexio, gracias por tu paciencia...

—Susan, no te preocupes, ¿vale? Yo sólo quiero que estés bien.

—Yo estoy... Yo lo estaré... Lo estoy.

—Lo sé, Susan. Y poco a poco estarás cada vez mejor. Voy a calentar café, lo hice antes, pero se habrá enfriado. Tomaremos un café y seguiremos hablando.

—Te ayudaré —susurró ella poniéndose en pie.

Alex aprovechó su acercamiento para tomarla en brazos. La mujer se dejó llevar, lo rodeó con fuerza a la vez que apoyaba la cabeza en su pecho. Sus ojos se humedecieron pero no lloró. Ya había llorado suficiente. En su cabeza bullían las ideas y en su interior notaba una fuerte necesidad de echarlas todas fuera.

—Esto casi está —dijo Alex apagando la cocina—. Verás, no quería agobiarte —se apresuró a decir aprovechando la coyuntura—, pero creo que debes tomar una decisión.

—Yo... —Ella lo sabía. Lo había pensado, no le había llevado ni un segundo decidir que no quería seguir en aquella situación. Con las caritas de sus hijos en su pecho, mientras los tres permanecían asustados en la oscuridad de aquel cuarto, había decidido que debían irse, no podían seguir allí, por su propia seguridad, por la de sus niños y por la de Alexio. Debía salvarles a todos, pero en aquel momento, tener que decir a Alexio que irían con él a su casa, eso era un tema diferente.

—Alexio, ¿crees que será fácil para ti acoger a una mujer con dos hijos en tu casa?

—Susan, no tiene que ser difícil. No pienses que va a ser difícil. Tómalo como unas vacaciones. Si piensas que va a salir mal; no tendremos opción.

—Entiendo, entonces, por favor, ¿nos acogerás en tu casa?

—Lo estoy deseando, Susan, todo saldrá bien —susurró contra su cabello rodeando sus hombros—. Vamos, tomaremos el café y empezaremos a hacer las maletas. Nos iremos por la mañana, así los niños verán la casa de día, jugaremos y los acostaremos temprano para que no sientan que están en un lugar desconocido.

—Vale, Alexio, me parece una gran idea.

CAPITULO XVII

El enorme portalón de madera maciza se deslizó a la izquierda con lentitud. Alexio esperaba paciente mientras Susan miraba hacia todas partes absorbiendo los detalles. La estrecha entrada se fue abriendo paso entre anchas losetas de piedra a medida que se confundía con la decoración del jardín. Todo era verde a su alrededor, árboles y arbustos decoraban ambos lados del camino. Susan contuvo la respiración cuando vio la casa de piedra. Era enorme y estaba rodeada de palmeras, árboles frutales y césped. Era perfecta.

—Alexio, ¡es preciosa!

—¿Sí? Gracias, a ver si te gusta por dentro —dijo aparcando el coche delante de la puerta.

—¿Niños? —Susan se giró para mirarles. Sus caritas emocionadas lo decían todo—. Tengo ganas de ver la casa por dentro, ¿y vosotros?

—Sí, sí, también... —aclamaron a la vez.

—Estupendo, vamos. —Salieron del coche sin más dilación. Susan, nerviosa, no quería alargar nada. En cierto modo, tenía prisa por empezar esa vida.

En pocas horas había dado pasos gigantes. Tras hablar esa madrugada ninguno de los dos se había acostado. Susan empezó a empaquetar todo en bolsas y cajas. Con la ayuda de Alexio, había guardado en el maletero del otro coche varios paquetes que no eran urgentes y todo lo demás había entrado en el maletero del Audi azul ya arreglado. Con una mezcla de pesar y esperanza, había llamado al dueño de la pequeña casita. Le había agradecido toda la ayuda prestada durante años por la minúscula cantidad que le cobraba en concepto de alquiler. Alexio le había sugerido que mintiese diciendo que se iban a vivir a Cangas. Desaparecer y borrar sus huellas lo máximo posible, contribuiría a enfriar la situación. Así, tras una pequeña explicación por su precipitada manera de irse, había terminado deseándole la mejor de las suertes.

Alex abrió la puerta de la casa y, colocándose a un lado, los animó.

—Por favor, pasad —pidió sonriendo con una breve reverencia.

Susan enmudeció, un enorme *hall* apareció dándoles la bienvenida. Caminó sin soltar las manos de los niños. Miró la impresionante escalera circular que se extendía a su derecha, decorada con una alfombra de colores granate, verde y oro. Las paredes eran inmaculadas y blancas. Se fijó en un pequeño banquito en el que reposaba un teléfono antiguo, estaba al lado de una mesa con patas isabelinas donde Alexio había dejado también las llaves y el teléfono.

—Alexio... Es precioso.

—Muchas gracias. Susan, puedes soltarlos, déjales que lo miren todo.

—Sí, claro... —aceptó aflojando sus manitas. Se agachó para mirarlos, las estaba apretando sin darse cuenta—. ¿Os he lastimado? Falco, cariño, te apretaba con fuerza sin querer. ¿Te duele?

—No, mami.

—Vale, amor, vamos a ver la casa todos juntos, ¿sí? Leo, ¿y tú cariño? ¿Cómo estás?

—Bien, mami... —había contestado casi sin mirarla, atento a todo lo que lo rodeaba.

—Susan. —Alexio abrazó sus hombros—. Les gustará. Estoy seguro. ¿A ti te gusta?

—¡Me encanta!

—Bien. Si es así, a ellos les gustará también. Vamos a ver la casa rápido, después de comer haremos una inspección más exhaustiva.

Subieron a las habitaciones. Alex entró directamente en la que consideraba adecuada para los niños. Era muy grande, decorada en azul y blanco, con una cama y armario enormes y un cuarto de baño. El suelo de madera estaba cubierto por gruesas y mullidas alfombras de color azul cielo.

—Colocaremos las barreras a cada lado de la cama y a ver qué más cosas consideras que hay que cambiar. Creo que ésta es la más adecuada para ellos.

—Es un cuarto enorme, yo puedo quedarme aquí también.

—Bueno... Como quieras... Yo creo que estarás mejor en tu propia habitación. Venid, niños, a ver si os gusta este cuarto para mamá —los llamó a la vez que salía para atravesar el pasillo y abrir la puerta de enfrente. Encendió la luz y subió la persiana.

—¡Madre mía! —exclamó Susan—. Parece de ensueño...

—¿Te gusta?

—Es preciosa —declaró mirándola en derredor sin atreverse a tocar nada.

—Bien. Cambiaremos lo que no te guste. Es un poco más grande que la de los niños, a mí me gustan mucho los tonos crudos —aclaró mirando el grueso edredón y señalando las alfombras—, tú puedes ponerlo todo a tu gusto. Este será tu cuarto —consiguió decir esas últimas palabras sin cambiar el tono de su voz. Lo había pensado mucho, muchísimo y, al final; había entendido que debía dar a Susan su intimidad, su espacio y su libertad. No podía, por mucho que lo deseara, colocarla en su casa, en su cuarto, ni en su cama. Había prometido ayudar y debía cumplir su parte. Con tenerla a salvo, bajo su techo, ya se conformaba.

—Bien, mi cuarto es aquel —señaló una puerta cerrada al lado opuesto del pasillo—, y la otra puerta es de mi despacho. Hay varios salones en toda la casa, después escogeremos uno para convertirlo en la zona de juegos de los niños. ¿Te parece bien?

—¿Qué? Sí, sí. Me parece estupendo —consiguió sonreír. Su entusiasmo había disminuido un poco. La tranquilidad que había sentido cuando Alexio había distinguido las habitaciones se había sustituido por una creciente necesidad de aferrarse a algo. No tenían una relación, casi no se conocían y, ella había insistido en que sólo eran amigos.

—Vamos, quiero enseñaros algo más antes de comer.

—¿Qué es?

—Es una sorpresa —dijo acercándose a las escaleras—. Niños, siempre que tengáis que bajar las escaleras vosotros solitos, quiero que lo hagáis así: arrimaditos a la pared y una por una, sin correr. ¿Entendido? ¿Seréis capaces? Venga, enseñadme... —Los pequeños descendieron sin ayuda y poco a poco. Alex les miraba muy sonriente. De todas las partes de la casa, lo que más le

preocupaba era la escalera.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Falco sujetando la mano de su madre.

—Alexio quiere mostrarnos algo...

—Ven, Falco, Leo, tú también, bajaremos escaleras de nuevo... Con cuidado... —Bajaba delante de ambos sin perderles de vista. Llegó a otra puerta, encendió unas luces y se deleitó con las exclamaciones de ambos niños y su madre—. ¿Os gusta?

—¡Una piscina! —exclamaron los pequeños boquiabiertos.

Tanto Falco como Leo miraban alucinados las cristalinas aguas azules que se agitaban con suavidad.

—Susan, ¿quieres darles un baño antes de comer?

—Es que no saben nadar...

—Bueno, yo me bañaré con ellos y tú también puedes.

—Es que lo del cloro... Nunca...

—Esta piscina no tiene cloro, es de agua salada, no necesitarás ni ducharlos al salir. Estarán bien, te lo aseguro.

—Vale —aceptó la propuesta de Alexio y se giró para preguntar a los pequeños—. ¿Queréis bañaros antes de comer?

Ambos niños asintieron muy sonrientes sin dejar de mirar hipnotizados la gigantesca bañera.

—Bien, Susan, dame sólo un minuto. Puedes ir desvistiéndolos.

Alex subió a la cocina y rebuscó en la nevera y el congelador. Su madre y la Tita no se marcharían sin haber dejado bien surtido de provisiones el frigorífico de su casa. Así fue sacando del congelador lo que podrían comer o cenar y dejándolo sobre la encimera para decidirlo después con Susan. Subió a su cuarto sacándose la camisa, miró la puerta de la habitación de Susan ¡Dios! Aquello iba a ser duro. Se cambió con rapidez y volvió a la piscina. Colocó un montón de toallas sobre el banco en el que Susan había dejado la ropa de los niños y, dándose una pequeña ducha, se metió en el agua con

mucho cuidado. Quería que los pequeños siguiesen su ejemplo. Ni aspavientos ni saltos complicados. Se acercó a la parte menos profunda y se puso en pie, el agua le daba por los muslos.

—Ve a cambiarte, yo me quedaré con ellos.

—No, yo no me bañaré ahora, quizá luego.

—Vale. ¿Quién quiere ser el primero? —Ambos niños extendieron sus bracitos hacia él—. ¡Qué maravilla! Venid los dos a la vez.

Cogió a cada pequeño en un brazo y empezó a caminar hacia una zona más profunda. Paso a paso, permitió que ambos niños sintiesen el agua en su piel. Cuando les sumergió los pies, se rió con ellos por sus exclamaciones de diversión y sorpresa. Poco a poco empezó a agacharse hasta que sintieron el agua en su cintura y empezaron a chapotear. Alex estaba encantado, los niños se salpicaban, chillaban y reían en sus brazos.

—¡Vamos, Susan!

La mujer les sonreía feliz y relajada. Se veía claramente que los niños disfrutaban del trato de Alexio. Él, atento, les dejaba hacer salpicaduras con el agua mientras los sujetaba pegados a su cuerpo.

Al final, casi habían dado las tres cuando se sentaron a comer. Los pequeños se lo habían pasado bomba en la piscina. Alex los había puesto de pie en la parte menos profunda para que pudiesen moverse por ellos mismos y tantear unos pocos pasos sujetándose al borde. Todo ello bajo la atenta mirada de una inquieta Susan, que incluso se había arrodillado al borde de la piscina por si tenía que sujetar a alguno de sus hijos.

Habían preparado juntos la comida. Se habían repartido las tareas, los pequeños habían puesto la mesa para familiarizarse con la cocina. Alex había ido a por los juguetes de los niños y los había dejado en una terraza acristalada, totalmente cerrada. Había dicho a Susan que él casi no usaba ese espacio; si a ella le parecía adecuado para los niños, podrían hacer de ese lugar su cuarto de juegos.

Así, después de comer, se encontraron solos en la mesa de la cocina con

sendas tazas de café.

—Estoy agotada, Alexio... ¿No estás cansado?

—No mucho. Hoy os acostaréis temprano para reponer fuerzas. Podemos ir a ver un poco la tele. ¿Quieres?

—Debería deshacer el equipaje... Por llamarlo de alguna manera —terminó con un susurro.

—Bueno... Por un lado, no es urgente; por otro, mi experiencia me dice que cuanto antes, mejor.

—¿Tu experiencia?

—Exacto.

—¿Te has mudado muchas veces?

—Alguna... —Se quedó en silencio unos segundos—. Pero hablaba de cuando tengo que salir de viaje. Después de varios vuelos y trayectos en coche, por cansado que esté, siempre deshago la maleta al llegar al hotel, aunque no me apetezca. Después, con todo en su lugar, me doy una ducha y ya la cosa cambia...

—Ya... Supongo que tienes razón... Es sólo que, incluso con pensarlo...

—Vamos... No lo pensemos más. Voy a vaciar el coche.

—Pero, Alexio... Estarás cansado... —murmuró.

—¿Te parezco cansado?

—Bueno...

—Pues eso. —Se levantó y recogió ambas tazas vacías, las colocó en el cesto del lavavajillas y se acercó a la puerta—. Paso a paso, Susan, ahora vuelvo.

La mujer le sonrió. Cuando se quedó sola hizo una profunda inspiración. Alexio tenía razón. Cuanto antes, mejor. Después de una ducha, todo se vería con más claridad. Ahora no estaba sola. Se levantó para ir a su encuentro.

El montón de bolsas que encontró en el *hall* casi la deprimió. Alex se dio

cuenta, la sujetó por el brazo y la condujo hacia el salón.

—Ve a ver qué hacen los niños, si les apetece ver la tele un poco o están entretenidos con sus cosas.

—Vale —aceptó dejándose llevar.

Alex volvió al coche para terminar de vaciarlo. En realidad, a él mismo le había entristecido muchísimo que Susan terminase con las pocas bolsas que tenía y tuviese que seguir metiendo las cosas en bolsas vacías y limpias, pero de basura. Así, lo único que pretendía era que esa visión no pasase de un día. Con todo en su lugar, podrían desde ese mismo momento empezar su vida de nuevo.

Se dio prisa en dividirlo todo entre ambas habitaciones. Subiendo las escaleras de dos en dos fue vaciando la ropa de los niños sobre la cama y con la de Susan hizo exactamente lo mismo. Así, en pocos minutos, jadeaba para recuperar el aliento mientras aplastaba un montón enorme de bolsas. Lo había reducido lo más posible para guardarlo en la cocina.

Fue al nuevo cuarto de juegos. Susan, encogida sobre el sofá, dormitaba con la cabeza apoyada en el respaldo.

—Hola, niños, ¿queréis ver la tele? Venid, vamos a dejar a mamá cinco minutos.

—No, estoy bien. Prefiero terminar...

—Descansa un poco... —sugirió Alex atusando los enmarañados cabellos de la mujer.

—Mmmmm... Sólo un minuto. Y no saques la mano... —pidió en un susurro al sentir cómo enroscaba los dedos en la coleta.

—Vale... —aceptó empezando a acariciar con las uñas desde la sien hasta la coronilla.

—De verdad que tienes unas manos increíbles —susurró.

—Me alegra que te gusten —aceptó colocándola con suavidad en su cuello. Se moría por besarla, por robarle el aliento, en cambio se quedó quieto e inmóvil al otro lado del sofá. Sólo acariciándola y rogando por ser parte de su

vida.

Susan miró el reloj de la cocina, las horas de la tarde parecían haber pasado asombrosamente rápido. Tras descansar un poco, Alexio la había animado y acompañado para deshacer las maletas. Cuando llegó al cuarto de los niños y vio toda su ropa tendida sobre la cama, no le costó nada abrir el enorme armario y empezar a colocarlo todo. Las bolsas de basura habían desaparecido y, sólo con eso, su humor había mejorado. Cuando entró en el que sería su cuarto, sonrió al ver que había seguido el mismo procedimiento. Así, con mucha menos ropa que sus hijos y afianzada en su decisión, en pocos minutos lo tuvo todo preparado. Alexio la animó a ducharse antes de cenar; era muy probable que él hubiese pensado que ella caería rendida tras la cena. De ese modo, que estuviese cómoda y limpia sería una ventaja.

Después de recoger la mesa, Susan preguntó a los niños si les gustaría quedarse a dormir en casa de Alexio. La afirmación de ambos fue tan contundente que la mujer se sintió aliviada; aliviada y en cierto modo más confiada, pensando que estaba haciendo lo adecuado.

—Bien, niños, en pie, iremos a poner el pijama.

Para sorpresa de ambos adultos, Falco se levantó de primero y rodeando la mesa se colocó al lado de Alex. Éste, asombrado, le tendió la mano, a la que el niño se aferró empezando a caminar hacia fuera de la cocina. Alex miró a Susan. Tenía previsto dejarles intimidad para acostarse, pero si el niño tiraba de él de esa manera, no podía dejarlo solo. La sonrisa de la madre lo tranquilizó. Se giró entonces y se dejó conducir por el pequeño al piso de arriba. El niño no titubeó, recordaba perfectamente todo lo que le habían dicho. Se colocó a la derecha para subir las escaleras pegado a la pared. Después avanzó hasta el que le habían dicho que sería su cuarto. Su madre entró detrás con Leo de la mano, sacó unos pijamas y unos saquitos para cambiarles.

—Susan, quizá les baste con el pijama. No creo que tengan frío de noche, con la manta será suficiente.

—Vale.

Ella ya había notado la diferencia en la temperatura. Era muy placentero

vestirse sin los violentos temblores del cuerpo por el frío. Alexio ayudó con el ritual de los pijamas. Después, besando a ambos niños les deseó buenas noches. Dijo a Susan que estaría en el salón si ella quería bajar o si lo prefería, que podía acostarse también, y sin más, salió entornando la puerta para que tuviesen intimidad.

Susan se concentró en sus hijos. No quería pensar en nada más. Ni en la hermosa y enorme cama de la solitaria habitación, ni en el suave y caliente cuerpo de Alexio pegado al de ella, como la noche anterior.

CAPITULO XVIII

Cuando Susan salió del cuarto de los pequeños, ya no daba el sol. Se sentía agotada, y decidió bajar a dar las buenas noches a Alexio. Había escogido quedarse con sus hijos hasta que ambos se durmiesen, no estaba muy segura de cómo tenía que actuar con aquel hombre en su propia casa en cuanto se encontrasen a solas. Por ello, no había tenido prisa alguna.

Se acercó al sofá, Alexio cambiaba de canal en canal sin decidirse por ninguno.

—Hola...

—Hola... —la saludó levantándose—. ¿Ya están dormidos?

—Sí, me he quedado para asegurarme...

—Vale, bien. ¿Quieres un café o quizá ver la tele? ¿Quieres mejor irte a la cama?

Susan escuchó todas las posibilidades, no le interesaba ninguna de las tres. Pero, optando por lo más sensato, contestó:

—Creo que me acostaré.

—Bien, Susan, necesitas descansar. Mañana será otro día. Buenas noches —añadió dando un paso atrás.

—Alexio... Yo...

—Shhhh... No hay nada que explicar. Venga, vete a la cama. Mañana hablaremos.

—Vale —Susan dio media vuelta y sintiendo como si sus pies arrastrasen toneladas, se separó de él para dirigirse al que era su cuarto.

Alexio mantuvo la mirada en el televisor hasta que escuchó cómo se cerraba la puerta del piso de arriba. Tras ello, apagó con el mando y, sin hacer ruido, se fue a su despacho. Sacó el portátil y todos los apuntes que había preparado desde que estaba en casa de Susan. Todavía no tenía sueño. Si trabajaba un par de horas podría, al menos, dormir toda la noche, para, como había pensado en

todo momento, continuar al día siguiente como un día más.

Susan deambulaba por su cuarto. Vestida con ropa deportiva como pijama y con unos calcetines en los pies se movía por toda la estancia, indecisa. No quería estar sola. No quería dormir sola. Pero Alexio había sido muy directo al indicar claramente su cuarto y también al no especificar cuál era el suyo. Suponía que Susan así no le molestaría. ¿Sería eso lo que él sentía? ¿Era Susan una carga para él? Todas las invitaciones sexuales habían sido por su parte, él no había mostrado ningún interés en acostarse con ella. Al contrario, Susan siempre lo había buscado y también en ese momento deseaba buscarlo.

Meneando la cabeza, negó a la desesperada, abrió la cama y se metió entre las sábanas. Apagó la luz y toda la habitación quedó en penumbra. La persiana estaba subida. Se giró mirando la puerta cerrada. Preguntándose si sus hijos estarían bien se levantó y abrió sin hacer ruido; entró en el cuarto de los pequeños y los miró. Tan tiernos y confiados, dormían plácidamente acurrucados. Volvió a salir cerrando con suavidad. Miró al lado opuesto, una de las puertas estaba abierta, o bien el despacho o bien el cuarto de Alexio, era uno de los dos. Sin querer ya estaba acercándose. Asomó la cabeza, Alexio, con los codos apoyados sobre una impresionante mesa de caoba, sostenía su mentón mientras miraba la pantalla del portátil.

—Hola... —susurró Susan desde la puerta sin darse cuenta de que estaba hablando.

—Hola... —Alexio le sonrió—. Pensé que ya dormías.

—No, no había bajado la persiana y cuando me levanté... recordé a los niños y vi tu puerta abierta y...

—Ya.

—Pero no quiero molestar... Me voy ya.

—Tú no molestas nunca. Ven a ver lo que estaba haciendo —Susan se dejó conducir con la mano del hombre sobre su espalda, él movió uno de los sillones para llevarlo al lado opuesto y dejarlo al lado del que él ocupaba—. Siéntate —volvió a conectar el video del portátil, lo tenía en silencio—. Estos muebles son europeos. Hace un par de meses estuve viajando, mirando y

sopesando. Son de una calidad media, aunque lo compensan con los acabados; pero el ensamblaje es imperfecto. Me hicieron una propuesta, pero me negué a trabajar con ellos. No son artesanos. Son vistosos y unos más útiles que otros, pero su calidad me desanima.

—Ya, sí que es cierto que hay piezas muy bonitas. ¿Y cuál se supone que sería tu papel en este asunto? ¿Serías vendedor? ¿Serías sólo socio? No sé cómo va.

—Me han ofrecido ambas cosas; pero ya te digo, me he negado.

—¿Y por qué estás viendo el video?

Alexio se quedó mirándola. Su primera intención había sido ver unas fotos de muebles exactamente igual que las otras veces, pero sin Susan a su lado para comentarlos, no le había apetecido tanto. Su segunda intención era que transcurriesen un par de horas como fuese, para poder acostarse y dormir como un tronco. Y su intención inmediata era deshacerse de la mujer que lo miraba con una tentadora sonrisa.

—Nunca se sabe dónde puede surgir una buena idea.

—Ya.

—Venga, será mejor que te acuestes, yo también estoy cansado. Me iré en breve.

—¿Me ayudas con la persiana?

—¡Claro! —Se levantó con rapidez, no le había explicado la apertura automática—. Vamos.

La guió a su cuarto casi sin tocarla, le cedió el paso en la puerta y después le enseñó donde estaba el pulsador, en uno de los lados del cabecero de la cama. Con un solo toque, la persiana se bajó hasta dejar el cuarto casi a oscuras.

—Así, ahora, tú misma puedes subir y bajar como gustes.

—Alexio...

—¿Sí?

—¿Podrías quedarte?

El anhelo en la voz de Susan lo partió en dos. Deseaba quedarse, lo deseaba más que nada en el mundo, pero no era lo adecuado.

—Susan... Me muero por quedarme... Pero... No quiero condicionarte. — Supo que ella sonreía, sintió sus manos ascendiendo por el pecho—. Susan...

La mujer rodeó su cuello y poniéndose de puntillas, deslizó la lengua en su boca. Alexio no pudo contenerse, correspondiendo a su abrazo la cerró por la cintura pegándola a él.

Cada hueco del cuerpo de Susan era perfectamente completado por el de Alexio. A la vez que se preguntaba si era un error o si era adecuado aquel comportamiento la ayudaba a deshacerse de toda su ropa hasta tenerla en sus brazos completamente desnuda.

Su olor, su tacto, su sabor, todo de ella le gustaba, incluso la mirada descarada que le dedicaba cuando estaban a solas. En lo único que podía pensar era en corresponder a cada gesto, a cada anhelo, a cada gemido que emitía la mujer en sus brazos. Eso era en lo único que podía pensar.

CAPITULO XIX

Bull aparcó detrás del vehículo blanco. La calle estaba desierta, escasamente iluminada por dos viejas farolas situadas a bastantes metros, casi en el comienzo y en el final. Salió de su coche y sin hacer apenas un ruido, entró en el que estaba delante.

Se sentó sin decir nada, todavía no sabía para qué lo había hecho ir allí a esas horas. Llevaba tres noches casi sin dormir. En cuanto el Audi desapareció de casa de Susan, había ido corriendo a buscarla, pero la muy zorra no le había abierto la puerta a pesar de aporrearla hasta volver a romperla. Se dio cuenta entonces de que la casa estaba vacía, habrían salido a dar un paseo. Así, volvió el día siguiente. El vehículo tampoco estaba y la puerta seguía destrozada. Empezó a pasarse a cada hora, mirando siempre hacia el interior, esperando ver una luz o una ventana abierta que le indicase que allí había alguien. Pero todavía no había sucedido.

—A ver... ¿Voy a estar así toda la puta noche?

—Shhh...

—¡Joder! —A su padrino le encantaba mostrar la forma correcta de hacer las cosas. No decía, no enseñaba; lo demostraba.

—Hoy han puesto una denuncia porque un imbécil de coche negro ha roto una puerta de una casa a patadas. Y no sólo eso, sino que parece ser que ese imbécil se pasea constantemente por allí. Pitando, haciendo arrancaditas, tronando el motor... En fin, haciendo el gilipollas para que todo el mundo vea lo temerario que es... —Los pequeños ojos marrones del hombre se clavaron en los suyos—. ¿Es que has perdido el poco seso que tenías? —le espetó furioso—. ¿Qué mierda haces persiguiendo a esa gente?

—Ella es mía... Ese cabrón se ha metido... Ella y yo...

—¿Ella y tú? Ella y tú, ¿qué?

—Estábamos juntos...

—¿Cómo de juntos? ¿Esa no era la chavala con la que salías hace años?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Empezamos a salir de nuevo y de pronto llegué un día y me encontré con ese...

—¿Así sin más?

Apretó los labios y afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Estás enamorado?

Volvió a asentir con la mirada perdida en la vieja farola.

—¿Y ella?

—Ella también me quiere. Es que nos enfadamos por una tontería y cuando llegué allí me encontré a ese otro payaso y no me dejó ni hablar.

—Entiendo.

—¿Sabes dónde están? —preguntó Bull con voz suave.

—Yo no lo sé ni me importa, pero cuando vino a Comisaría el dueño de la casa, por lo de la puerta que rompiste, le oí decir que se marcharon a vivir a Cangas.

—Cangas... A ella siempre le gustó esa mierda junto a la playa.

—Bueno, pues por allá deben andar.

—Padrino... —con un tono de voz todavía más suave, siguió hablando—, si ponemos sus datos en el ordenador, aparecerá su dirección, ¿no?

El hombre miró detenidamente a su ahijado, tragó saliva y lo más calmado que pudo, contestó:

—No, Bull, no funciona así. Es el juzgado el que busca sus datos. La policía no tiene los medios ni la información en sus ordenadores. Si quieres encontrarla, tendrás que pasear por Cangas un poco más.

—Pero, padrino...

—¡Te he dicho que no! —bramó. Lo único que le faltaba era que su ahijado,

con una copa de más, alardease de la eficacia personal de la policía. Miró a su ahijado y añadió con más paciencia—. No es que no quiera ayudarte, que para eso estoy aquí, es que eso que tú dices no se puede hacer. En cuanto se introduce un DNI en el buscador, salta una alarma en la central y joden vivo al que lo ha hecho. Lo sancionan y lo suspenden. Ya te lo he dicho, está prohibido. Y además es inútil, esos datos no aparecen ahí.

—Vale, padrino, como digas.

—Escucha, Bull, si la mujer se ha marchado, déjala ir. Dale un poco de tiempo y espacio. Si te quiere, volverá. Ya lo sabes.

—Bueno, sí, lo haré. Los dejaré tranquilos.

—Bull... No me tomes el pelo... ¿En qué estás pensando?

—¿Qué? Se han reído de mí en mi cara, ¿crees que lo voy a olvidar?

—Nadie se ha reído de ti... —habló con paciencia—. De hecho, metiste bien la pata destrozando dos coches y apedreando la casa. ¿En qué coño estabas pensando, subnormal?! —estalló su padrino inclinándose hacia él—. ¡Tirar piedras a una casa! ¿Y si le hubieses dado a alguien? ¿Y si le alcanzas a una de las criaturas? ¿No lo has pensado? ¡¡No!! Porque tú nunca piensas en nada. ¡¡EN NADA!!

Bull había encogido levemente el mentón hacia el pecho y miraba a su padrino de reajo. Siempre había respetado a los mayores, pero en ese momento le costaba una barbaridad no colocar una de sus manos en la prominente nuez para hacerla callar. Odiaba que le diese lecciones. ¿Qué sabía aquel hombre de él? De su amor por Susi, de la relación que mantenían. Nada. Él no sabía nada.

—Escucha, Bull, o te olvidas de esta gente, o no volveré a protegerte. Tuve suerte con el tipo del coche, aceptó que se había metido donde no debía y reculó, pero si vuelvo a escuchar algo sobre ti, no te conoceré de nada, ¿entendido?

Bull sintió una quemazón en el centro del estómago, estaba furioso por verse objeto de los antojos de los otros, por ser víctima de la ignorancia de los demás. ¿Cómo podía alguien decir que lo estaba ayudando? Aquella mujer se le escapaba, no sabía dónde encontrarla, ¿y eso era ayudar? Miró a su

padrino, maldito cabrón, siempre le había gustado decirle lo que tenía que hacer y lo que no. Siempre enterado de todo, siempre por encima de él. Pero esta vez no. Esta vez sabía dónde buscar y lo haría sólo.

—Escucha, agente... —Arrastró las palabras todo lo que pudo—. Ya hace mucho que no me conoces de nada.

Abrió la puerta del coche y salió triunfal dando un impresionante portazo que ahogó los gritos e insultos de su padrino. ¿Cómo se atrevía a decirle lo que tenía que hacer? «No. No. Y no». Pensaba chirriando os dientes.

Caminando por la acera negaba con la cabeza. «Están todos muy equivocados. Susi es mía y la voy a recuperar». Entró en su coche, arrancó, y deliberadamente pasó por la vera de su padrino pisando a fondo el acelerador sin embrague. Pudo ver cómo el hombre se llevaba el susto de su vida, con la mano en el pecho, torcía la boca furibundo.

—Bien, viejo. Ahora ya sabes lo que se siente cuando te quitan la razón... —murmuró mientras espoleaba a su vehículo calle arriba, separándose a toda velocidad de la única persona que, a su manera, se había preocupado por ayudarlo.

Se dirigió a Cangas con rapidez, faltaba muy poco para las tres de la madrugada. Seguramente no habría nadie en las calles, pero necesitaba ir, necesitaba estar en camino. «Susi...» «Susi... ¿Dónde estás?».

Acelerando a fondo, atravesó el pueblo. Cuando llegó a la rotonda que contenía el monumento al mejillón se detuvo. En la zona conocida como “Pedra alta” se dio cuenta de que no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarla. Parado ante la rotonda, el aire del interior de su coche se le hizo insuficiente, quería gritar, pero no salió ni un gemido. Su respiración furiosa y arrebatada no le permitía pensar en nada, sólo un ensordecedor latido en ambos oídos provocando un eco: «No está...» «No está...» «No está...» «Susi no está».

Aporreó el volante de su coche con ambos brazos, una y otra vez, una y otra vez, cada vez más despacio, cada vez más lento, dejó caer las manos y apoyó la cabeza.

—Te encontraré. Te encontraré, puta. Te encontraré, más que puta... ¡y te las

haré pagar todas juntas! —gritó con los ojos muy abiertos, crispando todo su cuerpo mientras se sentía recorrer por la rabia y la impotencia.

CAPITULO XX

—¡Buenos días! —saludó Susan muy sonriente entrando en su despacho.

—Buenos días. ¿Qué tal estás?

—Muy bien —contestó colocándose a su lado—. ¡Qué bonito cabecero!

—¿Te gusta?

—No está mal... —Se agachó apoyándose en la silla de Alex como cada mañana desde hacía más de una semana.

Habían dormido juntos todas las noches. Alexio madrugaba para trabajar en su despacho, ella se acercaba más tarde antes de que despertasen los niños y le ofrecía sus comentarios respecto a las piezas que él miraba. A lo largo del día, no se daban un beso, ni se hacían un gesto de cariño; eran amigos. Y así, tácitamente, se había acordado que, durante la luz del sol, entre ellos solo había amistad. Pero tras acostar a los pequeños y bajar un poco la persiana, el cuarto de Susan se convertía en un sensual escenario. Ambos amantes daban rienda suelta a su pasión tratando de ofrecer sólo sexo, tratando de ceñirse al máximo a su plan inicial.

Alex inspiró el suave aroma de las rosas. Sonriendo, la dejó toquetear la pantalla del ordenador. Le encantaba verla apoyada sobre su mesa mientras miraba y remiraba algunas de las intrincadas florituras de muchos de los muebles; apostando casi siempre por la sencillez. Se moría de ganas de sujetarla por las caderas y sentarla sobre su regazo.

—Alexio...

—¿Sí?

—¿Quieres un café? ¿Quieres hacer un descanso?

—¡Claro!

—Voy a por ellos... —Le sonrió y, a medida que se alejaba, se giró despacio y le guiñó el ojo.

Se había dado cuenta de todo. Alex le devolvió la sonrisa. Tras los

primeros días se había ido sintiendo cada vez más tranquila y segura. Dani ya los había visitado varias veces, había llevado unos juegos para los niños e incluso se había ofrecido a hacer de niñera si ellos quisiesen salir alguna noche. Alex había confiado a Susan que esa faceta era nueva en su hermana, la mujer siempre había sido más seca que un palo en su trato hacia los demás. Las únicas personas con las que la había visto en actitud cariñosa eran su madre, la Tita, su pequeña ahijada Eli y él mismo. Susan le había contestado que no le importaba lo que Dani era o fuese, tanto ella como sus hijos siempre estaban bien atendidos en su compañía y disfrutaban muchísimo del carácter excéntrico de la mujer. A Alex le encantaba que las mujeres se llevaran bien.

Susan lo vio sonreír antes de entrar en el despacho, le gustaba que estuviese siempre de buen humor. Dejó la taza de café sobre la mesa y ocupó el lugar habitual a su lado.

—Mira, con esto estaba antes.

—A ver... —Susan se acercó a la pantalla y, aumentando la foto, empezó su inspección particular. Sabía lo mucho que él valoraba sus comentarios, por ello, intentaba esforzarse en dar claramente su punto de vista.

—Hoy tengo que ir a la oficina, será sólo una hora, ¿te gustaría venir?

—¿Qué? ¿Hoy?

—Tranquila... —Negó con la cabeza—. Sólo era por si querías dar una vuelta, pero será mejor que vaya yo sólo. Después, más tarde, podríamos ir a dar un paseo.

—¿Puedes llamar a tu hermana? No sé si quiero quedarme sola.

—Por supuesto. De todos modos, recuerda que nadie sabe dónde estamos.

—De momento...

—Vamos, Susan. No nos encontrará aquí. —Su humor había cambiado.

—Bueno, yo sólo digo que no quiero confiarme...

—¿Has dicho tú a alguien dónde estás?

—No.

—Pues a eso me refiero. Sólo nosotros y mi hermana, nadie más sabe dónde estamos. Empieza a relajarte con eso, ¿quieres?

—Perdona... —susurró—. No quería enfadarte.

—Es que... Susan... Cada vez que hablas de sus capacidades, de un modo u otro se las estás atribuyendo. No quiero que pienses que es listo, no quiero que pienses que es inteligente, ni siquiera que tenga recursos. Es un manipulador y punto. Y con eso te maneja a ti y a todos los que puede. Así que deja de pensar en que puede encontrarnos, deja de pensar siquiera en él, solo piensa en ti y en los niños; en lo felices que sois y seréis aquí.

—Ya...

—Ya, ¿qué?

—¿Por cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo seremos tus huéspedes?

—Pero, Susan, si acabáis de llegar. —Alexio mostraba su incredulidad con su tono de voz, exasperado no alcanzaba a comprender cómo en cinco minutos la conversación había derivado hacia aquello.

—Ya... Es que me siento tan inútil....

—¿Inútil? ¿Tu? Me cuesta creerlo... —terminó para su camisa.

Dejó de mirar a Susan y agarró su taza de café. En todos los días que habían estado juntos, se habían repartido las tareas de la casa. Lo habitual era que su madre y la Tita fuesen una vez por semana y supervisasen a un equipo de mujeres que dejaban, en pocas horas, la casa brillante y perfecta. Después de eso, Alexio sólo tenía que mantener el orden. Lo hacía encantado; para él era suficiente, no quería una asistenta en la casa todos los días. Por ello, hasta que su madre y la Tita volviesen, Susan y él se encargaban de todo.

—Alexio, creo que debo buscar un trabajo.

—Vale, me parece bien. Siéntate, por favor.

—Vale —Susan se sentó y dejó su café sobre la mesa—. No sé en qué, pero creo que es necesario que aporte algo a todo esto.

—Ya, vale —Alex dominó el impulso de mirar hacia otro lado, dominó también las ganas de gritarle que no tenía sentido lo que acababa de decir y

dominó además el tono de su voz para poder seguir hablando con ella—. ¿Y de qué te gustaría trabajar?

—Buffff... No sé si es el momento para escoger. Supongo que lo primero en lo que pueda conciliar el horario. ¿Qué voy a hacer con los niños? —se preguntó encogiéndose de pronto.

—Hay campamentos y escuelas de verano, Dani te ayudará con eso, su mejor amiga conoce Vigo como la palma de su mano, es la madre de Eli, su ahijada, ya te ha hablado de ella, ¿no? —ante el asentimiento de Susan, continuó hablando—. También será bueno para los niños, empezarán a acostumbrarse a un pequeño horario de cara a empezar el colegio en septiembre. Lo que me parece más importante en todo esto es que no escojas el primer trabajo que aparezca. Escoge algo que te guste, o si no, no será un trabajo, será un castigo.

—Bueno, escoger...

—Susan, hablo en serio. Te tiene que gustar, al menos un poco. Si no, no serás capaz de dejar a tus hijos para ir a otro lugar que no soportas. ¿Entiendes?

—Sí, bueno, pero, ¿escoger entre qué?

—Ven, vamos... —Acercó su silla—. Empezaremos anotando cosas, todas las opciones que se pueden barajar y, al final, elaboraremos un currículum.

—Me parece bien.

Poco a poco fueron añadiendo datos. Empezaron enumerando y anotando todos los trabajos que ella había tenido, para aclarar las profesiones en las que podía desenvolverse. Cuando los pequeños despertaron y empezó la rutina diaria, no dejaron de hablar en voz alta de las distintas posibilidades; que si una temporada había trabajado de camarera, otra de repartidora; incluso había cuidado a personas enfermas.

Unas tres horas después, Alex miraba las anotaciones hechas en el folio. Así empezaron a dar forma a un escueto currículum con sus estudios, su experiencia laboral y sus aptitudes.

Cuando llegó Dani para comer con ellos, pasaron a la segunda fase del

plan: un lugar apropiado para llevar a ambos niños mientras Susan trabajaba unas horas.

Dani cooperó con lo poco que sabía; les habló de los diferentes centros o incluso la guardería que ella conocía donde había estado su ahijada. Cuando le enseñaron el currículum elaborado pidió una copia, ella también ayudaría en lo que pudiese.

Después, mientras Alex iba a la oficina, ellas concertaron citas para poder ver las guarderías y escuelas disponibles. Dani se había ofrecido a quedar con los niños mientras ella y su hermano iban a las entrevistas.

—No puedo disponer así del tiempo de tu hermano. Él tendrá que ir a sus cosas, bastante me ha ayudado ya.

—Pues yo no creo que le importe acompañarte y si tiene algún problema, ya te lo dirá.

—¿Tú crees?

—¿Acaso no te dice siempre las cosas tal y como son?

—Bueno, la verdad, Dani, es que no. Sí que me dice y me anima mucho y sí que algunas veces hemos discutido, pero siempre está haciéndome cumplidos.

—¿Cumplidos en qué?

—Pues al trabajo que hace en el ordenador, siempre me pide mi opinión y me mira de una manera que... En fin, me cuesta creer que lo que le digo sobre esas fotos a él le sirva para algo.

—Bueno, Susan, si él lo dice... Yo no recuerdo que mi hermano mintiese.

—No. Dani, no es eso. Pero, ¿por dar mi opinión?

—A ver, Susan, cada uno es bueno en lo que es. Si él lo ha visto y tú no, no significa que eso no esté ahí. Si tienes talento para diseñar muebles, quizá podríamos hacer un curso de...

—¿Qué? ¿Diseñar? ¿De qué estás hablando? ¡Yo sólo sé decir si un mueble me gusta o no!

—Bueno, será mejor que esto lo hables con él. Pero recuerda, Alex no

miente, nunca.

—No quería enfadarte... —Reconoció Susan—. Perdóname.

—No es eso, es que parece que te niegas a ver lo evidente —sentenció recolocando los faldones de la masculina camisa sobre el asimétrico pantalón oscuro que vestía.

—Ya. Quizá sí...

—Pues eso.

—Venga, Dani, te invito a un café. Dejemos esto por ahora.

—Me parece lo mejor.

Susan sintió remordimientos. La mujer sólo quería ayudarla, en cambio ella, con su obstinación, ponía pegas a todo. No estaba acostumbrada a su capacidad ni a que otros la reconociesen y verse de pronto admirada por unos actos que para ella no tenían valor, la desconcertaba. Terminaron por preparar una merienda que tomarían todos juntos sobre el césped.

CAPITULO XXI

—¿Alex? —preguntó la escultural rubia apoyándose en la puerta.

—¿Sí?

—¡Caramba! ¿Eres tú de verdad? Hace una eternidad que no te veo por el despacho.

—Sí, he estado ocupado. He venido a por unas cosas y ya me voy.

—¿Hay algún problema?

—No, ninguno. Estoy trabajando desde casa.

—Mmmm... Interesante... ¿Necesitas ayuda? —Quiso saber entrando y acariciando con ambas manos estiradas el respaldo de uno de los sillones negros que había ante la mesa.

—No, gracias —rechazó sin mirarla—. Ya tengo toda la ayuda que necesito.

—Ahh... Respecto a eso... Verás, no he podido quedar antes contigo por...

—Déjalo, Krysta, has tenido buen juicio. Habría sido un error. Bien, si me disculpas —pidió poniéndose en pie y cerrando el portafolios—. Tengo que irme.

—Entiendo —contestó enderezándose y, sin más, salió del despacho y lo dejó solo.

Alex caminó hacia el ascensor. Eran casi las cinco de la tarde, todavía quería hacer unos recados antes de volver a casa. Estaba un poco inquieto por la ansiedad de Susan. Reconoció la importancia que tenía para ella trabajar en algo, sentirse útil, pero combinar maternidad a jornada completa con trabajo a tiempo parcial podría ser un poco complicado. Pero él había decidido apoyarla en todo, en todo lo que ella quisiese hacer, y estaba seguro de que su hermana pensaba igual. En cuanto conociese a su madre y a la Tita, se vería mucho más arropada y animada de lo que hubiese estado nunca. Por supuesto, esto último no era nada urgente que sucediese. Sabía que ambas mujeres mayores se alegrarían muchísimo cuando se enterasen de la existencia de

Susan y de ambos niños. Empezarían a visitarles constantemente y no los dejarían ni de noche ni de día. Y Alex disfrutaba muchísimo de cada instante que pasaba con ellos y sobre todo con Susan, era magnífica. Le encantaba estar con ella en cualquier situación.

Cuando llegó a casa, las mujeres lo sorprendieron con una merienda en el jardín. Le contaron todo lo que habían preparado sobre las entrevistas tanto a guarderías como a campamentos y así, sin más demora, Dani se comprometió a cuidar de los niños mientras ellos acudían a inspeccionar los centros al día siguiente.

Susan sentía cierta ansiedad en su interior. Estaba dando pasos en una dirección que hasta entonces solo había valorado de forma teórica. Mirando hacia los niños que jugaban juntos alrededor de un pequeño arbusto los ojos se humedecieron. Tenía que conseguirlo. No podía seguir permitiendo que su vida perteneciera a otras personas. Era su responsabilidad salir adelante y enseñar con actos a sus hijos que cada uno hace su propio camino.

Alex posó la mano en su tobillo, lo apretó ligeramente y lo soltó. Se moría por abrazarla y prometerle que todo saldría bien. Pero no podía. No podía hacerlo. En ese momento, ni siquiera sabía si alguna vez podría. Ellos sólo eran amigos. Y el sexo, por supuesto, su mejor medio de comunicación. Aunque para él no siempre fuese el más adecuado.

CAPITULO XXII

Susan removía su café. Absorta en los giros del oscuro líquido caliente, era incapaz de decidir qué centro le había gustado más.

Alex y Dani, también sentados a la mesa, charlaban sobre el resultado de las visitas. Ninguno de ellos quería interceder en su decisión. La escuela o centro donde dejase a sus hijos debía ser de confianza para la madre; de otro modo, ¿cómo podría concentrarse en otras cosas si temiese que sus hijos no estuviesen bien atendidos? Susan abrió la carpeta que había estado usando para toda la documentación e impresos que se generaban con las entrevistas y sacó los folletos de los tres centros que más le habían gustado. Los releyó una vez más. Todos similares. Todos atractivos. Dos de ellos ofrecían también, en un edificio aledaño, los posteriores cursos de infantil, primaria y secundaria, lo cual podía, en un momento dado, ser una ventaja.

Los niños entraron en la cocina pidiendo agua. Mientras Dani se levantaba para atenderles, Susan les mostró los folletos a los pequeños.

—Niños, quisiera enseñaros algo —en un tono de voz muy bajo continuó—. Es un cole de verano.

—¿Cole? —preguntaron ambos pequeños.

—Sí, voy a buscar un trabajo y me gustaría llevaros a un colegio con otros niños de vuestra edad.

Leo se acercó y miró los folletos que su madre tenía en la mano.

—Éste —aseguró escogiendo el que tenía un enorme arco iris en la portada.

—¿Te gusta este?

—Ajá.

—Fenomenal, cariño, ¿y tú Falco? ¿Te gusta este cole? —El niño se encogió de hombros. Su madre lo subió sobre sus rodillas—. Quizá podáis ir a probar una temporada, ¿te gustaría? —el pequeño no contestaba nada. Miraba alternativamente a todos los adultos hasta que bajó la carita con timidez—. Ven, acompáñame a la lavadora. Ahora volvemos —dijo a los demás—.

Dime, Falco, ¿qué crees tú que se hace en un cole?

—Dani ha dicho que muchos juegos y que es divertido.

—Vale, dime entonces qué es lo que te preocupa para poder ayudarte a buscar una respuesta.

—El cole ese... ¿Está muy lejos de aquí?

—Pues... Pues... —Susan no supo qué contestar, apenas entendía que su hijo le hiciese aquella pregunta—. No está ni muy lejos ni muy cerca, tendríamos que ir en coche y volver en coche. O en autobús, depende del horario.

—Y... ¿Vamos a seguir viviendo aquí?

—Pues, por el momento, creo que sí. —En el instante en que la sonrisa apareció en el rostro de su pequeño hijito se dio cuenta de lo que en realidad le preocupaba—. Dime, Falco, ¿te gusta vivir aquí?

—Me encanta.

—Bien. Me alegro mucho. No te preocupes por nada. Vamos a quedarnos mucho tiempo y te prometo que si nos vamos, será sólo a un lugar mejor. ¿Te parece bien?

—¿Mejor que éste?

—Sólo si nos vamos.

—Vale, mami.

—Entonces, ¿qué te parece la foto del cole?

—Me gusta mucho. Tenía muchos colores.

—Es cierto, cariño. Nos encantan los colores. Venga, ya he terminado, vamos arriba para seguir jugando.

Dejó al pequeño en la galería con Leo y volvió a la cocina.

—Creo que ya hemos tomado la decisión. Ese cole tiene muchos colores y es divertido.

—A mi comadre le gustó mucho, Susan. Dice que son muy cariñosos con los niños y juegan mucho con ellos.

—Sí, la verdad es que me ha parecido un lugar muy cálido. Voy a llamar ya, debo cerrar el trato cuanto antes, no vaya a ser que me arrepienta —añadió tratando de bromear—. Ahora vuelvo.

Alex se levantó y fue tras ella, la siguió escaleras arriba y entró en su cuarto sin decir nada. Sólo cuando cerró la puerta y la desolada Susan lo miró con los ojos nublados, abrió los brazos y caminó a su encuentro.

—¿Que ha sucedido?

—Es que... —La mujer hipaba en su pecho—. A Falco le gusta vivir aquí. Tenía miedo de que ir al colegio fuese marcharse de esta casa. Por eso no quería decir nada... Y me sentí tan triste por él, por su miedo... Por todo lo que les hago al no enfrentarme a la realidad...

—Susan, Susan, para. Deja de hablar así. Te estás esforzando mucho, y antes, realmente, poco podías hacer. Vamos, tranquila, todo irá bien. Te estás esforzando mucho —repitió para animarla—. Quizá no sea fácil dejarles en el colegio cuando estás tan acostumbrada a pasar tanto tiempo con ellos, pero será bueno para todos. Ellos irán encantados, te lo aseguro y, el primer día no, el segundo quizá tampoco, pero al tercero, cuando les veas contentos y felices, tú lo estarás también. Estoy seguro.

—Sí. Puede ser...

—Puede ser, no. Lo será.

—Vale, lo será. Gracias.

—No me las des —susurró en su pelo.

—Eres un hombre maravilloso, Alexio, de verdad que lo eres. Algún día harás muy feliz a una mujer. Gracias por todo —volvió a decir.

—No hay por qué darlas... —repitió él con voz neutra tratando de no demostrar cuánto le dolía su comentario—. Te dejo sola para que llames donde quieras.

—Vale.

Salió cerrando con cuidado, en el pasillo inspiró profundamente tratando de aplacar el sentimiento de impotencia y frustración que lo invadía. ¿Cómo podía Susan decir aquellas cosas? ¿Cómo podía siquiera pensar en ello y cada noche dormir entre sus brazos? Él no quería hacer feliz a ninguna otra mujer, quería estar con ella. Sólo con ella. ¿Era tan difícil de entender? Más triste que enfadado por la tozudez de la mujer, volvió a la cocina.

—¿Un café? —ofreció a su hermana sin mirarla a la cara.

—¡Claro que sí! —aceptó, y en cuanto Alex se dio la vuelta, salió dejándolo sólo, a solas, por un momento, en soledad.

Al día siguiente, por la mañana, fueron a completar la inscripción y a recoger los uniformes. Susan agradeció estar ocupada toda la tarde subiendo los bajos de los pantalones nuevos y bordando los nombres de los niños. El trato de Alexio hacia ella era correcto y adecuado, con la salvedad de que, tras acostar a los niños la noche anterior, él no había acudido a su cuarto.

Susan recordaba una y otra vez lo último que le había dicho estando a solas: «Algún día harás muy feliz a una mujer...». Menuda idiota. ¿Cómo había podido decirle aquello? ¿Acaso no era evidente que Alexio ya era feliz con ella? No. Se obligó a contestar. No era felicidad. Era sexo y compañerismo. Y Alexio se merecía amor. Todo el amor del mundo. Todo el amor que se pudiera disfrutar.

Sin dejar de pensar en ello, preparó todo para el día siguiente. Empezarían con una visita de una hora e irían subiendo progresivamente hasta que los niños estuviesen bien y a gusto para quedarse al menos cinco horas. De este modo, Susan podría centrarse en buscar un trabajo de media jornada, al menos, para empezar.

Tras lavar a los niños y cenar, la tensión en Susan no hacía más que aumentar. Le remordía la conciencia por cómo se había comportado y el trato educado de Alexio no le daba lugar a resarcirse. Todo lo contrario. Su amabilidad parecía haber aumentado, igual que su sonrisa. Esperaba comprobarlo en cuanto pudiese.

Una vez que los pequeños se quedaron dormidos, entró en su habitación, se dio una ducha rápida y salió con la bata puesta hacia el despacho de Alexio.

La puerta estaba abierta, pero no había ni rastro de él. Todo estaba perfectamente recogido, lo cual significaba que o trabajaría más tarde o ya había terminado. Caminó dudando hasta la puerta cerrada de su cuarto, llamó con suavidad y al no escuchar nada, abrió despacio. El interior estaba desierto, en penumbra, como siempre que la había visto. ¿Quizá habría salido sin decirle nada? No, se negó a sí misma. Él podía hacer lo que quisiese, pues era su casa y, estaba segura que, de querer salir, habría salido sin darle más importancia, sólo con avisarla habría sido suficiente. No, no podía ser eso. Bajó a la cocina, pero allí no estaba. Tampoco en el salón, ni en el comedor. Decidió bajar a la piscina. El reflejo del agua en el techo le encantó, las agitaciones que se formaban contra los bordes debido a la fuerza con la que nadaba Alexio la hizo sonreír. Se apoyó en la pared más lejana, no quería que la viese. Tras dar varias vueltas, se quedó flotando y recuperando el aliento.

A Susan le costaba horrores permanecer oculta. Deseaba tener a Alexio pegado a ella, deseaba esa respiración jadeante en su cuello, deseaba que la acariciase mientras le hacía el amor. Alexio salió de la piscina, se secó un poco con una toalla y se fue a una máquina gris y negra. Dejó la toalla sobre el asiento de cuero y se sentó encima. Colocó ambos brazos y empezó a levantar a su espalda lo que a ella le pareció un gran peso.

Sin darse cuenta, caminó hacia él.

—¿Estás escondiéndote de mí?

—Hola, Susan, pensé que estabas dormida.

—Pues no, te estaba buscando. Dime, ¿te escondes de mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Creo que es lo mejor. Si queremos cosas distintas, debemos mantener las distancias. Nada más.

—Ni nada menos... —susurró. Sabía que Alexio era claro y directo. Sabía también que lo del día anterior le había molestado, aunque no se esperaba que fuese tanto—. A ver, Alexio, yo creo que tenemos un buen acuerdo...

—Susan... —la interrumpió a la vez que detenía el ejercicio—. Por favor,

no sigas hablando.

—Pero, Alexio, no te enfades, no hay necesidad. Dijimos sólo sexo y seremos amigos.

—Eso lo dijiste tú y yo lo acepté, pero ahora no me sirve. Por eso ya no me interesa “el acuerdo...” —recalcó la palabra con desgana—. Si me disculpas... —Se puso en pie para alejarse, pero Susan lo detuvo sujetándolo por un brazo.

—Por favor, hablemos, no te marches.

—¿De qué quieres hablar? ¿Quieres otro acuerdo?

—Sí —contestó con sinceridad—. Quiero estar contigo.

—Susan, las cosas han cambiado, no estoy a la altura. Lo siento —y tras decir eso, la dejó sola.

Susan se quedó literalmente helada. En ningún momento había pensado que Alexio se negaría a acostarse con ella. ¿Quién no querría “sólo sexo”? Inmóvil, se quedó analizándolo todo. Algo había cambiado, tal como el mismo Alexio le acababa de decir. ¿Acaso había alguien nuevo en su vida? Sí, tenía que ser eso.

Recordó que el día que había ido a la oficina, ella se había quedado con Dani y le había parecido que Alexio había vuelto muy contento. Ella no se había preguntado por qué hasta que empezó a relacionar su negativa a acostarse juntos con el probable interés por otra mujer.

Alicaída, volvió a su cuarto. Sin mirar alrededor, caminó lo más tranquila que pudo para disimular su urgencia. En cuanto cerró la puerta a su espalda, se echó sobre la cama. Sus ojos estaban inundados, pero no lloraban; su corazón estaba triste, pero no se quejaba. No tenía derecho. La ayuda que estaba recibiendo era gratuita y no podía hacer otra cosa más que aguantar.

No supo a qué hora se quedó dormida. Las voces de sus hijos en el pasillo la hicieron levantar de un salto.

—¿Qué hora es? —preguntó a Alexio que bajaba con ellos a la cocina—. Hola cariños. Menudo día he escogido para quedarme dormida... Buenos días, Alexio.

—Hola, Susan. No es tarde, tranquila. Bajamos a desayunar. Tú prepárate con calma.

—Gracias —susurró dando un paso atrás.

Además de lo que había pasado la noche anterior, se había quedado dormida y no había podido estar con él en su despacho para ver las fotos de los muebles tal como había hecho casi cada mañana desde que se conocían.

Sintiendo un dolor sordo en el centro del pecho, fue a la ducha para bajar cuanto antes y ayudar con los niños. Era su primer día de guardería.

CAPITULO XXIII

—¿Te gustaría que tomásemos un café? Tenemos una hora. ¿Dónde quieres ir?

—Alexio... Tengo que hablar contigo...

—No, Susan, tenemos que tomar café. Allí mismo —señaló en la acera opuesta una cafetería con una terraza enorme y empezó a caminar hacia el paso de peatones.

Ella le siguió más despacio, llegó a su altura y esperó a su lado.

—Vamos —dijo él cuando el muñeco se puso verde.

Alex caminó con ella. No quería tocarla, no quería hablarle, no quería tener que escuchar nada que lo indujera a cambiar de opinión. Tenía el firme propósito de mantener una estricta amistad e iba a conseguirlo. Que Susan se mostrase tan perturbada era normal. Después de lo de la noche anterior, a él también le había costado conciliar el sueño, pero, además, ella acababa de dejar a sus hijos en una guardería por primera vez. Se sentaron en una de las mesas de la terraza. Susan podría distraerse mirando tranquilamente al exterior. Aun así, Alex entró en el local y salió con prensa y varias revistas, dejándolo todo sobre la mesa para que ella escogiese lo que prefiriese.

Susan, resignada, tomó una de las revistas. La famosa de turno enseñaba su casa.

—Si yo viviese en una casa como esa, también la enseñaría... —murmuró mirando la foto de la alfombra del salón—. Un momento... —Se enderezó en la silla—. Alexio, mira esto: es el aparador de tu foto...

—¿Qué? —preguntó inclinándose hacia su lado.

—Es el aparador, ¿recuerdas? Aquel que me encantaba pero la altura de las puertas lo hacía poco útil... —Él miraba a Susan y a la foto alternativamente—. Sí, hombre, aquel en el que yo cambiaría la altura de las puertas para acercarlas y decoraría el estante superior con cortinillas...

—No, no, si lo recuerdo. Lo que me parece increíble es que lo hayas

identificado en la foto y que además recuerdes de cabeza todas las mejoras...

—Bueno, no es para tanto, tú también te habrías dado cuenta.

—No lo creo. Susan, en serio, estoy convencido de que tienes ojo para esto. Tengo un empleo para ti.

—Bueno, Alexio, yo creo que con vivir en tu casa ya es bastante. Lo que me faltaba era que me pagases un sueldo.

—¡Pero qué dices! Si lo vales perfectamente... —Tomó aliento con fuerza y apoyando los codos en la mesa se acercó para murmurarle—. Te daré un sueldo por media jornada laboral, pero si te parece poco, siempre puedo mandarte trabajo para casa... Venga, Susan; deja, al menos, que te cuente de qué va.

Susan se quedó mirándolo, Alexio no tenía ni idea del efecto que su tono de voz causaba en ella. Ronco y sensual; y quería seguir hablando.

—Está bien. Puedes decirme qué es lo que esperas de mí con la condición de que si no me veo capaz, me dejes decidir si lo intento o no.

—Bueno... También se puede ver así... —aceptó sonriendo.

Susan no miró el paisaje ni una sola vez, ni los coches, ni las personas que pasaban en todas direcciones a sólo un metro de ella. Alexio la tentaba con un tacto increíble. No sólo una jornada laboral adecuada, sino un buen sueldo y la capacidad de mejorar dentro de la empresa, según sus aptitudes. Todo lo que dijo la sorprendió mucho, eran unas muy buenas condiciones y por lo que explicaba, no le parecía un trato de favor muy exagerado. Agradecida por lo que él se esforzaba, prometió que lo pensaría. Tenían un asunto que resolver y mientras no hablasen claro de lo que sucedía entre ellos, no sabía si podría estar con él tal como Alexio quería.

Cuando una hora más tarde fueron a recoger a los pequeños, ambos adultos muy asombrados observaron cómo los niños remoloneaban para quedarse un poco más. La directora les explicó que habían jugado mucho con otros niños, pero obviamente no lo suficiente. Si querían aumentar la siguiente jornada, podrían hacerlo sin dificultad. Si en el centro se percataban de que los niños estaban incómodos o no lo pasaban bien, los llamarían para que fuesen antes a por ellos.

—Me parece bien —contestó Susan—. Si está de acuerdo entonces, el lunes intentamos hacer toda la mañana. Si con cualquier imprevisto sé que usted me va a avisar, me sentiré más tranquila.

—Eso delo por supuesto.

—Pues muchas gracias, hasta el lunes —se despidió así de la directora que se marchó sonriendo y agitando las manos hacia el lugar donde los pequeños seguían jugando.

—Hola, buenos días, soy María, yo seré su profesora —se presentó una mujer morena a la vez que se acercaba con una gran sonrisa y un niño en cada mano.

—Hola, María, un placer, yo soy Susan y él es Alexio, ¿qué tal se han portado mis hijos?

—Pues muy bien. Lo cierto es que casi no les ha llegado a nada.

—Ya, claro, pues me alegro mucho, la verdad —el alivio en la voz de Susan era casi manifiesto—. Bien, el lunes volveremos, nos vamos ya. Muchas gracias por todo. Hasta luego. —Tomando las manos de los pequeños, sonrió al ver cómo ellos se despedían de la nueva profesora.

Alex caminó a su lado. Le había gustado que Susan acortase el período de adaptación. En ese momento, sólo esperaba que decidiese incorporarse a su empresa. En realidad, necesitaba una persona con su visión y su gusto. Todas las mejoras que él había considerado en los muebles examinados habían sido incluso mejoradas por ella con un criterio superior: belleza, sencillez y utilidad, y eso le gustaba. Le gustaba que ella pensase así. Aunque había empezado como un juego, ya no lo consideraba de la misma forma y deseaba trabajar en serio con ella. La manita de Falco se cerró alrededor de su dedo índice. Miró hacia abajo y sonrió al pequeño apretándolo con suavidad.

—¿Te ha gustado la guardería?

—Mucho —afirmó.

—Lo pasarás mejor el próximo día, tendrás más tiempo. Ya lo verás.

—Sí —asintió el niño emocionado.

Alex sonreía, era obvio que los pequeños estaban encantados, y siendo así, él también.

—Bueno, ya que estamos aquí... ¿Damos un paseo? ¿Comemos fuera?

—Alexio...

—¿Qué? —preguntó con aire inocente. Seguía sin querer estar a solas con ella. Cualquier opción era buena con tal de que pudiesen distraer la atención el uno del otro—. Bueno, bueno, si no quieres...

—No es eso... —Guardó silencio por un momento—. A ver, ¿qué propones?

—Muy bien, Susan... Vamos... —contestó sin más dirigiéndolos al coche—. Cada vez que pasé por delante de él me quedé con las ganas de entrar, es un restaurante que hay en Domaio, “Divina comida”. No me digas que no tiene un nombre perfecto...

Era lo mejor. Sin duda era lo mejor. Cuanto más tiempo pasasen acompañados y fuera de casa, menos oportunidades tendrían de hablar de temas no tan agradables.

El domingo por la noche, Susan se paseaba inquieta por su cuarto. Los pequeños estaban dormidos, Alexio no estaba ni en el despacho, ni en su habitación y ella tenía los nervios tan crispados que no sabía cómo podría aquietarse y dormir un poco. Había decidido empezar a trabajar el lunes. Dejarían a los niños en la guardería e irían juntos al trabajo. Tenía todo preparado, tanto las mochilas de los pequeños como la ropa de ella para el día siguiente. No había sabido muy bien qué escoger, había decidido llevar el vaquero más nuevo que tenía, que era el de las flores bordadas, combinado con una sencilla camisa y unas zapatillas que estaban bastante bien.

Miró hacia la butaca que contenía toda la ropa que había escogido. No, no estaba bien, pero no tenía nada mejor. Agarró el montón de revistas de decoración que había dejado sobre la cómoda, se las llevó a la cama y sentándose con ambas piernas cruzadas, empezó a pasar las hojas. Estaba demasiado nerviosa y decidió marcar las cosas interesantes que veía. Empezó a hacer dobleces en las esquinas a la vez que miraba y remiraba echando de

menos la pantalla táctil del ordenador de Alexio.

No podía creer que las cosas se hubiesen torcido tanto. Él se había mostrado atento y cortés todos y cada uno de los días; en cambio, esquivaba con facilidad cualquier intento de Susan de hablar con claridad y, por supuesto, cualquier acercamiento.

La luz del sol se filtró por la ventana. Se había quedado dormida sobre las revistas sin haber bajado la persiana. Se desperezó sin ganas. Consternada por su falta de motivación se quedó mirando al horizonte. No sabía por qué se sentía tan desganada, tan desalentada. Tenía una vida nueva, iba a empezar un trabajo nuevo, sus hijos estaban encantados con poder ir a la guardería y conocer a niños nuevos. Todo, todo era nuevo. Todo, excepto lo que debía ser, pensó mirando su ropa. No, no le daría más vueltas. Fue al cuarto de ambos niños. Era temprano, estarían dormiditos; en cambio, quiso asegurarse antes de ir a la ducha. No miró nada más, no levantó la cabeza, no quería saber si Alexio estaba o no en su cuarto, si estaba o no en el despacho. No, no quería saber nada de ello.

Una hora después, mucho más contenta, estaba despertando a los niños con cosquillas e informándoles del día que era. Los pequeños se levantaron con los ojitos todavía cerrados, tal era su emoción por que su jornada de guardería comenzase también.

Alex los escuchaba desde el pasillo. Había dejado a Susan sola a propósito. No se veía capaz de estar con ella sin nadie más a su alrededor. Así, habían desayunado por separado, cuando antes se tomaban el café juntos. No habían vuelto a trabajar en el ordenador como cada mañana, ni siquiera la tocaba si podía evitarlo. Diciéndose que era por el bien de los dos, continuó con lo que a él le parecía lo correcto. Fue al despacho a por su maletín.

CAPITULO XXIV

—Perdona, Alexio, ¿es muy tarde? No calculé bien el tiempo... —se disculpaba Susan caminando apresurada por la calle para poder mantenerse a su lado—. ¿Falta mucho?

—No, es aquí —dijo cediendo el paso a un edificio con puertas de cristal y un pulido suelo de mármol rojo—. Vamos bien de tiempo, tú tranquila.

Susan no lo escuchó. Estaba absorta mirando el enorme *hall* que había ante ella. Totalmente decorado con acero inoxidable, cristal y mármol.

—Joder... —Se quedó inmóvil. No sólo era la imponente y pulcra belleza del lugar, si no las personas que caminaban por allí, todas vestían con una elegancia impecable. Reparó en su acompañante, su cuerpo estaba perfectamente envuelto en un sencillo pero elegante traje hecho a medida. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Susan, ¿qué sucede?

—¡Oh Dios! Por favor, Alexio, no me hagas entrar ahí...

Alex la miró confuso. Era la primera vez que la veía dudar de esa manera. Susan, mirándose a sí misma, empezó a estrujar su camisa separándola de su cuerpo.

—Susan, es un trabajo... Estás perfectamente capacitada...

—¡Por Dios! ¡No es eso! ¡Mira qué pinta tengo! Esas mujeres están todas perfectas, inmaculadas. Están arregladas. Y yo... Joder, estoy fatal... —sentenció señalándose entera con ambas manos.

—Esas mujeres están inmaculadas solo por fuera, Susan, no te confundas. Si no quieres subir, no pasa nada, pero para mí eres perfecta tal y como estás.

—Gracias, Alexio, pero me siento muy incómoda —balbuceó mirando al suelo.

—Joder... Espera un momento... —pidió sacando su móvil a la vez que la conducía a un sofá y sentándose él mismo, tiraba de ella para que lo imitase.

— “¿Dani? Hola, buenos días, necesito un favor. ¿Tienes un par de horas?

—Sí, ¿qué sucede?

—Necesito que hagas compañía a Susan. Estamos en el centro, tengo una reunión importante por video conferencia, los niños están en la guardería y ella se siente de pronto un poco... “Insegura”.

—Vale, en cinco minutos estoy ahí.

—Gracias, Dani. Un beso” —y mirando a Susan preguntó de mala gana—. ¿Te parece mejor así?

—Perdóname, Alexio, por favor...

—Tranquila, no hace falta que te disculpes —susurró en un tono de voz más neutro. Tomó su mano, la mujer parecía realmente abatida. Él nunca le había dado importancia a su ropa más que para lamentar que no la tuviese nueva, pero ver a Susan tan afectada por su imagen lo impresionó mucho y, no queriendo que ella se sintiese insegura, decidió que debía dejarla ir.

En cuanto llegó su hermana, ya había tomado una decisión.

—Dani, por favor, id de compras. Susan necesita ropa de trabajo, por lo visto, lo que lleva no le parece adecuado. Yo tengo que subir ya. Divertíos.

Dio un beso en la mejilla a su hermana instándola a entrar en el coche y acompañó a Susan al otro lado. Sabía que había sonado rudo y enfadado y, aunque no le había importado su mal humor, el dolor en los ojos de Susan lo hizo recapacitar.

—Alexio... Lo siento... Yo...

—Shhh... Te comprendo. Lo he comprendido perfectamente. No estoy enfadado. Bueno, un poco. Pero lo comprendo. Te llamaré después de la reunión, ahora sube —la animó abriendo la puerta.

—Alexio, yo...

—Shhh... ¡Hasta después, chicas! —exclamó dando dos golpes en el techo del coche a modo de despedida. Después caminó apresurado hasta el edificio donde le esperaban todos para la reunión.

Casi todos, pues la rubia y estilizada mujer que entró detrás de él en el ascensor mostrando una seductora sonrisa también debía estar esperándolo. Pero no; no lo estaba. Krysta había visto por casualidad a su escurridizo jefe. Había estado haciendo tiempo en el *hall* para poder subir con él en el ascensor y provocarlo un poco con el sujetador rojo de encaje que transparentaba bajo su camisa. Cuando lo vio entrar en el edificio con una mujer que parecía su asistente se quedó observándolos escondida. Ambos caminaban más juntos de lo normal; era obvio que había una relación entre ellos. De pronto, la mujer se detuvo y le dijo algo y Alex, enojado, se la llevó lejos del transitado corredor. No pudo escuchar lo que decía, pero se notaba que estaba muy descontento con ella. Quizá la mujer había olvidado algo importante... Por lo que fuese, Alex estaba enfadado y verlo así le había gustado. Llevaba días queriendo reunirse con él. El juegucito, que según él había terminado, había sido totalmente insatisfactorio. Cuando ella por fin había accedido y lo había invitado; el hombre, con una inusitada cortesía, había cortado toda comunicación.

—Joder, Dani, he hecho una entrada triunfal. Aún no había puesto un pie dentro y ya sabía que me superaría.

—No seas tan dura contigo misma, Susan. Lo has hecho lo mejor posible. Mañana saldrá todo bien, ya lo verás. Olvidaremos esto y volverás a empezar.

—Dani, muchísimas gracias —susurró a punto de llorar. De pronto, toda su determinación y valentía se habían esfumado. Sus hijos en la guardería, Alexio no se acercaba a ella, no se veía capacitada para el trabajo ofrecido y para colmo; su ropa era un desastre. Todo a su alrededor se tambaleó. Todo lo avanzado parecía desmoronarse tras cada paso. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba pasando?

—Vamos, Susan... —La mujer no quería meterse. Se había dado cuenta de que la relación entre ellos había cambiado.

—Es que empiezo a preguntarme si todo esto no habrá sido un error...

—¿Un error? No es un error seguir con tu vida. No seas dramática. Estoy segura de que mañana te sentirás mucho mejor. De hecho voy a hacer una llamada.

Sacó su teléfono móvil y marcó un número. El tono resonó por el altavoz dentro del vehículo.

—“¿Tony?

—Hola, bonita...

—Hola, Tony, ¿cómo tienes la mañana? Necesito un favor para una amiga.

—Si te vienes ahora, puedo atenderla; si no, tendrá que ser esta tarde...

—En cinco minutos estamos ahí. Gracias”.

—¿Quién es ese Tony? —Susan había escuchado la conversación.

—Es un amigo...

Susan, detrás de Dani, subió las escaleras de madera y una enorme peluquería se abrió ante ella. El precioso lugar estaba decorado con una mezcla de tonos blancos, negros y espejos por las paredes. Enseguida se acercó a ellas un hombre con una bata negra en la mano.

—Hola, chicas —saludó con una enorme sonrisa—. Vamos, guapa, ponte esto —sugirió abriendo la bata ante Susan—, y dime qué te quieres hacer.

—Pues... —Susan se encogió de hombros. Ni siquiera sabía que tenía que ir a la peluquería—. No sé... Yo...

—Será mejor que lo dejes a él —recomendó Dani—. Tiene un gusto impecable.

—Ven por aquí —la condujo a uno de los sillones de trabajo para que se sentase. Los alegres ojos azules del peluquero le devolvieron la sonrisa a través del espejo que había enfrente.

—Está bien —claudicó Susan—. Haz lo que puedas...

—Oh, haré más que eso —aseguró pasando los dedos en todas las direcciones por el cabello de Susan sin dejar de escudriñar en el espejo las distintas posibilidades.

Durante las siguientes horas, Susan no fue ella misma. Se dejó llevar por el

ambiente festivo y disfrutó de una suave limpieza facial en la que le depilaron las cejas, le hidrataron la piel y la maquillaron un poco. También le hicieron la manicura, le tiñeron el pelo y para finalizar, el peluquero, le hizo un corte de pelo.

Susan se miró en el espejo. La luminosidad tanto de su piel como de su pelo le llamaron la atención. El flequillo había desaparecido, lo había mimetizado con el resto del cabello, todo hacia atrás recortado sobre sus hombros, mostrando su blanco cuello.

—No puedo creer que esa sea yo...

—Pues lo eres, querida —contestó el peluquero mirándola a los ojos.

—Bueno, tenemos que seguir... —sugirió Dani levantándose del sillón que estaba al lado del de Susan—. Cóbrame y dame cita para mí, para mañana o pasado. Verla tan guapa me ha dado envidia y ganas de que me arregléis a mí también.

Susan se rió en voz alta. Que una preciosidad como Dani pudiese sentir envidia de ella era algo totalmente nuevo e inesperado. Volvió a mirarse en el espejo; no estaba mal. Cuando menos, sería interesante ver la cara de Alexio.

La mañana de compras se convirtió en un reto difícil de superar. Susan, cansada y de mal humor, descartaba muchas prendas válidas sólo por no pasar al probador. En cuanto Dani obtuvo cinco piezas que amenazó con llevarse sin probar, la obligó a entrar en una de las cabinas y ahí, con ayuda de una vendedora, fue trayendo todas las prendas que había querido mostrarle y Susan no le había dejado. En cuanto pudo, aseguró su victoria quitando a Susan su pantalón vaquero y su camisa para dejarlo colgado de su brazo.

—Así nos dará menos trabajo... —susurró a la dependienta con un guiño.

—Vale... Como vea usted.

—Cooperará más gustosa... Vayamos a por esas prendas, necesitamos muchas cosas.

Los ojos de la vendedora sonrieron, lo había entendido perfectamente.

—Ayudaré en lo que pueda.

—¡Daniiii...! ¿Y mi pantalón?

—Shhh. Susan, si me ayudas, acabaremos antes.

—¡Dani!

—Shhh. ¿Quieres que terminemos pronto? Pues coopera.

—¡Dios! —Apretó los puños enfadada—. Vale. Pero quiero un sujetador nuevo y también unas bragas. Ya que tengo que hacer esto, voy a hacerlo por completo.

Dani salió del probador sonriendo, ya no había necesidad de correr. Susan quería verse guapa y ya no pondría impedimentos. Llamó a su hermano para decirle que encargase comida y recogiese a los niños. Con toda probabilidad, ellas no llegarían a tiempo, le comunicó sin dejar de sonreír.

—¡Mami! —gritaron los pequeños saliendo al *hall* cuando Alex les advirtió que su madre había llegado.

—¡Hola mis amores! ¿Qué tal en el cole? ¿Habéis comido? ¿Lo habéis pasado bien?

—¿Y tu pelo? —preguntó Falco.

—Me lo han cortado, ¿te gusta?

—Sí, estás muy guapa —aseguró sujetándolo y llevándolo hacia atrás—. Está muy suave.

—Sí que lo está ¿y a ti, Leo, te gusta?

—Sí, y el color... —murmuró pasando los deditos entre el cabello.

—Muy bien, a ver... ¿Qué habéis comido?

—Estábamos esperando, Alex ha dicho que vendrías enseguida.

—Pues sí, vamos entonces, tendréis hambre —caminó con ambos niños hacia la cocina donde ya había ido Dani—. Hola, Alexio.

—Hola... Susan... —Se quedó con el plato a medio camino—. ¿Tienes

hambre? Estás muy guapa.

—Sí, muchas gracias.

Alex se giró buscando las demás cosas para añadir a la mesa. Tratando de disimular su sorpresa, fue encontrando los cubiertos y también las servilletas. No se esperaba que un sencillo cambio en su pelo significase tanto en su belleza. Estaba realmente muy guapa. La mujer había acomodado a los pequeños en la mesa y estaba a su lado ayudándolo con los cubiertos.

—Perdona por lo de esta mañana... Yo... Sé que es una tontería pero...

—No tienes que disculparte, Susan. Ten... —dijo dándole cubiertos para los cinco—. Tienen hambre, es mejor que les sirvas la comida.

—Vale...

Una vez más, la distancia se había restablecido. Había sido por un instante, breve, pero lo había sido. Alexio la había mirado y ella sabía que le había gustado. En cambio, lo había dejado ahí. Sin más motivo o razón de ser, lo ignoró. Sí, tendría que darse la razón respecto a lo que había pensado. Alexio estaba interesado en otra. Su interés por ella era sincero y afectuoso. Él quería ayudarla como un amigo, pero nada más. Trató de concentrarse en la comida, en sus pequeños hijos y en todo lo que la rodeaba. No podía entristecerse en ese momento, cuando todo a su alrededor había cambiado para mejor. Tenía ropa nueva, un trabajo nuevo, vivían en una bonita casa y lo mejor, sus preciosos hijos estaban encantados con toda la situación. Decidió adoptar su punto de vista. Ella también se alegraría de lo bueno. Disfrutaría al máximo de los pequeños cambios y si era lo que tenía que hacer, aprovecharía la oportunidad. Con esa resolución terminó la comida. Acompañó a los niños a la galería de juegos y, tras quedarse con ellos cinco minutos, volvió a la cocina para tomar café, prometiendo que volvería más tarde a jugar un poco más.

Alexio y Dani estaban hablando de su madre y de su amiga; su viaje a Portugal se había dilatado más de lo habitual. Ambos estaban de acuerdo en que las mujeres les estaban ocultando algo, no era propio de ellas desaparecer tanto tiempo. Contaron a Susan algunas anécdotas sobre ellas, algunos detalles de su juventud que dejaron ver lo mucho que adoraban a ambas mujeres. No era la primera vez que escuchaba cosas de ellas, pero todavía no le habían

contado nada de su padre ni una, ni otro. Nunca lo habían nombrado, Susan sabía que la infancia de los dos hermanos había sido dura, muy dura, pero no sabía con exactitud el por qué.

—Bueno, yo me voy, quiero hacer unos recaditos antes de anochezca.

—Dani, muchísimas gracias por tu ayuda de esta mañana. Perdona por no haber cooperado más, no lo pensé bien, creo que me comporté como una estúpida.

—Eres una estúpida adorable, Susan —dijo sonriendo—. No hay nada que perdonar, somos amigas, y como tal, quiero que me llames para lo que sea y cuando sea. Me lo he pasado genial —añadió dándole un beso y un abrazo.

—Gracias, Dani, por todo.

—Bien, hasta otro momento. Mañana me cuentas todo de tu primer día, ¿vale?

—Vale.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, te llamaré por la tarde.

—Bien, adiós.

Susan se quedó mirando la puerta cerrada y al lado, todas las bolsas que habían dejado al entrar que contenían las compras de esa mañana. El coche de Dani arrancó y se alejó de la casa. Susan, con una pequeña sensación de vacío, se agachó ante los paquetes, metió varias asas en las manos y subió a su habitación. No le apetecía nada ver todo aquello, la ilusión se había disipado con rapidez. Bajó a por las bolsas que quedaban, dejó todo junto en su cuarto y se apresuró a salir. La tristeza la embargaba por momentos, se vio obligada a reconocer que su intención mientras se dejaba hacer esa mañana por Dani había sido recuperar la atención de Alexio. Al ver que no lo había conseguido, se había concentrado en la ilusión de otros pero, en realidad, estaba dolida. No se metería nunca en medio de una relación, por mucho que Alexio le gustase, pero era duro haberse hecho ilusiones con algo y tener que recogerlas todas y tirarlas a la basura. Se dirigió a la cocina para dejarla recogida antes de ir a jugar con los niños. Alexio estaba con ellos en aquel momento.

Suspirando sintió cómo sus ojos se inundaron de lágrimas. Maldiciendo, se secó las mejillas. Aquello no entraba en sus planes. No podía llorar ni lamentar. No tenía tiempo para ello.

La cena estaba casi hecha. Susan se había pasado la tarde entre la cocina y la galería donde jugaban sus hijos. Había evitado todo contacto con Alexio, esquivándolo cuando lo escuchaba acercarse o yendo junto a sus hijos cada vez que oía una puerta en el piso de arriba. Estaba agotada y paranoica, pero no quería estar a solas con él. Temía que a la primera palabra o con el primer gesto, ella se rindiese en sus brazos y estaba dispuesta a evitarlo a toda costa.

Los pequeños apenas protestaron cuando la madre, poco antes de lo habitual, les pidió que la acompañasen a la ducha. Susan quería acostarles temprano. Estaba más cansada de lo que creía, tenía que colocar todavía su ropa nueva y esperaba dormir después de un tirón, dado que la noche anterior no había dormido pensando en el nuevo trabajo. Así, en cuanto los pequeños estuvieron listos, se aventuró hasta la puerta abierta del despacho de Alexio y, sin entrar, llamó con los dedos.

—¡Susan! Pasa...

—No, no quiero molestar... Yo... Quería preguntarte si quieres acompañarnos con la cena... Hoy quisiera acostarles más temprano... Tenía que haberte avisado antes, pero me despisté...

—Sí, desde luego, gracias, bajaré enseguida. Solo dame un minuto.

—Bien, lo que necesites. Gracias... Y perdona por no... —Caminó hacia atrás, no pudo seguir hablando. Estaba arrepentida por su manera de comportarse toda la tarde. Ella era su invitada, ¿cómo se le ocurría haber actuado así? Aquel hombre los había acogido en su casa, se había hecho cargo de todo y ella, a cambio, se sentía despechada. Pero no había reproche en Alexio. Su sonrisa, como siempre, dejaba ver que lo entendía todo. Incluso los desesperados actos de rebeldía de Susan.

CAPITULO XXV

A la mañana siguiente, Susan caminaba con Alexio mucho más tranquila que el día anterior. Ya habían llevado a los dos entusiasmados niños a la guardería y tras dejar el coche en el parking, lo había seguido como una niña pequeña.

—Camina a mi lado, Susan, odio que me sigan.

—Perdona, perdona. Estaba... Pensando...

—Bien, pues piensa a mi lado. No te escondiste ayer, no lo vas a hacer hoy.

—Bueno, en realidad...

—¿Sí? —preguntó él volviéndose hacia ella.

—En realidad no me escondí. Tienes razón. Huí...

—Bien, pues ahora estás aquí. ¿Vale? —Ante el asentimiento de cabeza que hizo ella, continuó—. Estoy seguro de que te gustará tu trabajo. Confía en mí.

—Yo ya confío en ti.

—No para todo.

—¿Cómo qué no? —preguntó ella de pronto. Él se encogió de hombros y se detuvo para cederle el paso. Ella se quedó mirándolo, había desaparecido la alegría que lo caracterizaba, parecía tenso y más serio de lo habitual—. Alexio...

—Vamos, Susan, es aquí.

—Vale... —Se apresuró a entrar. Recordó que el día anterior también se había mostrado más severo a medida que se acercaban al lugar de trabajo. Tampoco entendía por qué él había dicho aquello de la confianza, pero era obvio que no se lo iba a decir en aquel momento. Así, tomando grandes dosis de aliento, caminó a su lado, decidiendo que se lo preguntaría más tarde.

Subieron al piso más alto. Una vez en el pasillo, advirtió cómo las mezclas de mármol rojo, cristal y acero inoxidable le daban un aspecto moderno, limpio y transparente a toda la planta. Una inesperada burbuja de alegría brotó

en ella, el lugar le gustaba tanto que sentía un cosquilleo de bienestar en las palmas de las manos. De pronto, su carga se volvió menos pesada, la ansiedad por empezar en su trabajo era más intensa y aparecieron unas desconocidas ganas de destacar y de ser alguien importante, como sin duda debía serlo la imponente rubia de interminables piernas que se acercaba muy sonriente a Alexio.

—¡Alex! Buenos días.

—Hola, Krysta, buenos días.

—Has madrugado...

Susan miró el rostro de piedra del hombre; Alexio fulminaba a la rubia con la mirada. Menuda indiscreción. ¿Cómo se le ocurría hacer un comentario tan personal delante de una desconocida? ¿Y si ella hubiese sido una clienta? Con disimulo se miró a sí misma. Podría serlo; con su traje nuevo de pantalón y chaqueta, no parecía una clienta, pero en realidad, sí que era una desconocida. ¿Sería esa la mujer con la que estaba Alexio? Rogó que no. No le gustaba nada. Parecía tan cálida como un témpano y tan suave como un papel de lija del número dos.

—Ahora no puedo hablar contigo, discúlpalos. ¿Susan? Ven por aquí —la invitó poniendo una mano en su espalda. Era la primera vez en varios días que la tocaba.

La escultural rubia borró su sonrisa de un plumazo. Sin moverse, dejó que Susan la rodease para seguir caminando hacia el interior de la oficina, acompañada de su jefe.

Entraron en un pequeño cuarto donde había una mesa negra rodeada de tres sillones también negros. A lo largo de la pared derecha tenía varios muebles estantería, una lámpara de pie y una fotocopidora.

—Bien —dijo Alexio cerrando la puerta—, éste es tu despacho.

—¿Mi qué...?

—Vamos, Susan, céntrate. No puedo repetir las cosas indefinidamente...

La mujer se encogió, Alexio estaba enfadado. No sabía muy bien con quién, pero lo estaba. Era la primera vez que le hablaba así.

—Perdón... —se excusó Susan.

—¡Mierda! —Alexio se giró hacia la enorme ventana, miró hacia los tejados de los demás edificios. Respiró más despacio—. Susan, cualquier pregunta que tengas, házmela a mi directamente. Sea cual sea. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien, enciende el ordenador —pidió sin moverse.

La mujer rodeó la mesa y abrió el portátil, era parecidísimo al que tenía Alexio, en el que habían trabajado desde el principio. En cuanto arrancó, una sonrisa iluminó su rostro. Una foto de sus dos preciosos hijos sonriéndole en la galería de la enorme casa le dio la bienvenida. Tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre él; era un hombre maravilloso.

—Alexio... Muchas gracias... Es preciosa... —susurró sin moverse. Supo que él sonreía todavía de espaldas.

—De nada. Bien, tienes almacenadas multitud de fotos de muebles; quiero que las revises exactamente igual que hemos hecho. Quiero que anotes las mejoras y las vayas cambiando a otra carpeta a medida que son revisadas.

—¿Eso es todo?

—¿Todo? No me parece poca cosa. Bien, mi despacho está dos puertas más allá, o si lo prefieres, presionas el número siete del teléfono y te pondrá directamente conmigo. No dudes en pedir lo que sea.

—Gracias.

—Hasta después... —se despidió sin más y se giró para salir al pasillo.

Susan quería detenerlo y darle las gracias por todo, quería abrazarlo y asegurarle que haría lo imposible por tener éxito; en cambio, no se movió. El hombre salió, cerró la puerta y giró a la derecha; apenas cinco segundos después, la diosa rubia caminaba hacia el mismo lugar con una enorme sonrisa en su maquillado rostro. Susan tragó saliva. No era asunto suyo. No era asunto suyo. No. Era. Asunto. Suyo.

Agarró unos folios en blanco y varios lápices y bolígrafos y, no queriendo pensar en nada más, abrió la foto número uno.

—No vuelvas a hablarme así delante de nadie.

—¡Oh! Perdona, ¿te ha molestado? Fue sin pensar.

—Krysta... —Inspiró levemente el aroma de la mujer. Todo su cuerpo despedía un olor fiero y pasional. A él le había encantado desde el primer día que se había cruzado con ella. Era tremendamente sexy y voluptuosa y su seguridad en sí misma lo había atraído como a un imán. Pero ya no, el hechizo se había roto. Así, bloqueando la puerta de su despacho para que ella no pudiese entrar, quiso dejar las cosas claras para evitar futuros malos entendidos—. No lo volveré a repetir. Ahora, si me disculpas... —Dio un paso atrás y le cerró la puerta en las narices. Se acercó al ventanal, inspiró profundamente y contempló las vistas. Siempre lo relajaban.

Menuda sinvergüenza había sido la mujer. En cuanto salió del pequeño despacho de Susan la vio de reojo haciendo tiempo para seguirlo. Pudo ver su sonrisa y le pareció atroz; fría y terrorífica a la vez. Supo que tenía que arreglar las cosas con ella cuanto antes. No podía permitir que la maldad se pasease así por su morada. Pero no fue capaz de decir más, aquella mujer ya no le gustaba, su sonrisa lo molestaba, su intención lo irritaba, incluso su forma de hablar tan particular lo empalagaba, pero seguía siendo una empleada y, antes de hacer algo drástico, tenía que asegurarse de que no había nada personal en ello.

Pensó en Susan y sonrió. Recordó esa mañana, después de desayunar ella había subido a cambiarse. Y cuando los tres la esperaban en la puerta para salir, había instado a los pequeños a que la llamasen a voces. Siempre tenía ganas de verla, la añoraba tanto que no creía poder llegar al final del día si no la tocaba, si no la olía o si no la besaba. Y cuando por fin la vio descender las escaleras, vestida de gris y blanco, con el cabello hacia atrás, pidió a los niños que la besasen en su lugar, que la felicitasen en su primer día de trabajo y que le desearan lo mejor para el resto de su vida. Sabía que la decisión la había tomado él, pero no por ello era menos duro.

—¿Cómo vas? —Alexio estaba en la puerta de su despacho, se había quitado la chaqueta y le sonreía con algo parecido a la complicidad—.

¿Tienes cinco minutos para que te muestre dónde conseguir un café?

—¡Claro! —aseguró poniéndose en pie y acercándose a él.

—Bien, pues vamos. Volveremos enseguida. Así, después, podrás ir tú cuando quieras.

La condujo a un pequeño cuarto provisto de todo lo necesario para hacer un pequeño recreo. En el centro había una mesa con varias sillas a su alrededor y, a lo largo de la pared de la derecha, un pequeño mueble con una cafetera automática. Al lado, además de infusiones, azucarillos y sacarina había vasos de papel y tazas de porcelana.

Alex preparó ambos cafés sin dejar de hablar del buen tiempo que hacía y de lo mucho que agradecía el sol a través de su ventanal.

Susan le sonreía, estaba de mejor humor. Contenta por él, cogió el café que le tendía y apoyándose muy tiesa en la pared del fondo, sopló antes de beber.

—¿Que estás pensando?

—Nada, nada... —Apreciaba mucho el esfuerzo de Alexio por hacerla sentir cómoda. Pero era su primer día en aquel lugar y la comodidad la había esquivado desde el principio.

—¿Quieres volver al despacho?

—¿Qué? No, no. Estamos bien aquí.

—Sí. Cierto. Venga, vámonos, ahora ya sabes dónde es... —Le tendió la mano para hacerla avanzar.

—Gracias... —aceptó aliviada sin hacerse de rogar. Se acercó a él y caminó delante para salir.

Apenas habían dado tres pasos cuando Krysta apareció por la derecha, la sonrisa de la mujer se congeló en su cara, acercándose miró directamente a Alex y dijo.

—¡Buenos días!

—Buenos días —contestó Susan al saludo. La reacción de la otra mujer fue instantánea, le giró la cabeza y siguió caminando más tiesa todavía hacia el

cuarto de la cafetera. No era el saludo ni la reacción que había esperado—. ¡Oh! Perdón —se excusó volviéndose hacia Alexio—. No debí...

—Lo has hecho muy bien, Susan... —Alex sonreía. Había valido la pena ver la cara de la envarada Krysta al ver que Susan la saludaba con tanta seguridad.

—¡Vaya! Será mejor... Que siga con lo mío.

—Tranquila, está todo bien. Haz un descanso y después continúa —Alex se detuvo en la puerta de su despacho—. Cualquiera cosa que te surja, recuerda que estoy aquí.

—Gracias —susurró ella mientras avanzaba hacia el suyo, dando media vuelta, entró y cerró con suavidad. Se quedó apoyada en la puerta sin saber muy bien lo que pensar, había contestado sin darse cuenta de que, en realidad, el saludo no era para ella.

Tras valorar que quizá aquélla podría ser la mujer que a Alexio le gustaba, había decidido que no debía ser maleducada e incluso ser accesible, ya que tampoco estaba segura de si la belleza rubia estaba al tanto de la relación que había mantenido con Alexio. Pero no, la mujer no estaba interesada en ella de ninguna manera, o eso era lo que parecía por el modo en que le había girado la cara. En fin, se acercó al ventanal, el calor del sol era muy agradable. Se sacó la chaqueta y la dejó en una de las sillas de enfrente para que no le diese la luz directa del sol y retomó su trabajo. Todavía no estaba muy segura de lo que Alexio esperaba de ella, pero tenía pensado estar a la altura de las circunstancias. Así, al no tener que comentarlo todo con él, iba más rápida. Primero numeraba y clasificaba la foto, la miraba, remiraba y volvía a mirar y después escribía todas sus impresiones, primero las negativas, si las había y debajo, las mejoras.

Había creado un archivo con un sistema de clasificación y numeración para encontrar más fácilmente cualquiera de los muebles ya revisados.

—En cinco minutos nos vamos, empieza a recoger —Alex estaba en la puerta entreabierta del despacho de Susan.

—Sólo un segundo —contestó ella sin levantar la cabeza del ordenador.

—Vale, pero me has oído, ¿no?

—Sí, claro. Esto... ¿Me puedo llevar el ordenador a casa?

—Hoy no.

—Pero podría trabajar un par de horas antes de acostarme...

—Hoy no...

—Vale —aceptó con rapidez—. Dame un segundo para guardar todo esto.

—Ahora vuelvo a por ti, yo también recogeré lo mío.

—¿No has recogido?

—Ahora voy a hacerlo...

—Una lástima, podría haber trabajado tres minutos más, ahora ya he empezado a cerrar.

—¿Acaso recoges más rápido que yo?

—A la vista está... —aseguró Susan sonriendo y llevando ambas manos detrás de la nuca mientras se recostaba en su sillón haciendo tiempo.

—Bien, descuenta los dos que he perdido viniendo a avisarte... —y tras decir eso, salió hacia su despacho.

Susan, sonriendo, cerró los ojos. Si consiguiese encontrar el equilibrio, la vida en casa de Alexio podría ser muy, muy fácil.

La carcajada femenina que resonó en todo el pasillo llamó su atención, alguien debía haber dicho algo verdaderamente gracioso. Krysta pasó por delante de su despacho en dirección a las puertas de la entrada, lucía en ese momento una inmensa sonrisa y, con un vistazo fugaz al interior, se aseguró de que Susan la miraba. Ella esperaba a Alexio, satisfecha y perezosa, sentada en su trono de cuero negro. Pensaba contenta que podía llegar a gustarle aquel ambiente de trabajo tan distendido y un poco informal. Fuese lo que fuese por lo que se había carcajeado la rubia, parecía muy divertido, la sonrisa, prácticamente, conectaba ambas orejas. Alexio apareció un instante después y se detuvo en su puerta para esperarla.

Susan escuchó cómo la belleza nórdica decía en voz alta: «hasta después, entonces». Alex miró en dirección a recepción pero no dijo nada, sólo esperó

a Susan mientras ella, al fin se levantaba, recogía su bolso y su chaqueta y salía delante de él. Ya no había nadie en el pasillo, la mujer se había despedido de Alexio para verlo más tarde y ella había pensado en que alguien le había dicho algo muy gracioso. Sin duda, lo gracioso para la rubia gigante era que Alexio había quedado con ella. Resoplando, caminó en silencio hasta el ascensor.

—¿Te apetece que comamos fuera?

—¿Qué? No sé, como quieras.

—Pues es una buena idea. Hoy es tu primer día de trabajo, tenemos que celebrarlo.

—Ya... Bueno... Si quieres.

—Claro que quiero. ¿Qué te pasa?

—Nada. —No tenía intención de seguir conciliando. Con las veces que llevaba sintiéndose ridícula ya le llegaba.

—¿Nada? Estabas de buen humor hace cinco minutos. ¿Qué te ha pasado?

—He dicho que nada.

—Vale. Será mejor que compremos algo de comer. Si no estás de humor...

—Estoy de un humor perfecto —masculó tratando de contenerse. Estaba rabiosa, enfadada y a cada segundo que pasaba, la ira sin desahogar la llenaba un poco más. De pronto sintió ganas de estallar. La sonrisa de la rubia la estaba torturando, saber que tenía que ser esa desagradable mujer la que gustase a Alexio la volvía loca. Ella no le pegaba de ninguna de las maneras.

—¿Se puede saber qué te sucede?

—NA. DA.

—Bien, Susan, me alegro. Por un momento me has parecido ligeramente enfadada... Menos mal que no es así... —apuntó mirando al techo del ascensor.

Susan bufó de nuevo. Resulta que era un demonio con sentido del humor. Pero no podía culparle. Alexio había decidido que cada uno debía tener su

vida privada y así debía ser.

—Perdona, supongo que... Bueno, lo de comer fuera, mejor otro día, ¿sí?

—De acuerdo. ¿Qué ibas a decir?

—¿Cuándo?

—Ahora, con eso de «perdona y supongo que...».

—Oh, pues nada importante; de hecho, ya lo he olvidado.

—Ya, vale, bien, muy bien. —Alexio miró las puntas de sus zapatos—. ¿Qué te han parecido las fotos que has visto?

—Había cosas muy interesantes... La verdad, después de ver tanto mueble seguido, soy incapaz de recordar detalles, pero cosas interesantes sí que he visto.

—Estupendo, con eso basta.

Recogieron a los niños y se fueron a casa; Susan había asegurado que tenía suficientes ingredientes en la nevera para cocinar ella misma e incluso que le apetecía. Alex no la contrarió. Algo la había molestado y quería averiguar el qué, pero antes que nada debía tranquilizarse para poder hablar con ella. Si cocinar la relajaba, tendría su momento.

Después de tomar el café, Susan se levantó con rapidez y empezó a fregar los cacharros. Alex no se vio con ganas de lidiar con tantos frentes, quizá lo que la mujer necesitaba era un poco de espacio. Así, decidió salir a hacer unos recados.

—Susan, voy a salir un momento.

—Vale —contestó ella sin mirarlo.

—¿Quieres que traiga algo para la cena?

—¿Para la cena? —Se volvió hacia él perpleja—. No, quiero decir, no... No necesitas volver deprisa. Si tienes algún compromiso... Eres libre de tardar cuanto gustes...

—¿Qué? —Alex la miró extrañado—. Sólo voy a hacer unos recados...

—Ya, bueno, no es asunto mío... Alexio.

—Susan, ¿qué te pasa?

—¿Por qué no dejas de preguntarme qué me pasa?!

—Porque algo te pasa o no estarías así.

—Pues no me pasa nada, ¿vale? —Soltó el estropajo, se secó las manos y salió de la cocina hacia la galería donde jugaban sus hijos. Sabía que Alexio no diría nada delante de ellos.

—Hola, niños, voy a hacer la compra, ¿os gustaría que os trajese algo? — les preguntó tras seguir a Susan y verla atrincherarse en el sofá.

—Sí, una sorpresita...

—Muy bien, hasta dentro de un ratito.

Susan no pudo mirarlo, nunca se había sentido tan confusa en su vida. Algo había sucedido entre ellos. Era como si su relación, de algún modo, se hubiese roto y ella fuese la causante. Sabía que no tenía derecho a reclamar nada, ni a exigir, ni mucho menos a reivindicar, pero se moría de ganas de hacerlo. Y en aquel momento, entre las almohadas del sofá, miraba sin ver a sus hijos que jugaban en la alfombra con las construcciones de imanes, deseando que Alexio no se hubiese ido.

Volvió a la cocina bastantes minutos después. Se había quedado tan confusa que permaneció en el sofá más tiempo del que había querido estar, dejando a su mente divagar por su ociosa cabeza. Empezó a rebuscar en la despensa algo que cocinar, fuese lo que fuese, necesitaba estar ocupada. Si hubiese podido traer el ordenador, al menos habría tenido algo con lo que entretenerse, pero Alexio había dicho: «hoy no...». Y tuvo que asentir sin replicar.

Mientras decidía qué podría cocinar, terminó de fregar los cacharros que habían quedado a medias en su estampida hacia la galería. Lavó y secó todo y tras colocarlo se preparó un café. Todavía no sabía qué haría de cenar. Desinflada, volvió a abrir la nevera. Al fin, decidió preparar una salsa de carne y unos sencillos espaguetis, a los niños les encantaban y con Alexio... lo cierto era que no contaba con que apareciese para la cena, aunque hubiese

dicho que volvería. Aquella mujer con la que iba a encontrarse no parecía fácil de contentar.

Empezó a lavar y trocear todas las verduras que iba a necesitar. En cuanto tuviese la cena lista, ducharía temprano a los niños y, tras cenar, todos se irían a la cama. Empezaba a notar la pesadez del sol en su espalda y todas las horas ante el ordenador. Y no le apetecía nada ver a Alexio cuando llegase de su cita.

Estaba ayudando a los pequeños a poner el pijama cuando escuchó un portazo. Miró el reloj, aún no eran las siete. Había alguien en la casa. No podía ser Alexio, era demasiado pronto, apenas habían pasado tres horas. ¿Sería Dani? No, no podía ser. La había llamado para contarle todo sobre su primer día de trabajo y se habían despedido hasta el fin de semana. ¿Le habría ocurrido algo? Quizás la había llamado y con el ruido de la ducha no se había dado cuenta. Dejó a los pequeños en la habitación con la puerta cerrada y bajó la escalera. No oía nada. Llegó al *hall* y echó un vistazo.

—¿Dani?

—¿Dani? ¿Dónde? —preguntó Alex saliendo de la cocina.

—Alexio... —susurró Susan llevándose una mano al pecho—. Joder...

—Yo también me alegro de verte —le contestó sonriendo.

—¡Dios, qué susto! No te esperaba tan pronto.

—¿Pronto? Pero si me he retrasado.

—Ya, bueno... —No quería seguir escuchando y añadió—, voy a por los niños, los acabo de duchar, hoy teníamos previsto cenar temprano. ¿Quieres acompañarnos? ¿O vas a salir?

—¿Salir? Pero si acabo de llegar... ¿Vas a decirme ya lo que te pasa? —preguntó acercándose a ella.

—Nada. Son preguntas perfectamente normales.

—No. No entre nosotros. Lo de hoy, nada está siendo normal...

—Pues lo siento... —dijo empezando a subir las escaleras.

—Pues no lo sientas, no tengo pensado acostarme sin saber lo que está pasando.

—Estarás una eternidad sin dormir... —murmuró por lo bajo.

—Eso ya lo veremos —susurró para el cuello de su camisa.

CAPITULO XXVI

Tras la cena, Alex sacó de la nevera un pequeño paquete que colocó en el centro de la mesa. Cortó las cintas que lo rodeaban y pidió a los pequeños que abriesen su “sorpresita”. Ambos niños, riendo, se apresuraron a destaparlo dejándose embelesar por los pequeños, variados y coloridos dulces que había en el interior.

—He traído esto por dos motivos; uno, porque me habéis pedido una sorpresita y dos, para celebrar el primer día de trabajo de mami. Espero que os guste: A comer.

—Gracias... —susurró Susan.

Se sentía avergonzada. Que Alexio no dejase de pensar en ella, a pesar de todo lo que sucedía entre ellos, la confundía y la conmovía a la vez. En cuanto los pequeños estuvieron saciados de pasteles, se echaron hacia atrás en sus sillitas, momento que Alex aprovechó para pedirles su cooperación en una cosa que tenían que hacer con él.

—Por favor, Susan, ¿puedes esperarnos aquí?

—Por supuesto... —respondió ella perpleja mirándolo a la cara.

Un momento después, ambos pequeños entraron en la cocina de nuevo cargando una bolsa entre ellos.

—Esto es para ti, mamá... Un regalito por tu primer día de trabajo...

—¡Oh! Pero... Muy bien, gracias. Muchas gracias... —murmuró sujetando la bolsa y sacando un paquete envuelto—. Ayudadme, por favor... —Le encantaba que los pequeños abriesen los paquetes mientras miraba sus caritas llenas de curiosidad. Pero en ese momento, no era sólo eso, las manos le temblaban tanto que no se veía capaz de sujetarlo y abrirlo a la vez y, fuese lo que fuese, no quería romperlo. Los niños desgarraron el papel totalmente hasta que lo que apareció en las manos de Susan fue un precioso maletín de piel de color rosa. Se quedó mirándolo y después a Alex al que le susurró un suave «gracias».

—Mañana podrás traer tu portátil si así lo deseas.

No pudo contener las lágrimas. Algo se le había escapado de lo sucedido en ese día. Ese hombre no venía de una cita. No le había mentado cuando había dicho que iba a hacer recados, y ella, celosísima, se había vuelto casi loca de ansiedad viendo cosas que no existían. No sabía si tenía una relación con la delgada y esbelta mujer de piernas largas, pero sí sabía que Alexio no le había mentado.

—Vamos, vamos... —la animó sentándose a su lado—. Es para felicitarte, no para hacerte llorar.

—Lo sé. Gracias —susurró secándose las mejillas—. Muchas gracias, de verdad. Me encanta.

—Bien. Nos alegramos mucho. Puedes ir mañana y ver si algún otro te gusta más.

—Lo dudo, éste me encanta.

—Vale, como quieras.

—Muchas gracias.

—No hay por qué.

—Voy a acostar a los niños.

—Me parece bien, deberías descansar tú también.

—Lo sé —aceptó cerrando la boca para que no se notase el temblor de su mandíbula—. Niños, dad las buenas noches a Alexio, nos vamos a la cama.

Ambos pequeños corrieron a los brazos del hombre que les sonreía sentado en la silla de la cocina. Él, tras repartir besos entre ambas cabecitas, los dejó ir con su madre. Se moría de ganas por acompañarles arriba, pero no lo hizo. No podía sobrepasar la línea que él mismo había dibujado.

Susan salió del cuarto de los niños y por primera vez desde la conversación con Alex en la piscina, se acercó a la puerta de su despacho. Él, sentado ante el ordenador, miraba la pantalla apoyando la cabeza sobre su mano.

—No parece muy interesante...

—¡Oh! Hola, Susan, sí, bueno, estaba en otro lugar ahora mismo.

—Entiendo. ¿Vas a salir?

—¿Por qué? ¿Quieres que salga?

—A ver, Alexio, no sé. Solo digo que si quieres salir, nosotros no seremos un impedimento. No queremos serlo. Nos haces un favor enorme acogiéndonos en tu casa, sólo faltaba que...

—¿Sólo faltaba qué...?

—Pues eso, que es tu casa, puedes entrar y salir cuando gustes.

—Ya, gracias, creo. ¿Quieres ver lo que estoy haciendo? —preguntó con voz suave.

—No quiero molestar.

—Tú nunca molestas. Ven.

—Vale —se acercó y empujó la silla en la que solía sentarse hasta colocarla a su lado—. ¡Oh! Bonito diván. Me encantan los respaldos mullidos y ondulados.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué has estado tan rara hoy?

—¿Qué? —Susan miró a Alex a los ojos, empujó con los pies para separar su sillón, pero éste no cedió ni un milímetro. Trató de separarse de la mesa, pero tampoco tuvo éxito.

—Susan...

—No... No... No sé de qué me hablas.

—Mentirosa.

—Alexio, perdona, he cometido un error... No quería interferir en tu relación, lamento haberte causado problemas.

—Ya, bueno. ¿De qué relación me hablas?

—De la que tienes con la mujer rubia de la oficina.

—Yo no tengo ninguna relación con esa mujer. Solo soy su jefe.

—Oh, bueno, pues no sé con quién. Sea quien sea, no quise causarte problemas...

—Ya, bueno, por lo que veo, estás empeñada en que tenga una relación.

—No. Bueno. No sé... No es eso... —Se llevó las manos a las sienes. Alex sujetaba el sillón de Susan para que ella no pudiese apartarse, pero en cuanto la vio encogida, lo soltó para poner una mano en su espalda.

—Escucha, Susan, parece que esto te preocupa, creo que debemos hablarlo.

—No. No me preocupa. Eres libre de estar con quien quieras. No es asunto mío.

—Pues... Parece que sí. Parece que es asunto tuyo y mío. Verás, antes de conocerte, intercambié mensajes de texto con Krysta. Ella me gustaba y estaba decidido a acostarme con ella. El caso es que la mujer me dio calabazas todas las veces. Al final, cuando me cansé, dejé de invitarla. Poco después te conocí a ti y poco después fue ella la que me propuso una cita a mí. Y yo me negué, ya no me interesaba.

—Ya te habías acostado conmigo...

—No. Todavía no.

—¿No?

—No. Supongo que los mensajes siguen memorizados, puedes comprobarlo si ello te preocupa.

—No. Te creo —se apresuró en asegurar—. Te creo. Pero, ¿por qué te negaste a acostarte conmigo?

—Porque los términos del acuerdo han cambiado.

—No ha cambiado nada, yo no te he pedido nada más que sexo.

—Lo sé. Lo sé, Susan, pero no se trata de lo que pidas tú, se trata de lo que yo quiero aportar.

—¿Lo que quieres aportar? No te comprendo...

—Susan, no puedo seguir teniendo sólo sexo. Sé que dije que sí, pero no puedo.

—¿Cómo que no puedes? —Las lágrimas descendieron por sus mejillas—. Sí que puedes. Todo es mucho más fácil.

—¿Tú sólo quieres sexo?

—Sí —respondió con rapidez.

—¿No sientes nada por mí?

—No... —susurró.

—Ni siquiera cuando pensabas que esta tarde saldría con ella...

—No... —repitió secándose las lágrimas.

—No lo soportabas...

—No es cierto, eres libre...

—Estabas celosa...

—No es eso...

—¿Qué es?

—Parece una mujer horrible... No te mereces a alguien así.

—¿A que no? —preguntó Alex inclinándose hacia ella—. Me merezco alguien más como tú. ¿A que sí?

—Alexio...

—Di que sí... —la animó soplando en su cuello.

—Alexio... Yo no puedo darte lo que te mereces.

—Tú sólo puedes darme sexo, ¿cierto?

—Sí...

—Mientes... —susurró antes de mordisquearle la oreja.

—Te aseguro que no... —replicó a la vez que era sacudida por un escalofrío.

—Estoy seguro de que sí... —Se levantó de su sillón y sujetándola por la cintura la elevó con facilidad hasta su boca. Sin darle un instante la aprisionó por la nuca mientras con la lengua saqueaba su interior. Saciando su sed por ella, bebía de su aliento con voracidad.

Susan, deseándolo más que a nada en el mundo, no dejó de apretarlo contra ella ni un instante, queriendo de él todo lo que le pudiese dar. Así, mesó sus cabellos, sujetó sus hombros y rodeó su cintura con ambas piernas, deseando su contacto, deseando todo su ser.

Alex, llevándola consigo, rodeó el escritorio y salió del despacho hacia el cuarto de Susan. Apartó el maletín que estaba sobre la cama y la tendió a ella. Sin dejar de besarla, abrió los botones de la blusa y con un deseo urgente de poseerla, sacó la prenda casi sin saber cómo y detrás fue el sujetador. Besó el centro de su pecho a la vez que le desabrochaba el pantalón y, mientras ella se lo quitaba, Alex se deshacía con rapidez de su propia ropa. Apenas se instaló entre sus piernas, su pene encontró el camino acostumbrado.

—Susan... —susurró con un gemido ahogado—. Te he echado muchísimo de menos.

—Y yo a ti, Alexio... Y yo a ti... —reconoció la mujer besándolo en la boca.

Alex empezó a moverse dentro de ella, toda la urgencia había desaparecido y, en ese momento, lo único que quería era colmarla, era sentirla saciada y plena en sus brazos.

Cada vez que la penetraba, sentía cómo el cuerpo de la mujer se expandía para acogerlo, tan caliente y húmedo como lo recordaba. Sin separarse de su boca, absorbió cada gemido, cada exhalación y los hizo suyos.

Susan se retorció debajo de Alexio. Con ambas manos, se esforzaba por recorrerlo entero: su cabello, su cuello, sus hombros; pero era insuficiente, cada parte del cuerpo de aquel hombre la reclamaba, tenía la imperiosa necesidad de acariciarlo todo. Sintió el intenso calor en su bajo vientre, retorciéndose de gusto y tratando de no gritar, dirigió ambas manos a los

glúteos de acero que empujaban en su interior.

—¡Alexio! —gimió su nombre—. ¡Alexio! —exclamó a la vez que mordía su hombro.

—Estoy aquí, Susan, dime, ¿qué quieres?

—Oh, Alexio... Sigue, sigue... —suplicó rodeando su cuello con fuerza.

Alex siguió tal como pedía su compañera, acometiéndola una y otra vez hasta que el feroz gemido que ahogó en su boca lo encendió como a un volcán, embistiéndola con fuerza hasta que la sintió relajarse y pudo salir de ella para eyacular sobre su vientre.

—Mmmmm... —Susan abrazó su espalda con fuerza mientras el hombre se corría—. Me encantas.

—¿Sí?

—Sí. Todo me encanta, pero si estás de acuerdo, podemos comprar preservativos. No hay por qué seguir haciéndolo así.

—Me parece bien —aceptó él recuperando el aliento.

—Pero... Esto es sólo sexo.

—Susan... —Alex dejó caer la cabeza en el hueco de su hombro—. No vuelvas a eso.

—Pero, Alexio...

—Shhh... Que no quiero que lo digas otra vez. Tampoco reconozcas nada. Sólo, no vuelvas a hablar de ningún acuerdo ni nada por el estilo, ¿vale?

—Entonces, ¿qué somos?

—Somos amigos que se acuestan juntos.

—Y que viven juntos... —señaló.

—Bien.

—¿Bien?

—Susan... —Alex se incorporó sobre los codos para mirarla—. A mí me

gustas. Me gustas mucho. No creo que pueda ceñirme a un plan de sólo sexo contigo. Eso no debería ser un impedimento para ti, al revés, así que sonrío y déjate llevar, disfrutémoslo juntos.

—Alexio... ¿Y si no estoy a la altura? Eres la mejor persona que he conocido, ¿y si sale mal?

—¿Y si sale bien?

—¿Bien?

—Sí. ¿Y si sale bien? Vamos, vuelve a preguntártelo a ti misma —sugirió él.

—¿Y... si sale... bien...?

—Muy bien, las energías cambian, ¿lo has notado? ¿Y si sale bien? Repite.

—¿Y si sale bien? —Sonriendo, levantó la cabeza para besarlo. Era cierto, la energía en su pecho cambió convirtiéndose en un calor muy agradable. Lo rodeó con sus brazos, fundiéndose con él en una plenitud desconocida.

Alex rodó con ella hasta tenerla encima y abarcar toda su espalda para acariciarla despacio.

—Mmmmm... —suspiró Susan—. Me encanta estar contigo...

—Y a mí contigo.

—Yo... Pensé que habías iniciado algo con aquella mujer...

—Bufff... ¿De verdad quieres hablarlo ahora?

—Es que quiero zanjarlo ahora. Es distinto, ¿no crees?

—Sí, tienes razón. Está bien, ¿por qué lo creíste?

—Cuando te negaste a acostarte conmigo... habías ido a la oficina y volviste encantado, feliz... y yo pensé que...

—Ya, verás, es que pasaron dos cosas: la primera, fui a la oficina y Krysta insistió en tener un encuentro conmigo. Le aclaré las cosas, le expliqué que no estaba interesado y que olvidase todos los mensajes que habían tenido lugar entre nosotros...

—Vale, ¿y qué más pasó? Has dicho dos cosas.

—La segunda fue volver a casa y que estuvieses aquí, quería estar contigo aunque no nos acostásemos juntos.

Susan lo abrazó y le dio un beso fugaz antes de seguir hablando.

—¿Y qué fue eso tan gracioso que le dijiste antes de marchar?

—¿A quién?

—A Krysta.

—¿Yo? Yo antes de marchar solo hablé contigo. Te avisé de que recogieses...

—Sí... Pero... Ella pasó riéndose muy alto por delante de mi puerta y justo después apareciste tú; entonces ella te dijo: «nos vemos después...».

—No, no me lo decía a mí. Sí que la escuché hablar, pero yo estaba en tu puerta, esperándote a ti —ante el gesto perplejo de Susan se detuvo para recordarlo—. Lo cierto es que la oí decir algo parecido en voz muy alta, pero no sé con quien hablaba.

—¿No hablaba contigo?

—¡Por Dios! ¡No! ¿Recuerdas lo que me dijo al llegar? ¿Su saludo tan impropio y familiar?

—Sí...

—Pues, después de enseñarte tu despacho, sólo me dirigí a ella para corregirla y no volví a hablar con ella en toda la mañana.

—¡Vaya! Con lo mal que lo he pasado... —murmuró sin pensar.

—Lo siento mucho, Susan; de haberlo sabido lo habríamos hablado antes.

—Ya, bueno. Yo misma ni siquiera sabía qué pensar, pero es que en cierto modo, me había parecido un poco perra. Me daba pena que te gustase una mujer así.

—¡Oh! No debes tener pena por mí. La que me gusta es totalmente diferente. Es una mujer maravillosa, sólo que ella aún no lo sabe.

—¿No lo sabe?

—No. No tiene ni idea... —susurró besándola.

Susan, mucho menos nerviosa que el día anterior, caminaba al lado de Alex por la calle con el bolso colgado del hombro y su nuevo maletín en la mano. Los niños habían quedado muy sonrientes en la guardería, y eso, junto con la decisión que ambos habían tomado la noche anterior, la había fortalecido por completo. Así, en cuanto llegaron al ático, Susan saludó con más confianza y más sonriente que en su primer día. Incluso cuando la explosiva rubia, ataviada con un profundo escote y una escasa falda caminó hacia ellos en el pasillo, pudo sonreír y saludar con un «buenos días» mientras abría la puerta de su despacho.

—Te veo luego... —dijo Alex metiendo la cabeza dentro y guiñándole un ojo. Absorbió la sonrisa de Susan y salió cerrando la puerta.

Caminó hacia su despacho con el rostro serio. Una vez que estuvo dentro, a salvo de la vista de los curiosos, se relajó y volvió a sonreír. No quería que nadie supiese que mantenían una relación. Todos sus empleados podían pensar lo que quisiesen, pero de momento no quería que nadie murmurase sobre Susan por una relación cierta con su jefe. Así, aunque le habría encantado besarla para desearle un buen día, se había contentado con un guiño cómplice. Aunque le hubiese gustado sujetarla por la cintura de camino al trabajo, se había contentado con tocar su espalda. Sonrió. No importaba, era cuestión de tiempo. Al menos, lo que tenían en ese momento era mucho más sólido que lo que habían tenido. Sabía que con un poco que ambos pusiesen de su parte, su relación se fortalecería.

Y ese era el firme propósito que tenía; que la relación con Susan floreciese.

CAPITULO XXVII

—¡Que me digas dónde está, viejo mamón!

—Es que no lo sé, lo juro, lo juro... —El anciano, arrodillado, se tapaba la cabeza con un brazo mientras, con el otro alzado apenas suplicaba, implorante, que cediese la tortura. No sabía dónde caería el próximo golpe.

El suelo estaba manchado de sangre, Bull había descargado el mango del puñal sobre la frente del viejo varias veces. Estaba perdiendo la paciencia, el muy estúpido insistía en protegerla.

No tenía tiempo para eso. No, no podía seguir escuchando los lastimosos lamentos, sabía que trataba de embaucarlo. Pero a Bull no lo engañaba nadie. Nadie. ¿Qué era esa mierda de que se iba a vivir a Cangas? La había recorrido entera; las horribles playas llenas de arena, los odiosos paseos llenos de gente, los ruidosos parques llenos de niños; todo, todo Cangas. Incluso había mostrado unas fotos de Susi con los niños y pedido a algunos viejos amigos que estuviesen atentos a cambio de unas cervezas. Había pagado más consumiciones en el último mes que en los últimos tres años.

Sujetó la cabeza y los brazos del anciano contra su estómago y le propinó un fuerte rodillazo en las costillas.

—¡Que hables, te digo!

El hombre se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las baldosas de la cocina tosía y sollozaba sin resuello. Trataba de recuperar el aliento cuando otra patada, todavía más fuerte, lo hizo aterrizar un metro más lejos del furioso Bull, que con la mirada desorbitada, los lacios pelos negros sobre la frente y el puñal aferrado a su mano, insistía en conseguir una respuesta satisfactoria.

—Yo... No lo sé... —el viejo murmuraba contra el suelo—. Ella me llamó... —Tosió con grandes gestos de dolor sujetando su costado—. Me dio las gracias... Y dijo que se mudaban... —Escupió la sangre que había subido hasta su boca—. Se iba a vivir a Cangas...

—¡¡¡Que en Cangas no está!!! —bramó Bull furioso poniendo todo su cuerpo en tensión—. No sé cómo hacértelo entender, viejo... —Bull le había

dado la espalda—. Eres el último que habló con ella. La conoces desde hace años ¡por Dios! Si hasta yo he llegado a vivir en esa casa... Sí, claro, la conoces desde antes que yo... —resumió con voz suave—. Tienes que saberlo, ella no te mentiría.

—Por favor... —rogó el hombre en el suelo—. No la he vuelto a ver...

Bull, inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en la encimera de la cocina, miraba las luces del pueblo a través de la ventana.

—Hay unas vistas preciosas desde esta parte. No recordaba subir aquí... Quizá me mude, estoy harto de vivir en la ciudad. En las afueras se está mejor. Menos contaminación, menos ruido, menos vecinos. Venga, estoy empezando a cansarme... —Sin dejar de mirar las luces, sacó la funda del puñal y la dejó sobre la encimera. Se quedó como hipnotizado con la mirada fija en la brillante hoja plateada y siguió hablando—. Vino aquí con el payaso ese con el que está ahora, ¿verdad?

—No... —El hombre, aterrorizado, negó con la cabeza—. No. Ella me llamó por teléfono. No... no la veo desde hace meses... Me dio las gracias y dijo que se iba... —Lloriqueó tratando de moverse hacia atrás para alejarse del hombre que todavía miraba embobado el enorme filo del puñal de caza.

—¿Dónde está tu teléfono?

—Allí... —Señaló la puerta interior de la cocina—. Está en el salón, sobre la mesita...

Bull extendió la mano y bajó la persiana de la cocina totalmente. Añoró al instante que las luces del pueblo fuesen sustituidas por su reflejo en el cristal de la ventana. No se miró. Frunciendo el ceño volvió a su último pensamiento, era más agradable que verse reflejado. Volvió a desear las diminutas luces de colores, siempre le había encantado la noche, tendría que considerar seriamente la posibilidad de mudarse. Ya tenía edad para sentar cabeza. Vivir en la ciudad podía ser agotador y fastidioso, con tanto ruido y la presencia constante de otras personas... Pero en el campo, sí, en el campo todo sería diferente.

Caminó hacia el anciano. No sabía cómo, pero tenía que terminar con aquello. Quizá un profundo tajo en el cuello, sí, eso sería rápido y seguro.

Esperaba que no le salpicase, odiaba la sangre. Tan roja, tan viscosa, tan tibia.

—Venga, vejestorio, que duermas bien. Quédate quieto y acabaremos antes. Le daré recuerdos de tu parte cuando la encuentre.

El viejo lo miró, Bull se acercaba con paso vacilante, con el puñal adelantado listo para abrirlo en canal. El anciano no dijo nada. Se separó lo más que pudo, moviéndose hacia atrás, haciendo fuerza con las piernas y los brazos, hasta que la espalda tocó contra los muebles de la cocina. Acorralado, miró hacia arriba. Justo en el momento en que Bull daba una zancada para alcanzarlo, el viejo levantó un brazo y abrió uno de los cajones superiores, lanzándolo contra la cara de Bull. La sorpresa fue mayúscula y su reacción, brutal. Enfurecido, cayó con las rodillas sobre el pecho del hombre y asestó puñaladas en toda su cabeza, cuello y hombros. Sin descanso, ni distracción, siguió clavando el puñal en el inerte cuerpo, acometido por la ira de verse contradecido hasta el final. Sabía que el viejo se había llevado algo a la tumba. Le había mentido. Estaba convencido de que le había mentido. Tenía que saberlo. Él sabía dónde estaba.

Aflojó las manos. De pronto, presa del pánico, miró el amasijo de sangre y carne que había bajo sus rodillas.

—¡Qué asco! —exclamó separándose de repente—. Qué asco, qué asco —repitió—. Sangra más que un cerdo —caminó hacia atrás esparciendo con sus zapatos todos los cubiertos que había en el suelo—. A ver, cerdo, ¿dónde has dicho que estaba el teléfono? —preguntó dando la vuelta hacia la puerta que el anciano había señalado antes. Entró en un salón, donde un televisor sin sonido mostraba una antigua película de vaqueros. Bull se acercó a la mesita de cristal. Sí, allí estaba, un sencillo teléfono móvil al lado del mando del televisor y cerca de una taza con restos de un líquido amarillo.

Cogió el teléfono, lo abrió y fue directamente al registro de llamadas. ¿Cuánto hacía que se había ido Susi? ¿Qué día habría llamado al viejo? Seguro que tras las pedradas... ¿Y cuándo había sido eso? Había apedreado la casa varias veces, no recordaba cuantas ni tampoco estaba seguro de cuándo. Había ido allí muchas veces, borracho, enfadado y desesperado, pero no estaba seguro de cuándo había sido. Aquella maldita puta le había hecho perder hasta la memoria. Empezó a repasar números y fechas, el nombre de Susan no aparecía por ningún lado. Cuando se dio cuenta, ya había retrocedido

dos meses en la lista de llamadas. Menuda mierda. Se llevaría el teléfono y lo vería con calma en su casa. Anotaría todos los números y se desharía de él enseguida. Sabía que en cualquier momento alguien podría llamar al viejo. Cuanto antes se perdiese, mejor.

Volvió a la cocina para marcharse por la puerta por la que había entrado antes. La puerta que el anciano había abierto con cara de preocupación dada la hora que era. Menudo imbécil. Mira que abrir a un desconocido.

Salió al exterior meneando la cabeza, había gente tan incauta... Metió el teléfono en el bolsillo y caminó hasta su coche. Antes de entrar miró de nuevo las luces que iluminaban el pueblo, mucho más abajo, mucho más lejos. Le gustó la quietud y la calma del lugar en el que estaba. Sin vecinos... El viejo sí que sabía... Sin vecinos... Cuantas cosas podría haber hecho él sin vecinos...

CAPITULO XXVIII

Alex iba del salón a la cocina por tercera vez para consultar la hora en su reloj. Estaba muy ansioso, pero esperaba estar ocultándolo bien. Había comprado algo para Susan y estaba pendiente de la entrega. Como cada sábado desde que su relación había evolucionado, ambos habían remoloneado en la cama todo el tiempo posible sin las prisas del horario habitual.

Más tarde habían desayunado todos juntos en la cocina y, después, ambos pequeños se habían instalado en su zona de juegos para empezar con su letanía.

Susan, en el piso superior, ya había hecho las camas y repasado los muebles y el suelo de ambas habitaciones. Entró en el cuarto de los niños y bajó un poco la persiana, empezó a recorrer todas las estancias haciendo lo mismo. Le encantaba que el aire fresco y la brisa lo invadiesen todo. La quietud y la placidez, el ambiente de felicidad que se respiraba en aquella casa le inundaba el alma de una forma tal que ella sólo podía dar constantes e infinitas gracias por su suerte.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Las voces de sus hijitos llegaron hasta ella.

—¿Sí? Estoy arriba, me falta poco, ¿qué sucede? —preguntó extrañada. Alexio había insistido en quedarse abajo recogiendo la cocina y aspirando el salón a la vez que atendía a los niños.

—¡Mamá! ¡Mamá! —La urgencia de sus voces la detuvo, salió del despacho de Alexio a toda velocidad y voló escaleras abajo, algo tenía que haber pasado. No era propio de sus hijos gritar así. Fue corriendo a la galería, pero no se los encontró allí.

—¿Niños? ¿Alexio? —llamó saliendo al *hall*.

La puerta de la entrada se abrió y Susan salió disparada hacia el jardín.

Sus pequeños estaban acomodados en unas sillitas del asiento trasero de un deportivo amarillo que tenía un enorme y abullonado lazo rojo de seda en la puerta del conductor.

—¿Te gusta, mamá?

—Mamá, ¿te gusta? ¿A que es bonito?

Susan se llevó la mano al pecho. Su corazón latía desbocado. La inesperada preocupación por lo que pudiese estar sucediendo había sido sustituida por una intensa emoción llena de ternura, amor y agradecimiento al hombre que, tras ella, sonreía apoyado en la pared y, al universo por haberlo puesto en su camino.

Se acercó a Leo y a Falco que esperaban su respuesta.

—Claro que me gusta, hijos míos. Me encanta. ¡Y con sillitas nuevas! — exclamó.

—Sí. Éstas tienen amarillo y negro... Y ha dicho Alex que así no hay que cambiarlas de un coche a otro.

—Ya... —asintió Susan secándose los ojos.

—¿Por qué lloras, mamá?

—Es que estoy contenta...

—¿Y lloras?

—Son lágrimas de felicidad.

—Ah...

—Hoy podrías llevarnos a todos a comer fuera... —sugirió el hombre a su espalda.

—Alexio...

—¿Queréis ir? Leo, Falco, ¿comemos hoy en algún sitio bonito?

—¡Sí! ¡Sí!

Los gritos de júbilo de los niños la emocionaron más todavía. Susan sujetó la mano de Alex y lo llevó hacia el maletero del coche.

—Alexio...

—¿Te gusta?

—Me encanta... Yo...

—¿Lo prefieres de otro color? A Leo le gusta el azul y a Falco el blanco. He pensado que debía escoger algo neutral...

Susan no pudo seguir escuchando, lo abrazó con fuerza y besó su pecho. Una vez más estaba agradecida por la persona maravillosa que era, el hombre que cuanto más conocía más quería conocer.

Alex recorría sus brazos y su espalda a la vez que acogía todas sus emociones. Estaba tan enamorado de ella que nada era suficiente y a la vez lo mínimo le bastaba. Quería dárselo todo, deseaba que no careciese de objeto alguno y se sentía recompensado con solo un poco: saber que pensaba en él, que lo deseaba o, simplemente, que le sonreía ya era suficiente.

CAPITULO XXIX

—¿Ha llamado usted a la policía, señora?

—Sí, yo misma. Hace un rato ya.

—Bueno, ¿y qué sucede? —preguntó el agente asomando la nariz hasta la ventanilla.

—Huele muy mal allí —señaló la mujer—. Vine a traerle los huevos de casa, como todas las semanas y como no me abrió la puerta grande, vine por la pequeña de atrás, para dejarlos donde siempre. Supongo que estará en casa de una de las hijas o de vacaciones, pero huele muy mal.

—A ver, señora. ¿Qué casa es? —Miró alrededor con paciencia, había un cierre a cada lado.

—Allí, aquella, ya se lo he dicho. —La mujer repitió el gesto señalando hacia la propiedad que había a la derecha del coche policial.

—Bien, ¿sabe usted quien vive en esa casa? —interrogó el agente.

—Sí, es Don Paulino. Es el de los alquileres baratos. ¿No sabe quién es? —preguntó la mujer extrañada—. Es primo segundo mío —añadió levantando el mentón.

—Sí. Sé quien es... —reconoció tocándose la sien con gesto pensativo—. Tenemos que ponernos en contacto con él —sugirió a su compañero—. Tenemos que pedir permiso para entrar. Si se ha ido de vacaciones a casa de su hija quizá se ha quedado comida en el horno, o la basura sin sacar, o el perro dentro; el olor puede ser por cualquier cosa.

—Ya... —la mujer lo miraba con un aire condescendiente. Era obvio que ya tenía formulada su propia teoría respecto al mal olor—. Pero ese olor...

—Bueno, espere aquí. Vamos a preguntar a los demás vecinos y a echar un vistazo —concluyó el hombre entrecerrando todavía más sus oscuros y penetrantes ojillos.

La mujer, retrocediendo dos pasos, afirmó con la cabeza, pero, una vez

aparcado el coche, se acercó y caminó tras ellos a una distancia prudente.

—En aquella casa no vive nadie. —El policía más joven se detuvo—. Y en esa vivo yo —admitió mostrando el portal.

Ambos policías la miraron, dieron la vuelta y ante la ausencia de vecinos se dirigieron a la vivienda. Atravesaron la finca hasta la pequeña puerta trasera que había señalado la mujer. Vieron la huevera de cartón sobre una silla de mimbre y antes de dar un paso más, cubrieron boca y nariz a un tiempo, a la vez que ambos agentes intercambiaban significativas miradas. No podía ser otra cosa, un animal muerto.

—Habrá que llamar a Seprona.

—Bueno, ya que estamos aquí comprobemos de qué se trata —pidió el agente de menor rango.

—Bueno, como quieras, pero entras tú solo.

—No hay problema, señor —aceptó con una pequeña sonrisa—. Señora, ¿recuerda si ha tocado la puerta?

—No —negó también con la cabeza—. Con este olor, eso fue lo más que me acerqué —aseguró señalando la caja de huevos que había sobre la silla.

—Muy bien. Voy a por unos guantes, ahora vuelvo —comentó a la vez que salía corriendo hacia el vehículo.

El veterano agente recorrió el mismo trecho con la mirada. Con lo sencillo que sería avisar al Seprona por un perro muerto y largarse. Pues, no. Tendría que esperar a que su pupilo saciase su curiosidad. «¡Menudo follón!». Pensó separándose de la casa para intentar atrapar una bocanada de aire fresco. Pero era inútil. El olor inundaba ya sus fosas nasales igual que varios metros del patio en el que estaban. El perro debía ser grande y, con toda probabilidad, llevar más de una semana muerto.

—Ya estoy aquí, señor, le he traído unos guantes para usted.

—No sé para qué te tomas tantas molestias... —masculló cogiéndolos.

—Es el protocolo...

—¿Por un animal muerto? —insistió.

—Señor, ¿y si no fuese un animal? —preguntó a la vez que se tapaba la nariz y la boca con un pañuelo blanco y asía el pomo de la puerta para abrirlo.

—¿Y qué va a ser si no...? —El olor a descomposición lo hizo retroceder como si hubiese recibido un empujón en el pecho—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —empezó a toser tratando de liberar a sus pulmones de tan cruel tortura—. ¡Mierda! Ya sabía yo que no era buena idea. ¡Señora! ¡Échese para allá a ver si se va a marear! ¡Lo que me faltaba! ¡Eh tú! ¡Sal de ahí de una puta vez!

—Señor, será mejor llamar ya a la Guardia Civil, esto no es cosa de Seprona...

—¿Qué? —Se quedó inmóvil—. ¿Cómo qué...? ¿Pero de qué coño estás hablando? —Empezó a caminar hacia la puerta trasera, dejando atrás con cada paso que daba el ansiado aire fresco.

—Mire dónde prisa...

—No soy ningún novato... —aseguró entrando en la pequeña cocina—. Joder... —susurró tratando de avanzar sin pisar la oscurecida y reseca sangre del suelo plagada de pequeños gusanos blancos—. Joder...

Un escalofrío lo recorrió entero cuando vio el destrozado cuerpo en un lado, entre cubiertos y trozos de madera de uno de los muebles. Había muchísimas manchas oscuras de sangre coagulada. Sangre por todo el suelo de la cocina, por las puertas de los muebles, salpicaduras en el cristal de la ventana. Su mirada se detuvo sobre la encimera.

—¿Hay...? ¿Hay... algún cuerpo más en la vivienda...?

—¿Qué? No creo...

—Asegúrate.

—Voy señor.

El agente miró hacia fuera, la mujer no estaba a la vista. Con la mano enguantada, agarró la funda negra del puñal y la metió por dentro de su casaca. Escuchó los ágiles pasos de su compañero bajando las escaleras.

—No hay nadie más, señor.

—¡Joder! —El tono seco de su voz sólo dejó ver lo aliviado que se sentía por que no hubiese más víctimas—. Hay que llamar a la Guardia Civil, a la policía científica y al forense...

Empezó a marearse. Algo iba mal, terriblemente mal. Notaba la funda del puñal dentro de su ropa quemando abrasadora desde la piel hasta el centro mismo de su estómago. Tenía que sacársela de encima cuanto antes. Con el corazón batiendo en su pecho salió despacio de la cocina. Pisando por donde ya había pisado. Tratando de no valorar lo que acababa de hacer. Tratando de no valorar lo que había hecho. Tratando de no valorar lo que tenía por hacer.

Sentado en su coche, reclinó un poco el asiento para que la luz de la farola no cayese directamente sobre sus ojos. Por mucho que hubiese ensayado en su cabeza todo lo que iba a decirle, no podía evitar sentir cierta intranquilidad al saber que en pocos minutos tendría que enfrentarse con aquel que era como un hijo para él. Ya desde pequeño, Bull había mostrado un carácter muy voluble: huidizo cuando su oponente era más fuerte y aplastante cuando era más débil. Bull había sido el único hijo tardío de un feliz matrimonio formado por su mejor amigo y su querida hermana. Ellos le habían dado todo su amor, toda la atención que habían podido compaginar con su trabajo y cuando aquello fue insuficiente, el dinero fue sustituyendo paulatinamente los abrazos, el cariño y cualquier conversación.

Al final, ingresaron en una residencia donde poco a poco fue consumiéndolos la pena.

Recordó la conversación que habían tenido varias semanas antes. Bull estaba desesperado por encontrar a la mujer y a los dos pequeños. Había afirmado que la amaba, pero estaba seguro de que mentía. Él nunca había amado a nadie excepto a sí mismo. Miró la bolsa que contenía la funda del puñal en el asiento del acompañante. Todavía no entendía por qué cojones la había cogido. Inspiró con fuerza y cerró los ojos. ¿Cómo podía su sobrino haber asesinado así a alguien? Estaba más perturbado de lo que pensaba. Necesitaba ayuda con urgencia.

¡Maldita sea! ¿Y cómo se le había ocurrido a él mismo entorpecer así la investigación? Pero no había podido evitarlo. Asumió a la vez que negaba con la cabeza y hacía un amargo gesto en su rostro. Recordó con total nitidez aquel

momento, cuando la vio sobre la encimera de la cocina, relacionó todo en segundos y supo que sólo podía ser suya. Revivió con claridad aquella noche, varios años atrás, tras tomarse unas copas juntos y reírse un buen rato, su sobrino le pidió que saliese a la calle con él diciendo que tenía que mostrarle algo. Lo cierto era que podía tratarse de cualquier cosa, pero el padrino nunca pudo imaginar que de la parte de abajo del asiento del acompañante sacaría un enorme puñal negro de caza de al menos treinta y un centímetros de largo. El padrino, escandalizado, le había increpado por su irresponsabilidad.

Bull, arrepentido por haberse dejado llevar por el buen rato que habían pasado, se había puesto muy serio y había contado una historia en la que unos matones lo habían zarandeado. Aseguró a su padrino que así no volverían a meterse con él. Nadie lo haría. Todos se lo pensarían dos veces. Pero ante el monumental enfado de su padrino, había aclarado que sólo pretendía asustarles, que de ninguna manera había pensado en usarlo.

Un coche aparcó detrás del suyo. Miró el reloj en el salpicadero pasaban veintitrés minutos de la una de la madrugada. Su impuntualidad era una sutil forma de hacerle ver que seguía ofendido por la última conversación que habían mantenido casi un par de meses antes. Escondió la funda en su espalda, por dentro de la chaqueta, antes de que él llegase. No tenía previsto devolvérsela de ninguna de las maneras.

Bull tomó asiento y cerró la puerta con un sonoro golpe.

—¿Qué quieres?

—No hagas tanto ruido, son las tantas.

—Ya, bueno, me da igual. ¿Qué quieres?

—¿Dónde está tu puñal?

—¿Qué? Me lo... Robaron... —titubeó de pronto—. No... No lo tengo.

—¡Por Dios! ¿Ni siquiera te has deshecho de él?

—¿Qué? ¿Qué dices? No, no lo tengo... Me lo robaron... —repitió.

—¡Eres un imbécil! ¿Dónde está? ¿Lo tienes en el coche?

—No sé de qué me hablas.

—Un imbécil y un payaso.

—Para de insultarme...

—¿De verdad creíste que el viejo lo sabría? —preguntó con una cínica sonrisa—. Si la mujer huía de ti, no le habría dicho la verdad a nadie y con razón... En vista de lo que eres capaz de hacer...

—Deja de reírte... No tienes ni idea...

—Cierto... No tengo ni idea... Porque de haberla tenido, nunca te habría permitido llegar tan lejos. Nunca habría encubierto tus anteriores deslices o los últimos ataques a la mujer y a los pequeños. ¡Por Dios! Si por un momento te creí —se giró en su asiento para mirarlo sin sacar las manos del volante—. Creí que de verdad estabas herido y enamorado... que habías decidido ser responsable y hacer de padre...

Bull abrió mucho los ojos. Aquel hombrecillo, con los ojos inyectados en sangre, rechinando los dientes y con los nudillos totalmente blancos, lo miraba atentamente esperando alguna reacción en él.

La carcajada resonó en el interior del vehículo como un cañonazo.

—¡Eres cojonudo, viejo! ¡Menuda idea me has dado!

—¡Ni te atrevas! —bramó dando un puñetazo en su hombro.

La risa se cortó al instante. Bull, con los ojos muy abiertos, miró a su padrino. Era la primera vez que le llevaba la contraria y que, además, lo manifestaba de un modo tan vehemente.

—Escucha, viejo, no te estoy pidiendo permiso. Lo cierto es que si no fuese por ti, nunca se me habría ocurrido. Los juzgados, ¿eh? Lo que tú dijiste, sólo los juzgados pueden buscar a una persona. Verás, verás cómo la encuentro.

—No, Bull, no te lo permitiré.

—¿Vas a detenerme?

—No. Es la Guardia Civil la que está investigando el caso, pero no te voy a permitir ir más allá. Deja a la mujer en paz.

—No sé... Parece que... ¿Me estás amenazando? —preguntó con sorna—.

Porque no se me ocurre cómo...

—Con que diga quién tiene un cuchillo igual al que han usado para asesinar al viejo, caerán sobre ti al instante...

—¡Bah! He dicho que no lo tengo. Puedes decir lo que...

—¡Te dejaste la funda en la casa...! —La garganta de Bull emitió un sonido ahogado—. Tiene tus huellas... Estoy seguro de que hay un registro. La habías comprado en la armería, ¿no?

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes...? ¿Cómo...?

—Deja a la mujer en paz. Olvídote de ella y de los niños y yo me olvidaré de que tú tienes un puñal como ese. —Su sobrino no podía saber que el puñal, fuera de la escena del crimen, ya no tenía validez como prueba.

—Tenía... Ya te lo he dicho. Me lo han robado...

—Escúchame, Bull; en principio no tengo pensado delatarte, pero sólo si me prometes que buscarás ayuda para seguir con tu vida.

—¿Ayuda? ¿Qué ayuda? ¿Ayuda de alguien como tú?

—Pues sí... Ayuda del tipo que sea... Iremos a un médico. Yo te acompañaré.

Miró a su padrino, en aquella vieja y horrible cara de hombre amargado brillaba una luz de esperanza. ¿Cómo podía el viejo pedirle que olvidara todo? ¿Cómo podría incluso llegar a chantajearlo? ¡Maldito fuese! Justo en el instante que se le había ocurrido la gran idea, la idea que lo llevaría derecho a la mujer que llevaba semanas buscando con desesperación.

—Vale, padrino —aceptó mirando los zapatos sobre la pulcra alfombra gris de aquel coche—. Ahora me voy a descansar y cuando tú digas, iremos al médico.

—Gracias, Bull, no te arrepentirás. Encontraremos una solución para todo esto.

—Me parece bien. Gracias, padrino.

Salió del coche y caminó lo más tranquilo que pudo hasta el suyo. Lo

encendió, lo arrancó y pasó por el de su padrino sin hacer más ruido del necesario. No quería mostrar lo enfadado que estaba, necesitaba el tiempo para pensar. Varias calles más abajo, empezó a hacer acelerones y a combinarlos con bruscas frenadas. Rojo de la rabia que lo consumía, empezó a aporrear el volante hasta que le dolieron las manos y se despegaron varios trozos de cinta aislante negra que había puesto alrededor para ocultar el desgaste. ¡Maldito viejo ridículo! ¿Cómo se atrevía a chantajearlo? ¿Cómo creía que se saldría con la suya? No. De eso ni hablar.

Se dirigió a su piso a toda velocidad. Tenía mucho que organizar. Debía planear cuidadosamente todos sus pasos. Ya que por fin estaba en camino, no iba a dejar nada al azar. Así que había engañado al viejo, ¿eh? Bien. Sonrió buscando donde mirarse, tenía que ensayar su buena cara.

—¿A qué hora abren los juzgados? —se preguntó en voz alta mirándose a los ojos en el espejo retrovisor.

CAPITULO XXX

—¡Buenos días! —saludó Susan en voz alta entrando en el cuarto del café y yendo directamente hacia la máquina.

—Buenos días —contestaron detrás de ella las dos mujeres y el hombre que rodeaban la mesa.

Ya llevaba varias semanas trabajando y cada día acudía más contenta. Alexio la dejaba en su despacho y asomando la cabeza, se despedía de ella con un guiño cómplice. Susan trabajaba toda la mañana en su ordenador; hacía pequeños descansos para ir al lavabo o para ir a por café y volvía con rapidez. Muchas veces no volvían a verse hasta la hora de salir; otras se cruzaban en el pasillo. Alexio siempre era correcto con ella, no quería provocar rumores de ningún tipo o, al menos, nuevos rumores; pues una mujer nueva en la empresa, guapa y que además entraba y salía con el jefe, ya los había provocado.

No obstante, todos se llevaban bien con Susan. Ella siempre saludaba contenta a sus compañeros, esquivaba con mucho arte las preguntas personales y siempre estaba dispuesta a corroborar un comentario positivo o de admiración dirigido a cualquiera de los que allí estaban. En realidad, casi todos la habían aceptado con naturalidad fuese quien fuese y, como ella no era mujer a la que le gustasen los cotilleos, tampoco fomentaba ese acto en los demás.

Las voces a su espalda llamaron su atención.

—Que me dejes ver... Que yo conozco Cangas perfectamente y sé dónde ha sido...

—Que no es en Cangas, que es en Meira...

—¡Joder! ¡Cómo sois! Si está en todos los titulares, devolvedme mi diario...

—Que no...

Susan se giró sonriendo, fuese lo que fuese ya no era asunto suyo. Ni Cangas, ni Meira, todo eso había quedado muy atrás. Contenta de su nueva

vida, dejó a sus tres compañeros peleándose y volvió al despacho con la taza de café en la mano. Vio a Krysta al final del pasillo, junto a la recepción. La mujer giró la cabeza en cuanto Susan la miró. Quizá estaba haciendo una de sus guardias para ver salir a Alexio.

Daba igual, pensó Susan sin dejar de sonreír, daba igual cuánto lo persiguiese, estaba segura de que Alexio no quería nada con ella. Muy segura. La relación entre ellos había evolucionado tal y como él había dicho. Habían dejado de hablar como si lo que hubiese entre ambos sólo fuese un acuerdo. Así, cada día se sentía mejor a su lado, más cómoda y segura. Ella confiaba en Alexio, sabía que él no le mentiría. Y le encantaba que fuese así. Que tuviese la capacidad de decirle la verdad en cada instante y que a la vez la tratase con respeto y cariño.

Ella había escuchado demasiadas mentiras por parte de Bull a lo largo de todos los años de relación. Había sido desastroso para ella darse cuenta de que siempre había sido así, mentira tras mentira, engaño tras engaño y lo peor, lo que más la carcomía, era haberlo soportado.

Por todo ello, agradecía la sencillez de la vida con Alexio: sin mentiras, sin engaños, sin golpes y sin lágrimas.

CAPITULO XXXI

—Alex, ¿de verdad no sabes qué quieren decirnos?

—Bueno, tengo una pequeña idea, aunque me parece descabellado que lo hayan hecho a escondidas.

—¿El qué? —Los ojos de Dani brillaban clavados en los de su hermano.

—¿Y yo qué sé? Deja de preguntarme. Ellas esperan sorprendernos —trató de zanjar Alex mirando a su hermana y a África que también sonreía enigmática.

—Ya... Aunque creo que será al revés —sentenció mirando a la inquieta Susan revolviéndose en su silla.

—Ya... Bueno... Yo... Ya le he dicho a tu hermano que... Quizá sea mejor que os deje solos... Pero... no quiere... Bufffff... ¡Estoy nerviosísima!

—Tranquila, Susan, son encantadoras —trató de tranquilizarla África—. Os vais a gustar mucho, estoy segura.

—Sí, gracias, África, Alexio ha dicho lo mismo, pero no puedo evitarlo... —la preciosa mujer de grandes ojos negros sonrió comprensiva. Los nervios de conocer a la posible familia política eran muy comunes entre algunas mujeres.

—¡Hola a todos! —saludaron muy sonrientes las dos mujeres que entraron en la cocina—. ¿Queda café?

—Hola chicas, ¡qué ganas tenía de veros! —exclamó Alex levantándose para abrazarlas a ambas.

—Hola, Tita; hola, mamá ¿qué tal las mini vacaciones? —Dani se puso en pie.

—¿Mini? —preguntaron ambas a la vez—. Pero si hemos estado fuera un par de meses. ¿No sentís curiosidad?

—Sí, sí, mucha...

Las mujeres miraron a Dani, a África y a Alex alternativamente, se sujetaron de la mano y por fin les revelaron la ansiada noticia.

—¡Nos hemos casado!

—¡¡Felicidades!! —exclamaron los tres a la vez—. Por fin.

—¿Cómo que «por fin»?

—Sí, bueno, no es una sorpresa para nosotros. Pero nos alegramos mucho... —se apresuró a añadir Alex—. Lo que no sé es por qué nos lo habéis ocultado. ¿Creíais que os detendríamos?

—Bueno, no, no exactamente —aclaró la Tita—. Sólo que...

—No estábamos seguras de vuestra reacción y como nos hacía mucha ilusión no os lo contamos para que nada lo estropease.

—Pero nosotros os queremos mucho. Nunca se nos ocurriría interceder en vuestra felicidad. Al contrario, queremos ayudar en todo lo posible. Todo el mundo quiere ser feliz.

—Gracias, hijo... —susurró su madre dando un paso para abrazarlo—. Significa mucho para nosotras que nos apoyéis... ¡Hola! ¿Y tú quién eres? —preguntó separándose del grupo para acercarse a una silenciosa Susan que con evidente incomodidad retorció las manos sobre su regazo.

—Hola, buenas tardes, yo soy Susan. Felicidades por su casamiento —dijo en voz baja poniéndose en pie.

—Muchas gracias.

—Mamá, Tita, os presento a Susan, es una amiga. Está pasando unos días aquí...

—¡Hola! ¡Qué maravilla! —exclamaron ambas rodeándola cada una por un lado.

—Ya... Bueno... Es que...

—Tranquila, cariño, no tienes que justificarte. Nos encanta que estés aquí.

—Muchas gracias —murmuró dejándose envolver por las sorprendidas

mujeres.

—Mamá, Tita... Veréis...

—Alex, cariño, ¿queda café? —lo interrumpió su madre a la vez que todas volvían a tomar asiento.

—Sí, mamá, queda café. —Buscó la mirada de Susan para disculparse. Ella no parecía enfadada, al fin levantó la vista y le guiñó un ojo. Alex, aliviado, se fue hacia la cafetera con una sonrisa en los labios.

—Alex nunca nos ha presentado a una novia... Bueno, sí, una vez, pero hace mucho, muchísimo de eso.

—Verá, yo no soy...

—No, querida, tienes razón, no pongamos etiquetas. Además, tienes un nombre precioso, Susan, suena tan dulce.

—Gracias, muchas gracias —aceptó con timidez.

—Y dínos, ¿a qué te dedicas?

—Yo... Yo soy...

—¡Mamá! Deja de preguntar, ¿quieres?

—Pero si no...

—Voy a ver cómo están los niños... —balbuceó a la vez que se ponía en pie.

—¿Niños? ¿África? —Ambas mujeres la miraron—. La última vez que nos vimos tenías una sola Eli.

—Y así sigue siendo...

—¿Acaso hemos estado demasiado tiempo fuera? —bromeó la Tita.

—Perdón, ahora vuelvo... —Susan se escabulló aprovechando la sorpresa. Alex salió de la cocina tras ella.

—Susan, espera, lo siento, no creí que... Perdona...

—No, no pasa nada. Es que no he sabido qué contestar... Yo... Me quedé

en blanco. ¿A qué me dedico? A mí me pagan por decir si unos muebles me gustan o no... Parezco idiota...

—No, no digas eso. Confía en mí. Ven. —La acercó a su pecho—. No podemos hablar de ello ahora, pero confía en mí cuando te digo que tú eres valiosa, tu trabajo es muy valioso para mí. ¿Vale? Por favor.

—Vale, Alexio, es cierto que no es el momento de hablar de ello. Sólo es que...

—Bueno, tú tranquila. Ve a ver a los niños, cuando estés preparada vuelve a la cocina. ¿Sí?

—Sí, gracias —aceptó separándose de él.

La vio caminar hacia la galería. La quería tanto que verla sufrir por algo tan absurdo como el valor de su trabajo lo hacía palidecer. ¿Acaso no se lo había explicado claramente? La visión de Susan era reveladora. Era capaz de separar lo absurdo de lo bello, lo cómodo de lo incómodo, lo feo de lo útil, lo mullido de lo superfluo... Ella, con su sencillez, con su característico buen gusto, con su preferencia por los tejidos y los acolchados. Con su visión de la practicidad y las elegantes patitas de araña. Le encantaba que fuese así. No cambiaría nada de ella. Se giró para volver a la cocina.

—¡Eh! Pero, ¿a dónde vais?

—Queremos ver al niño... —contestaron la Tita y su madre pasando por él.

—¿A qué niño? ¡Oh! No, esperad —pidió yendo tras ellas—. No es un niño...

—¡¡Son dos!!

—Está bien... —claudicó Alex detrás de todos ellos—. Sentaos, por favor.

Susan miraba las sorprendidas caras. Ella misma no sabía cómo enfocar la situación. Ciertamente que ella estaba allí como invitada de Alexio, pero la opinión de ambas mujeres también le importaba. Así, en silencio, rogó no decepcionar a ninguno de los tres.

—Eli... —dijo Isabel—. ¿Quiénes son estos dos niños tan guapos que están jugando contigo?

Susan se relajó al instante, la madre de Alexio sonreía con una amabilidad y dulzura desbordantes.

—Son Leo y Falco —contestó la pequeña sin dejar de jugar.

—A ver, mamá, son los hijos de Susan. Éste es Leo y éste Falco.

—Hola, chicos.

Ambos niños susurraron un «hola» sin soltar lo que tenían entre manos. Susan intervino.

—Venid... —Los pequeños obedecieron al instante colocándose cada uno a un lado de su madre—. Quiero que os presentéis, ellas son las mamás de Alexio. Os acercáis y saludáis con educación.

—Hola, yo soy Leo, tengo tres años y este es mi oso favorito.

—Precioso osito, Leo.

—Hola... —Falco apenas se había separado de su madre, miró a Alex que estaba muy sonriente a un lado del sofá—. Yo... Soy Falco...

—Hola, Falco, me encanta tu nombre, yo soy Tita —se presentó tendiéndole la mano.

Alex se sentó al lado de la mujer, el niño tomó la mano que ella le ofrecía a la vez que caminaba hacia las rodillas del hombre en el que tanto confiaba.

—Dime, Falco, ¿cuál es tu comida favorita?

—El arroz. A Leo y a mí nos encanta el arroz.

—¡Qué casualidad! También es mi comida favorita. Podríamos... ¿Crees que podríamos comer hoy arroz todos juntos?

—Sí —afirmó el niño sin separarse de Alex.

—Genial, ¿y con qué lo acompañamos? ¿Se te ocurre algo?

—Mamá le pone atún, Alexio muchas cosas más.

—Ya, ¿y cuál te gusta más? —El pequeño se encogió de hombros—. Bien, supongo que no es necesario decidirlo ahora. Está bien, voy a pensarlo yo

también. Si quieres puedes volver allí a jugar.

El niño miró a Alex y volvió con sus pequeños compañeros de juegos.

—Susan, son dos niños preciosos y muy educados.

—Muchas gracias.

—Bien, entonces voy a hacer el arroz...

—¿Pero no queríais café? —preguntó Alex.

—Sí, sí, hay tiempo para todo —aseguró la Tita muy sonriente a la vez que se levantaba del sofá—. Pero puedes acompañarme y traer café para Susan y tu madre.

—Está bien... —Guiñó un ojo a Susan—. Ahora vuelvo. —Rodeó los hombros de la Tita y la besó en la cabeza—. ¿Qué tal en Portugal? Os ha gustado, ¿a que sí?

—¿Quieres sentarte a mi lado, Susan?

—Por supuesto, señora Isabel, gracias.

—Perdona si antes te hemos abrumado, a veces somos muy impetuosas.

—No. No se disculpe, por favor. Yo... No era por ustedes... Es que... Todavía no sé cómo explicar mi presencia en esta casa.

—¡Hija mía! ¡No hay nada que explicar! Siéntete libre de ser tú misma. En esta familia podemos cometer muchos errores, pero si algo no somos, es hipócritas. Así que, por favor, sé tú misma siempre o al menos, inténtalo.

—Muchas gracias.

Susan se quedó pensativa, no esperaba tanta claridad y a la vez sencillez en aquella mujer. Veía en ella la suave curva de la mandíbula que también lucían sus hijos, igual que los pómulos altos que habrían, en otro tiempo, aportado un toque aristocrático a sus facciones, pero su mentón era fino y puntiagudo, nada que ver con la firmeza y determinación que mostraban Dani y Alexio en sus morenos rostros.

—Los has criado tu sola. ¿Verdad?

—Sí, señora.

—Habrás sido duro —reconoció con admiración—. Te felicito.

—Gra... Gracias.

—Hasta yo, teniendo ayuda de Tita, sufrí muchísimo...

—¡Mamá! No cuentes cosas tristes ahora. Os traigo café.

—Bueno, hijo, no es ningún secreto...

—¡Mamá! Que ahora no, ¿vale?

—Vale, Alex, como quieras.

El silencio se instaló entre los tres. Susan no sabía nada de la infancia de los dos hermanos, pero intuía que había sido dura. Por los comentarios de Dani o por la delicadeza de Alexio, ya lo había pensado en alguna ocasión y ahí estaba su madre, tratando de contar cosas que Alexio no quería que ella supiera.

Dejó que él condujese la conversación. Como oyente, se alegró de la fantástica luna de miel que habían tenido las dos mujeres y de lo mucho que habían disfrutado en Portugal.

Durante la comida, empezaron a hablar para organizar una pequeña celebración con motivo del reciente matrimonio. Tanto la Tita como Isabel no paraban de repetir lo maravilloso que era que fuesen tres personas más en la familia. Cuando Alex se cansó de corregirlas, apretó la rodilla de Susan a modo de disculpa. A ella no le molestaba la actitud de las mujeres, entendía que por su presencia se hubiesen hecho una idea errónea, y los niños estaban entusiasmados con tantas atenciones. Todos sentados a la mesa sonreían, charlaban y bromeaban, la alegría de ambas mujeres era contagiosa.

CAPITULO XXXII

Alex relejó el mensaje por tercera vez.

“Alex, tengo un problema con el programa, creo que es un virus. Temo que podamos tener una complicación mayor... Creo que he perdido todo en lo que trabajaba con los alemanes. Estoy en la oficina, ¿puedes venir? No consigo a pagarlo”.

—¿Susan! —Llamó Alex en voz alta todavía con el teléfono en la mano.

—Dime —susurró apareciendo en la puerta de la cocina.

—Tengo que ir a la oficina. ¿Queréis venir conmigo?

—¿Ahora?

—Sí, ya sé que es tarde, pero no sé muy bien lo que ha pasado, mira —dijo tendiéndole el teléfono—. No puedo esperar a mañana. Si es un virus, tengo un problemón...

—Lo entiendo, lo siento mucho, espero que no sea nada. Puedes ir tú solo, estaremos bien.

—¿Seguro? Puedo llamar a Dani o a mamá y a Tita.

—No, Alexio, es tarde. No pasará nada, de verdad, estaremos bien.

—Vale, ten el teléfono a mano, te llamaré.

—Me encantará que me llames... —susurró con un guiño—. Pero vete tranquilo, ¿sí?

—Hasta después. —Dio un paso adelante y apoyó la mano con suavidad en su cadera, sabía que contravenía las reglas no escritas, pero aun así susurró en su oreja—. No tardaré. —Y sin perder más tiempo se marchó.

Condujo lo más rápido que pudo, pasaban de las siete, no quería que Susan estuviese sola mucho tiempo. Sin dejar de pensar en toda la información que se podría ver afectada por un virus, deseó que ello sólo fuese en el ordenador de Krysta y que no se hubiese extendido a toda la red.

Le parecía muy raro que el virus se hubiese saltado el cortafuegos que había contratado para toda la oficina, que se lo hubiese cargado con tanta facilidad. ¿Y quién habría sido? ¿Quién querría enviar un virus a su empresa? De haberlo hecho a propósito, se iban a llevar un buen chasco; pues muy poca información iba a perderse. Él hacía una copia de seguridad cada día antes de marcharse y sus empleados hacían lo mismo con lo importante.

El ordenador de Susan tenía bloqueado el acceso a Internet para que nadie pudiese ver lo que hacía hasta que él lo tuviese todo listo. Sonrió, faltaba muy poco para cerrar el trato. Pronto podría llevarla a la carpintería que estaba ya negociando comprar y mostrarle su proyecto. Un proyecto para el que ella ya trabajaba sin saberlo.

Después de aparcar en su plaza habitual se fue corriendo hasta el edificio. Vio al portero tras su mostrador, lo saludó con la cabeza, todavía le quedaban un par de horas para cerrar. De un salto se metió en el ascensor. Daba igual; no tenía previsto quedarse tanto tiempo.

Atravesó las puertas de cristal y sintió el contraste entre la urgencia que lo había llevado allí y la quietud de la oficina. Era extraño no tener a nadie alrededor.

—¡Alex! —la chillona voz resonó en el pasillo.

—Voy. —Se acercó a su oficina, rodeó la mesa y se inclinó a su lado mirando la pantalla totalmente azul con letras amarillo chillón—. Entonces, ¿cuánto tiempo lleva así?

—Un par de horas —contestó con su suave acento levantando la cara hacia él. La mujer estaba maquillada y recién peinada. Frunció los labios en un sensual gesto a la vez que se llevaba una mano al pronunciado escote de la camisa roja que lucía.

Alex se enderezó al instante.

—Presiona el botón de apagado durante varios segundos seguidos.

—¿Y para qué?

—Para apagarlo —aclaró con paciencia.

—No sé cuál es el botón de apagado —pronunció con un tono de voz que

parecía un ronroneo.

—Es el mismo que el de encendido —masculló de mala gana extendiendo el brazo y presionándolo con fuerza—. Será mejor que te marches. Mañana llamaré al servicio técnico.

—No me importa esperar...

—Ahora no vamos a encender el ordenador y, mientras no sepa lo que ha sucedido, no quiero que uses ningún otro.

—De verdad, Alex, que no me importa quedarme...

—Pues yo me tengo que marchar.

—¿Te vas? —preguntó sujetando su brazo.

—Sí, me voy —afirmó dando un paso y saliendo de su alcance.

—Pero yo... —al darse cuenta de que se le escapaba la oportunidad de estar a solas con él, se puso en pie de un salto y ocupó el espacio que había entre el hombre y la mesa del despacho, rozando totalmente todo su cuerpo e impidiéndole avanzar.

—¡Apártate, Krysta! —exclamó dando otro paso atrás.

—O qué... —susurró sonriendo y dando un paso al frente.

—¿O qué...? O qué... ¡Nada...! —le gritó furioso—. No hay nada entre nosotros. NA-DA. Así que déjame en paz.

—Te vas junto a la sirvienta esa. Te va más la carne de segunda...

—No vuelvas a mostrar una falta de respeto similar a una compañera. ¡Jamás! —le espetó tan de repente que la hizo retroceder—. Ahora sal de mi vista. ¡¡Largo!!

La furia de la mujer exudaba de cada uno de los poros de su piel. Apretó los dientes, sujetó su bolso y su chaqueta y desapareció de su vista en un instante.

Una vez que escuchó cómo se movían las puertas de cristal, Alex empezó a pasear de un lado a otro dentro de la oficina; enfadado con Krysta, enfadado con el mundo, enfadado consigo mismo. ¿Cómo se había puesto en aquella

situación? No lo entendía. ¿Cómo esa mujer se había atrevido a hacerle aquello? Pero ¿dónde se creía ella que estaba? ¿Quién se creía ella que era? ¿Cómo había podido despreciar a Susan de ese modo?

Entre vuelta y vuelta empezó a serenarse. Al fin salió del despacho de la nórdica impresentable que todavía era su empleada. Tenía que solucionar aquella situación rápido y eficazmente. Con un desagradable sentimiento de impotencia en su estómago se reprendió a sí mismo por haber estado tan ciego respecto a la maldad de la mujer. Era curioso que Susan la hubiese calado en pocos minutos y él, en cambio, seguía perplejo por el reciente descubrimiento. Volvió a casa conduciendo con la mirada perdida en la lejanía.

—¡Hola! ¡Qué pronto has...! ¿Qué pasa? ¿Es muy grave?

—¿Qué? ¡Ah! Ni siquiera sé si es cierto...

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Krysta me ha acosado descaradamente.

—Pero, Alexio... —susurró esbozando una sonrisa.

—Me alegra que te lo tomes así, la verdad, estaba preocupado.

—¿Preocupado? ¡Pero hombre! No tenías por qué estarlo. Tú... A ti... ¿Te gusta...? ¿Te gusta esa mujer?

—Sabes que no. Y ahora tampoco me gusta como persona.

—Bueno... Podías haber... Todos podemos cambiar de opinión...

—Yo... Cometí un error tratando de ligar con ella. Lo siento, lo siento mucho. Y ahora se ha complicado...

—Bueno, hombre, tranquilo. Todos cometemos errores. —Trató de tranquilizarlo—. A mí me parece normal que le gustes.

Alex no se sintió mejor con aquellas palabras. En cierto modo, entendía que las cosas habían cambiado. Nunca volverían a ser como antes. No podría confiar en ella. La bajeza que había exhibido con aquella artimaña tratando de llevarlo a sus redes a pesar de que él ya se había negado a confraternizar con ella y las palabras de desprecio con las que se había referido a Susan lo habían intranquilizado profundamente. ¿Y si se atrevía a hacerle algo a Susan?

¿Sería capaz de dañarla?

—Ven... Los niños están cenando. Ven a la cocina —pidió sujetando su mano.

Alex dio un suave tirón y la envolvió en sus brazos, recorrió toda su espalda pegándola por completo. Sin decir ni una palabra, se cobijó en su cuello. Inspiró el suave aroma a rosas y disfrutó del maravilloso efecto que experimentó en su cuerpo al reconocer a Susan como parte de su hogar. Dio un beso muy suave en el lóbulo de su oreja y se separó despacio.

—Vamos, te sigo —susurró encaminándola hacia la puerta de la cocina.

Se sentó a la mesa tras saludar a ambos niños y se integró al instante en la perfecta rutina de cada noche. Apenas cenó, no tenía apetito, sentía una calidez en todo su cuerpo, una plácida sensación que se extendía hacia Susan y los niños, envolviéndolos a los tres y uniéndolos a él. Subió con ellos a la habitación, los besó, los abrazó y les dio las buenas noches, después salió y los dejó solos.

Susan, sentada al borde de la cama, leía en voz baja un cuento a sus hijos. No podía dejar de pensar en Alexio. Su inquietud la había contagiado. Él siempre la trataba bien, siempre era correcto. Durante el día, entre ellos, sólo había palabras, en cambio cada anochecer, se convertían en amantes. Ambos daban rienda suelta a su pasión y se dejaban envolver por el misterio que crecía entre ellos a lo largo del día.

Los niños ya estaban dormidos, Susan dejó el libro sobre la cómoda y salió sin hacer ruido.

—Alexio... ¿Qué haces ahí?

—Te esperaba —susurró. Estaba sentado en el suelo del pasillo con la espalda apoyada en la pared.

—¿Qué sucede? —preguntó a la vez que le tendía la mano.

—Nada. Sólo que no me apetecía alejarme de ti —se levantó y la tomó en brazos. Sin dejar de besarla caminó con ella hacia la puerta de enfrente.

—Alexio... Pareces... ¿Te encuentras bien?

—No —susurró entre beso y beso.

—Alexio, ¿qué te pasa?

Se quedó mirándola en silencio. Repasó los preciosos ojos color avellana, la forma puntiaguda de la nariz, los enrojecidos y carnosos labios todavía humedecidos por los besos.

—Yo... Estoy encantado de estar contigo, Susan. Me encantas.

—Y tú a mí, pero, ¿estás bien?

—Estoy mejor que bien. —Atrapó su boca en un beso voraz mientras se dejaba caer sobre la cama. Prácticamente con un sólo tirón se libró de su pantalón y de las bragas y moviendo su pierna entre las de ella, se deleitó con el gemido que escapó de su garganta.

—Me encantaría que tuvieses menos ropa —susurró ella desabrochando su cinto.

—Estoy totalmente de... acuerdo... contigo... —Alex se contorsionaba para deshacerse de la ropa sin dejar de besarla.

Susan se subió a horcajadas sobre él aplastándole el pene con su pubis. Alex gimió cuando ella se deslizó hacia adelante y arqueándose, lo introdujo en su cuerpo.

—Susan, espera, déjame quitarte... —Sujetó su camiseta para sacársela por la cabeza.

—¡Oh! ¡Por Dios! ¡No puedo! No puedo esperar —susurró sin dejar de moverse sobre él. Con las palmas extendidas sobre su pecho, movió sus caderas hasta que un intenso placer se extendió por todo su cuerpo y la dejó devastada sobre el pecho del hombre.

—Me gustas tantísimo —susurró en su cabello. Cerrando ambos brazos alrededor de su espalda, giró hasta quedar sobre ella, se arrodilló sobre la cama y se irguió llevándola con él—. Quítame la camisa.

Susan lo miró a los ojos. Le dio un beso muy suave en la boca y se separó un poco para encargarse de los botones. Abrió la prenda totalmente a la vez que pasaba con suavidad las manos por los hombros. Besó ambos pectorales

desnudos. Ascendió hasta su garganta mientras gemía de placer por los pequeños roces que tenían lugar entre ellos. Agarró con fuerza los cortos cabellos de su nuca y tiró hacia atrás y con la punta de la lengua empezó a ascender por su cuello, hasta el lóbulo de su oreja, donde mordió con suavidad. Escucharlo gemir de placer era el afrodisíaco más poderoso y así empezó a deslizarse sobre él.

—No, Susan, no te muevas —pidió con la voz rota.

—Alexio...

—Por Dios, Susan, te he pedido que no... —Sujetándola por las caderas la embistió con fuerza—. Que no... —Volvió a embestirla. Ella gimió y soltó su pelo. La boca de Alexio la saqueó mientras acometía una y otra vez el cincelado cuerpo que se amoldaba tan bien al suyo.

Los dedos de Susan se clavaron con fuerza en su espalda. La mujer era maravillosa, le encantaba su expresividad, su contacto, su sonido y su sabor. La cambió de postura, sin dejar de penetrarla se tendió sobre ella. Lo único que quería era colmarla, que su cuerpo experimentase tanto placer como le fuese posible, que su alma disfrutase de tanto amor que le resultase inconcebible seguir su vida sin él.

La penetró en profundidad una y otra vez con la única finalidad de dárselo todo.

—Alexio... —ronroneó tratando de acercarlo más a ella.

—Susan... —Suspiró en su boca robándole el aliento.

—Alexio... —volvió a murmurar encogiéndose debajo de él.

—¡Por Dios! Susan... Eres maravillosa... —no pudo seguir hablando, necesitó de toda su concentración para soportar hasta el último espasmo de la vagina de Susan contrayéndose alrededor de su hinchado pene. Salió de ella con urgencia y se corrió sobre su vientre mientras ella lo abrazaba con fuerza y repartía besos por sus hombros y su cuello.

CAPITULO XXXIII

Bull agarró el tercer trozo de pizza y, de un manotazo, bajó la tapa de la caja de cartón. Malhumorado, volvió a recostarse en el sofá a la vez que levantaba ambos pies y los apoyaba en la mesita de centro.

Estaba jodido, estaba muy jodido. Su padrino no lo dejaba en paz. Lo llamaba por teléfono casi todos los días y, en la última semana, había aparecido en todos sus locales favoritos. No se había acercado, apenas lo había saludado, pero se había quedado allí, como una advertencia silenciosa, como un recuerdo incesante del poder que tenía sobre él.

—Cabrón... —murmuró con la boca llena.

No quería perder el tiempo, pero tendría que dar a su padrino alguna limosna, una prueba de que estaba dispuesto a cooperar e ir a un loquero a contar sus penas. Lo que fuese con tal de que lo dejase en paz. No podía seguir escondiéndose en su casa. Echaba de menos llegar al bar y que todo el mundo lo recibiese como a un personaje poderoso; un conde, no, un príncipe. Él era un príncipe y allí donde entraba dejaba su huella de esplendor. Todos lo saludaban con efusividad, las palmadas en el hombro, los brazos rodeando su espalda... Le encantaba. Le encantaba que lo trataran bien. Que lo respetasen. Pues él se daba cuenta de que un hombre sin respeto no era nada. Y él no quería ser nada. Nunca había soportado ser un don nadie. Le gustaba ser reconocido, le encantaba que todos lo mirasen al entrar. Le encantaba ver las caras de agradecimiento cuando le ponían las consumiciones delante como muestra de su bondad. El respeto, esa era la clave... A él lo respetaban y le encantaba.

Con la ennegrecida uña del dedo índice se sacó un trozo de chorizo que se le había quedado entre el colmillo y el premolar. Saboreó con gusto, era buena la comida de ese lugar y, además, a domicilio. Mejor para él. Mientras dudaba sobre si comer otra porción o dejar los cinco trozos para la cena, se metió la mano por dentro del pantalón y se masajeó los huevos.

Pensando en que hacía mucho que no estaba con una tía, se tocó la polla, quizá esa noche podría tener un poco de marcha. Sí, comería otro trozo, así no estaría pendiente de la cena. Irguiéndose hacia la caja, cogió otra porción y

mordió con ansias renovadas. Sí, le apetecía follarse a alguna, quizá a la camarerita de su local favorito, era buena mamándola. Acercó la mano para morder otro trozo. Olisqueó y arrugó la nariz. Se ducharía. Sí, sería lo mejor, ir duchado.

CAPITULO XXXIV

Las mujeres iban todas juntas caminando, charlando y mirando entre las distintas prendas. Cuando alguna veía algo interesante para ella o para alguna de sus compañeras se detenía toda la comitiva y juntas decidían si lo unían a las demás prendas para el probador o si no era válida para la celebración quedaba descartada y colgada de nuevo con las demás.

Dani había insistido en que su comadre y amiga África las acompañase, además de conducir y llevarlas a todas. La mujer estaba también invitada junto con su hija Eli al acontecimiento que Susan había organizado para celebrar el enlace de Isabel y Tita.

Había ido al restaurante donde Alex la llevaba a ella y a sus hijos cada vez que habían salido a comer desde que vivían en Vigo.

Se había reunido con los dueños, un matrimonio joven y agradable dispuesto a cooperar para que la cena fuese una gran fiesta.

Dani se acercó a un traje negro que estaba expuesto. Abrió la chaqueta y miró el interior, el forro era mate con listas brillantes como de raya diplomática, todo negro. Acercó la tela de una de las mangas a la cara, primero la olió y después la pasó por la mejilla.

—Éste... —murmuró colgándolo del brazo para llevarlo al probador.

Susan había observado todo el ritual, se colocó a su lado y le dijo.

—Es un traje precioso, pero estarás más guapa con un vestido.

—¿Yo? Seguro que sí... —se burló ella.

—No te rías. Buscaremos un vestido.

—Me río, sí. Y voy a ir con esto... —aseguró a la vez que adelantaba su antebrazo.

—Está bien, primero quiero ver cómo te queda.

—¿Ahora?

—Sí.

—Después iremos todas juntas al probador, ahora no me apetece.

—Está bien, busca algo más que te guste y ve con las dos opciones — insistió con un gesto neutro en el rostro.

—¿Algo más? —Dani miró a Susan como si estuviese loca. No entendía para qué necesitaba más ropa. Ella ya lo había decidido—. Voy a llevar éste.

—Vale. Bien. Ve al probador.

—¡Joder...! —exclamó en voz alta. Las demás mujeres la miraron pero ninguna le quitó la razón a Susan—. Está bien... —Caminó con resignación hacia donde estaban los probadores.

Le gustaba el color negro y le gustaban los trajes. No entendía que ello fuese un impedimento para nada. Se desnudó, agarró el pantalón y lo probó, le encantó el tacto y la caída de la tela, después se puso la chaqueta y sonrió a las demás mujeres.

—Ya estoy...

La Tita e Isabel entraron en primer lugar.

—Pero... ¿Te has probado el traje? —bromeó su madre.

—Ja, ja, muy graciosa, mamá. Pero la verdad es que me encanta.

—¡Qué guapa! —exclamó Susan entrando con África—. Te queda fenomenal —murmuró agachándose y encogiendo un poco los bajos del pantalón para que pudiese hacerse una idea—. Así, con un zapato de tacón estarás perfecta...

—Bueno —concedió—, si no es muy alto...

—Iré a buscar unos para que te los pruebes y te hagas una idea ¿qué número usas?

—Un treinta y siete...

—Fenomenal, ahora vuelvo.

—Te acompaño —se ofreció África y salió también dejando a las tres

mujeres dentro.

—Pero no tardéis. No quisiera estar aquí toda la tarde.

Las dos mujeres en seguida volvieron cada una con un par diferente. Dani se probó los dos y todos le recomendaron que se llevase los estilosos mules de color granate intenso, eran perfectos tanto para el traje como para una mujer como ella.

Susan volvió a agacharse para marcar con alfileres los bajos del pantalón.

El ambiente festivo del probador era fabuloso. Todas las mujeres se llevaban muy bien y estaban encantadas de poder haber salido juntas. Alex se había ofrecido a quedar con los tres niños y así las mujeres podían disfrutar de su tarde de compras sin prisa.

Susan recomendó a Dani que se quitase el pantalón con cuidado de que no se pinchase con algún alfiler. En cuanto lo sacó, la costurera lo dobló con destreza y salió en busca de una dependienta diciendo:

—Ahora vuelvo.

Daniela se quitó la chaqueta, volvió a rozar la tela con la mejilla y la colocó en la percha.

—Te esperamos fuera, hija —y las tres mujeres salieron del probador.

—Vale, como queráis —aceptó mirando los dos pares de zapatos que habían quedado cerca del espejo. Unos color crema muy bonitos y los granates que tanto habían gustado. Se giró hacia la puerta para ponerse su pantalón, pero el gesto quedó a medio camino, su ropa no estaba.

—¡Mierda! ¡Susan! —Abrió un poco la puerta y asomó la cabeza—. ¿Mamá? —Tanto su madre como la Tita le sonreían sin asomo de vergüenza—. Esto es una canallada...

—Nos ha parecido una idea interesante... —comentó Isabel tratando de contener una sonrisa.

—Venga, mujer, será divertido —añadió la Tita.

—De divertido, nada. Quiero mi ropa...

—Ten... —Susan apareció tendiéndole un vestido.

—¿Qué es eso?

—Póntelo.

—No tiene mangas ni perneras.

—Gracias a Dios...

—Oye, Susan, está bien que me la quieras devolver, pero yo no uso esas cosas... Tráeme algo con perneras y me lo pondré.

—Esta cosa es un vestido y tengo ahí tres más, pero éste es el que más me gusta. No es corto, no es escotado, no es ajustado. Es perfecto para... Salir del armario... —concluyó riendo.

—Yo no soy lesbiana...

—No era por eso... —trató de hablar entre la risas de las otras mujeres—. Ya sé que no eres lesbiana, pero en cierto modo... Sí eres un poco... Masculina...

—¿Y...?

—Y nada. Y seas o no lesbiana y seas o no masculina, puedes ponerte un vestido un día, ¿no?

—No me gustan los vestidos.

—¿Por qué?

—Porque me hacen sentir débil y vulnerable.

Todas dejaron de reír de repente. La Tita, muy seria, se acercó, la tomó de las manos y, mirándola a los ojos, susurró:

—Perdón.

—¿Qué? ¡No!

—Sí, perdón. Es culpa mía —confesó con los ojos humedecidos.

—Jamás. No es culpa tuya. Fueron las circunstancias.

—Yo... Pude haberlo hecho de otra manera...

—¿Cómo? ¿Encerrándonos en casa? —casi gritó indignada—. Tita, lo hiciste lo mejor que pudiste. No te culpes. Jamás. Te quiero muchísimo y no consentiré que te sientas así.

—Pero, Dani, lo de la ropa masculina...

—¡Shhhh...! No sigas... ¡Trae! —Arrancó el vestido de las manos de una estupefacta Susan—. ¿Cómo coño se pone esta cosa? —preguntó dándole vueltas y estirándolo en el aire.

—Te ayudaré... —ofreció la Tita secándose una lágrima. Abrió la cremallera que tenía en el lateral y le mostró el cuello y las sisas a la vez que la ayudaba a ponérselo.

—Estás preciosa... —murmuraron todas a la vez.

—Pues sí que lo estoy, tenéis razón. Me lo llevo.

Por un instante se hizo el silencio en el probador, apenas cinco segundos después prorrumpieron las risas y las exclamaciones de alegría. Todas volvían a estar contentas y felices. La Tita miró una vez más a su hija adoptiva.

—Te quiero muchísimo, Tita. No vuelvas a pensar eso.

—Yo también te quiero, hija.

En seguida devolvieron la ropa a Dani para poder seguir con su tarde de compras, pero el ambiente había cambiado, estaban más relajadas, más tranquilas y en cierto modo más liberadas.

Susan sentía cierto remordimiento, de algún modo valoraba que su broma había sido injusta y mal calculada. Sabía que la infancia de los dos hermanos había sido muy dura, pero jamás imaginó que tuviese una envergadura tan grande en la vida de la adulta Daniela. En cuanto tuvo ocasión se acercó a ella y se disculpó.

—Perdóname, Dani, no quería herirte.

—Susan... —murmuró rodeándole los hombros—. No ha pasado nada malo, al revés, me has dado la oportunidad de liberar a Tita. Nunca se me hubiese ocurrido que guardaba ese peso en el corazón.

—¿Me lo contarás algún día?

—Yo completaré la versión que te dé mi hermano. Mientras él no te cuente nada de su infancia, yo tampoco puedo hacerlo sobre la mía, ¿lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, de hecho no pretendía...

—Lo sé. Lo sé, pero sólo quería aclarártelo.

—¿Te pondrás el vestido para la cena?

—Me pondré el vestido para la cena, incluso, iremos a tomar una copa con él puesto.

—Dani... ¿Tienes una cita?

—He dicho una copa.

—¿Eso es una cita?

Por toda respuesta, Dani volvió a rodear los hombros de la costurera y caminó con ella hacia las demás mujeres.

CAPITULO XXXV

—¿Estás de coña? ¿Qué mierda haces aquí?

—Cuidado con esa lengua, mocoso, llevo más de dos semanas detrás de ti. Lo mínimo que debes hacer es tratarme bien, ya que sigues en la calle gracias a mí.

Bull apretó con fuerza ambas mandíbulas. «Maldito cabrón». «Aún encima debo darte las gracias». Pensó rabioso por la inesperada compañía.

Miró de reojo a los demás clientes del pequeño restaurante, hacía muy poco tiempo que había empezado a parar en ese sitio. Estaba ubicado un poco lejos del centro de Moaña y ni él ni su acompañante eran muy conocidos por allí. Había dejado de ir a sus locales habituales. Su padrino lo perseguía. Estaba harto de esconderse. Aburrido de comer pizza en el desayuno, pizza en la comida y pizza en la cena.

Observó al hombre que se acomodaba enfrente a él: su corto pero abundante cabello negro, la grande y gruesa nariz llena de pequeños volcanes y el fino bigote negro sobre el casi inexistente labio superior. Todo el conjunto estaba delimitado en su parte superior por las arrugas que bordeaban su frente como si fuesen los marcos de un cuadro. Y en la parte inferior tenía un pequeño y puntiagudo mentón que le daba forma de embudo a su cabeza, metiéndose en aquel ridículo y pequeño cuerpo que cuando no estaba de servicio vestía elegantes camisas blancas y finos pantalones negros de pinzas.

—¿Qué quieres? —siseó con los dientes apretados.

—De momento, comer. ¿Se come bien aquí? —preguntó mirando alrededor.

—Sí —afirmó con desgana—. Claro que se come bien aquí... —masculló mirando su plato.

—¡Buenos días! —saludó la camarera—. ¿Menú o carta?

—Carta, por supuesto —dijo mirando con atención al plato de su ahijado—. ¿Qué estás comiendo tú? Tiene buena pinta.

Bull resistió el impulso de tapar su comida con ambas manos. En vez de

eso, consiguió fijar la mirada en el pecho de su padrino e inspirando, contestó:

—Es un filete con patatas.

—Bien, pues yo quiero lo mismo, y rapidito.

—Sí, señor, ¿qué quiere beber?

—Agua... y bien fría —añadió antes de que la mujer volviese a preguntar.

—Muy bien, gracias —murmuró marchándose para atender a otro cliente del comedor.

—¡Joder! Y eso que le he dicho que tenía prisa —masculló girando la cabeza hacia su compañero de mesa—. Tengo cita para el martes que viene...

Bull soltó los cubiertos sobre el plato, cerró los ojos y, apoyando el codo derecho sobre la mesa, masajeó ambas sienes. «¡Mierda! ¡Ahora no! ¡Ahora no puedo desviarme de mis metas...! En cualquier momento me llamarán del juzgado para decirme dónde están Susi y los mocosos...». Pensó empezando a desesperarse.

—¡Vamos! ¡Menos teatro, muchacho! Me la habrían dado para antes, pero quiero ir contigo, y no tengo día libre hasta ese martes.

Bull cerró con fuerza su mano izquierda bajo la mesa. «Menuda mierda». Enfadado, impotente, furioso y frustrado, notó cómo un oscuro nudo empezaba a formarse en su pecho, cada inspiración era más difícil que la anterior, le escocían los ojos y la rigidez de su mandíbula le impedía emitir algún sonido.

—Vaya hombre, no pensé que me fueses a montar un numerito... Compórtate si no quieres que nos larguemos.

La voz de su tío lo devolvió a la realidad. Con ese hombre pisándole los talones nunca podría llevar a cabo su plan. En ese momento, necesitaba más que nunca su libertad. Tendría que pensar en algo con urgencia. Una manera de escabullirse, una manera de darle esquinazo. Le diría a todo que sí. Era la mejor opción. Fingir que estaba de acuerdo para que el viejo se relajase y, antes del martes, seguro que ya se le habría ocurrido una escapatoria. Aflojó la mano que tenía bajo la mesa, inspiró profundamente y, marcando una estirada sonrisa en su rostro, levantó la cabeza.

—Perdona, padrino, no era por ti. Es que estaba recordando algo que le pasó a un amigo.

—Ya, bueno, como sea. El martes a las once paso a buscarte.

—No hará falta, dime dónde es la consulta y...

—Estate en casa, iré a buscarte. —Su tono decidido no admitía réplica.

—Como quieras —aceptó por el momento. No le apetecía montar una escena en el restaurante. Se repasó los dientes con la uña del dedo índice, sin dejar de chupetear los restos de la comida que iba liberando. Agarró el tenedor y abrió bien la boca. Había un hueco que no alcanzaba, allá en la segunda o tercera muela, era la de siempre.

—Pero, ¿qué coño haces? Pide un palillo de madera o algo... —Su padrino desvió la mirada—. Joder. ¡Qué asco...! —exclamó con los ojos fijos en la cortinilla que cubría la ventana.

CAPITULO XXXVI

—Por Dios, Susan, estás... Estás...

—Dime, Alexio, ¿cómo estoy? —La mujer se había detenido en mitad de la escalera y con una coqueta sonrisa esperaba que él continuase alabando su imagen.

—Estás preciosa, Susan; sencillamente, preciosa.

—Muchísimas gracias. Teniendo en cuenta que no fue nada fácil escogerlo.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—No sé, dimos muchas vueltas, fue una tarde muy entretenida y Dani insistía en comprarse otro traje de pantalón, casi tuve que obligarla.

—Entiendo.

—¿Entiendes?

—Sí, bueno, mi hermana tiene un rollo raro con la ropa masculina.

—Bueno... —Recordó con claridad todo lo que había visto en el probador y la conversación que había mantenido con Dani a solas. Tenía muchísima curiosidad. Pero no era justo. No quería obligar a Alexio a que le contase cosas de su infancia si no estaba preparado—. En realidad, nos divertimos mucho. A mí no me importa que tu hermana vista trajes o sólo pantalones, pero aunque empezó como una broma, cuando la vi con un vestido pensé que debía ir a esta celebración lo más bonita posible. Además, creo que después tiene una cita.

—¿Que tiene una cita?

—Creo que sí.

—Eso sí que es raro.

Alex sonrió y no dijo nada más. Agradecía la paciencia y el cariño de Susan con toda su familia. Su hermana siempre había sido muy reservada. Podía pedirle cualquier favor, que hiciese cualquier cosa, pues ella había intentado

siempre ayudar a toda la familia de la mejor manera posible, pero nunca contaba nada de su vida privada. Bueno, en realidad, él tampoco había sido muy comunicativo. Pero sí creía que él tenía más disposición a expresarse que su reservada hermana.

—Ésta será la primera vez que vamos a salir de noche —susurró Susan casi a su lado—. Y será también nuestro primer acontecimiento familiar. Espero que salga todo bien. Los niños nunca han salido de noche.

—Claro que saldrá todo bien. Pero si no se divierten, nos vendremos enseguida. Podremos salir en otra ocasión.

—¿Te refieres a nosotros solos? ¿Tú y yo solos?

—Sí, la verdad es que no entiendo cómo no se me ha ocurrido antes. Creo que podríamos contratar una canguro una vez al mes y tener una noche romántica, una noche para nosotros.

—¿Sí? ¿Y en qué estás pensando?

—Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—No te preocupes, acertaré —aseguró recorriendo la sisa del vestido con el índice y el pulgar—. Estás muy guapa, muy muy guapa...

—Me gusta que te guste...

—En realidad... —susurró a la vez que la rodeaba hasta detenerse en su espalda—. Toda tú me gustas. —Le dio un beso en el cuello—. Toda tú... —repitió contra su nuca.

—A... Alexio... —tartamudeó mientras una intensa corriente sexual la recorría desde los dedos de los pies hasta el recogido que Marta le había hecho esa tarde en la peluquería—. Mmmmmm...

—Susan... —murmuró con los dientes apretados—. No ronronees... —pidió colocando ambas manos en su cintura—. Me dan ganas de llevarte arriba y...

—¡Shhhh...! —lo silenció a la vez que giraba en sus brazos—. Primero vamos a cenar. —Lo miró a los ojos, sonrió sin tocarlo, sonrió sin besarlo—.

Pero después...

—Me encanta... Me encantas... Adoro cada minuto que paso contigo...

—Y yo —aseguró ella.

CAPITULO XXXVII

—¿Cómo que has perdido la documentación? ¿Tienes once años?

—Padrino, no te pongas así. Está en el coche de un amigo.

—Bull, no juegues conmigo —advirtió el hombrecillo. Tenía los ojos rojos y surcados con unas oscuras y profundas ojeras, la tez morena de su rostro estaba sombreada por la espesura de una barba recién afeitada; la línea recta que formaba su boca bajo el pequeño bigote tenía un temblor en la comisura derecha—. ¿Has puesto la denuncia? ¿Cuándo ha sido?

—Que no la he perdido... —contestó con paciencia—. La tiene en el coche.

—Bull, ¿qué estás buscando? ¿Pretendes perderte la cita? ¿Estás distrayéndome?

—Que no, padrino. De hecho nos queda de camino. La furgó de mi amigo está aparcada en el paseo de Meira, en Samertolameu.

—¿Furgo? ¿Pero qué coño andáis haciendo con una furgó?

—Éramos muchos, salimos de fiesta todos juntos y él se ofreció a llevarnos sin beber en toda la noche.

—¿En serio?

Bull afirmó con la cabeza tratando de mantenerse sereno. Había ensayado el discurso en su imaginación una y otra vez, pero no había calculado el mal humor de su padrino. En todo momento había pensado que su padrino estaría encantado sólo con que Bull entrase en su coche para ir a la cita con el condenado médico al que quería llevarle. Pero ahí estaba el viejo, mirando su enorme reloj plateado de pulsera y arrugando el ridículo bigote pensando en sabe Dios qué y sin arrancar el puto coche.

Bull se mordía el labio inferior a la vez que dominaba sus ganas de gritarle. La ansiedad por acabar con aquello lo recorría por completo. Advirtió el temblor de sus manos y, sin movimientos bruscos, las giró para esconderlas entre sus rodillas. No creía que su padrino se hubiese dado cuenta, pero de ser así, siempre podría decirle que estaba nervioso por ir al médico o al loquero

al que insistía en llevarle.

Después de tantos días sin saber qué hacer, después de tantas noches quebrándose la cabeza en sinsentidos, en una de sus rondas desesperadas de búsqueda por todo Cangas, sin quererlo, había hallado la solución.

Muy contento consigo mismo le había sido imposible pensar en otra cosa. Durante días, noches y horas completas había tratado de dar forma a un minucioso plan que se pondría en marcha en cuanto su padrino encendiese el coche.

El hombre miró de reojo a su ahijado, sabía que estaba tramando algo. Quizá pretendía escaparse de él. Cuando varios minutos antes había subido a su piso a buscarlo, en cierto modo, esperaba que se negase, o peor. Después de todo lo sucedido, había valorado incluso que hubiese podido escapar. En cambio no. Sus muestras de cooperación y su tranquilidad le parecían tan extrañas e inesperadas que se sintió incómodo. Sabía que maquinaba algo, pero no sabía el qué.

—Padrino, ¿a qué hora era el médico?

—A la una —contestó con cansancio.

—Falta más de una hora, sobra tiempo de parar a recogerla.

—¿Sobra tiempo? ¿Sabes a dónde coño vamos?

—Pues yo... ¡Joder! ¡Yo qué coño sé! El otro día dijiste que en Vigo... ¿Qué? A mí me da igual —ante el silencio que acompañaba a la mirada escrutadora de su padrino continuó con un tono conciliador—. Dijiste que buscarías a un médico... Yo confío en ti...

—¿Qué estás tramando, Bull? —Sin rodeos y con claridad miró los oscuros ojos que se ocultaron con rapidez bajo las pestañas y los largos bucles de la frente cuando su ahijado bajó la cabeza.

«Mierda, mierda, mierda...». «No puede ser...». «No. Otra vez no...».

—Mira, padrino, no voy a negarte que estoy muy nervioso. ¿Dónde me vas a llevar? ¿Qué tengo que decir al loquero ése? ¿Y si me denuncia? —preguntó a toda velocidad—. Será mejor que lo dejemos para otro día... —sugirió poniendo la mano en la manilla al ver que perdía su oportunidad.

—¡No! —soltó de pronto su padrino—. Supongo que sí, que es eso... Estarás nervioso. A ver, tú cuéntale más o menos lo que te pasa, que te enfureces y pierdes el control. Ya irás entrando en el tema poco a poco o respondiendo a las preguntas que él te haga. Pero ahora que tenemos la cita, vamos a ir —se apresuró a añadir.

Había faltado una hora al trabajo, se había escabullido antes de ir a recoger a su compañero y se había acercado a la consulta del viejo psiquiatra, pero no había podido hablarle en persona; el anciano estaba ocupado con un paciente. Tras una breve presentación a su secretaria, ya que no había ficha de paciente alguno, expresó su petición asegurando que se conocían desde hacía años. La mujer no podía saberlo y el psiquiatra había dicho que no recordaba de quién se trataba, pero aun así, había conseguido una cita. Tenía que ayudar a su sobrino de alguna manera. A medida que pasaban los días crecía en su interior la terrible sensación de que había obrado mal; de que había cometido un error.

Un error que cada noche se instalaba en su pecho, un error que cada día entrecerraba sus ojos un poco más, un error que le quitaba el sueño. Era el error que, sentado a su lado, se movía en su asiento como si tuviese piedras en el culo.

Lo había sopesado todo, había perdido algo más que horas de sueño preocupado por el siguiente paso. Sin atender a ninguna otra posibilidad más que a prestar su ayuda, se decidió por el médico que creía adecuado. Había recordado al viejo psiquiatra que había colaborado como perito en varios casos bastante antiguos. Había tenido que llevarlo en el coche policial a distintos escenarios y durante ese tiempo habían hablado de muchísimas cosas. Se habían caído bien. Incluso ya entonces le había pedido consejo sobre cómo tratar a su voluble ahijado, ya preocupado por sus salidas de tono y por su constante propensión a la violencia.

Ya no cooperaban, hacía años que no le veía, pero no conocía a nadie más. No podía contar a otra persona lo que había hecho. No estaba ni seguro de que el viejo psiquiatra lo entendiese. Pero tenía que intentarlo. Buscó en los archivos de la policía sus datos de contacto, lo llamó por teléfono y, tras refrescarle la memoria para ver si lo recordaba, le relató un breve resumen del problema en el que estaba metido y las personas implicadas.

Miró una vez más a su ahijado, la confusión de ideas en su mente respecto a

las equivocaciones cometidas no le impediría continuar con lo que había iniciado: Bull necesitaba ayuda y estaba decidido a no dejarlo en la estacada.

Tras una profunda inspiración, encendió el coche, puso el intermitente y con la mirada perdida en el retrovisor exterior izquierdo se incorporó al inexistente tráfico de la calle.

—¿Dónde has dicho que está tu documentación?

—Nos pilla de paso, padrino —contestó Bull con buena disposición—. Es en Meira, ya te aviso yo.

—¿Y qué día has dicho que saliste con esta gente?

—El sábado, no veas qué bien nos lo pasamos.

—¿Si? —La incredulidad en su tono de voz trajo a Bull de nuevo al presente.

Su padrino detuvo el coche de nuevo. Los ojillos del hombre, clavados en los suyos, analizaban cada gesto y algo le había chocado. La alegría de cuando arrancó por fin el coche dispuesto a recoger la cartera en la furgoneta no pudo ser disimulada. El hecho de que aquel hombrecillo se lo tomase todo con tanta calma era insoportable. Que el viejo no lo dejase tranquilo con la excusa de ayudarle se estaba convirtiendo en algo inviable. Su insistencia se había vuelto un dolor sordo que lo incomodaba y lo revolvía por dentro hasta sentir una impotencia que le llenaba desde el estómago hasta la boca.

Bull bajó los ojos temiendo que su padrino advirtiese la rabia que lo consumía, así, prefirió no mostrar sus cartas.

—Padrino, me estás ayudando mucho... —Todavía sentía la mirada clavada en él—. Si quieres... Si tú quieres... Dejaré de salir una temporada... —Eso funcionaría, tenía que funcionar.

—Bull...

—No, padrino, sé que he cometido muchos errores, pero te aseguro que voy a cambiar. Con tu ayuda... Yo... Podré empezar de nuevo...

Bull escuchó la fuerte inspiración de su padrino. Había dado en el clavo. Aquel hombre nunca le negaría su ayuda. Se quedó mirando sus manos, no

quería levantar la vista. Lo único que quería era que arrancase el puto coche de nuevo. Tenían que ir a la furgoneta, era absolutamente necesario parar antes de ir al loquero. De lo contrario, todo su plan se vendría abajo. Todo lo que había hecho hasta entonces carecería de sentido. Y había trabajado mucho como para permitirse que eso sucediese.

—Bull...

—De verdad, padrino, que quiero cambiar... —lo interrumpió a la vez que giraba levemente su cabeza hacia la palanca de marchas. De reojo advirtió que su padrino aferraba el volante con fuerza. Se lo olía, el viejo se estaba dando cuenta de algo. Suavizó el gesto de su rostro, apretó los ojos con muchísima fuerza y después levantó apenas la cabeza—. Ayúdame, padrino —suplicó.

Aquel muchachito de siete años, lloroso, desvalido y magullado apareció en el asiento de su coche.

—Vamos, pequeño, los hombres no lloran. Venga, dime qué te ha pasado. Cuenta a tu padrino: ¿qué son esos arañazos?

La criatura, al verse amparada por el adulto, lloró con más fuerza.

—Es que... Eran dos mayores... —Hipaba el pequeño Bull encogido sobre sí mismo.

—¿Mayores?

—Sí... —afirmó con la barbilla anclada en el pecho.

—Bueno... Bueno... —Dudó mientras murmuraba—. Te llevaré a un sitio... Te enseñaré a defenderte... ¿Vale? ¿Tú quieres aprender a defenderte?

Los brillantes ojos del pequeño se habían fijado en los suyos, afirmando con decisión mientras se limpiaba la nariz con la manga de la chaqueta. Con una breve sonrisa le acarició la cabeza y removió los cabellos.

— Venga, nos vamos. —Arrancó el coche y lo llevó al gimnasio de un amigo suyo.

Allí había niños de todas las edades y alguna niña. El hombre había hablado con su colega y había inscrito a Bull en una clase. El miércoles por la tarde era el día que él lo recogía, ya que su hermana y su cuñado trabajaban hasta el

anochecer y no había actividades extraescolares en las que colocarle.

El cambio fue total. El muchacho, aunque apareció magullado varias veces más, había dejado de llorar, había dejado de estar triste. Sabía defenderse y eso era lo que contaba.

Cada miércoles su padrino lo dejaba en la puerta del gimnasio, unas veces entraba y veía las clases, otras se iba a tomar una cerveza mientras valoraba orgulloso el acierto de enseñar al niño a dar unos mamporros.

Al año siguiente, el crío pidió ir todos los días diciendo que le encantaba y que quería ser mejor. Su padrino, valorando que tenía un gimnasta en la familia, fue a hablar con el instructor.

Las palabras de su amigo lo tomaron por sorpresa. Su sobrino era un niño muy agresivo, tenía un carácter muy inestable que estallaba a la menor provocación. A los más pequeños del grupo les daba auténticas palizas cuando les tocaba en pareja y con las chicas se sobrepasaba tanto que habían ido dejando las clases a las que asistían. Unas habían cambiado el día del entrenamiento, otras lo habían abandonado. El profesor no podía darle la espalda mientras el muchacho estaba en el gimnasio. El padrino no daba crédito, sin duda, el instructor estaba exagerando. ¿Cómo podría aquel niño enclenque ser un abusón? Sí, se había metido en algunas peleas. Sí, había solucionado cosas a puñetazos, pero no todo era por su culpa. Además, en los colegios, las peleas eran algo habitual y los niños debían aprender a defenderse.

Miró de nuevo a Bull, en aquel instante, su sobrino seguía con la cabeza gacha, sin moverse, sin apenas respirar. No era culpable de su ignorancia. No podía culparlo por no haber podido adaptarse a un mundo de marginación y violencia. Si se había defendido de forma incorrecta, al menos lo había intentado. El anciano que había asesinado debió de haberlo hecho enfadar mucho para que las cosas terminasen así.

Encendió el coche sin decir más, se dirigió a la zona del paseo de Meira que le había indicado su sobrino.

Una furgoneta grande y blanca estaba aparcada bajo los árboles con algunas de las ramas apoyadas en el techo.

—Aparca al lado, padrino.

—No necesito aparcar, coge la cartera y vámonos.

—Es que tienes que alumbrarme, no tiene luz interior.

—¿Cómo no...? —Miró de nuevo el vehículo—. ¿Estás diciendo que fuisteis en esta mierda todos tirados detrás? —Bull asintió con un ligero temblor en la mandíbula.

—No pasó nada, conducía despacio y sin beber...

—Si os hubiese parado la Guardia Civil la habríais pintado bonita, muy bonita, sí señor... —acabó murmurando para sí mismo—. Venga, coño, entra y acaba.

Bull salió del coche de mala gana, rodeó la furgoneta tirando de todas las puertas, a sabiendas de que no se abrirían, sólo para ver si su padrino se cansaba y salía del coche para apurarlo. Pero no, el viejo seguía esperando en su asiento, imperturbable.

Al fin se fue a la parte trasera de la furgoneta. Abrió una de las puertas, miró al interior, estaba todo oscuro y perfecto, tal como él lo había dejado.

—Padrino... Padrino, tienes que ayudarme, no se ve nada, trae tu móvil.

Por un instante aquellos ojillos se clavaron en los suyos. Bull tuvo la impresión de que lo sabía. De algún modo su padrino sabía lo que iba a hacer. El hombre, con toda la calma del mundo, agarró su teléfono, encendió la linterna y finalmente salió del coche.

—Vamos, Bull, acabemos con esto de una vez...

—Será sólo un segundo —aseguró caminando delante y, subiendo a la caja de la furgoneta, le tendió la mano a su padrino para ayudarlo a subir—. Está por aquí...

El hombre asió la mano del sobrino, subió al vehículo e iluminó el interior...

—¡Pero qué coño! ¿Habéis ido de marcha en esta furgoneta? —preguntó recorriendo con la linterna todas las estanterías de madera que contenían martillos, puntas de varios tamaños y escuadras—. ¡Pero si es un taller de

carpintería! ¿Cuántos habéis dicho que erais? —interrogó iluminando a su sobrino.

El brillo del acero inoxidable lo cegó. La mortal puñalada que se incrustó en su pecho lo dejó inmóvil. El teléfono cayó al suelo con la pantalla hacia abajo. Con la linterna todavía encendida, Bull advirtió que su padrino tenía los ojos más abiertos que él hubiese visto nunca. En una mueca horrible de su boca, barbotaba sonidos ahogados en los que emitía saliva y sangre casi a partes iguales.

Bull corroído por la impaciencia y el alivio de que todo hubiese finalizado, encendió una bombilla en una llave lateral y mostró una sonrisa triunfal al moribundo. Por fin el viejo imbécil lo dejaba en paz. Ya era libre.

—¡Muérete ya! —exclamó dando un golpe a la empuñadura.

El veterano agente cayó de rodillas, sentía que se le iba la vida con un dolor atroz en el corazón. Su ahijado, su sobrino, aquel al que no había podido ayudar, le seguía sonriendo imperturbable.

Mareado cerró los ojos. La imagen de una joven de cabellos oscuros caminando con dos preciosos niños rubios uno a cada lado lo tomó totalmente por sorpresa.

—Perdón... —susurró con su último aliento.

—¿Qué? —Bull ya le había dado la espalda. Estaba desesperado por lo mucho que tardaban los viejos en morir e impaciente buscaba su cartera en la estantería donde la había escondido. Sacó también los trapos que había llevado para limpiarse las manos. Se quedó mirando al viejo, había dicho algo —. Menuda sorpresa te he dado, ¿eh? A ver qué dice el loquero ese ahora. — Arrancó el puñal del cuerpo casi inerte para limpiarlo, movió los pies hacia atrás apresurado, mucha más sangre empezaba a salir por la herida abierta.

—Joder, ¡qué asco! —Odiaba la sangre. Su color, su olor, su viscosidad y el asqueroso sabor. Lo había paladeado muchas veces, hasta que aprendió a defenderse. La odiaba.

Con un escalofrío asomó la cabeza fuera de la furgoneta. Deseando marcharse de una vez, rogó para que no hubiese nadie paseando cerca en ese momento. Acompañado por la suerte, puso por fin los pies en el suelo y

caminó con soltura por la acera. Llevaba el puñal envuelto en una toalla y pegado a su estómago por dentro de la camiseta. Esperaba encontrar un lugar adecuado para tirarlo mientras se dirigía al otro extremo del paseo donde había aparcado su coche. Bien lejos de la furgoneta, en el muelle, donde nadie pudiese relacionarlos.

Pensando en que todo le había salido a la perfección, sonrió, era muy inteligente. Lo había hecho todo de maravilla. Ya nadie interferiría en sus planes. Pronto, Susi y los mocosos estarían a su lado y eso nada ni nadie podría evitarlo.

CAPITULO XXXVIII

—Pero, pero, no entiendo... ¿Cómo va a poder llevarse a mis hijos a comer?

—Verá, Susan... —el abogado que había contratado Alexio intentaba explicarles la sentencia.

—No. No lo entiende, este hombre es un monstruo. No puede tener derecho a nada.

—Pero son sus hijos...

—¡No...!

—Usted... Ha dicho que sí.

—¡Sí! —bramó Susan desesperada—. ¡Porque no quería que sacasen sangre a mis hijos ni nada parecido! —justificó en voz alta—. Pero que los haya engendrado no le da derecho a...

—Sí... De hecho, sí...

—Vamos a ver —intervino Alex a punto de estallar ante los acontecimientos—. Ese cerdo ha maltratado a Susan desde hace años, prácticamente toda la relación se basó en el maltrato, por eso ella la finalizó...

—Pero no lo denunció... Y aunque lo denunciase, esta es una demanda de filiación en la que Susan se ha allanado... —Ante las caras de sus clientes siguió hablando para aclarar la situación—. Es decir, ella aceptó que él es el padre...

—¡Pero no es su padre!

La ira se apoderaba de ella por momentos. Temblando se pasó las manos por la cara con la intención de aclarar el torbellino de ideas que bullía en su mente.

—A ver... ¿Es o no es...?

—Mierda... —cortó Alex la interrogativa del abogado—. ¿Vamos a estar

así toda la tarde? ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cómo pretende que se lleve a los niños? Nosotros solicitamos visitas supervisadas.

—Sí, pero el fiscal considera que lo mejor para los niños es que pueda llevarles a comer, ya que es su padre... Y...

—Dios. Dios. Dios. Dios. —Susan volvió a sollozar con la cara escondida tras las manos—. Esto no puede estar pasando... —Negaba con la cabeza.

—Cariño —murmuró Alex posando la mano en su espalda—. Todo saldrá bien... —añadió sin convicción.

Igual que ella, llevaba semanas sin dormir. Desde que Bull había interpuesto una demanda de filiación en el juzgado, todo había ido de mal en peor. Tras averiguar su domicilio laboral, la citación no tardó en llegar. Y según les había dicho el abogado, las opciones de actuación eran dos: negarla y decir que su padre era otro y someter de ese modo a sus hijos a las pertinentes pruebas, a lo que Susan se había negado rotundamente; o aceptarlo y allanarse y solicitar mediante escrito un convenio de visitas en el que expusiese su criterio e incluso su carácter violento. Susan se había negado a percibir dinero y había rogado visitas en el centro, supervisadas por los profesionales.

Pero la respuesta del fiscal no se había podido prever.

Al fiscal no le había parecido adecuado y había solicitado que les recogiese a las once de la mañana para estar con ellos, que los llevase a comer y que los devolviese a las cinco de la tarde y además una pequeña pensión por cada niño.

—No lo entiendo... No lo entiendo... Es una persona horrible. No sabe tratar con ellos...

—Aprenderá.

Susan, furiosa, se levantó de su silla. Era absurdo que un abogado que no entendía sus miedos y necesidades defendiese a sus hijos. Alex se levantó a la vez, la sujetó por el codo y salió con ella. Se sentía responsable. Le dolía el corazón. Apenas podía respirar sin sentir pinchazos en alguna parte de su pecho. El sufrimiento de la mujer que tanto amaba era tan físico, tan visible y tan manifiesto que empezaba a temer por ella. Sus hijos, los dos niños tan

maravillosos a los que ya amaba como suyos, tenían que ir con aquel despojo del que tanto esfuerzo les había costado mantenerse alejados.

Al final, no había servido de nada. Susan no se había equivocado. Tanto esfuerzo para nada.

Bull era como un perro y Susan era el hueso.

CAPITULO XXXIX

Alex, con el teléfono en la oreja, miraba la pantalla del ordenador y esperaba que le respondiesen mientras leía los servicios que se ofrecían: vigilancia, escolta e investigación. No estaba seguro de si podrían ayudarles, pero había decidido acudir a una entrevista. Tenía la sensación de que la situación se le escapaba de las manos sin que pudiese hacer nada para evitarlo.

Alguien dio dos toques en su puerta y la abrió sin esperar a que le diese tiempo a responder. Colgó con rapidez esperando que apareciese Susan, pero era Krysta la que entraba en su despacho cerrando a su espalda.

—Deja la puerta abierta, por favor.

—¡Oh! Pobre Alex... —ronroneó ella—. Tiene miedo de Krysta...

Las palabras de la mujer no le gustaron lo más mínimo, la camisa abierta mostrando casi todo el sujetador, tampoco.

—Abre. La. Puerta.

—Será una broma, ¿no? —preguntó ella melosa sentándose en el sillón de enfrente y cruzando las piernas en una exagerada pose en la que mostraba casi todo el glúteo derecho.

—Joder. Joder. Joder. Joder.

—¿Sí? Te gustaría, ¿a que sí? —preguntó inclinándose hacia la mesa.

Alex tomó aliento, incrédulo y agotado, incapaz de entender por qué aquella mujer no lo dejaba en paz. Trató de apaciguar las ansias de agarrarla por un brazo y zarandearla hasta la calle.

—Escucha, Krysta, no sé cómo decirte esto... —Agarró su teléfono, accionó la cámara de video, enfocó a la mujer y siguió—. Krysta, ¿por qué has entrado en mi despacho?

La mujer cortó la sonrisa, descruzó las piernas con disimulo y se irguió en el sillón.

—¿Qué? Es que... Tenía que hablar contigo sobre los alemanes... han dicho que no van a venderte la pintura.

—Yo no estoy interesado en comprarles pintura, pero gracias. ¿Algo más?

—Sí, que dejes de grabarme.

—Dejaré de grabarte cuando estés en el pasillo. La próxima vez que tengas que hablar conmigo, telefonéame por la línea de la empresa. O llámame a mí a tu despacho. No vuelvas a venir aquí a nada —Apenas habían cruzado tres palabras fuera de una reunión o en cualquier contexto que no tuviese que ver con el trabajo. Tras la tarde del falso virus en la que había tratado de embaucarle, dejó incluso de mirarla cuando se cruzaba con ella.

—Muy bien, como desees.

Salió tan envarada como pudo y cerró dando un portazo. Sólo entonces dejó de grabarla.

CAPITULO XL

Alex, cada vez más preocupado por las circunstancias, había pensado pedir ayuda en una agencia de investigación. Finalmente, la insistencia de Bull había dado como fruto una notificación del juzgado. Había iniciado un proceso de filiación diciendo que los pequeños de Susan eran suyos también. El abogado había resumido que no se podía hacer nada; si los niños eran sus hijos, tendrían que ir con su padre.

Alex no había querido resignarse, no se fiaba del sinvergüenza que tanto había sacudido sus vidas como para dejar a Leo y a Falco en sus manos. Aunque fuesen con él solo medio día. Adoraba a las dos criaturas y no iba a permitir que estuviesen a solas con Bull, por muy padre que pretendiese ser. Había buscado en internet varias agencias de investigación, había concertado citas y acudido a varias reuniones. La primera le había gustado, aunque sin convencerle totalmente. La segunda no le ofrecía confianza. Había anotado una tercera especializada en escolta y vigilancia; no era eso lo que buscaba, pero ante el resultado de las anteriores, había concertado una cita.

Llegó a una de las calles que conectaban con la Travesía de Vigo, encontró el edificio con facilidad. La puerta estaba abierta, subió al primer piso y presionó el timbre. Una mujer alta y rubia lo recibió en la entrada y tras acompañarlo dentro, le pidió que tomase asiento en una de las sillas de la sala de espera privada. Salió cerrando la puerta. Alex miró todo a su alrededor, había varias sillas acolchadas de cuero negro y ensambladas en unos marcos de brillante acero inoxidable. En el centro había una mesa cuadrada de metacrilato con varios montones diferentes de revistas, incluida la prensa del día. Satisfecho, se recostó en la silla, le había gustado la privacidad que le habían ofrecido. Tanto para él como para cualquier otro cliente que ya estuviese dentro o que pudiese llegar después. En ambas entrevistas anteriores lo habían hecho pasar para hablar quizá con el que era el jefe y éste le había instado a que contase su problema de la forma más impersonal posible.

La mujer alta y rubia que parecía ser la secretaria fue a buscarlo, lo condujo por un pasillo bien iluminado pero en el que todas las puertas estaban cerradas. Al fin, dio dos toques en una y desde el interior una voz masculina los invitó a entrar.

—¡Buenos días! —Un hombre muy moreno y tan grande como un armario se acercó tendiéndole la mano.

—Hola, buenos días.

—Yo soy Xabier Dacosta. Bien, dígame, señor Rocha, ¿cómo podemos ayudarlo? —preguntó mientras le señalaba uno de los sillones para que tomase asiento.

—Ya... Verá... —Alex se quedó un instante perplejo. En ambos lugares a los que había ido le habían preguntado cuál era su problema. Y él se había sentido incómodo, muy incómodo, pues no quería explicar a dos desconocidos que se había enamorado de una mujer y de sus dos niños pequeños. No podía decirles que, de pronto, su corazón le pertenecía a ellos. No podía. No creía que lo entendiesen. Y tampoco los conocía de nada. ¿Y si Bull los perseguía hasta ese punto? ¿Y si contactaba con las agencias y averiguaba sus planes? «Maldito Bull». Pensó enfadado. Sí que se había puesto muy pesado—. Verá, yo... Mi novia... Mi novia tiene dos niños pequeños... Ella... Ella siempre se ha considerado madre soltera, los niños no están reconocidos por su padre, pero lo que sucede es que desde que yo estoy con ella, ha estado molestándonos constantemente, incluso de forma violenta. Nos marchamos de su casa a la mía e, incluso así, se las ha apañado para encontrarla. Ha puesto una denuncia en el juzgado y se ha iniciado un proceso de filiación... Y desde ahí la localizaron... Esto es una pesadilla... Es un hombre horrible... —Alex se miró las palmas de las manos. No podía soportar pensar que finalmente no los había puesto a salvo. Tras el breve resumen esperó que el hombre hablase.

Xabier Dacosta, sentado enfrente, había permanecido en silencio, expectante al relato de su posible cliente. Siempre dispuesto a confiar en su intuición, nunca iba al grano. Prefería que las personas se mostrasen a sí mismas con la única intención de asegurar que su petición tenía sentido.

—¡Un momento...! —exclamó Xabier de pronto —. Yo lo conozco... —Se enderezó en su silla—. Yo te conozco... —Lo escrutó sin disimulo—. Esos ojos... Nunca los olvidaré... Tú... Usted... Tú eres aquel muchacho del barrio... Eres... —Chascó los dedos mirando hacia la derecha—. ¡Eres Alex!

—¿Y tú eres Xabier? ¿Aquél Xabier? Vaya... Menuda sorpresa... —añadió casi sin ánimos.

Xabier volvió a ponerse en pie, rodeó la mesa y le dio un abrazo.

—¡Pero hombre! ¡Cuánto tiempo! Qué alegría verte de nuevo, éramos niños la última vez.

—Sí, bueno, sí. —Tragó saliva recordando el miedo que había sentido ese día. La mano de Xabier en su hombro, apretando amigable, lo instó a volver al presente.

—¡Vamos! Cuéntame tranquilamente todo lo que sucede, desde el principio, a ver si te puedo ayudar.

Alex bajó la vista al suelo esperando que desapareciese la humedad de sus ojos. Solo su madre, la Tita y su hermana sabían de su pasado. Nunca le había contado nada a nadie. Nunca había tenido la confianza suficiente. En ese momento, aquellas palabras eran como un bálsamo suave y calmante para su herida abierta. Un atisbo de esperanza lo hizo levantar la cabeza. Miró a Xabier agradecido. No esperaba encontrar tanta comprensión ni a un amigo en aquel lugar.

CAPITULO XLI

—Venga, niños, sentados ahí —indicó Bull a los pequeños.

Ambos niños obedecieron al instante, sus caritas desoladas miraban a su alrededor buscando un rostro amigable o, al menos, algún consuelo para su situación. Sentaditos, muy pegaditos el uno al otro, no podían más que sujetarse de la mano.

—¡Eh! Quietecitos sin moveros. Tú, ponme una cerveza, como siempre.

—Vale —obedeció la camarera agachándose—. Y a los niños, ¿les pongo algo?

—Agua del grifo.

—¿Agua del grifo? ¿Estás tonto? Perdón —se disculpó con rapidez ante su falta de respeto al insultar a un cliente. Agarró una botella de agua de la estantería y dos vasos pequeños, se acercó a la mesa y repartió el líquido—. Aquí tenéis, un poco de agua...

Los pequeños bajaron la mirada. Todavía no entendían por qué estaban allí.

—¡Eh! ¡Tú! Cámbiame esto —gritó Bull dejando un billete azul sobre la barra.

—Madre mía, Xabier, están asustadísimos, ¿de verdad que no podemos hacer nada? —preguntó Pilar bajando los prismáticos y mirando a su marido.

—No, nena, lo siento; de momento, no. Acaban de llegar. No hace ni una hora que están con él.

—Yo creo que cinco minutos ya son muchos. Voy a tomar un café.

—¿Qué? ¡De eso nada! —exclamó sujetándola del codo—. Tienes que aguantar. También a mí me jode muchísimo, pero si intervenimos ahora, todo el plan se irá a la mierda.

—¿Sabe Astrid que están aquí? Me extraña que haya permitido esto.

—Ya tienen abogado.

—¿Y por qué no la has llamado a ella?

—Porque no me han dado opción. Además el cliente ya venía con la sentencia.

—No entiendo esta ley que permite que los niños vayan con un hombre que no conocen. Por muy padre que sea...

—A ver, nena, si es el padre...

—Un padre no se hace con un análisis de sangre. ¡Y tú lo sabes!

—Pilar, cariño, nos han contratado para ayudar, para cuidarles. Lo haremos lo mejor posible, ¿vale? No les pasará nada.

—Es que me parece tan injusto que por un lazo de sangre tengan que...

—A ver, nena, no pienses más en eso... La madre antes de someter a las criaturas a cualquier tipo de análisis o estudio ha aceptado que ese tipo es su padre, pero también saben que lo que este despojo pretende es llegar hasta ella. No han querido escapar más, nos han pedido ayuda y eso es lo que vamos hacer, ayudar.

—¿Nada más? ¿Ayudamos aquí sentados?

—Lo siento. De momento, tiene que ser así.

—¡Maldita sea, Xabier! ¿Por qué me has pedido que te acompañara?

—Lo sabes de sobra.

—Pues refréscame la memoria porque yo no me apunté a una vigilancia para sufrir así.

—Lo sé... —Xabier levantó los prismáticos y los paseó por el pequeño local. El hombre toqueteaba los botones de la máquina tragaperras sin sacar los ojos de los rodillos. Hipnotizado por las luces, embobado por el sonido que hacían las monedas al caer. No había vuelto a mirar a los pequeños que por fin parecían decirse algo entre ellos. Bajó los prismáticos a su regazo, Pilar alargó la mano, pero él fue más rápido poniéndolos lejos de su alcance —. Será mejor que leas un poco —sugirió sacando una novela de la guantera.

—Como quieras... —rosó cogiéndola de mala gana—. Pero antes de una hora voy a ir a tomar un café y nadie me lo va a impedir.

—También lo sé... —suspiró resignado volviendo a enderezarse para observar el interior del bar.

—¡Eh! Cámbiame aquí... —berreó llamando la atención de los pequeños a la vez que soltaba un billete verde sobre la barra—. Y ponme otra cerveza...

—Como sigas así, me vas a dejar sin cambio.

—Pues ya puedes ir a buscarlo donde te dé la gana, porque no pienso parar hasta que salga el gordo.

—¿Y los niños? ¿No van a comer?

—¿Qué? ¿Comer? Ponle aceitunas y patatillas.

—¿De comer?

—¡Oye! Haz lo que te digo si sabes lo que te conviene...

Bull se quedó mirando a la mulata que había en la mesa de al lado, lo estaba fulminando con la mirada.

—¿Qué?! —Con satisfacción se dio cuenta de que la mujer bajaba la cabeza y manoseaba dentro de su bolso. «Eso está mejor, mucho mejor... ¿Quién te crees que eres para juzgarme?». La había mirado con desafío y valentía para asegurar su supremacía. No soportaba que lo cuestionasen y menos una mujer en un bar.

—Casualmente tengo una libreta y unos bolígrafos. ¿Podría darles unas hojas para que pintasen? —le preguntó ella—. Así estarían entretenidos.

—Como quiera... —contestó sin mirarla.

—Hola, niños, soy Pilar. Yo también tengo dos niñas, aunque son un poquito más mayores. Ellas jugaban mucho juntas cuando eran pequeñas, así no se aburrían y como siempre se tenían la una a la otra, tampoco pasaban miedo. Bien, yo me tengo que marchar ya... —susurró tragando saliva—. Pero os dejo unas hojas para que dibujéis en ellas. Coches, casas, árboles, flores,

nubes... Lo que queráis. Volveré más tarde a tomar otro café, si todavía estáis aquí, me podéis enseñar lo que habéis hecho, ¿sí?

Y haciendo un enorme esfuerzo por no tomarlos en sus brazos, salió del local sin despedirse.

CAPITULO XLII

—¿Cómo estarán los niños?

—Bien.

—¿Bien? ¿Cómo estás tan seguro?

—Susan, Susan, ven, escucha. Nunca les hará daño. Los llevará a comer algo y después al parque.

—Pero...

—Ven, cariño, comamos algo. Enseguida darán las cinco e iremos a buscarlos. Tranquila, ¿vale?

La mujer bufó en su pecho. En los últimos dos meses, su situación había cambiado drásticamente. El pequeño paraíso en el que habían vivido había desaparecido. Maldito Bull. Lo odiaba. Lo odiaba con toda su alma. Pero el abogado que había contratado Alexio había dicho que no había escapatoria. Era su padre y como tal, tenía derechos, así que había sugerido que se los dejaran ir y que muy probablemente se cansaría de ellos a la segunda visita.

Susan había tratado de explicar que no estaba de acuerdo, que aquel hombre sólo quería hacerles daño, y que todo lo que le había dicho al juez era mentira. Él no quería hacer de padre, él quería dañarla a ella.

Alex la entendía perfectamente. La quería y a sus hijos también. Pero sabía que no tenía otra opción. Susan había acatado la orden del juez a regañadientes, no podía huir. No podía hacerle eso a sus hijos, y de algún modo, tampoco a ella misma. Y como pudo, se lo explicó. Tratando de no llorar, tratando de no mostrar el miedo que sentía, comunicó a sus hijitos que tendrían que ir a pasar medio día con un cuasi desconocido que no tenía ni idea de cómo tratar con niños.

—Ven, cariño, comamos algo —la animó tirando de ella hacia la cocina.

—No tengo hambre, Alexio, lo siento. No puedo estar quieta. Por favor, come tú mientras yo doy un paseo por el jardín. No puedo... No puedo...

Alex la acogió con suavidad. La estrechó contra su pecho rodeándola por la espalda mientras ella lloraba. Sin decir ni una palabra la acunó pegada a su cuerpo a la vez que le masajeaba el cuero cabelludo con las yemas de los dedos. Tras unos minutos, los sollozos amainaron.

Alex la tomó en brazos y la llevó hasta la mesa de la cocina donde la depositó con suavidad y tras darle un corto beso en los labios, la dejó para ir hacia la nevera. Volvió con dos cuencos, dejó uno a cada lado y miró a Susan.

—Me encantas con camisa... —susurró en el lóbulo de su oreja—. Eres la mujer más sensual que he conocido.

—Alexio... —murmuró ella al sentir la lengua humedeciendo su cuello.

—Eres preciosa... —dijo mientras abría la camisa hacia ambos lados y devoraba su escote con la mirada—. Échate hacia atrás un momento, no quiero que nada nos moleste —pidió a la vez que la empujaba por los hombros con suavidad. Desabrochó el pantalón de pinzas y se lo quitó—. Me encantan tus piernas —murmuró ascendiendo desde su rodilla con la punta de la lengua.

—Tienes una boca absolutamente maravillosa.

—Es tuya, cariño. Mi boca es tuya... —susurró con voz ronca sobre su vientre.

Alargó una mano y sacó una fresa de uno de los cuencos, bordeó el encaje del sujetador sobre sus pechos y se la acercó a Susan a la boca.

—Muerde... —pidió con voz suave—. ¡Oh Dios! Adoro verte comer... —exclamó oprimiendo el pene contra su pubis—. La forma en que frunces los labios... mmmm... —Mordió el resto de la fruta que tenía todavía entre los dedos y se inclinó para besarla. Sujetó con fuerza sus caderas a la vez que la embestía con toda su dureza.

—Mmmmm... Alexio... —Susan se encogió de placer, lo rodeó por el cuello y le metió la lengua en la boca haciéndole ver su urgencia y la necesidad que había inflamado en ella.

—Espera, espera, Susan, sólo un poco —rogó separándose y alcanzando el otro cuenco, sacó un puñado de cerezas que dejó caer sobre su pecho. La mujer se estremeció debajo de él. Sonrió mientras con dos cerezas sujetas por

el rabito, recorrió su vientre, ascendiendo por el ansioso cuerpo hasta su boca entreabierta donde le ofreció las dos a la vez. Susan atrapó ambas y las masticó con cuidado.

—Joder, Susan, me vuelves loco... —Volvió a embestirla con fuerza, había decidido que ambos comerían la fruta mientras se provocaban mutuamente, pero en cuanto Susan le sonrió ya no pudo pensar en otra cosa. Abrió la cremallera de su pantalón casi sin separarse y conteniendo la respiración, entró en ella con urgencia, sintiéndose acogido al instante.

Susan inspiró aliviada cuando él la penetró. Le encantaba tenerle dentro.

—Alexio... ¿Qué sucede? —Él se había quedado mirándola, tenía una expresión en el rostro que ella no había visto nunca—. Alexio...

—Susan... Susan... Yo... Te quiero... —susurró al fin.

—Alexio... Ven... —Ella extendió ambas manos y acarició sus abdominales—. Ven —pidió de nuevo deseando borrar con besos el rictus amargo de su rostro.

Como si despertase de un sueño, su expresión cambió, pasó ambos brazos bajo sus rodillas para elevarlas y acercarla más a él y empezó a moverse dentro de ella.

—Sí, sí... —gemía Susan—. No pares... No quiero que pares. Me encanta. —Se mordió los labios y lo miró a los ojos—. Alexio... Yo...

El hombre se quedó inmóvil. Ella todavía no había dicho esas palabras. Él siempre se había sentido tratado con cariño, pero cuando supo que estaba enamorado ni siquiera la presionó para que ella le correspondiese. Había respetado su ritmo y en ese momento se sentía recompensado. Se inclinó sobre ella, tenía que besarla.

Susan rodeó su cuello con fuerza. ¡Por Dios! Cuanto lo quería. Era el hombre más maravilloso del mundo y en ese momento, era suyo. Era solo suyo. Acarició la lengua de Alexio con la suya y sin permitirle separarse ni un centímetro empezó a chupársela. Gimió al sentir sus ansias renovadas, al notar el placer devastador que se extendía desde su vientre hasta las puntas de los dedos de los pies.

Alex le soltó las piernas y colocó ambos antebrazos sobre la mesa, acarició los cabellos esparcidos y se separó de ella lo justo para preguntar.

—¿Estas segura? Lo de no parar...

—Segurísima —aseguró Susan elevando las caderas y rodeándolo por la cintura con ambas piernas.

—Te deseo tanto... —susurró en su oído sin dejar de embestirla una y otra vez. Podía notar las manos de Susan en su cuello, en sus hombros, rodeando su espalda y pegándolo tanto a ella que temió fundirse en sus brazos para siempre.

CAPITULO XLIII

—¡Vamos, Xabier! No lo soporto más. ¡Ya han pasado tres horas!

—Aguanta un poco más... Casi son las tres... —murmuró sin mirarla—. Dentro de... —El portazo de Pilar era una pequeña muestra del mal humor que la poseía en ese momento—. Mierda...

Pilar entró en la cafetería. Los pequeños tenían las mejillas coloradas, los ojos rojos y la carita desencajada.

—¿Qué hacen esas criaturas ahí todavía?

—Señora, métase en lo suyo.

Pilar ignoró el comentario, se acercó a ambos niños y el olor a orina terminó de encenderla.

—¡Por el amor de Dios! ¡Se han hecho pis! ¡¿No los ha llevado ni al cuarto de baño?!

—¿Pero qué dice? Déjeme en paz y lárguese.

—Voy a llamar a la policía —abrió el bolso y sacó el móvil, pero apenas lo había desbloqueado cuando el hombre, intentando arrebatárselo, le sujetó con fuerza la mano y se la retorció en la espalda.

—¡Bull! ¡Quieto! —gritó la camarera—. ¿Qué coño haces? Suelta...

Un hombre inmenso apareció en la puerta, agarró a Bull por la nuca con una mano, mientras con la otra hundía los dedos en su hombro, obligándolo a soltarla. Levantándolo en el aire, sujeto por el codo, lo empotró contra la máquina tragaperras.

—Tócala otra vez y tendré que matarte —advirtió—. ¿Estás bien, nena?

—¿Que si estoy bien? ¡Casi me rompe el brazo! Shhh... Shhh... Niños... No lloréis... No pasa nada... No pasa nada —susurró mientras los abrazaba—. ¿Has llamado a la policía? —Xabier asintió con la cabeza—. ¡Gracias a Dios! ¿Puedo darles algo de comer?

—Todavía no.

—¡Joder! Perdón. ¡Camarera! Unos zumos, por favor...

En cuanto llegó la policía, Pilar condujo su atención inmediata a los niños, era urgente llevárselos de allí, darles ropa limpia y algo de comer. La asistente social se mostró totalmente de acuerdo con ella; en menos de cinco minutos, ya estaban de camino al centro social. Pilar insistió en acompañarles, había querido hacerlo de todos modos, pero en cuanto ambos pequeños se sentaron sobre sus rodillas para ser abrazados y consolados, le fue imposible separarse de ellos.

CAPITULO XLIV

Alex volvía del cuarto del café hablando con la recepcionista. La mujer había preguntado por Susan y Alex no le había contado la verdad. Simplemente le había explicado, igual que a todo el que se había interesado por ella, que unas alergias la habían retenido en casa. Lo cierto era que desde la jugarreta de Bull, ella había insistido en pasar más tiempo con los niños llevándolos al colegio y recogiénolos después. África la acompañaba en todo momento, con su propia hija y su propio coche los llevaba a todas partes como una fiel compañera. Las visitas de Susan al trabajo se habían vuelto mínimas y esporádicas. Alex no la presionaba. Prefería que ella, a su manera, volviese a sentirse segura de nuevo.

Cuando llegaron a la puerta del despacho de Alex, la abrió para entrar y tanto él como la recepcionista se quedaron estupefactos cuando se encontraron con una desnuda Krysta sobre uno de los sofás.

—¿Pero qué coño?

—¿¡Alex!? —exclamó la sorprendida mujer. No esperaba que él apareciese con compañía. Cuando se dio cuenta de que la sirvienta Susan había dejado de acudir al trabajo, interpretó que podría recuperar las atenciones de su jefe. Así, casi desesperada, se había propuesto echar un polvo rápido en su sofá.

—¡¡Sal de mi despacho de una putísima vez!! —bramó tan encendido que no podía ni calcular sus gritos—. ¡¡Fuera!!

Entró con tres enormes zancadas, recogió todas las prendas de la mujer que estaban bien ordenadas sobre el escritorio y las tiró al pasillo. Después sacó su teléfono y llamó a la policía para informar de lo sucedido. Para entonces cada uno de los empleados, alertados por el griterío, ya habían visto a la mujer medio desnuda. Ella, ofendida, furiosa y deslenguada, emitía lo que parecían improperios e injurias ininteligibles a la vez que insultaba a todos los que se acercaban a mirar lo que sucedía. Alex, impávido ante los acontecimientos, con una sensación de cansancio y agotamiento recorriéndolo entero, paseaba por toda la planta mientras explicaba la situación para no tener que ver a la mujer delante. Su enfado aumentaba con cada segundo que transcurría al darse cuenta del lío en el que se habría metido si no hubiese

instalado una cámara en su despacho o, incluso, si no hubiese estado acompañado por la recepcionista.

La maldad de la mujer había ido en aumento y él, desconfiando, había optado por ser cauteloso. Pero incluso mientras compraba la cámara, o leía las instrucciones para su correcta instalación, se reñía a sí mismo por ser tan mal pensado o desconfiado.

—Esto... —Susan sostenía una carpeta de papel de color blanco. Alex había dejado sobre su mesa todo el plan de acción, los presupuestos y la documentación que había generado la vigilancia de la empresa de Xabier.

—Eso no es nada. Dame, lo guardaré.

—Pero... —balbuceó recolocando el bolso sobre su hombro—. Pero... pone mi nombre...

—Bueno, sí, pero no es nada importante, ven... Dame...

—Pero... Aquí dice que... ¡¿Cómo?! —Se quedó atónita con las hojas en las manos—. «Seguir y vigilar a Bull...». «Documentar todo con fotos...». «Teléfono de Asuntos sociales...». Pero... Pero... —tartamudeó Susan—. Pero, ¿qué has hecho?

—He hecho lo que tenía que hacer. Ese hombre iba a tener a los niños. Tenía que vigilarlo.

—No... No... No es eso... Me lo has ocultado... Habías trazado un plan... ¡¡Mis hijos estuvieron con ese hijo de puta!! ¡¡Sabías que estaba muerta de preocupación!!

—No sabía qué hacer, ¿vale? Yo sólo quería tenerlos vigilados. No me fiaba ni un pelo... Pero ya está... —dijo dando un paso hacia ella—. Ya ha pasado...

—¿Que ya ha pasado? —preguntó dando un paso atrás—. Tú me animaste a dejarles ir... Yo pensé que podía confiar en ti...

—Y puedes, Susan. Claro que puedes. Pero...

—No... —negó también con la cabeza—. Nunca te perdonaré que me lo hayas ocultado. Nunca te perdonaré que hayas puesto a mis hijos en peligro...

—¡¿Tu?! ¡¿Que tú nunca me perdonarás?! —exclamó furioso—. ¡No, cariño! Yo nunca me perdonaré haberlos puesto en sus putas manos por unas pocas horas. Pero estaban constantemente vigilados. Era necesario para

sacarse a ese cerdo de nuestras vidas.

—Me engañaste. Me entretuviste toda la tarde asegurándome que mis hijos estaban bien. Comí de tu mano. Hicimos el amor. ¡¡Y después los fuimos a buscar a Comisaría!! —gritó furiosa.

—Los niños estuvieron vigilados en todo momento —insistió—. No comieron, y lo siento en el alma; pero con una sola tarde de dolor nos hemos ahorrado años y años de sufrir y luchar contra ese hijo de puta. Él no los quiere, lo sabes. Lo sabemos. Sólo quiere dañarte a ti.

—Lo sé. Lo sé. Pero no te perdono que me hayas hecho esto.

—Me perdonarás porque me amas y yo te amo a ti. Ésos dos niños y tú sois mi vida. Os amo con locura. Y me perdonarás. Lo sé. Te quiero... Te quiero... —clamó en voz baja acercándose a ella.

—Tengo que irme —susurró corriendo hacia la puerta y rodeando el escritorio.

—Voy contigo.

—Necesito estar sola... —Las lágrimas nublaban sus ojos. Su corazón desgarrado y dolorido palpitaba en su pecho como un angustioso quejido, él ya había escogido bando. Antes incluso de que la cordura pudiese mostrar los hechos, el corazón ya había decidido y golpeaba con fuerza en la dirección contraria a la que corrían sus pies.

Llegó a la calle, el ajeno frenesí la pilló por sorpresa; doblándose sobre sí misma, se obligó a detenerse para tomar aliento. Aturdida, negaba con vehemencia una y otra vez. «No. No. No.». Aquello no podía estar pasándole en realidad, no a ella, no en aquel momento. Empezó a correr calle abajo en busca de un taxi. Tenía que recoger a sus hijos y marcharse lejos.

CAPITULO XLVI

—No, Susan, espera, así no... —susurraba la Tita.

—Por favor... —hipaba desconsolada—. Por favor... Habéis sido muy amables conmigo y con mis hijos, pero tenemos que irnos —aseguró tratando de salir de la cocina.

—Susan, espera... Podéis iros cuando queráis, pero así no... —repitió señalándola—. En ese estado... Tan nerviosa... Los asustarás, Susan, hazme caso. Cálmate un poco. Ve a hacer una maleta para unos días y después baja a recogerlos.

—Unos días... —murmuró para sí misma. Unos días, no, ella quería irse para siempre. No podía pensar en volver a ver a Alexio. La manera en que la había tratado... El modo en que la había manipulado... Se sentía engañada. No, algunos días no serían suficientes.

—Venga, sube, yo prepararé unos bocadillos para ti y para los niños.

—Bocadillos... —repitió embobada.

—Sí, algo para ir picando. Venga, sube... —la animó señalando las escaleras.

—Pero... No... Yo...

—Susan... Si te los llevas ahora, tal como estás, les causarás un daño terrible. Ellos son tu reflejo. Si tú estás bien, ellos estarán bien; pero si te ven mal, nerviosa, llorando, escapando... ¿Cómo crees que se sentirán?

—Pero no puedo quedarme aquí... Alexio... Alexio y yo...

—Todo se arreglará...

—¡No! ¡No se puede arreglar! —gritó yendo hacia la galería—. Niños —dijo enjugándose las lágrimas—. Nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿A dónde? —Ambos pequeños se habían detenido y la miraban desconcertados—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Me duele un poco la cabeza.

—Y, ¿por qué no te acuestas? —preguntó Leo.

—Porque nos tenemos que ir...

—¿A dónde?

—A dar un paseo... —consiguió susurrar. Las preguntas de sus hijos se le clavaban en el pecho como finas agujas de coser—. Ven, Leo, vamos; ven, Falco, dame la mano...

Leo avanzó hacia su madre, pero su hermano se quedó en el suelo.

—Vamos, Falco, ven... —El pequeño negó con la cabeza. Las lágrimas brotaron de los enormes ojos color avellana. ¿Cómo podía su pequeño negarse a ir con ella? Leo miró a su madre.

—¿Qué te pasa, mami?

—Nada... Ya te lo he dicho, me duele la cabeza.

—¿Y por qué no estás acostada?

—Porque tenemos que irnos... —insistió con los dientes apretados.

—Susan... —susurró Alexio tras ella—. No lo hagas, Susan... Por favor.

Los pequeños miraron a su madre y, pocos pasos por detrás, al hombre que tanto querían y cerca, a la anciana que con tanto amor los cuidaba cada tarde.

—¡Niños! —exclamó desesperada—. Va. Mo. Nos.

—Susan, ven, hablemos, ven... —La mano de Alex se cerró con suavidad sobre su muñeca. Tirando de ella hacia atrás, caminó sin prisa hacia la cocina. Los rostros de sus hijos se relajaron, bajaron la vista hacia los juguetes que tenían en las manos y continuaron con su letanía.

Susan, con el corazón partido en pedazos, sacudió el brazo y se soltó, se fue hacia la puerta de casa, agarró las llaves del coche en la mesita de la entrada y salió dando un portazo. Desesperada, se vio obligada a reconocer que sus hijos estarían bien atendidos. Mientras Alexio estuviese con ellos, no les faltaría de nada. En cambio, con ella... Una vida de miserias y pobreza en la

que ella misma había vuelto a meter al lobo que tanto trabajo le había costado sacar. Ella, desesperada por su soledad, angustiada por su necesidad. Ella, sólo ella había sido la que los había puesto en peligro. Desesperada por esa súbita toma de conciencia, arrancó a toda velocidad. Con los ojos llenos de lágrimas accionó el mando para que se cerrase de nuevo el portalón. No quería que Alexio la siguiera, necesitaba pensar y despejarse, necesitaba estar sola, en soledad.

CAPITULO XLVII

—¡Susan! —gritó Alex a la puerta de la casa ya cerrada.

—Shhh... Alex, cariño, espera...

—No, ahora no... —contestó sin mirarla—. No puedo esperar...

—Sí, hijo, claro que puedes. Necesita pensar... Necesita un poco de soledad.

—Pero... Yo... No quiero... No quiero dejarla sola... Yo... la amo.

—Lo sé, amor. Lo sé. Pero ella no sabe quién es... Ella necesita su espacio.

—Que no, joder. Que no puedo darle eso.

—Alex... Sus propios hijos se han negado a ir con ella... No la han reconocido... A ver cómo te lo explico...

—Es que está muy enfadada... Discutimos... yo hice algo que... Ella no me perdona... Yo...

—Da igual. Da igual lo que hayas hecho. Si lo lamentas, discúlpate. Si no, justificate, pero no vayas detrás de ella.

—Gracias, Tita, te quiero mucho.

—¿Y mamá? —preguntó Falco acercándose.

—Mamá... Mamá ha salido un ratito.

—¿Qué le pasaba?

—Ha tenido un día duro en... el trabajo. ¡Oye! ¿Y el superhéroe de la capa? Te he visto jugar con él, ¿te gusta?

—Sí —afirmó el pequeño sin convicción—. ¿Cuánto va a tardar?

—Poco... —susurró Alex.

CAPITULO XLVIII

—No me puedo creer la suerte que tengo... —tarareó Bull cuando arrancó detrás del pequeño deportivo amarillo.

Condujo a una distancia prudente, cada vez más satisfecho de sí mismo tras la maravillosa idea que había tenido.

—Susi, Susi, Susi... —canturreó sonriendo y meneando la cabeza satisfecho—. Has hecho mal en salir tú sola... Sí, sí, sí... Tú sola... —siguió entonando.

La mujer conducía hacia la costa. Él, detrás, no podía verla, pero sabía que su maromo no iba con ella y con eso le bastaba. Golpeó el volante con fuerza.

—¡Sí! —exclamó—. Me toca... Esta vez... Esta vez no te escaparás. ¡Joder! —Se echó hacia delante en el asiento y volvió hacia atrás. De nuevo se inclinó ansioso, mirando el vehículo que iba varios metros por delante, volvió a pegar la espalda y a enderezarse. Si Susi lo veía, se jodería todo el plan, pero ya no aguantaba más, necesitaba demostrarle a la muy puta que el que mandaba era él.

Había acudido al punto de encuentro para la reunión con los mocosos, pero lo que en realidad esperaba era poder verla, tenía la esperanza de encontrarla sola, acorralarla en una esquina y darle por fin a entender que ella nunca podría vivir sin él. Pero la mujer no había ido, ninguno de ellos había acudido a la cita impuesta por el juzgado.

Se había marchado furioso. Había recorrido Vigo sin saber muy bien cuál sería el siguiente paso que debía dar. Llevaba semanas sin dormir, días comiendo cualquier cosa, sin un euro en los bolsillos y todo por culpa de la pensión que retiraban mensualmente de su cuenta. Pero todo eso terminaría enseguida. Sin dejar de mirar el coche amarillo que iba bastantes metros por delante, sonrió satisfecho. Había tardado, pero por fin la había encontrado. Sola. Y todo gracias a los papeles del juzgado. Recordó de nuevo al viejo agente, la idea había sido cojonuda.

—Susi, Susi, por fin...

CAPITULO XLIX

Susan divisó la costa y sintió un alivio inmediato al darse cuenta de que había encontrado lo que buscaba. Había dejado atrás playas y pazos llenos de verdes jardines. La agreste y natural decoración del lugar la reconfortaron, provocando que las lágrimas volviesen de nuevo a sus ojos.

«Si yo hubiese asumido mi responsabilidad...». «Si yo hubiese aceptado mi situación...».

Sacudiendo la cabeza se reprendió a sí misma, los “hubiese” no solucionaban nada. Contaban los hechos y ella, muerta de miedo, había estado retrasando cualquier toma de conciencia y por supuesto cualquier acto que la llevase a salir de aquella esclavitud en la que vivía sumida. Sin darse cuenta de que las situaciones la perseguirían una y otra vez hasta que tomase la decisión adecuada.

—Alexio... —susurró. Recordó todas las dulces noches que habían compartido, reconoció cuanto le gustaba dormir en sus brazos. Cómo la hacía girar y después la atraía con fuerza y la abrazaba hasta pegar el pecho en su espalda. Le encantaba que pronunciase su nombre contra su oreja, contra su cuello, contra su cabello a la vez que la estrechaba y la pegaba cada vez más a él. En esos momentos ella se sentía tratada con cariño, amada y deseada.

Todo había cambiado en su vida. Todo. Ya no podía ver las cosas como antes, ya no podía esperar a que pasasen los días, ya no. Ella había cambiado. Ya no esperaba, se había convertido en una mujer que iba a por lo que quería. Sin darse cuenta. Poco a poco. El monótono transcurrir de los días había quedado atrás.

Tenía un trabajo y unos objetivos. Tenía planes y todo por hacer.

Inspiró con fuerza los efluvios salados de la brisa que entraba por las ventanillas, pasó por la zona del mirador, pero siguió adelante. Siempre había demasiada gente y las olas estaban demasiado lejos y ella necesitaba sentir el sabor salado del mar.

Condujo más tranquila. Darse cuenta de que no era la misma mujer de hace tres años o de hace cinco meses, ni siquiera la misma que había discutido con

Alexio diecinueve minutos antes, la tranquilizó. Sentía una paz y una plenitud por largo tiempo negada. Todo había mejorado, Alexio la había ayudado mucho, pero era su voluntad por avanzar, el acto de fe de no darse por vencida lo que le había procurado la fuerza de seguir y buscar su propio camino.

Un poco más adelante encontró justo lo que buscaba, un pequeño acantilado a su derecha. Como casi no había sitio para aparcar, decidió ir hasta la rotonda y dar la vuelta. Así quedaría el coche aparcado en la dirección correcta para volver a casa.

Se tranquilizaría un poco con el sonido del mar, pondría orden en su cabeza y volvería para hablar con Alexio.

Cruzó la carretera corriendo. Casi no había tráfico, pero ansiaba esa sensación de paz, esa emoción interna que el devenir de las olas provocaba en ella, haciéndola sentir viva, fuerte y valiente.

Pasó por encima de la valla y bajó a la roca más cercana. Se sacó los zapatos y siguió caminando para alejarse de la carretera, quería notar la espuma del mar en los dedos de los pies. Sonriendo, sintió las salpicaduras en la cara y cuello. Inspiró en profundidad y abrió los brazos para absorber la pureza y la libertad del mar invadiéndola con toda su fuerza, con toda su intensidad.

—Hmmm... ¡Qué maravilla! —exclamó en voz alta. Con lo mucho que le gustaba ese lugar, no podía creer que hubiese tardado tanto en volver. Pero, ¿cómo hacerlo? Con dos niños tan pequeños y sin recursos, casi sin dinero, y después, sin coche.

Se entristeció. Su entusiasmo descendió. Cerró los ojos, bajó los brazos y sintió el fluir del tiempo entre los dedos. Tres años. Tres años duros y desperdiciados por no haber sabido enfocar su situación. Tres años terribles llenos de noches sin dormir. Cargados de preocupaciones y con la cartera vacía. Contando casi cada euro que salía de ella, calculando cada gasto que tenía, valorando cada paso que daba o que no daba.

—Han sido tres años horribles —susurró para sí misma—. Bueno, en realidad, si sumo lo de Bull... —Movió la cabeza para despejar el recuerdo—. ¡No! —exclamó a las olas—. ¡No! —volvió a repetir acuclillándose y envolviendo las rodillas con los brazos.

Todo eso formaba parte de su pasado. Él nunca volvería a sus vidas. Y todo gracias al hombre con el que se había enfadado pocos minutos antes.

—Alexio... —susurró sintiendo la presencia de alguien muy cerca.

CAPITULO L

—¡Maldita sea! —exclamó Alex cuando el teléfono de Susan sonó en la entrada de la casa—. ¡Joder!

Subió las escaleras de dos en dos hasta su despacho. No quería que los niños lo mirasen tan enfadado. Empezó a pasear de un lado a otro sin saber qué podría hacer. ¿Dónde había ido la mujer que tanto amaba? Ella sola, en su coche nuevo. Se detuvo de pronto. El GPS; el deportivo amarillo llevaba instalado un programa de búsqueda y la aplicación estaba en su teléfono móvil.

Los segundos que tardó en abrir el programa le parecieron horas. Quería salir en a su encuentro cuanto antes y no tenía ni idea de dónde buscarla. Podría haber vuelto a su antigua casa, en Meira; o podría haber ido más lejos, conduciendo y tratando de desahogarse; o podría incluso estar fuera, en la calle, dentro del coche.

El programa lo informó de que el vehículo estaba en movimiento. Miró el mapa, tardó unos segundos en reaccionar. ¡¡Bayona!! «¿¡Cómo no me he dado cuenta!?!». Bajó las escaleras a toda velocidad con el teléfono móvil en la mano.

—Tita, volveré enseguida, ¿puedes quedarte con los niños?

—Claro que sí. ¿Dónde vas?

—Volveré pronto.

—Alex, ¿dónde vas?

—Tita. No puedo... no puedo dejarla sola. Ella no sabe cuánto la quiero... yo... no se lo he dicho nunca.

—Hay cosas que no hace falta decir, tesoro. Si crees que es lo que debes hacer, adelante. Por nosotros no te preocupes.

Miró las cabecitas de los niños. Amaba a las criaturas. Y también a su madre y tenía que estar con ella como fuese.

—Gracias, Tita; te quiero.

—Y yo a ti, cariño, y yo a ti.

Subió al coche con urgencia, disgustado consigo mismo, solo conseguía pensar en cómo no se había dado cuenta antes. No soportaba estar separado de la mujer que amaba. No lo soportaba. Y en pocos minutos estaba decidido a poner remedio.

CAPITULO LI

—Putá... —susurró Bull mientras la mantenía pegada a él y sujeta por los pelos—. Eres más que puta... ¿De verdad creíste que escaparías de mí? ¿Creíste que me dejarías atrás? —y sin esperar respuesta la lanzó con fuerza contra una de las rocas que había a su espalda.

Susan encogió su cuerpo para no darse un golpe en la cabeza. Pero no pudo evitar que su codo izquierdo y su espalda impactasen con los agudos salientes. Se deslizó hasta quedar de rodillas, tosiendo, mareada y asustada. Nunca había visto a Bull tan violento. Había una seguridad en él que la abrumaba, tanto que, por primera vez, temió por su vida.

Bull miró a la mujer, estaba arrodillada, despeinada, con la camisa por fuera y tenía sangre en un brazo. No entendía cómo era capaz de enfurecerlo de esa forma. Como si no lo conociese, como si no supiese la forma en que debía comportarse. Con lo felices que podían haber sido y ella siempre acababa enfadándolo, y no solo eso, si no mereciendo cada golpe que recibía. Por no saber callarse, por no saber comportarse o por algo tan sencillo como insistir en llevarle la contraria.

—Susi, te lo di todo... yo te quería... éramos felices... —se giró y miró a su alrededor. Apenas se veía el capó de los coches que pasaban por la carretera. Estaban a bastantes metros y también a un nivel más bajo. Nadie los molestaría. Los que mirasen tanto su coche como el de ella pensarían que eran de los pescadores que con frecuencia iban a las rocas.

Se giró de nuevo hacia la mujer. Siempre había sido tan guapa. Él siempre la había querido. La había amado más que a ninguna otra.

—Vamos, Susi, empecemos de nuevo —ofreció con voz suave tendiéndole la mano—. Iremos a mi casa y seremos una familia de verdad. Como siempre has querido. Venga, te perdono, vámonos.

—¿Qué tú me perdonas...? —susurró incrédula—. ¿Qué tú me perdonas? —preguntó en un tono más alto empezando a temblar.

—Susi, no empieces, estoy intentando olvidar tu comportamiento para darte otra oportunidad —Bull hablaba con los dientes apretados, molesto por que su

gratitud no estaba siendo considerada—. Vamos a casa, lo olvidaremos todo...

—¿Olvidar? ¡¿Olvidar?! —exclamó mirando hacia arriba—. ¡Yo no quiero olvidar nada! Eres un grandísimo hijo de puta... —Bull le dio un puñetazo para hacerla callar.

—¡¿Cómo te atreves?! ¡Maldita puta!

Susan se había cubierto la cara con ambas manos. Sentía un intenso pitido en el oído y una sensación de flojedad en todo el cuerpo.

—No... no volverás a... —casi no podía ni murmurar, la saliva y la sangre se mezclaban en su boca. Escupió para seguir hablando. Tenía la necesidad urgente de decirlo, de gritarlo, de proclamar al cielo y a la tierra que todo había cambiado—. Ya no... —volvió a susurrar—. Ya no me pegarás más... —consiguió murmurar en un hilo de voz.

Bull no estaba muy seguro de lo que acababa de decir Susan, pero las palabras «no» y «más» acompañadas de un leve enderezamiento de su espalda le dieron la clave inconfundible de que la mujer había cambiado y se rebelaba.

—Susi... mi dulce Susi...

—¡No me llames Susi...! —bramó poniéndose en pie.

Bull la sujetó con una mano por el cuello y otra por el cabello.

—Susi... —siseó en su oreja—. Mira lo que me obligas a hacer... es por tu culpa... ¡Quieta! —Las manos de la mujer se movían desordenadas tratando de defenderse de él. Con una tiraba hacia abajo intentando aflojar la presión de su cuello y con la otra le arañaba la nariz y la frente. Cuando Bull sintió las uñas de Susan cortando la piel de su mejilla, gritó de dolor. La mujer se había acercado lo suficiente como para trincar la carne de su cara en un brutal pellizco—. ¡Para! —chilló desesperado separándola de él. Pero la mano agarrotada de Susan, desgarró su piel y su carne haciéndolo palidecer por el extremo dolor sufrido—. ¡Putá! —exclamó dando un fuerte empujón en su pecho.

Susan disfrutó una efímera sensación de triunfo al ver dibujada en la cara de Bull la contrariedad sufrida; la defensa de la víctima, el dolor del golpe. Apenas un segundo después, notó que resbalaba sobre las piedras, perdía el

equilibrio y caía hacia atrás. Desesperada, trató de sujetar las manos de Bull, pero sólo consiguió que se las apartase de un manotazo, negando así cualquier posibilidad de salvarse de caer sobre las recortadas rocas donde rompía el mar.

Le dolía la cabeza. Abrió los ojos muy despacio, no entendía nada. Tenía un terrible dolor de cabeza pero no era como otras veces. Tampoco sentía el brazo derecho. Apenas podía respirar, tomar aliento dolía y provocaba pinchazos en sus costillas. El agua le salpicaba la cara, tenía frío, pero no temblaba. Ya no temblaba. Bull se había ido. Por fin. Sabía que se había ido para siempre.

Las lágrimas brotaron de sus ojos confundándose con la espuma del mar. Tenía que levantarse. Pero no podía moverse. Su cuerpo helado no respondía. ¿Cuánto tiempo llevaría en ese estado? No importaba, tenía que volver a casa, junto a sus hijos, junto a Alexio.

Vio una estrella fugaz. Sonrió. Podría pedir un deseo. Era el momento de pedir un deseo.

CAPITULO LII

—¡Susan! —Alex gritaba desesperado. Había visto el deportivo aparcado en la acera contraria y justo después de dar la curva, vio alejarse a toda velocidad un coche negro como el de Bull. Había rogado en silencio que la mujer que tanto amaba no se hubiese marchado con él. Aquel maldito maníaco podía haberla chantajeado con cualquier cosa. Aunque sus hijos ya no eran un argumento válido, quedaban muchas cosas con las que amenazarla. Ella misma le había advertido infinidad de veces que Bull era como un perro con un hueso.

Traspasó el guarda rail y avanzó sobre las rocas sin dejar de gritar su nombre. Tenía que haberse dado cuenta de que ella adoraba aquel lugar. Tenía que haberse dado cuenta de que ella iría a desahogarse allí.

—¡Susan! —Corrió hacia la mujer que yacía sobre las rocas con el cuerpo casi cubierto de agua—. Por Dios, Susan, Susan, Susan. —Le levantó la cabeza con cuidado y la apoyó en su mano—. Vamos, cariño, vamos, agárrate a mi... —murmuró poniendo el brazo izquierdo de Susan sobre su hombro—. No, no, no, cariño... —susurró desesperado cuando el brazo volvió al agua—. No importa, no importa, te sacaré de aquí —murmuró tratando de pasar su mano derecha debajo de las costillas a la vez que resistía los embates del agua en su espalda.

Acuciado por la urgencia, caminó portando el laxo cuerpo con mucho cuidado hasta el asfalto, donde esperaba hacer una reanimación cardio respiratoria con mucho éxito.

Vio su coche y delante, a pocos metros, uno de la guardia civil. Dos agentes salían del vehículo rotulado.

—¡Ayuda! —gritó Alex—. ¡Ayuda! —volvió a exclamar—. Resiste cariño. Resiste mi amor —susurró a la frente de la mujer que llevaba en brazos—. Está inconsciente, estaba casi sumergida... Por favor... —suplicó sin dejar de caminar sobre las piedras.

Uno de los agentes corrió al coche para pedir una ambulancia mientras el otro atravesaba la valla con los brazos extendidos para que Alex le entregase

a la mujer antes de cruzar el guarda rail. Alex no la soltó. Aceptó la ayuda del agente que le ponía una mano en la espalda y otra en el brazo hasta llegar a la carretera donde la tendió en el borde y empezó a aplicar presión en su pecho.

—Un, dos, tres... —Y le insufló aire en la boca—. Un, dos, tres... —repitió—. Vamos, Susan, vamos... —Continuó insuflando aire en sus pulmones—. Un, dos, tres... Cariño, no me dejes ahora... —El guardia civil se acercaba con una sábana térmica, sacudiéndola para desdoblarla—. Un, dos, tres... Amor mío, quédate conmigo...

—Déjeme a mí, yo haré el masaje... Y usted sople... Y háblele.

—Por favor, Susan, no te marches ahora... Tenemos mucho por hacer, tenemos todo por hacer... Por favor... Susan... Te amo...

El pecho de la mujer se infló, tosió atragantada para eliminar el agua de sus pulmones, la ayudaron a girarse para que le fuese más fácil despejar sus agotados conductos.

—Susan... Susan, amor mío, Su... —La mujer escupió la roja saliva a la vez que intentaba tomar aliento. Alex removió con la mano las pequeñas piedrecitas del asfalto para que no lastimasen la espalda a su querida compañera—. Vamos, preciosa, lo peor ya ha pasado... —susurró Alex.

—Cariño... —consiguió murmurar Susan.

—No hables, preciosa, reserva tus fuerzas. La ambulancia está a punto de llegar —susurró emocionado porque hubiese recuperado la conciencia mientras trataba de no mostrar su preocupación por la sangre que salía de su boca.

No se separó de ella ni un instante. Sujetando su mano helada, apartando los humedecidos cabellos de su cara, susurrando palabras de amor en su pálida frente. Prometiéndole en todo momento que se iba a recuperar.

Susan sentía un dolor atroz en un costado que le impedía tomar aliento. La cabeza podría reventarle en cualquier momento, le dolía como si alguien se la estuviese estrujando con una llave de mordaza gigante. El brazo izquierdo había empezado a dolerle y era casi insoportable.

De reojo miraba a Alexio inclinado sobre ella, pero no podía hablarle, tenía la boca constantemente llena de saliva y alguna herida que sangraba, podía notar el sabor en la lengua.

Quería decirle que no pasaba nada, que por fin Bull se había ido y él estaba allí; estaba allí con ella. Y eso era lo que ella quería.

Tenía frío, tenía mucho frío.

No podía dejar de temblar. Notaba todo su cuerpo entumecido y pesado y se le cerraban los ojos. Movi6 los dedos de la mano izquierda, le dolía una barbaridad. Sintió la fuerza de Alexio entrelazándose con la suya y al poco su aliento en la frente.

—Te amo... Te amo, Susan... Te amo...

Abrió la boca para contestar, quería decirle que ella también lo amaba, tosió atragantada. Dolía. Dolía muchísimo. Pidió un deseo, las estrellas fugaces habían vuelto.

CAPITULO LIII

Xabier estaba estudiando la extraña petición de una nueva cliente. Era una amiga de su mujer que se había visto superada por un inesperado problema. Ya llevaba un par de días pensando en ello y no sabía cómo afrontar la situación. El primer impedimento era que no se lo podía contar a nadie, ni siquiera a su esposa. Y el segundo era la importancia y urgencia del problema, la cliente estaba en peligro. Entre otras cosas necesitaba personal nuevo y empezar a delegar ciertas partes de su trabajo.

—Jefe... —Su secretaria dio dos toques en la puerta antes de abrirla—. Hay un hombre al teléfono bastante nervioso que insiste en hablar con usted. He querido darle cita pero no me deja decir dos palabras seguidas. Insiste en que es amigo suyo, dice que se llama Alex, o Alexio, o Alexis, no estoy muy segura de lo que quiere decir.

—¿Por qué línea?

—La uno.

Xabier presionó el botón con fuerza.

—“¿Alex?”

—Xabier... Xabier, tienes que ayudarme... Xabier, tienes que encontrarlo... Xabier, Xabier, por favor...

—Alex, ¿a quién? ¿Qué sucede?

—Xabier, por favor, encuéntralo, encuéntralo...

—¡Por Dios! —exclamó asustado pensando en uno de los pequeños—. Pero, ¿qué ha pasado?

—Ayer... Ayer... Él... ése maldito hijo de puta, casi la mata... Susan... —se le estranguló la voz y se hizo el silencio—. Está muy mal herida... ella... —La voz del hombre se quebró de nuevo al otro lado.

Xabier mantuvo silencio. La llamada no se había cortado. Se levantó y buscó la ficha para localizar el número de teléfono móvil de Alex y asegurarse

de que era el mismo desde donde estaba llamando.

—Alex, tengo una reunión. Te llamaré esta tarde. Tú tranquilo, ¿vale? Te ayudaré”.

El sollozo desesperado de su amigo se le clavó en el pecho. Se apuró a finalizar la llamada para poder telefonar desde su número privado.

—“Alex, Alex, soy yo, soy Xabier. No podíamos seguir hablando por aquella línea, ¿vale? Pero estoy contigo. ¿Me oyes? Estoy contigo. Dime dónde estás que me acerco y...

—No. No quiero que vengas. Quiero que lo encuentres, quiero que lo encuentres y me digas donde está. Yo me encargaré del resto. ¿Entendido?

—¿Estás en el hospital?

—Buffff... ¿Por qué...? ¿Por qué insistes...?

—¿En cuál?

—¡Joder! ¡¿Me vas a ayudar o no?!

—Sabes que sí, pero quiero hablar contigo en persona.

—Ya estamos hablando. Encuéntralo. Encuéntralo. Encuéntralo. Joder, Xabier. Tienes que encontrarlo.

—Alex...

—Casi la mata, Xabier, esto no va a quedar así, con tu ayuda o sin ella...

—Que sólo quiero saber dónde estás, joder... Sí que voy a buscarlo, haré lo imposible por encontrarlo, pero quiero hablar conti...

—Gracias...” —Y sin más, le colgó el teléfono.

Xabier se masajeó las sienes. Lo de contratar personal se había convertido en algo urgente. Llamó a su mujer.

—“Hola, preciosa.

—Hola, cariño, ¿cómo va todo?

—Bueno... Bueno, puede mejorar, ¿dónde estás? Te invito a un café.

—¿Con nata?

—Por supuesto.

—En siete minutos estoy ahí. Te quiero. Chao”.

Soltó el teléfono, Pilar ya había colgado. No soportaba compartir con nada el placer que le provocaba conducir. Únicamente mantener una conversación pero sólo si ella llevaba la batuta. Había dicho siete minutos y eso significaba que a cualquier otro ciudadano le llevaría mínimo el doble. Guardó la propuesta que estaba estudiando. En cuanto solucionase el imprevisto que acababa de surgir podría pensar en el tema que tanto le preocupaba. Un trabajo para el que no sabía si estaba preparado.

Abrió el primer cajón de su escritorio y sacó un trozo de papel que tenía escrita una “S” y un número de teléfono.

Dadas las personales circunstancias del pasado, seguía manteniendo ciertas “manías” respecto a la seguridad y la confianza. En todos los años que llevaba en la agencia de investigación, sólo había tenido un problema con un empleado. Un pequeño fallo de cálculo. Aunque todo se había solucionado sin daños irreparables para el cliente, ello había reforzado su desconfianza en los demás.

Miró el papel que tenía en las manos. No estaba seguro de que fuese la persona adecuada para trabajar con él a largo plazo. Pero para lo que necesitaba en ese momento, era perfecto. Lo demás, lo pensaría según los resultados. No sería justo descartarlo sin darle una oportunidad. Marcó el número.

—“Hola, tengo un trabajo, ¿estás libre?

—Lo estoy.

—Ven a la oficina.

—Voy”.

—Hola, cariño, ¿y el café? —preguntó Pilar entrando en su despacho.

—Hola, preciosa, todavía me queda un minuto. Has dicho siete.

—Sí, tienes razón —aceptó inclinándose sobre la mesa para besarlo—. Es

que encontré aparcamiento a la primera.

—Ese coche y tú estáis hechos el uno para el otro.

—Mmmm... Amor, a mí me gusta pensar así de nosotros —susurró antes de morderle el labio inferior.

—Sí, a mí también... Nena... Vamos a tener una reunión con un empleado... No tardará en llegar.

—¿Me lo dices para que lo espere o para que me detenga?

—¡Ni de coña! —Una de las grandes manos de Xabier cayó con fuerza sobre su trasero—. Tú eres toda mía.

—Bien, así me gusta... —susurró en su oreja—. Dame café y pararé.

—Bufff... Lo que hay que hacer a veces. —Sonriendo se levantó y se acercó a la cafetera. Todavía no había terminado el suyo cuando dos toques en la puerta y la voz de su secretaria lo hicieron girarse.

—¿Jefe? Ha llegado alguien sin cita, insiste en hablar con usted, pero no me quiere decir su nombre ni nada.

—Sí, perdona, Olga, olvidé avisarte. Dile que pase.

—Hola, Salva, buenos días —saludó tendiéndole la mano una vez que la puerta se había cerrado—. Gracias por venir tan pronto.

—No me des las gracias, Xabier. Lo que necesites —aseguró a la vez que soltaba la mano.

—Bien, vayamos al tema. Ella es Pilar, es mi mujer.

—Señora. —Hizo un gesto de cabeza cuando Pilar le sonrió.

El semblante de Salva no mostró ni una pizca de simpatía. Xabier lo estudió. El hombre estaba tenso, llevaba una sencilla camiseta negra de manga larga y un vaquero azul. Su corte de pelo era muy común, se había peinado sin brillos ni volumen con una raya a un lado, dejando caer un poco el flequillo sobre la frente.

—Me acaban de llamar, hay un caso urgente donde podemos ayudar. Hay un

cliente para el que hicimos un trabajo hace como un mes y el caso es que, hay un tipo... —Buscó unas fotos entre el papeleo de un expediente que tenía sobre la mesa. Evitó mirar a su mujer—. Éste... —Colocó varias fotos de las que se habían hecho en la cafetería donde Bull jugaba en la tragaperras mientras los dos pequeños niños permanecían olvidados en una de las mesas. Salva las miró unos instantes, Pilar puso los ojos en blanco pero mantuvo silencio—. Tenemos que encontrarlo. Sabemos que vive por Moaña, pero el ayuntamiento es muy grande, comprende varios pueblos desde el puente de Rande hasta Cangas. Lo único que tenemos que hacer es localizarlo, por lo tanto, empezaremos la vigilancia en la dirección que consta en su DNI. Si no aparece ahí, extenderemos la búsqueda a otros domicilios anteriores, en concreto... —habló más para sí mismo mirando el expediente—. ¡Joder! —exclamó de pronto—. ¡Meira! —buscó en el techo de su despacho hasta que las ideas empezaron a tomar forma en su cabeza—. ¡Joder! —repitió enlazándolas todas; desde la primera vez que se había reunido con Alex hasta las noticias que había leído posteriormente en la prensa—. Tengo que darme prisa... creo que... este tipo es peligroso... —susurró mirando a Pilar.

—¡Ah no! ¡No te atrevas! Me has dicho que necesitabas ayuda y voy a ayudar.

—Pero nena... creo que...

—No me pasará nada, Xabier. Sé que es peligroso, pero no me pondré a su alcance. ¿Vale? Venga, sigue hablando.

Xabier miró a la mujer que amaba más que a sí mismo. Si le sucedía algo por su causa, jamás podría perdonárselo. En realidad tampoco estaba seguro. De momento, eran meras sospechas. No podía fiarse del sentimiento de repugnancia que le inspiraba el abusador. Solo sabía que tenía ganas de ayudar a pillar al cabrón que maltrataba niños y mujeres y no podía precipitarse en sus conclusiones.

—Bien, sólo tenemos que confirmar que está en su casa, en la calle o en algún local. Nada más —Xabier continuó con un repentino nudo en el estómago—. Bien: Pilar, tu harás rondas de vigilancia de siete de la mañana a cinco de la tarde; Salva, tu relevarás a Pilar y seguirás toda la noche...

—¿Qué? Un momento... ¿Por qué él va a trabajar más que yo?

—Cariño...

—No me parece justo...

—Nena...

—Xabier, podemos dividir el día a partes iguales...

—No. No —enfaticó sin altear la voz—. Este trabajo tendrían que hacerlo tres personas, pero en este momento no tenemos medios. Salva, ¿el horario es un impedimento?

—No, señor.

—Bien. Te daré un teléfono y un coche... Si tienes cualquier problema, del tipo que sea, quiero que me llames. A la hora que sea. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Recordad que sólo es localizarlo. En cuanto lo veáis, me llamáis y no lo perdáis de vista —Salva asintió, Pilar se había quedado en silencio—. Nena, a ti ya te ha visto. —Casi no podía respirar por la carga que había adquirido—. Tienes que cambiar un poco tu aspecto. ¿Podrás hacerlo?

—Claro que sí —Pilar parecía de mejor humor—. Voy a casa a preparar unas cosillas y a cambiarme. Te llamaré cuando esté en camino.

—Vale, cariño, te quiero —susurró dándole un corto beso por encima de la mesa.

—Y yo a ti. —Le sonrió mientras se acercaba a la puerta—. Hasta luego, Salva.

—Adiós —balbuceó el desprevenido hombre. Había bajado la cabeza tratando de darles intimidad a la pareja por unos segundos.

—Salva, ¿estás incómodo? —preguntó Xabier una vez que se quedaron a solas.

—Un poco.

—¿Por la presencia de mi mujer o por las muestras de afecto?

—No es asunto mío si... si se besan... en fin... sólo es que no estoy

acostumbrado. Nada más.

—Bueno, verás, mi mujer y yo somos muy expresivos. En realidad, a mí me encanta. Me han dado una segunda oportunidad y decidí que voy a aprovecharla cada día.

—Sí, señor.

—Salva... Sé que lo has pasado mal. Muy mal, en realidad, pero yo sólo te pediré dos cosas: sinceridad absoluta y que mantengas tu mente abierta a todas las posibilidades... Y yo te llamaré para todos los trabajos que considere oportunos, te ayudaré en todo lo que pueda; tú sólo debes intentar hacerlo lo mejor posible, ¿estás de acuerdo?

—Sí, señor.

—No me llames señor, nos conocemos desde hace una porrada de años — como el hombre no contestó, siguió hablando—. Lo siento muchísimo, Salva. Lo de tu familia, siento mucho todo lo que has pasado.

—Gracias... Pero no quiero hablar de ello...

—Ya. Yo tampoco. Venga, vayamos a por un coche.

Una vez formalizados los papeles de Salva y despedirse de él para que fuese a descansar, Xabier volvió al despacho. Una luz intermitente se había quedado parpadeando en su cabeza tras la desoladora llamada de Alex. Recordó con nitidez todos los detalles del caso. Había hablado con su cuñada Astrid, la mejor abogada de familia de Vigo y la había consultado al respecto.

Había sido durísimo vigilar a ambos pequeños sin poder interceder antes. A Xabier unos pocos minutos en compañía de aquel despojo le parecían comparables a una eternidad.

Tras hablar con Alex, mientras les contaba a su mujer y a Salva lo que tenían que hacer, vinieron a su recuerdo varias noticias por las cuales la zona del Morrazo había sido titular de los periódicos: dos asesinatos bastante cercanos en el tiempo y además en el mismo pueblo.

Dos hombres mayores; el primero un anciano que vivía solo y había sido

asesinado en lo que el titular de la prensa catalogaba como un atraco con un desafortunado final. A lo largo de la noticia, se describía a la víctima como un amable y apacible anciano, muy querido por todos los vecinos y conocido por arrendar sus muchos inmuebles a personas necesitadas a unos precios más que razonables.

La otra víctima formaba parte de un caso posterior: un agente de la Policía Local del pueblo de Moaña. Un hombre mayor pero que todavía desempeñaba un papel muy activo en el departamento había sido hallado muerto en el interior de un vehículo robado y que llevaba días estacionado en el paseo del pueblo de Meira.

Recordó uno de los ataques relatados por Alex: las hendiduras hechas en la chapa del coche. Relacionó las dos muertes por arma blanca y los agujeros que había visto en la foto del Audi. Negó con la cabeza ante la dirección en la que iban sus ideas. Si lo que había sucedido en la zona del Morrazo estaba relacionado con el caso de Alex, estaban ante un sujeto verdaderamente peligroso.

Xabier decidió investigar ambos asesinatos. Si el tal Bull había tenido algo que ver en alguno de ellos, estaban sin duda en un caso más complicado de lo que esperaba. Tendría que tener mucho cuidado para no inmiscuirse en una investigación de la guardia civil, pero tampoco podría hacerlo sin ellos.

Decidió que saldría cuanto antes para entrevistarse con quien llevase la investigación. Cuanto más lo pensaba, mas valoraba que estaba en lo cierto. Todos los hechos estaban relacionados.

CAPITULO LIV

Susan abrió y cerró los ojos varias veces; al fin se quedó mirando una imperfección en el blanco techo del cuarto en el que estaba. Todo empezó a girar a su alrededor y tuvo que cerrar los ojos de nuevo.

Sintió una caricia en el dorso de la mano derecha. Movi6 los dedos para sujetarlo, era Alexio. Lo sabía. Sólo podía ser él. Sólo él la hacía vibrar de esa forma con un sutil roce.

—Cariño —susurró en su frente antes de darle un beso muy suave.

Quiso hablar pero de su boca no salió ningún sonido. Abrió los ojos de nuevo y lo vio. Tenía sombras oscuras bajo los preciosos ojos que tanto amaba, rojos, cansados, probablemente de no dormir en toda la noche. Se fijó en su oscura y densa barba. Él se afeitaba cada mañana, pero parecía que llevaba días sin hacerlo.

Los párpados le pesaban, notaba un cansancio y un sueño que la invadían con pesadez. Movi6 los dedos que había entrelazado con los de Alexio. Cerró los ojos y volvió a sumirse en un profundo sueño.

Alex lloraba arrodillado en el suelo, con la cabeza apoyada en el muslo de Susan y sin soltar sus dedos. Se lo habían advertido. No había garantías. Tenía cinco costillas rotas en la parrilla derecha, todas se habían insertado en el pulmón, perforándolo. Por si fuese poco, el agua también había entrado en su cuerpo provocando una insuficiencia respiratoria. Tenía el brazo izquierdo roto y un pequeño coágulo de sangre en el cerebro por un golpe en la cabeza.

Alex no había creído al médico que con paciencia le había explicado que la mujer que amaba podría no salir adelante y había pedido una segunda opinión. Había solicitado atención privada después del protocolo de actuación y quería que otro profesional le dijese algo diferente.

Dos mujeres y un hombre, todos con batas blancas, aseguraron ser especialistas en la materia. Todos coincidían en que se había hecho lo posible y lo imposible y que la recuperación de la paciente no estaba en sus manos.

Alex había pasado los tres días más horribles de su vida. Pendiente de ella,

de un mínimo movimiento y por fin, lo había logrado, habían compartido un minuto de felicidad. Su teléfono vibró sobre la mesa, era un mensaje de texto de Xabier:

“Tengo que verte”.

Alex llamó a su hermana al móvil.

—“Hola, Dani, buenas tardes. Necesito un favor.

—Dime, Alex.

—¿Puedes venir y quedarte con Susan un par de horas?

—Sí, claro, ¿qué ha pasado?

—Tengo que salir a hacer un recado.

—¿A dónde?

—Dani, ¿puedes venir o no? Déjalo, da igual, llamaré a mamá.

—Mamá está con los niños. Yo voy de camino a casa, estaré ahí en pocos minutos, sólo quiero saber a dónde vas. ¿Tan terrible es?

—Susan se ha despertado unos segundos... Quiero ir a ducharme y...

—¿Sí? ¡Fenomenal! Me alegro muchísimo.

—Sí, sí... Yo también...” —susurró apretando los dedos de su amada con suavidad.

Cortó la llamada, se inclinó sobre ella y en su frente, repitió lo que tantas veces había dicho ya:

—Te amo con locura. Te echo de menos. Sólo tienes que despertar, amor, y si tú quieres, estaremos juntos toda la vida.

La besó despacio y se separó. Agarró sus dedos y los apretó con suavidad.

—Voy a salir a hacer un recado. No es más importante que tú, pero es urgente que lo haga. Volveré enseguida. Y no dejaré de amarte... Aunque no esté aquí, yo sigo contigo —susurró besando el dorso de su mano—. Te amo.
—Apoyó de nuevo la cabeza en su muslo y cerró los ojos.

—Alex...

—Dani... —murmuró mirando a su hermana en la puerta—. ¿Serás capaz? ¿Estás bien? —preguntó al reparar en su asustado y pálido gesto.

—Es que... Es que... —balbuceó mirando a Susan.

—Está mejor. Está muchísimo mejor. Sólo que si despertase, quiero que le hables. ¿Vale? Que sepa que no está sola. Tiene una familia a la que volver. ¿Podrás?

—Por supuesto.

—Bien. Muchísimas gracias. Espero no tardar —susurró guardando su móvil y las llaves del coche.

Se fue lo más rápido que pudo. Sabía que Dani empezaría a llorar en cuanto estuviese sola. Así, intentó facilitárselo lo más posible. Cuanto antes empezase, antes pararía.

En cuanto llegó a la calle, llamó a Xabier.

—¿Dónde está?

—Estoy aquí, aparcado en doble fila —un coche a su izquierda le dio luces. Alex colgó el teléfono a la vez que empezaba a correr hacia el lugar.

—¿Dónde está? —repitió impaciente.

—Tenemos que ir a Moaña, apaga el teléfono.

—¿Qué? ¿El teléfono? —preguntó pensando en Susan.

—Haz lo que te digo, mientras no lo apagues no podré arrancar.

—Voy —claudicó sacando el teléfono del bolsillo.

—Alex, ¿vas armado?

—¿Qué? No.

—Alex, es importante, importantísimo, que no lleves armas.

—No voy armado, Xabier, ¿podemos irnos de una puta vez?

El hombre arrancó y condujo con tranquilidad hasta que varios minutos después entraron en la autopista. Alex era incapaz de permanecer quieto en su asiento.

—¿Qué tal está Susan? —preguntó Xabier.

—Ha abierto los ojos unos segundos.

—Bien, es muy buena señal, me alegro mucho.

—Sí.

Salieron del puente de Rande y se dirigieron por la carretera comarcal al aparcamiento que había a la izquierda.

—¿Qué...? ¿Qué hacemos aquí?

—Alex, por favor, confía en mí. Baja.

Antes de que pudiese protestar, Xabier abrió la puerta de su coche y se encaminó a otro que encendía las luces en ese momento.

—Buenas noches, señor Rocha —saludó la conductora arrancando el vehículo—. Yo soy Pilar.

—Hola, yo Alexi... —No pudo completar su propio nombre. Sólo pensar en Susan, su interior se desbordaba.

—Lamento lo de su mujer. Espero que se reponga pronto.

—Sí... Gracias —contestó mirando por la ventanilla. Ya había anochecido. Reconocía todos los detalles del lugar; no había cambiado nada en los pocos meses que llevaban en Vigo. El trayecto se le hizo eterno. No entendía nada. Se preguntaba por qué Xabier parecía tan cómodo sentado en su asiento. También por qué había tenido que dejar su teléfono, llaves y cartera y, sobre todo, por qué coño aquella mujer conducía tan despacio.

Atravesaron todo el centro de Moaña. Se dirigieron a la zona conocida como “O Con”. Alex empezaba a cuestionar la capacidad de Xabier para

llevar a cabo lo que le había pedido. Empezó a preguntarse dónde coño estarían. No entendía por qué el maldito sujeto que había golpeado a Susan estaba tan lejos. Bajaron hasta un cruce y tomaron el camino de la derecha, pasaron por delante de un local en el que había varias personas fumando y charlando en la entrada.

—Cariño, después de la curva, aparca donde puedas.

La mujer aparcó encima de la acera.

—Pero, nena...

—Os dejaré aquí, no necesitáis ir más lejos y perder el tiempo caminando. Iré a dar la vuelta y después aparcaré arriba, justo en el cruce que giramos. Solo tenéis que subir corriendo, allí os esperaré.

—Vale, preciosa, te amo —dijo Xabier desde el asiento del copiloto rozando la mejilla de la morena mujer con el dorso de los dedos.

—Yo también te amo. Venga, divertíos.

Alex salió del coche, perplejo por ese último consejo e inundado por esa muestra de ternura. Añoraba a Susan. La echaba tanto de menos que por momentos no podía ni respirar.

—Alex, vamos. Todo será muy rápido.

CAPITULO LV

Bull caminaba frenético por todos los huecos de su piso. Entraba en su cuarto, iba a la ventana, subía la persiana muy despacio y escudriñaba el exterior. Volvía a bajar la persiana y salía del cuarto. Iba a la sala. Con cada paso esparcía con los pies las cajas de pizza, las latas vacías y los envases de comida que había por el suelo hasta llegar al ventanal del pequeño balcón. Abría la persiana de la puerta hasta la altura de su pecho y se agachaba e intentaba vigilar la calle. Todo estaba despejado. No había nada fuera de lo normal. Ni guardia civil, ni policía; nada. Todo parecía absolutamente tranquilo a su alrededor, todo excepto él.

Había intentado ver todos los canales de noticias, había permanecido ante el televisor horas enteras, pero en ninguno habían hablado de la muerte de Susan. Llevaba tres días encerrado y no soportaba ni uno más. Hacia el final de la tarde, decepcionado por no poder regodearse, decidió que no tenía sentido seguir recluido y que podría salir a tomar algo. Iría andando. Tenía el dinero justo para unas cervezas y quería ahorrar el gasoil para algo más urgente. Salió del edificio y caminó por la acera en dirección al centro. Al final de esa calle, girando a la derecha, había un bar donde se reunían algunos pijos y frikis de la pequeña ciudad para escuchar los monólogos que tanto estaban de moda.

A Bull no le gustaba nada ese lugar. De hecho, no recordaba haber entrado allí durante años. Pero en ese momento era el sitio ideal, estaba cerca de su casa y sus amigos no eran clientes de ese pub. Iba con poco más de cinco euros en el bolsillo, no podría entrar en su local habitual con la cabeza alta, no podría mirar a nadie por encima del hombro, no podría invitarles a cervezas para que le diesen la habitual ovación.

Estaba deseando que leyesen pronto el testamento de su padrino. Él sería su único heredero, así que enseguida tendría liquidez y volvería a su querido modo de vida. La pequeña pensión con la que vivía había menguado desde que, por orden del juez, le retiraban cada mes una cantidad fija para los mocosos de Susi. Golpeó una piedra con la zapatilla.

—Menuda mierda —murmuró pensando en que esa jugada no le había

salido como él esperaba.

Bajó hacia la calle de la derecha y entró en el pub. Fue directo a la barra y pidió una cerveza.

El camarero se agachó y sacó de la nevera una “Estrella Galicia” y se la puso delante. Le dio un vaso y unos cacahuetes.

—¿Cuánto es? —preguntó Bull.

—Dos euros —respondió el camarero.

Bull contó las monedas y puso la cantidad justa sobre la barra. Cogió su cerveza y los cacahuetes y se fue a un sofá murmurando por lo bajinis la mierda de cerveza fría que le habían puesto.

CAPITULO LVI

Pocos metros antes de la entrada del local, Xabier tiró del brazo de Alex para detenerlo.

—¿Y ahora qué? —preguntó con desesperación.

—Tranquilo, amigo, solo quiero darte esto —aclaró alargando una bola de tela negra que tenía en la mano—. Póntelo cuando yo te lo diga, y después no te lo quites hasta que estemos en el coche. ¿Entendido?

Alex lo miró atentamente. En aquel momento y ya desde varios días antes, las cosas importantes habían cambiado el orden y su identidad había pasado a ser secundaria, igual que su vida privada. Lo importante era Susan y todo lo demás se había convertido en accesorio. Miró la bola de tejido negro que Xabier le alcanzaba, era una suerte que el hombre tuviese todo eso controlado. Ensimismado, agarró el pasamontañas, deslizó la mano en el interior y volvió a arrugarlo entre los dedos.

—Perdona, Xabier, yo...

—No te disculpes, Alex, tranquilo. Sólo intenta hacer lo que yo te diga y cuando te lo diga, ¿vale?

—Sí, claro, por supuesto.

—Vale. Espera un momento —pidió. Sacó el teléfono e hizo una llamada—. “*Estamos en la puerta, sal*”.

—¿A quién has llamado?

—Es uno de los que ha hecho la vigilancia de su casa desde que tú me llamaste. Ese tal Bull no ha salido hasta hoy y lo ha seguido hasta aquí.

—Bien. Gracias.

—Escucha, ahora viene lo difícil. En cuanto nos diga dónde está, entramos detrás de él muy tranquilos, sin llamar la atención y mirando al suelo. Cuando te lo diga, te pones el pasamontañas y vas a donde esté, ajustas cuentas rápido y bien y nos largamos corriendo. ¿Entendido?

—Que sí...

—Bien. —Se volvió al hombre que se acercaba. Alex se quedó mirándolo. Comparado con Xabier era tan normal que pasaría desapercibido para cualquiera—. Dime, ¿dónde está?

—Entrando a la izquierda, en el segundo grupo de sofás, tiene una camiseta y un pantalón negros. Va por la segunda cerveza, ya casi la ha terminado.

—Bien. Muchas gracias. Entra y camina todo de frente delante de nosotros, chasca los dedos cuando esté a nuestra altura y después continua caminando y, ya sabes, no intervengas pase lo que pase. Debes permanecer solo como espectador.

—Sí, señor —aceptó dando media vuelta y dirigiéndose al local.

—Alex, tú camina detrás pero sin pegarte a él, recuerda no levantar la cabeza y cuando yo te lo indique, te pones el pasamontañas.

—Vale —asintió y al instante se giró para seguir a una distancia prudente al otro hombre.

Tan nervioso como ansioso por todos los pensamientos que poblaban su mente, entró en el local con las palmas de las manos humedecidas, estiró el pasamontañas para tenerlo preparado y ponérselo a la señal de Xabier. Esquivó a un cliente que salía y, sin poder evitar desobedecer las órdenes recibidas, lo miró de reojo. Reconoció los pequeños ojos oscuros, inyectados en sangre y perdidos entre los grasientos bucles que pendían de aquella frente. Alex frenó en seco. Xabier se detuvo antes de tropezar con él.

—¿Qué sucede?

—Se ha ido... Era ése... se acaba de... —siseó señalando su lado izquierdo y girando ya para ir tras él.

—Espera —murmuró. Pero fue inútil, Alex estaba en la acera corriendo calle abajo detrás de un Bull que huía despavorido. Como si hubiese visto un fantasma. Alex lo empujó para hacerlo caer contra la pared que recortaba la calle con brusquedad antes de que girase a la izquierda.

—¡Póntelo! ¡Ahora! —gritó Xabier desde unos metros más arriba.

Alex miró el trozo de tela que tenía en la mano. Estuvo a punto de tirarlo al suelo, pero una bombilla de lucidez brilló en su cabeza haciéndolo darse cuenta de que, en realidad, sí que debía proteger su identidad. El único que tenía que saber quién era él, ya lo sabía. Por eso había escapado corriendo.

Bull se había quedado en el suelo, encogido, dando la espalda a su atacante. Debía estar furioso con él, había acabado con su buena vida. No tener a Susan para follar con ella cuando se le antojase debía ser una putada. Sonrió al pensarlo. Que se jodiese. La muy puta se merecía todo lo que le había pasado. Si hubiese vuelto con él a la primera, todo habría discurrido con normalidad, pero no... La muy zorra lo había obligado a buscarla por media provincia, hasta que al final el único modo que se le ocurrió fue a través del juzgado. Y eso gracias al imbécil de su padrino. Al menos, algo había hecho bien antes de palmarla.

—¡Levántate! —bramó Alex furioso agarrándolo por los pelos y por el brazo izquierdo—. Cobarde de mierda, sabandija, hijo de puta. ¿Cómo has podido? —vociferó dándole un puñetazo en las costillas.

El cuerpo de Bull se elevó por el impacto y acto seguido, se desplomó en el suelo; incapaz de tomar aliento, tosía desesperado.

—Ya... No... No vas a... Follar... Más... —tartamudeó.

Alex le dio una patada en la cara. Nunca había soportado golpear a alguien que ya estaba en el suelo. Pero esa no era una pelea justa. Nunca lo había sido. La desigualdad de armas entre ambos había sido muy clara desde el principio. Bull no había dudado nunca en dañar a Susan, en abusar de ella en cualquiera de sus formas e incluso en ese instante seguía mentándola para usarla en su favor. La mujer que tanto amaba nunca volvería a esa boca. Se acercó a él y se agachó para levantarlo.

—¡No te atrevas a nombrarla! —rugió en su oreja. Bull, encogido por el miedo, advirtió cómo el otro perdía el control cada vez que decía algo de Susi. Era estupendo saber que era él el que llevaba las riendas del juego.

—Tenemos que irnos —recomendó Xabier a un metro de distancia—. Ya habrán llamado a la policía —advirtió mientras impedía que un tipo se acercase al lugar de la pelea—. Caballero, no intervenga. No es asunto suyo.

—Sólo quiero separarlos —insistió dando un paso.

—Le he pedido que no intervenga —recalcó Xabier con voz firme a la vez que ponía una mano en su pecho para detenerlo.

—Oye, payasito del antifaz, a mí no me toques —replicó con chulería.

—¡Joder! —exclamó Xabier esquivando un puñetazo—. No, significa, no —rechazó aprovechando el cuerpo girado del individuo para empujarlo por la espalda contra la pared del edificio—. Y esto es un pasamontañas, no un antifaz.

Los clientes salían del bar con evidente curiosidad. Se iban juntando en varios grupos para comentar las circunstancias; unos se mantenían expectantes con sus bebidas en la mano, otros más activos mostraban señales de haber decidido tomar parte.

—¡Hey! Tenemos que irnos —aseguró Xabier a su amigo a la vez que avanzaba hacia aquellos que se acercaban arremangándose—. ¡Señores! Por favor. No intervengan. Esto no es asunto suyo. Por favor. Si no quieren entrar en el local, al menos, déjenlos a solas.

Alex escuchó las palabras de Xabier, miró hacia atrás por encima del hombro. Había un hombre en el suelo, parecía inconsciente y Xabier estaba dando un puñetazo a otro. Tenía muy poco tiempo. Miró a Bull. En ese momento le sonreía desde el suelo mostrando un agujero donde Alex le había reventado un par de dientes además de los labios. Lo sujetó por los brazos y lo puso en pie. Lo pegó a la pared y siseó.

—Escucha, montón de mierda, no vuelvas a acercarte nunca más a nosotros... Y te digo más, como Susan... —Le tembló la voz—. Como Susan no se recupere... Te mataré.

—¿No está muerta? —La desilusión en su voz fue tan manifiesta que, por unos instantes, Alex dudó de lo que entendía.

—¡¡Hijo de puta!! —aulló antes de golpearlo con todas sus fuerzas contra la pared—. ¿Querías matarla? ¿Eso querías? —preguntaba una y otra vez mientras pateaba sin cesar el cuerpo que yacía inconsciente en el suelo.

—Alex, Alex, para tío, joder, para —murmuró Xabier desde su espalda

inmovilizándolo con un mata león—. Tenemos que irnos... nos vamos... Vamos... —repetía a la vez que daba cortos pasos hacia atrás sin soltarlo.

Alex, todavía incrédulo, miraba al despojo del suelo. ¿Cómo había podido equivocarse tanto? ¿Cómo había podido subestimarle? Aquel maldito monstruo había intentado matarla. Le faltó el aire. Lo habían sujetado por el cuello desde su espalda. La voz de Xabier le llegaba muy lejana “irnos... Tenemos que irnos...”. Se dio cuenta de que era él el que lo estaba asfixiando. Le dio tres golpecitos en la cadera.

—Por fin... ¡Joder! Ya me estabas preocupando —soltó Xabier en voz baja—. Tenemos que correr —aseguró subiendo la calle y esquivando cinco cuerpos inconscientes y después a todos los clientes que se habían quedado embobados. Hizo una leve señal cuando pasó por la puerta y advirtió la casi imperceptible aceptación que hizo su hombre al quedarse y confundirse con la demás clientela. Alex corría y tosía detrás. Subieron a toda velocidad a la calle principal, en ese momento se encendieron las luces del Audi y ambos hombres corrieron hacia él.

—Sube atrás, Alex, allí, y arrodíllate en el suelo —le ordenó a la vez que lo hacía él mismo—. Agárrate donde puedas. Hola, cariño.

—Hola, amor, ¿estáis listos?

—Sí, nena.

La mujer arrancó y se dirigió a la carretera principal, aminoró la marcha cuando los dos vehículos de policía pasaron por el Audi, iban en dirección a la zona que ellos abandonaban. Llegó a la rotonda y subió a toda velocidad por una carretera diferente, en dirección al enlace con la autovía. Alex no sabía qué hora podría ser, estaba concentrado en sujetarse con fuerza para no golpear la cabeza contra la puerta. La tranquila mulata se había convertido en una fiera que conducía demasiado rápido. Sólo aminoraba cuando veía las luces de otro vehículo en sentido contrario, pero una vez que no estaban a la vista, aceleraba aquel tanque urbano por aquellas serpenteantes calles. Cuando llegó a la autovía, siguió conduciendo a toda velocidad, pero el trazado era mucho más suave.

—Bien, pasa lo siguiente —explicó Xabier—. En cuanto lleguemos al aparcamiento, bajaremos, cogeremos mi coche y te llevaré al hospital. No

encenderás el móvil hasta que yo te lo diga. ¿Entendido?

Alex asintió mecánicamente. No había oído nada. Seguía mirando la perpleja cara de Bull cuando comprendió que Susan no había muerto. Sólo con pensar en esa posibilidad todo su mundo se venía abajo.

—Escucha, Alex, las venganzas no son un tema sencillo. No sé cómo te sentirás mañana, pero quiero que sepas que estoy a tu disposición para lo que necesites.

—Gracias —consiguió decir después de tragar saliva.

—Todo despejado —susurró la conductora mirando a su alrededor.

—Gracias, nena —dijo inclinándose para darle un beso en la mejilla y cogiendo las llaves del otro coche, añadió—. Nos vemos en un ratito.

Xabier ocupó el espacio del conductor y se puso el cinto, esperó con paciencia a que su conmocionado compañero hiciese lo mismo.

—Alex, ¿qué sucede?

—¿Qué? Nada.

—Venga, dímelo. Te sentirás mejor. Soy muy bueno consolando —lo animó mientras arrancaba el coche y salía delante de su mujer.

—Yo...

—Tú, ¿qué?

—Yo... Es que ese maldito cerdo creía que Susan... que Susan estaba... Estaba muerta —soltó y se derrumbó.

—Joder... —murmuró al comprender—. Joder, Alex, lo siento. Lo siento mucho. —Condujo un buen trecho en silencio. Cuando el llanto de su amigo aminoró, le dijo—. Alex, el caso es que... El caso es que Susan no está muerta. Se recuperará. Estoy seguro. Debes ser positivo. Verás como todo cambia. Sé positivo.

—Positivo... Sí... —murmuró para sí mismo.

—Ya puedes encender el teléfono.

Alex miró a su alrededor. Acababan de dejar atrás la calle Urzáiz y subían la Gran Vía. Cogió el teléfono en la guantera y esperó impaciente mientras se encendía. No queriendo esperar a que entrasen las notificaciones, en cuanto pudo llamó a su hermana.

—“Hola, Dani, ya estoy en camino, se me había apagado el móvil. ¿Alguna novedad?

—No, Alex, tranquilo. No hay prisa, ven cuando quieras.

—Vale, gracias, en cinco minutos estaré ahí”.

Alex estaba desolado, apenas conseguía enlazar dos palabras seguidas. Todo se le estaba acumulando y lo que él quería, lo único que él quería, era que la mujer que tanto amaba se recuperase.

—Voy a aparcar y te acompaño a la puerta.

—No hace falta...

—Venga, sí, charlaremos, vamos —lo invitó bajando del coche.

—¿Y tu mujer?

—Mi mujer nos adelantó en la autopista... Es incapaz de conducir despacio... Le pesa mucho el pie, ¿sabes? —bromeó riéndose.

—Sí... —Alex mostró una minúscula sonrisa. Ver tanto amor entre esa pareja lo hacía añorar mucho más a Susan—. Escucha, Xabier, gracias por venir conmigo hoy... Si no hubiese sido por ti...

—No sabemos lo que habría pasado. No le des más vueltas. Sólo ve junto a tu chica, verás cómo contigo allí despierta enseguida.

Alex asintió con la cabeza. No consiguió decir nada. La quería tanto.

—Espera, primero lávate las manos —sugirió abriendo la puerta del maletero—. Tengo agua...

Alex miró sus manos, tenía los nudillos manchados de sangre. No sabía si sólo suya o también de Bull. Le había partido la boca, pero también varias veces había rozado la pared contra la que lo había apoyado.

—Alex... ¿No será mejor que vayas a descansar? Mi mujer y yo nos quedaremos con Susan toda la noche. Vete a casa... Duerme, saluda a los niños... Llamaré a Pilar para que te lleve a tu casa y nos veremos mañana.

—Niños... —susurró Alex—. Niños... —volvió a murmurar—. No. —Se detuvo totalmente despierto del trance en el que se había sumido y añadió—. Gracias, pero no. Voy a ver a Susan. Ya hablaremos. Gracias por todo. Hazme la cuenta de los servicios y...

—Por favor, Alex...

—Hasta otra. —Se despidió con un gesto de cabeza. Dio media vuelta y entró corriendo en el hospital. Deseaba estar con Susan más que nada en el mundo. El poco tiempo que había estado separado de ella, le había resultado soportable sólo porque sabía que lo que iba a hacer era necesario, lo que iba a hacerle a Bull traería paz a su inquieto corazón. Poder devolvérsela, poder darle de la misma medicina, eso era lo único que quería.

Consiguió deshacerse de su hermana en pocos minutos. Dani miraba sus manos dañadas, venía con la misma ropa, la misma barba pero diferente humor. Alex no contestó a ninguna de sus preguntas, le dio las gracias por haber acompañado a Susan, le dio la espalda y después se despidió con un suave «hasta mañana». Acercó la silla a la cama, sujetó los dedos de Susan, apoyó la cabeza en su muslo y cerró los ojos.

Cuando escuchó el sonido de la puerta que se cerraba a su espalda, empezó a llorar.

¿Cómo había llegado a esa situación? De nuevo había fallado. Una vez más no había podido proteger a la mujer que amaba. Como aquella noche, exactamente igual a aquella noche.

—Susan... Susan... Amor mío. Todo saldrá bien.

CAPITULO LVII

—Alex... Alex...

Alex levantó la cabeza a toda velocidad. Parpadeaba confuso mientras miraba a Susan que seguía dormida, se giró y vio a Xabier en la puerta.

—Hola... Hola, Xabier, perdona, no te esperaba...

—Lo sé. Dime, ¿cómo puedo ayudarte?

—¿Qué? —El hombre había cerrado la puerta y dado dos enormes pasos hacia el interior de la habitación. Con las manos en la espalda, esperaba que él le hablase—. ¿Qué haces aquí?

—He pensado que te vendría bien hablar.

—Ya, bueno, estoy mucho mejor.

—Bien. Es fenomenal. Voy a por café...

—¿Qué? No.

—¿Prefieres un refresco o mejor agua?

—No. Yo quería decir que no necesito compañía.

—¡Vaya! Está bien. Entonces, ¿cómo quieres el café?

—Joder, Xabier, es mejor que te marches.

—Ya. Pero no. Gracias. Te lo traeré sólo; con ese humor, si te lo traigo con leche, eres capaz de agriarla.

—Joder... —murmuró mirando al techo—. Vale; solo largo y sin azúcar, pero si Susan despierta debes irte; se ha enterado de lo de la investigación que te encargué... no le ha sentado muy bien... y si te ve aquí puede alucinar y... no quiero que se altere por nada.

—Entiendo, no te preocupes. No me verá. Ahora vuelvo.

Alex movió dos sillas a los pies de la cama, después volvió junto a Susan,

besó su frente y murmuró.

—Estoy aquí contigo, amor. Te amo con todo mi corazón.

Xabier abrió la puerta, llevaba dos vasos con café en una mano y con la otra cerró despacio. Separó una de las sillas hacia atrás y se sentó sin decir nada.

Alex besó la frente de Susan una vez más, rozó su hombro y su brazo derecho hasta la punta de los dedos y se acercó a la silla vacía. La movió un poco hacia la de Xabier, pero no demasiado para mantener el ángulo que le permitía observar la cara de su amada.

—Dime, cuéntame algo; lo que sea —pidió Xabier en voz baja.

—No, mejor, cuéntame tú. ¿A qué has venido?

—He venido a pasar un rato contigo.

—¿Y Pilar?

—Se ha ido a casa, la canguro tiene que marcharse.

—¿Tenéis hijos pequeños?

—No. Ya no son tan pequeñas, pero no hay quien las aguante... La adolescencia... En fin... Allá llegarás y me contarás...

—Yo no tengo hijos... Ni creo que...

—Bueno, yo tampoco las he engendrado —lo interrumpió antes de que se sentenciase a sí mismo diciendo algo que muy probablemente no pensaba de verdad—, pero son mías. Son mis niñas. Y las cuido, las amo, las aliento y las protejo como si lo hubiese hecho. No sé. Simplemente. Ahora no hay diferencia.

—¿No?

—No. Ninguna.

—¿Eran pequeñitas?

—¡Que va! La mayor aún no había cumplido trece ni la pequeña once.

—Pero, ¿cómo?

—No lo sé, Alex, fue sencillísimo. Yo siempre quise lo mejor para ellas y ahí estaba... Lo mejor resultó ser el amor incondicional que les profesaba... Y con eso bastó.

—Ya.

—No quiero decir que fuese un camino de rosas, pero no lo cambiaría por nada.

—Ya...

—Recuerdo el día que viniste a mi oficina. En cierto modo, te reconocí al momento, sabía que nos conocíamos de algo pero no quise decírtelo. No sabía qué negocio te traía por allí, así que preferí callarme. Cuanto más hablabas y me exponías tu problema, más cuenta me daba de lo enamorado que estabas de esa mujer y de lo mucho que querías a sus hijos. Te veía acorralado, muerto de miedo pero con ganas de luchar. Y eso me gustó. Recordé que tras aquel día del parque, cuando éramos pequeños y apareció tu padre agarrándome de los pelos porque me había confundido contigo, apenas te vi tres veces más y eso que vivíamos en el mismo barrio. ¿Por qué te escondiste?

—Yo... Yo no quería que nos encontrara. Mi hermana iba disfrazada de niño, pero yo... Yo no podía disfrazarme... Cada vez que salía a la calle, las ponía a las tres en peligro.

—Joder, Alex, eras un crío... ¿Cómo pudiste asumir esa responsabilidad?

—Bueno, en cierto modo... Yo... Verás... Yo tuve la culpa... Nos marchamos por mi culpa.

—¿Os marchasteis de dónde?

—De casa... de la casa de mi padre.

—¿Sí? ¿Y cómo fue eso?

Alex tenía el café intacto en la mano derecha. La izquierda se la pasó por la cara, se frotó los ojos y, con el pulgar y el corazón, se apretó ambas sienes a la vez. Expulsó el aire contenido con fuerza y miró a Xabier.

—Yo... Yo encontré un perrito. Estaba en la calle, abandonado. Era una bolita de pelo blanca con las orejitas negras. Me enamoré de él. Lo llevé a

casa y se lo enseñé a mi madre. Ella, al principio se negó, no podíamos tener ningún tipo de mascota porque nuestro padre odiaba a los animales. Pero en cuanto lo cogió en brazos, ya no fue capaz de soltarlo. En fin, mamá me había advertido que para tener un perrito, tendríamos que esconderlo; cada noche tendría que meterlo en nuestra habitación, donde dormía con mi hermana y conmigo.

Un par de semanas después, mi padre volvió de nuevo demasiado borracho, demasiado agresivo... Entró en nuestro cuarto dispuesto a levantarnos de la cama como ya había hecho otras veces. Su propensión a demostrar su poder de cualquier forma era aterradora: nos mantenía despiertos y en pie en el centro de la sala. Ya lo había hecho varias veces. Pero, esa noche mi madre lo sacó fuera y se lo llevó a la sala prometiéndole que ella estaría con él todo el tiempo. No se dio cuenta de cerrar nuestra puerta, ni yo, que temblaba muerto de miedo debajo de mi manta, me di cuenta de nada. Ni siquiera me acordé del pequeño cachorro que dormía en nuestra habitación.

En cuanto mi padre lo vio, se puso furioso, empezó a gritar y a pegar a mi madre. Yo me levanté, fui a la sala y me coloqué entre ellos para que no le pegase más. Él empezó a insultarme a mí también, me dio un bofetón tan fuerte que me tiró al suelo. El perro vino a mis brazos, pero en cuanto mi padre lo tuvo a su alcance, le dio una brutal patada que lo lanzó contra la pared, el pequeño animal cayó fulminado al suelo.

Bueno, lo que ocurrió a continuación fue un poco caótico. Recuerdo haberme lanzado sobre él, recuerdo que arremetí tan fuerte que lo hice caer al suelo. Y lo siguiente es que lo vi llevar la mano al cinto de cuero que ceñía su pantalón y a mi madre encerrándonos con llave en la habitación —un silencio terrible cayó sobre ellos en aquel momento—. Mi madre... Mi madre no gritó... No emitió ni un puto sonido... Dani y yo lloramos muertos de miedo durante toda la noche. Temerosos de que viniese a por nosotros... Buffff... —Lo recorrió un escalofrío. Miró el café que tenía en la mano y le dio un trago—. Al día siguiente apareció la Tita, la veíamos de pascuas en flores, sólo sabíamos de ella que era muy amiga de mamá y que siempre nos trataba con muchísimo cariño. Hicieron las maletas a toda velocidad y antes de la una del mediodía, ya estábamos comiendo arroz blanco con huevos fritos en la pequeña cocina del pisito de la Tita. Mamá tardó muchísimo en recuperarse, tenía heridas infectadas en la espalda y en los glúteos. —Volvió a mirar su

vaso de café—. En fin... —Respiró en profundidad y miró a Xabier—. Cuando hoy... Cuando hoy el cerdo ese... Después de decirle que nos dejase en paz... Cuando él... Cuando me miró asombrado y preguntó: «¿pero no está muerta?» ¡¡Joder!! ¡Pensé que lo mataba! Pero... ¿Cómo...? Pero... —Se inclinó hacia adelante, dejó el café en el suelo y se tapó la cara con las manos—. ¡¡No pude protegerlas!! Ni a mi madre, ni a Susan... ¿Entiendes, tío? Casi... Casi las pierdo... Casi... —Con un grito ahogado se replegó sobre sí mismo.

—Alex... —susurró Xabier—. Eras un niño... ¿Qué querías? Hiciste lo imposible. Son los padres los que protegen a los hijos. No hiciste nada malo. No le fallaste. No podías protegerla, no contra eso...

—Pero el perro... El cachorro... Si yo no... Si yo no lo hubiese recogido... Si yo...

—Hubiese sido por otra cosa. No te culpes, Alex. Le habría valido cualquier excusa para daros una paliza. Tu madre fue muy valiente. Debes verlo así... Ella decidió poner fin y retomar su vida y eso es lo que cuenta. Y eso fue gracias a ti.

—¿Gracias a mí? ¡No! ¡Fue por mi culpa!

—No. Eso fue gracias a ti. Si tú no hubieses llevado a casa ese perrito, quizá ella hubiese muerto en su lugar esa noche. Alex, no podemos cuestionar todo lo que nos sucede, pero podemos escoger el lugar desde donde lo vemos. Yo creo que todo sucede por algo. Estoy convencido de que siempre puede ser peor.

—¡Pero, Xabier! ¡Mi madre casi se muere! ¡Y Susan...!

—¡Pero no se murió! —Lo interrumpió bruscamente—. Y Susan está ahí. Y tampoco está muerta. Despertará cuando esté preparada.

—Pero, Xabier... —Se derrumbó de nuevo. Ya no podía más.

—Necesitas dormir. Acuéstate. Yo me quedaré aquí por si se despierta.

—No...

—Sí —afirmó sujetándolo por un brazo para ayudarlo a levantarse—. No la asustaré, te lo aseguro. Venga acercaré la cama, así estarás a su lado.

—Pero...

—Venga, joder, ¡qué pesado! Acuéstate ya, o te dejo inconsciente... Lo que prefieras.

Alex se tendió en la cama, se colocó de lado y miró a Susan. Alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Te amo, Susan. Sigo aquí. —Cerró los ojos y enseguida se quedó dormido. Llevaba tres días pendiente de ella. No había usado para nada la cama del acompañante, ni siquiera había sentido el cansancio. Pero después de abrir su corazón y descargar todo el peso en los hombros de Xabier se sintió exhausto.

Xabier colocó bien las sillas, cogió el café casi lleno que Alex había dejado en el suelo, lo vació en el lavabo y tiró el vaso a la basura. Le mandó un mensaje a Pilar:

“Amor mío, me quedo un ratito. Nos veremos en el desayuno. Te amo”.

“Esposo mío, serás bienvenido a la hora que llegues, mi body rojo y yo te estaremos esperando... Te amo”.

“Mmmmm... Preciosa mía, es una suerte que haya empezado el curso. Ni se te ocurra quitártelo antes de que yo llegue...”.

“Te espero ansiosa... Un beso de amor”.

Así finalizaban siempre las tandas de mensajes. A Pilar le encantaba provocarlo. Xabier no se aburría nunca. Tenían una buenísima relación basada en la confianza. Incluso antes de tener la agencia de investigación, cuando Xabier había tenido que aceptar ciertos trabajos como escolta de algunas mujeres y celebridades muy atractivas, Pilar nunca le había recriminado nada. Sabía que la relación entre Xabier y esas mujeres debía ser estrecha y de confianza, pero su querida Pilar jamás mostró desconfianza. Por el contrario, parecía absolutamente segura de sí misma y de su amor. Y ello la hacía tan atractiva para Xabier que siempre estaba deseando volver a sus brazos. Todo lo demás no existía en un contexto sexual, era solo trabajo.

Xabier sacó un libro electrónico de la mochila que había traído, lo encendió, miró a los que descansaban en ambas camas y empezó con la

lectura.

Sobre las cinco de la mañana, levantó la vista. Susan se había movido. Fue por el lado de Alex y lo despertó, después se separó de su campo de visión para dejarles la mayor intimidad posible.

—Susan... Hola, cariño —susurró bajándose de la cama para acercarse más a ella—. Hola, mi vida —saludó sonriéndole.

Estaba contento de verla despierta de nuevo. Le dio un beso en la frente y entrelazó los dedos con los suyos. La mano de Susan se movió, Alex se separó un poco para ver si la había lastimado al sujetarla, pero ella lo apretó con fuerza reforzando la leve unión física. Alex la miró a los ojos, parecían sonreír, besó sus cejas, sus sienes, sus párpados.

—Te amo —susurró—. Susan, te amo.

La mujer cerró ambos ojos y volvió a abrirlos casi al momento.

—¿Estás asintiendo? Cariño, ¿has asentido?

Susan volvió a parpadear sin prisa.

—Cariño... Te quiero tanto... Te pondrás bien enseguida. Mañana por la mañana vendrá el médico, hablaré con él, has mejorado muchísimo. Estoy muy contento por ti... —Alex hablaba sin parar. Ella, con el respirador, no podía decir nada, pero él, entusiasmado por su mejoría, se encargaba de hablar por los dos.

Sin separarse de su lado, con los dedos de la mano derecha entrelazados y mirándolo a los ojos en todo momento se sintió amada, cuidada y querida. La otra mano de Alexio le apartaba los pelillos de su frente, recorría el contorno de su cara hasta su cuello y volvía a subir.

A Alexio siempre le había gustado acariciarla, sobre todo, después de hacer el amor. Recordaba con tristeza que muchas noches ella se giraba tratando de evitarlo pues no se sentía digna de ser amada, ni atendida, ni cuidada; pero él insistía y aunque ella se girase, seguía recorriéndola con las yemas de los dedos, desde la cabeza hasta los muslos, pasando por los hombros y las caderas. Era incansable, casi todas las noches se dormía antes que él y no dejaba de sentirlo por todo su cuerpo.

Los intervalos de ojos abiertos se hicieron cada vez más cortos y al final Alexio susurró.

—Duerme, preciosa, estaré aquí cuando despiertes. Lo prometo. Te amo.

El cuerpo de Susan se relajó sobre la cama. Alex acarició despacio sus brazos, dio un beso muy suave en su frente y miró a Xabier que en todo momento había permanecido en silencio, inmóvil, sentado en el suelo contra la pared más lejana.

—Gracias.

—No hay por qué darlas. Voy a por café. ¿Quieres uno o prefieres volver a dormir?

—No. Estoy fenomenal, parece que he dormido muchísimas horas...

—Bueno, son las cinco y...

—¿Son las cinco de la mañana?

—De hecho ya pasan...

—Con razón estoy tan descansado. ¿No te vas a tu casa? Tú también necesitas dormir.

—Bueno... Lo mío va de otra forma. En fin, estoy acostumbrado a dormir poco o, a veces, según las circunstancias, casi nada. Voy a por café. ¿Qué te traigo?

—Sólo largo sin azúcar.

—Bien, ahora vuelvo.

Alex dio media vuelta, besó de nuevo la frente de Susan y le susurró al oído palabras de amor. Estaba muy contento por la evolución de la mujer. En pocas horas se había despertado dos veces y la segunda durante más minutos.

Xabier entró sin hacer ruido, de nuevo traía ambos cafés en una sola mano como si fuese habitual para él portarlos de ese modo.

—Ven, Alex, tenemos que hablar.

—Claro, dime —respondió a medida que se acercaba.

—Debes olvidar todo lo que ha pasado esta noche.

—¿Olvidarlo? —Él no creía que pudiese borrar de su mente todo lo que lo había torturado. ¿Cómo podía olvidar aquello? Aquel despojo había querido matar a Susan, ¿y él tenía que actuar como si no lo supiese?

—Sí. Olvidarlo y para siempre. Tu parte ya está hecha. Ahora debes concentrarte en ella, en sus hijos y en tu familia.

—¿Olvidarlo? —repitió anonadado.

—Sí. Debes dejar todo en manos de la policía. Bueno, de la Guardia Civil, en este caso. Confía en mí. Sé lo que digo.

—Pero, Xabier, ¿olvidarlo? ¿Estás de coña?

—Sí, estoy de coña. Sin duda, será mejor que cada día del resto de tu vida revivas una y otra vez lo sucedido esta noche. Eso hará muy felices a todos los que te rodean.

—Bueno, pero olvidar... No creo que...

—¡Escucha! Si continúas reviviéndolo, le darás poder. Y ese desecho de mierda que debe quedar en el olvido se hará cada vez más fuerte en vuestras vidas. Con unas pocas horas más de sueño, te darás cuenta de que tengo razón. Y nunca, nunca, nunca digas a nadie ni lo que hemos hecho ni a dónde hemos ido. Si alguien te pregunta, te recogí en la puerta y te llevé a cenar al “Mom Says”, tomamos costilla con patatas, aguas y cafés. Queda un poco lejos de aquí, pero saldrá bien. ¿Alguna pregunta?

—No —Alex tenía muchísimos interrogantes en su cabeza, en cambio decidió que, de momento, se irían con el hombre que tanto lo había ayudado esa noche.

—Bien, entonces, me voy. Cualquier cosa, ya sabes...

—Xabier, muchísimas gracias por todo...

—Nada, hombre, para nosotros es un placer ayudar. Llámame para lo que necesites, sea lo que sea, al teléfono que te di, no al de la oficina, ¿vale? — Pasando el brazo por su espalda, dio una fuerte palmada para justo después, cerrarlo con fuerza en un rápido y fuerte abrazo—. Recuerda: lo que necesites

—susurró saliendo del cuarto.

Estaba muy agradecido por todo, tanto Xabier como su mujer lo habían ayudado mucho. Recordó cuando un par de meses antes había empezado todo el sufrimiento con la nueva jugarreta de Bull. Haber usado a los niños para llegar a ella había sido el indicativo más grande de su vileza y del tipo de persona que era. Y la forma en que los había tratado... no podía ni recordarlo, porque, aunque desconfiase, jamás había imaginado que el hombre fuese tan vil, cretino y sinvergüenza para tratar así a las dos maravillosas criaturas. No, sencillamente no podía ni recordarlo sin sufrir una especie de ansiedad que se instalaba en su estómago y ascendía oprimiendo su corazón. Pobres niños y maldito Bull. «Maldito». «Maldito Bull», pensaba enfurecido. Apretó los puños con rabia, sintió cómo se abrían las heridas de los nudillos, los miró.

Se quedó perplejo durante un largo tiempo mirando sus manos heridas. Había perdido el control. Cuando Bull mostró su decepción por la “no muerte” de Susan, sintió que definitivamente ya nada más importaba. La mujer que tanto amaba, la que era su vida, no podía haber estado a merced del depredador. ¡Por Dios! ¡Podría haber muerto!

Invadido por la rabia y el dolor se le nubló la vista, empezó a necesitar aire, incapaz de pensar con coherencia, solo sentía ganas de destruirlo todo.

Miró a Susan en la pequeña cama y salió de la habitación. En el pasillo intentó calmarse. Corroído por el miedo y la impotencia, se fue hacia una de las salas de ocio. Pasó por el puesto de enfermeras con los dientes apretados y, una vez a solas de nuevo, recorrió entero aquel espacio. Estaba vacío. Había asientos en todas las paredes y dos máquinas expendedoras en el centro, una de cafés y bebidas calientes y otra de aguas y refrescos.

Apoyó las manos en uno de los marcos de las ventanas y miró hacia la noche. Con la vida de Susan en juego, todo se tambaleaba. Él seguía queriendo lo mismo que antes, una exitosa empresa, grandes beneficios y reconocimiento, pero todo ello con Susan a su lado. La quería. La amaba. Lo era todo para él.

Volvió a la habitación, acercó una silla, sujetó la mano de Susan y descansó la cabeza en su muslo. Debía recuperarse, tenía que recuperarse, se recuperaría, estaba seguro.

CAPITULO LVIII

Alexio, dormitando sobre su pierna, murmuró algo. Susan soltó los dedos despacio, no quería despertarlo, pero sí quería acariciar la oscura mata de pelo que estaba cerca de su cadera. Hundió los dedos con suavidad. Aquello le gustaba. La densidad y la dureza de su cabello siempre le habían encantado. No recordaba haberlo acariciado antes, sólo tirar de él con fuerza cuando Alexio se metía con ella. Siempre era él el que la acariciaba a ella. Después de hacer el amor, Susan intentaba poner una barrera entre ellos, no quería nada más que algo físico. Quería que Alexio mantuviese las distancias y le daba la espalda o se acurrucaba y se dormía. Ella sabía que él no. Él se quedaba abrazándola y acariciándola hasta que se quedaba dormida. A Susan, en el fondo, le encantaba. No quería involucrarse con él en algo serio, pero le encantaba aquella forma de ser y de hacer.

Alexio suspiró y Susan, satisfecha, siguió recorriendo su cabellera.

Estaba deseando empezar de nuevo, quería salir del hospital cuanto antes y volver a casa de Alexio, con sus amados hijos. Estaba segura de que el universo le había concedido una oportunidad de hacer las cosas de nuevo y había decidido hacerlo todo lo mejor posible. Había recordado a su amiga, la terapeuta que tanto la había ayudado cuando la asistente social le había dicho que su falta de autoestima era la culpable de su situación. Había decidido retomar la terapia. No se iba a quedar así y mucho menos condicionar las vidas de aquellos que amaba con sus actos basados en la ignorancia.

Se daba cuenta de que Bull había sido un capítulo de su vida. Pero por fin había decidido cerrarlo. Le había costado mucho tomar las riendas y pasar a manejar la situación por completo, pero ya estaba hecho. Iba a empezar su vida en una página nueva.

—Hola, preciosa, ¿qué tal estás? —preguntó Alexio levantando la cabeza.

—Mucho... mejor... —susurró. Eran las primeras palabras que decía desde que le habían quitado el respirador el día anterior.

—Bien, cariño, me alegro —admitió aliviado de que pudiese hablar perfectamente—. Me alegro muchísimo —volvió a decir con la felicidad inundando su corazón y sus ojos.

Los médicos habían dicho que hasta que Susan despertase no podían descartar por completo el daño cerebral. Alex había querido pensar en todo momento que la mujer se iba a recuperar, que estaba bien, que no era grave, que fuese lo que fuese, se recuperaría. Pero cuando se quedaba mirando el derrame violáceo de su mejilla, los morados de sus brazos o la escayola de su húmero se le encogía el corazón de miedo.

—¿Puedes... puedes acercarte? —preguntó en voz baja.

—Claro que puedo, preciosa, dime qué quieres —susurró inclinándose y acercando la oreja a su boca para que ella no se esforzase.

—Sólo besarte...

Alex, con los ojos humedecidos por la emoción, acercó los labios a los de Susan para rozarla apenas. Después se separó unos centímetros y la miró a los ojos.

—Estoy segura de que puedes hacerlo mejor...

Alex lloró y sonrió en el mismo gesto. Volvió a tocar su boca unos instantes más, apoyándose sólo lo justo para no dañarla. Se daba cuenta de cómo cada sonrisa de Susan había calado en un trocito de su corazón, con cada beso había marcado un pedacito y tras cada noche pasada en sus brazos se había apropiado de un poquito. Sólo un poco cada vez. Hasta que lo hizo suyo.

Pero de entre todas sus cualidades, había sido su particular sentido del humor a la hora de afrontar el día a día y la capacidad que había demostrado para evolucionar a su lado los que se habían adueñado de su alma. Todo él le pertenecía. Con ella feliz y a su lado, las penas se disipaban hasta desaparecer. Era como si la confianza de la mujer le permitiese ser un hombre completo.

—Preciosa... —balbuceó—. Es que no quiero lastimarte.

—Tú nunca me lastimarás —aseguró fijando la vista a sus ojos.

Alex advirtió en ellos la seguridad, el amor y la ternura de la mujer. Era un

mensaje. Aquellas no eran sólo palabras. Recordando de pronto todo lo que quería olvidar, se echó hacia atrás para sentarse en la silla y volvió a apoyar la frente en la mano de Susan. Afligido por el peso y la pena que nublaban su corazón, empezó a llorar lamentando sus circunstancias, sus miedos y la desconfianza que lo llevaban a valorar que él algún día podría dañar a aquellos que amaba.

Había perdido el control con Bull. Se había enfurecido tanto y a la vez desconcertado hasta el punto de hacerlo dudar sobre sí mismo. Tras aquella noche los interrogantes se agolpaban en su cabeza sin darle tregua. Empezó a dudar sobre la naturaleza de los hombres y si todos serían iguales. Se preguntaba si dado su pasado, la propensión a la violencia estaba en su interior esperando ser despertada. No hacía más que interrogarse a sí mismo respecto a las posibilidades de haberse equivocado y en llegar a convertirse en el hombre que había sido su padre.

Recordaba la satisfacción sentida con cada golpe que encajaba en aquella cara. El placer por cada gemido de dolor que emitía aquel deshecho.

Asustado y confuso empezó a pensar que todo a su alrededor se tambaleaba. Aquello que había creído, las ideas que había creado se perdían en la voluble base en la que en ese momento se apoyaba todo su ser.

La mano de Susan desapareció de su cara. El hombre desolado por la pérdida de contacto empezó a asumir que lo peor estaba por llegar.

El fortísimo tirón de pelo que sintió lo hizo gritar por la mezcla de dolor y asombro.

—¡¡Auuuu!! —exclamó cuando Susan arrancó unos cabellos de su cogote—. ¡Joder! ¡Susan! —bramó por tercera vez—. ¿Qué te pasa? —preguntó preocupado—. ¿Tienes espasmos?

—¿Espasmos...? ¿Qué te pasa... a ti...? —La fatiga en su respiración no le permitía expresar su enfado—. ¡Habla! —ordenó.

Alex visiblemente aliviado por la claridad mental de la mujer mostró una breve sonrisa.

—Yo... Yo estaba preocupadísimo por ti...

—Ya ha pasado, cariño... —Susan tomó aliento con una pequeña mueca de dolor. Quería hablar, quería seguir hablando y contarle de una vez todo lo que albergaba su corazón. Pero limitada por su capacidad pulmonar, solo pudo extender su mano para que Alex volviese a apoyarse en ella. Sonrió y dijo—. Ven.

Los días fueron pasando y Susan se restablecía haciendo gala de una fuerza y un propósito asombrosos. Alexio, que en todo momento se había negado a separarse de ella, había retomado una visita diaria y breve a la oficina, permitiéndose así estar un poco distraído y a la vez que su familia pudiese ver a Susan con un poco más de frecuencia. También iba a casa para asearse y poder estar un ratito con los niños a los que había añorado mucho más de lo que esperaba. Había empezado a usar la cama del acompañante y cada noche se tendía a su lado, tomaba su mano y susurraba preciosos cuentos al oído de su amada. Cada mejoría era celebrada, cada máquina retirada de su cuerpo un logro y cada mañana un regalo.

Susan tenía sentimientos encontrados. Necesitaba contar a Alexio todo lo que la preocupaba. Al principio apenas podía hablar con claridad por todo el proceso de curación y a medida que transcurrían los días desde el terrible incidente, se alegraba de que poco a poco quedase como un acontecimiento lejano. Temía que hablar con Alexio supusiese reabrir alguna herida emocional. Pero también sabía que una herida mal desinfectada, nunca curaba, y si lo hacía, dejaba una horrible cicatriz. Y ella no quería ni una cosa ni otra en su vida. Había decidido que iba a hacerlo todo lo mejor posible y tenía que ser fiel a sus propias promesas. Todavía no podía llenar de aire sus pulmones, pero necesitaba respirar, necesitaba un pequeño impulso para decir a Alexio todo lo que se retorció en su mente. Miró al hombre que se acababa de acostar a su lado y antes de que desapareciese la valentía, dijo:

—Escucha, Alexio, yo... tengo que pedirte perdón. Yo... tenía miedo, tenía mucho miedo y estaba enfadada. Y las pagué contigo... aquel día... nunca debí marcharme de aquella manera. Con todo lo que tú me ayudaste a mí, a mis hijos... —Se le quebró la voz de la pena. Los añoraba muchísimo—. Yo... no supe... Bull me había superado... Y te culpé a ti...

—No... No... —la interrumpió Alexio—. No. Yo te entiendo. Yo te

entendí... No te disculpes, cariño. Yo tenía que haberlo hablado contigo, pero tenía tanto miedo... No sabía cómo hacerlo y lo hice fatal.

—No. Te equivocas. Hiciste lo correcto. E hiciste más que yo...

—No llores, no llores. Joder, Susan, no llores por eso. Ya pasó.

—Es que... Tenía tanto miedo... Y... Y me quedé sin hacer nada... ¡Nada! Y cuando tú... Cuando me enteré de que tú habías contratado la vigilancia... Yo... Yo me sentí fatal... Porque... Tenía que haberlo hecho yo... ¿Sabes? Yo tenía que haber buscado alternativas... Y no. No lo hice... Pero tú... tú sí... Lo hiciste tú... Y yo en vez de darte las gracias... —Se detuvo un instante. Sollozaba más que hablaba—. Yo me enfadé contigo. Pagué mis miedos y errores enfadándome contigo. Con la única persona que me ha ayudado...

—Cariño, todo eso ya pasó. Yo lo entiendo. Lo entiendo perfectamente. Pero, por favor, deja de preocuparte por eso. Ya pasó. Ya pasó —repitió Alex en su pelo tratando de calmarla—. Por favor, Susan.

La mujer hipaba sin poder contener ni las lágrimas ni la pena que la invadían. Cada vez que recordaba aquella tarde se le ponía un nudo en el estómago. Haber escapado así de Alexio cuando él sólo había tratado de ayudarla sin haberse parado a pensar ni a analizar, ni a razonar. Y la cara de Bull... La sonrisa de Bull... Y el gesto contrito de su cara cuando ella se defendió. Lo recordaba. Lo recordaba perfectamente y también la sensación de caer al vacío justo antes de que su cuerpo chocase contra las piedras. El dolor, el miedo, la esperanza; todo ello se mezclaba hasta que por fin vio la cara de Alexio. Saber que Bull se había ido la llenaba de esperanza. Lo sabía. Lo único que lamentaba era haber llegado a una cama de hospital para darse cuenta de todo eso, no haber sido capaz de ver su pasado para analizar su presente. No haber tenido fuerza para analizar las circunstancias que habían vuelto a poner a aquel hombre en su vida. Al fin, de algún modo, lo había logrado. Se había enfrentado a él.

—Alexio, ¿me perdonas?

—¡Susan! Por Dios, Susan, no pidas perdón. Yo no tenía que haber hecho aquello a tus espaldas. Y... Todavía no te he pedido perdón.

—Es que no hay nada que perdonar. Lo hiciste lo mejor que pudiste —

terminó Susan con las palabras que Dani, aquella vez en el probador, le había dicho a la Tita. Entendió lo que Dani le había querido decir, entendió lo que Alex había hecho y supo que sólo podía comprender y mostrar agradecimiento.

—Susan...

—Ven... Ven, acércate, antes de nada, déjame decirte algo que hace mucho que llevo pensando —Él se quedó mirándola con atención, se aproximó despacio rogando porque no fuese algún tipo de despedida—. Alexio, yo te quiero.

—Susan...

—Te quiero y quiero vivir contigo como tu pareja... —Ante la quietud que siguió a sus palabras, añadió—. Si tú quieres, claro.

—Claro que quiero, Susan. ¿Cómo puedes dudarlo?

Se arrimó más a ella tratando de no dañarla y tras un sonoro beso en la boca, empezó a dar pequeños besos en sus ojos, su frente, sus mejillas y la punta de su nariz.

—Te quiero muchísimo, Susan.

CAPITULO LIX

A las tres horas de estar en casa, después de pasar dos horas y cincuenta y nueve minutos abrazando a sus hijos, Susan pidió a Alexio que le llevase su ordenador para poder seguir con el trabajo. El hombre en un principio se había negado, pero tras valorar que, con sus hijos en el colegio y a todos los demás pululando a su alrededor para atenderla, ella debía estar aburriéndose muchísimo, claudicó. Al tercer día, colocó una mesa auxiliar en el salón provista de folios, lápices y un alargador. Calculó que ese sería el mejor sitio, mucha claridad y cerca de la galería donde jugaban los niños cada día, así la mujer podría repartir su tiempo como más le apeteciese.

Todas las mujeres se turnaban para dar muestras de su atención, su cariño y su afecto. Mientras Susan apenas podía mantenerse erguida sin sentir dolor al respirar, habían sido ellas las que se habían repartido las tareas y Alexio su inseparable compañero.

África venía cada mañana con su hija, se llevaba a los dos pequeños de Susan al colegio y después dejaba a su niña en el suyo. Dada la libertad de horario que tenía en su profesión, muchas veces volvía para hacer algo por la casa o simplemente charlar con Susan. Dani normalmente se acercaba a media mañana para tomar un café. Isabel y la Tita hacían continuos viajes a la casa, insistían en preparar la comida y en mantener todo recogido. A veces ellas mismas iban a recoger a los niños y a la maravillosa Eli en el otro centro y volvían para comer todos juntos.

Alex, al principio, sólo se separaba de ella por obligación. Había enviado a África a la oficina en varias ocasiones, unas para llevar o traer diversa documentación y otras para observar el ambiente. Tras despedir a Krysta poco antes del accidente sufrido por Susan, la rubia nórdica de interminables piernas había intentado colarse en la oficina un par de veces. Sus antiguos compañeros se habían asombrado mucho al verla allí pues habían casi presenciado el monumental enfado de Alex cuando entró en su despacho y se la encontró desnuda en uno de los sofás.

Con el transcurrir de los días y viendo lo atendida que estaba Susan, decidió continuar y dedicar varias horas a los proyectos que había empezado.

Había visitado varias veces el taller de carpintería para seguir adelante con las negociaciones y esperaba en breve poder sorprender a Susan con la buena noticia.

Lo emocionaba poder mostrarle por fin aquello en lo que ella había estado trabajando. Sus diseños, sus mejoras, sus esbozos pronto serían muebles físicos que se pondrían a la venta desde la provincia de Pontevedra a toda Europa como una muestra de la calidad de la artesanía gallega.

EPILOGO

—Mamá ha pedido que vayas a la cocina.

—Claro, niños, gracias por avisarme —les dijo Alex con una sonrisa—. Ahora voy.

Llegaron a la puerta de la cocina y le cedió el paso a ambos pequeños. Susan estaba sentada en la cabecera de la mesa, envuelta en un halo de misterio y con una pequeña sonrisa de satisfacción. Alex se acercó, le dio un beso en la boca y dijo:

—Hola, preciosa, cuéntame.

—Hola, Alexio. Verás, los niños y yo queremos darte algo... —Se detuvo ante las risillas de los pequeños y les hizo un gesto para que mantuviesen la calma tal como lo habían ensayado; haciendo un enorme esfuerzo, cerraron sus boquitas para ayudar a mantener el secreto—. Tú nos has dado cosas maravillosas a nosotros y es en este momento que queremos tener un detalle contigo. Nos ha costado muchísimo decidirnos, pero creo que esto es lo adecuado. Esperamos que te guste... —Y sin decir más se puso en pie y le señaló una caja de cartón que estaba detrás de ella, en el suelo—. Ábrelo, por favor...

—Susan —murmuró sorprendido—. No era necesario... Yo...

—Lo sé, no digas nada. Solo ábrelo.

—Está bien —aceptó agachándose delante de la caja. Tocó los bordes con cuidado y apenas abrió una solapa apartó la mano con rapidez.

—¿Pero qué...? —protestó irguiéndose y empezando a pasear por el centro de la cocina.

—Alexio...

—¿Pero cómo? Yo... Yo no... ¿Quién? ¿Quién te lo ha contado? —preguntó sin más rodeos.

—No te enfades, por favor. En realidad... Fuiste tú... Tú mismo, en el

hospital, cuando hablabas con aquel hombre...

—¡Susan! Tenías que habérmelo dicho...

—Sí, quizá sí. Pero no sabía cómo. No quería entrometerme. Preferí esperar a que estuvieses preparado... Pero... Bueno, ese momento no ha llegado y el otro de día vi un anuncio de la perrera municipal. Lo siento... yo... lo he pensado mucho y no sabía... pero es que me pareció una buena idea. Hace mucho de aquello... muchísimo. Quizá necesitas una mano para dejar todo eso atrás. Eras sólo un niño.

—Ya lo sé, pero... —Alexio miró a ambos pequeños que, sin entender lo que sucedía, se habían quedado rodeando la caja de cartón a la vez que observaban la cara del hombre. Aquella no era la reacción esperada. Su mamá les había explicado que Alexio había tenido un perrito cuando era muy pequeño, pero que se había muerto y desde entonces nunca más había querido tener otra mascota.

—Puedes contárselo a ellos también, Alexio. La terapeuta ha dicho que lo van a entender perfectamente, pero si no quieres... No pasa nada...

—Susan... No es que no... Es que ni siquiera sé cómo... —reconoció apoyado en la isla de la cocina.

—¿No te gustan los perritos, Alex? —preguntó Falco acercándose.

—No es eso, Falco, es que...

—¿Te gustan?

—¡Claro!

—¿Y por qué no los quieres? —interrogó con Leo a su lado.

—No. No es eso... Es que... —con los ojos enrojecidos titubeó—. Es que... Tengo miedo... —concluyó bajando la voz.

—¿De qué? —preguntó Falco acercándose a él.

—¿De qué? —inquirió Leo siguiendo a su hermano.

Alex, rendido, empezó a deslizarse apoyado en la cocina hasta quedar en cuclillas. Ambos niños se apresuraron a ocupar sus rodillas.

—A ver, es una historia que a mí me da mucha tristeza. Es de cuando Dani y yo éramos niños. —Suspiró y miró a Susan que, con un gesto y una suave sonrisa, lo animaba a continuar hablando en voz alta—. Yo tenía un padre... Yo... Él... Él era... Era violento...

—¿Era Bull? —preguntaron ambos pequeños a la vez.

—No, no era Bull. Era otro señor que hacía cosas parecidas a Bull. Él... Él hacía daño a Dani, a mi madre y a mí... Y... Y odiaba a los animales... Una vez, yo encontré un perrito blanco, era pequeñito y precioso —añadió mirando la caja de cartón—, y decidimos quedárnoslo a escondidas. Un día... Un día... —Inspiró con fuerza buscando el valor para seguir—. Un día lo descubrió, se enfadó tanto que le dio una patada tan fuerte que... El perrito... El perrito se murió... —Ambos pequeños hicieron un gesto de horror llevando las manos a sus boquitas abiertas—. Y es por eso... Por lo que creo que no es buena idea tener perritos... —concluyó casi sin voz.

—¿Porque va a venir tu padre? —preguntó Leo.

—¿Qué? ¡No! —aseguró con rapidez—. No. No —siguió negando al pequeño que mostraba tanta preocupación.

—Entonces... Entonces... Si tu papá no viene, no le va a pasar nada a los perritos —dedujo Falco esperanzado de que los animales estuviesen a salvo.

—No. A los perritos no. Pero yo, bueno, yo tengo un poco de miedo...

—Pero si tu papá no está. ¿A qué le tienes miedo?

Alex observó la cara del pequeño que sentado en su rodilla esperaba una respuesta. No supo qué contestar. Era cierto. Su padre no estaba. Su padre no estaba allí. Y nunca estaría. Lo que él tenía era un miedo atroz e infantil que se había quedado con él acompañándolo hasta un presente. Un presente en el que ya podía defenderse, el miedo no era necesario.

Hacía una eternidad que no sabía nada de su padre y quería seguir sin saber. Pero lo que el pequeño Falco había entendido antes que él mismo, se mostraba cada vez más obvio y a la vez incomprensible. Volvió a negar con la cabeza intentando separar todas las ideas que se mezclaban en su cabeza. Cómo podía haber visto a su padre hacía muchísimos años por última vez y sin embargo seguía temiendo que él apareciese. Siendo ya un adulto, como lo era en ese

momento, cómo podía tener tanto miedo a que volviese de nuevo a matar a su perrito o a herir a su madre o a su hermana. Sería posible que incluso tuviese miedo sobre sí mismo.

—Está bien, dejadme pensar, ¿vale? Como esto es algo nuevo tendríamos que preparar la casa para perritos, pero primero de todo, creo que tengo que prepararme yo. Así que dejadme tomar una decisión, ¿sí?

—Vale, pero di que sí, ¿vale? —pidió Leo bajando de su rodilla.

—No, Leo. Déjalo. Tiene que pensarlo él solo. ¿Vale? —reprendió Falco a su hermano. Después miró a Alex, le rodeó el cuello con sus pequeños bracitos y susurró en su oreja—. No va a pasar nada. ¿Vale? Mamá ha dicho que estamos a salvo en cualquier lugar si vamos con amor.

—Y tiene razón, cariño. Tiene razón —murmuró Alex abrazado al pequeñín.

Susan se giró para secarse la cara. Su pequeño hijito tenía una capacidad especial para simplificar las cosas. Ambos podían hacerlo. Todos los niños del mundo podían hacerlo, había asegurado su terapeuta. Le había recomendado que nunca tuviese miedo de contarles a sus hijos aquellas cosas que eran tan importantes como para quitarle el sueño y preocuparla. Ellos lo asimilarían a su manera, su inconsciente lo entendería y también de ese modo aprenderían que cada uno tiene capacidad para gestionarse a sí mismo. Y al ver a Falco que había sabido simplificar perfectamente lo que preocupaba a Alexio lo entendió y le dio la razón.

—Id un ratito a jugar, amores, creo que nos habéis ayudado mucho hoy. Gracias, muchísimas gracias.

En cuanto Susan y Alexio se quedaron a solas, la mujer se acercó y se arrodilló en el suelo, delante de él.

—Yo... Yo sólo quería ayudarte —justificó—. No me parece justo que vivas con miedo y desconfianza sobre ti mismo.

—Pero... Pero... ¿cuánto escuchaste?

—No sé... —Se encogió de hombros—. Por lo que se ve, oí lo suficiente.

—Susan... —Alex se llevó las manos a la frente y cerró los ojos—. Yo... Siempre he tratado de protegerte... Quería protegerte a ti y a los niños y al

verme tan... Me vi... Yo... —balbuceó—. Yo me volví loco... Cuando él... Cuando dijo... No pude parar... Tengo miedo, Susan —reconoció al fin.

—Alexio... Puedes tener miedo de lo que tú quieras, pero yo confío en ti. Yo sé que mis hijos y yo estamos a salvo a tu lado. Eres incapaz de lastimarnos. Estoy segura.

—¡Susan...! —exclamó abrazándola y sentándola sobre sus piernas—. Susan... Te amo muchísimo. ¿Lo sabes?

—Siempre lo he sabido.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres su amor y apoyo incondicional.

A mis hijos que, con su particular visión, me han aportado esos ánimos tan necesarios en algunas ocasiones.

A mi hermana y a mi hermano por su apoyo, su cariño y la fuerza que infunden en mi.

A mi compañero que, con su forma de ser, me ha ayudado a evolucionar en mi camino.

A toda mi familia por sus palabras de aliento.

A mis dos lectoras, críticas, correctoras y consejeras de cuya paciencia abuso cada vez que me invade la duda: Mar y Angi.

A Paco por la paciencia que lo caracteriza a la hora de resolver mi extenso interrogatorio.

A la escuela SKM, a sus instructores, a sus alumnos y a Felipe, cuya pasión y dedicación no deja de asombrarme.

A Terapias Naturales Vitalis, en especial a Iris Soares, por sus ánimos, sus consejos y orientación.

A Marta y a Tony de la peluquería Emporio Hav por asesorarme.

A Olalla Pons por su dedicación y voluntad de ayudar.

A todas las mamás y amigas que me han animado a seguir escribiendo.

A todas las autoras que como grandes y magníficas amigas están para todo lo necesario.

A mi primera editora: Lola Gude.

A todos los que me leen.

A todas y todos aquellos que se han cruzado en mi camino, porque ellos me

han ayudado a ser la persona que soy hoy.

Muchísimas gracias a todos.

Gracias Mehiel.

BIOGRAFÍA

Manuela Riobó vive en uno de los pequeños pueblos que componen la península del Morrazo en Galicia. Toda su vida se ha sentido atraída por la escritura, plasmando por escrito las emociones de cada experiencia a lo largo de su vida. Dejó sus estudios de Derecho al darse cuenta de que nunca sería abogada: su trayectoria es otra, la de crear historias con las que podamos emocionarnos, soñar, confiar, amar... tener esperanza.

De esta forma, se considera a sí misma una curiosa incorregible sobre el comportamiento de la raza humana. Le gusta observar las interacciones sociales a su alrededor, intenta comprender qué nos motiva, qué nos empuja o nos hace sentir vivos... y plasmarlo en sus obras.

BIBLIOGRAFIA

“[Un secreto, una deuda](#)” Editorial SELECTA

ÍNDICE

[CAPITULO I](#)
[CAPITULO II](#)
[CAPITULO III](#)
[CAPITULO IV](#)
[CAPITULO V](#)
[CAPITULO VI](#)
[CAPITULO VIII](#)
[CAPITULO IX](#)
[CAPITULO X](#)
[CAPITULO XI](#)
[CAPITULO XII](#)
[CAPITULO XIII](#)
[CAPITULO XIV](#)
[CAPITULO XV](#)
[CAPITULO XVI](#)
[CAPITULO XVII](#)
[CAPITULO XVIII](#)
[CAPITULO XIX](#)
[CAPITULO XX](#)
[CAPITULO XXI](#)
[CAPITULO XXII](#)
[CAPITULO XXIII](#)
[CAPITULO XXIV](#)
[CAPITULO XXV](#)
[CAPITULO XXVI](#)
[CAPITULO XXVII](#)
[CAPITULO XXVIII](#)
[CAPITULO XXIX](#)
[CAPITULO XXX](#)
[CAPITULO XXXI](#)
[CAPITULO XXXII](#)
[CAPITULO XXXIII](#)
[CAPITULO XXXIV](#)
[CAPITULO XXXV](#)
[CAPITULO XXXVI](#)
[CAPITULO XXXVII](#)
[CAPITULO XXXVIII](#)
[CAPITULO XXXIX](#)
[CAPITULO XL](#)
[CAPITULO XLI](#)
[CAPITULO XLII](#)
[CAPITULO XLIII](#)
[CAPITULO XLIV](#)

[XLV](#)

[CAPITULO XLVI](#)

[CAPITULO XLVII](#)

[CAPITULO XLVIII](#)

[CAPITULO XLIX](#)

[CAPITULO L](#)

[CAPITULO LI](#)

[CAPITULO LII](#)

[CAPITULO LIII](#)

[CAPITULO LIV](#)

[CAPITULO LV](#)

[CAPITULO LVI](#)

[CAPITULO LVII](#)

[CAPITULO LVIII](#)

[CAPITULO LIX](#)

[EPILOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

[BIBLIOGRAFIA](#)

Table of Contents

[CAPITULO I](#)

[CAPITULO II](#)

[CAPITULO III](#)

[CAPITULO IV](#)

[CAPITULO V](#)

[CAPITULO VI](#)

[CAPITULO VIII](#)

[CAPITULO IX](#)

[CAPITULO X](#)

[CAPITULO XI](#)

[CAPITULO XII](#)

[CAPITULO XIII](#)

[CAPITULO XIV](#)

[CAPITULO XV](#)

[CAPITULO XVI](#)

[CAPITULO XVII](#)

[CAPITULO XVIII](#)

[CAPITULO XIX](#)

[CAPITULO XX](#)

[CAPITULO XXI](#)

[CAPITULO XXII](#)

[CAPITULO XXIII](#)

[CAPITULO XXIV](#)

[CAPITULO XXV](#)

[CAPITULO XXVI](#)

[CAPITULO XXVII](#)

[CAPITULO XXVIII](#)

[CAPITULO XXIX](#)

[CAPITULO XXX](#)

[CAPITULO XXXI](#)

[CAPITULO XXXII](#)

[CAPITULO XXXIII](#)

[CAPITULO XXXIV](#)

[CAPITULO XXXV](#)

[CAPITULO XXXVI](#)
[CAPITULO XXXVII](#)
[CAPITULO XXXVIII](#)
[CAPITULO XXXIX](#)
[CAPITULO XL](#)
[CAPITULO XLI](#)
[CAPITULO XLII](#)
[CAPITULO XLIII](#)
[CAPITULO XLIV](#)
[XLV](#)
[CAPITULO XLVI](#)
[CAPITULO XLVII](#)
[CAPITULO XLVIII](#)
[CAPITULO XLIX](#)
[CAPITULO L](#)
[CAPITULO LI](#)
[CAPITULO LII](#)
[CAPITULO LIII](#)
[CAPITULO LIV](#)
[CAPITULO LV](#)
[CAPITULO LVI](#)
[CAPITULO LVII](#)
[CAPITULO LVIII](#)
[CAPITULO LIX](#)
[EPILOGO](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)
[BIOGRAFÍA](#)
[BIBLIOGRAFIA](#)